



Juan Bautista Rivarola Matto

Diagonal de sangre

La historia y sus alternativas en la Guerra del Paraguay

ADVERTENCIA:

No es esta una novela histórica sino una novela de la Historia.

A Margarita y mis hijos; a la memoria del bogavante Octaviano y la residenta Emerenciana; en recuerdo de mis padres y de mis hermanos Octavio Augusto y José Tomás.

**CUBRE TU CIELO, JEHOVÁ, CON
VELOS DE NUBES
Y EJERCITATE, IGUAL QUE UN NIÑO QUE DECAPITA CARDOS,
EN ENCINAS Y CUMBRES DE MONTAÑAS.**

DÉJAME LA TIERRA, Y MI CABAÑA,
QUE TU NO HAS CONSTRUIDO;
Y MI HOGAR, CUYO FUEGO ME ENVIDIAS.
NADA MÁS MISERABLE QUE VOSOTROS
CONOZCO BAJO EL SOL, ¡DIOSES!
Goethe, Prometeo

Prólogo

Nuestro Padre Ñamandú Verdadero, el Primero:

He aquí que lo elevo y te lo envío aquello que he escuchado
sobre nuestro lecho de descanso.
Busco fervor religioso en la casa de las plegarias,
canto, rezo, danzo,
me esfuerzo por alcanzar la condición perfecta.
Sobre tu inmensa morada terrenal,
aquellos a quienes proveíste del emblema de la masculinidad,
aquellas a quienes proveíste del emblema de la feminidad,
se esfuerzan en seguir permaneciendo sobre la tierra
y la tristeza de sus corazones
te cuento, para que la sientas, te la envío.
Clamor de los mby'a guaraníes (1)

EL VETERANO

Viejo, setenta años; pero un viejo fuerte, de la hermosa y casi
desaparecida raza paraguaya de hace medio siglo; un viejo de pecho
poderoso, de cabeza enhiesta como una venerable cumbre en que aparecen
todavía las huellas del rayo. La roja faz es un amplio paisaje cruzado de
armoniosos surcos, y coronado por un espeso bosque de cabello gris; las
manos, que defendieron la patria y ahora plantan mandioca, son de color de
tierra. El héroe camina ya con pesadez y es algo sordo, lo que ciertamente
no le quita majestad. Es inculto y grande. Me interesa más que muchos
doctores. Hizo toda la campaña, de Corrientes a Cerro Corá; tiene seis
heridas. Habla poco y en voz baja. Para conseguir breves confidencias
suyas sobre la guerra, el peor sistema es interrogarle. Hay que dejarlo
solo, sin interrumpirle cuando al cabo se resuelve. Está lleno de vagas
desconfianzas y remordimientos. Se diría que los espectros le escuchan. Es
que no se ha obedecido a López impunemente, y la sombra de aquel hombre
siniestro, a quien se puede aborrecer, pero no achicar, oscurece la
conciencia de los viejos y tal vez ha impregnado la sangre de los niños.

Rafael Barrett

El dolor paraguayo

Primera parte

Los extranjeros desean engañosamente

que oremos solamente como lo hacen ellos.
Para que esto no consigan hacer es que te molesto,
¡Padre Ñamandú Verdadero, el Primero!
Clamor de los mby'a guaraníes [15]

- I -

Seis extraños personajes se presentaron a la Legación Paraguaya en París en los primeros días del mes de mayo de 1866. Sus modales eran aristocráticos. Había contenida violencia en los ademanes y en los rostros curtidos. Procedían de orgullosas familias de plantadores del sur de los Estados Unidos. La guerra de secesión había terminado, y estos hombres pertenecieron a la marina y el ejército confederado. Se destacaba entre ellos un ex oficial de caballería, el mayor James Manlove, oriundo de Maryland. Era un gigante de complexión hercúlea, de más de dos metros de estatura.

Los recibió el capitán Gregorio Benites, secretario de la Legación. Al enterarse del objeto de la visita, los condujo de inmediato al despacho de Cándido Bareiro, Encargado de Negocios del Paraguay, acreditado ante los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos de Norteamérica.

Cándido Bareiro se encontraba en esos momentos en una sala contigua, posando para el pintor René Tibourd. El artista estaba en el pináculo de su fama. Muy solicitado en la corte de Napoleón III, sus honorarios eran altísimos y se reservaban sus servicios con meses de anticipación. De no haber mediado la recomendación de Lord Stapleton, poderoso financiero inglés vinculado a la banca francesa y muy influyente en los altos círculos gubernamentales, René Tibourd no se hubiese dignado a retratar a un representante desconocido de una de esas tantas republiquetas americanas semibárbaras, brotadas como cizaña de las ruinas del gran imperio colonial español.

René Tibourd era amigo de Lord Stapleton hasta donde se podía serlo de aquel hombre enigmático. Parecía mirar el mundo con divertida imparcialidad. Con la misma calma que se conducía en los salones de las Tullerías, se había batido contra los cipayos en la India, frecuentado los burdeles de El Cairo, cruzado desiertos a lomo de camello, almorzado con antropófagos en África Ecuatorial, galopado con montoneras bárbaras las salvajes llanuras argentinas; descifrado jeroglíficos, traducido del árabe y el sánscrito; presentado a la Royal [16] Society notables memorias acerca de temas tan dispares como la botánica y las religiones orientales

comparadas.

René Tibourid pintó el retrato de Lord Stapleton que hoy puede verse en la Cancillería Brasileña de Itamaratí. Perteneció a José María da Silva Paranhos, Barón de Río Branco, quien lo recibió como obsequio de su propietario original.

Las calculadas indiscreciones que el financiero inglés solía deslizar en los oídos del artista francés habían hecho que este ganara mucho dinero en la Bolsa. Y, lo que es más importante, le había salvado de pérdidas catastróficas.

Lord Stapleton insinuó, como sabía hacerlo hablando entre dientes apretados en la boquilla de su pipa y envuelto en una nube de humo, que no le sería del todo indiferente complacer la vanidad del joven diplomático sudamericano. Esto puso término a las objeciones de René Tibourid. Fijó una fecha aproximada para el comienzo de las sesiones, que se llevarían a cabo en la sede de la Legación Paraguaya, en los momentos que el pintor pudiera distraer otras ocupaciones. No le sería posible, explicó, dejar establecidas de antemano la frecuencia y duración de sus visitas, desbordado como estaba por compromisos contraídos con anterioridad.

-Se hará como a usted le resulte más cómodo -le tranquilizó Lord Stapleton, sacando la pipa de la boca y mirándole a los ojos-, el señor Bareiro tiene muy poco que hacer en París en las actuales circunstancias, no le demandará mucho tiempo pintar su retrato. Es el modelo perfecto. Posee el genio de la inmovilidad.

Con invisibles carbones, René Tibourid trazó en la mente un apresurado bosquejo de aquel rostro, ansioso de captar por fin un momento revelador que no logró que se diera mientras pintaba el retrato. Sin dar muestras de haberse percatado de ello, Lord Stapleton habló del remoto país del cual el señor Bareiro era encargado de negocios.

Un año y medio antes había estallado, en el corazón del continente sudamericano, la guerra del Paraguay contra la triple alianza de Brasil, Argentina y Uruguay. La poderosa Flota Imperial del Brasil bloqueaba el río Paraná, única vía que tenían los paraguayos para salir al mar, mil quilómetros distante de sus fronteras, y comunicarse con el mundo. El aislamiento del pequeño país era completo; la desproporción de fuerzas, abrumadora. Pese a ello, la lucha se hacía cada vez más encarnizada y amenazaba prolongarse indefinidamente.

René Tibourid comentó que algo había leído al respecto en los periódicos. Le llamaron la atención unos grabados que mostraban una pequeña y solitaria barcaza de madera, armada de un solo cañón [17] y tripulada por un único artillero, batiéndose cual solitario David contra gigantes Goliath de la armada brasileña.

-Supongo que son fantasías de los periodistas -concluyó.

-No lo son en absoluto -replicó Lord Stapleton-, los paraguayos son un pueblo singular. Quinientos de ellos, armados de fusiles de chispa, enfrentaron y derrotaron a campo abierto a una división aliada de 5000 hombres. Por intermedio de nuestro amigo Cándido Bareiro habían encargado en Francia e Inglaterra la construcción de cuatro modernos acorazados. La guerra estalló antes de que los recibiesen. No obstante, con una flotilla improvisada de vapores mercantes intentaron abordar y apoderarse de la flota enemiga. Poco faltó para que lo consiguieran. Supongo que los

brasileños celebraron como una victoria la batalla naval de El Riachuelo porque pudieron escapar.

Lord Stapleton hizo una pausa como si se hubiera distraído y le costase retomar el hilo de su discurso.

-¡Ah!, volviendo a las barcazas que ha visto usted en los periódicos, son muy interesantes porque muestran las condiciones en que se está librando esta guerra. Uno de mis corresponsales me ha enviado desde la ciudad argentina de Corrientes una detallada descripción de aquellos combates. Ocurren en un lugar llamado Paso de Patria, cerca de la confluencia de los ríos Paraguay y Paraná, en aguas de este último, que tiene una milla de anchura en ese sitio. La barcaza, pues siempre opera una por vez, es una chata o lanchón que flota a flor de agua y es operada con sirgas desde la ribera, maniobrando a favor de la corriente y aprovechando los bajíos a los cuales los buques no pueden llegar por su calado. Su único tripulante es el artillero, que maneja un cañón de a 68. Le suministran municiones en pelotas de cuero remolcadas a nado. La chata se aproxima audazmente a los acorazados, que ni aciertan a darle con su artillería ni atinan a embestirla, desconcertados por la intrepidez del atacante, que dispara contra ellos a boca de jarro. Sin embargo, el cañón paraguayo no logra perforar el blindaje de los buques de guerra. Una vez consiguió meter dos bombas por uno de los portalones de la casamata principal del acorazado «Tamandaré», en la que se encontraba el comandante y la mayoría de los oficiales, matando a aquel y a casi todos estos. Pero, salvo este accidente, en realidad no ocasionó mayores daños a la flota brasileña.

-¡Bravo por los paraguayos! -exclamó el francés, súbitamente entusiasmado.

Lord Stapleton sonrió: [18]

-Desde luego, mis simpatías se inclinan por los paraguayos; sin embargo, soy un hombre de negocios que debe atenerse a los hechos y a sus probables consecuencias.

-Supongo que el Paraguay es un país salvaje -se apresuró a consolarse René Tibourd, que había comprendido la insinuación de su amigo-, tal vez lo que llamamos valor no sea en ellos más que el desdén por la vida que sienten los infelices.

-Se equivoca usted de nuevo: el paraguayo es acaso el pueblo más feliz de la tierra. Una paz de medio siglo le ha permitido lograr una modesta, aunque sólida, prosperidad que alcanza a todos, si no por igual, sin diferencias irritantes. Estuve dos veces en el Paraguay: en 1853, cuando finalmente el país consiguió superar el aislamiento que le habían impuesto sus vecinos del sur, y diez años después, en ocasión de la muerte del viejo presidente López. Fue este un hombre prudente, enérgico y progresista. Gobernó con mano firme durante veinte años, que fueron de ininterrumpida emergencia nacional. El mayor de sus méritos fue haber logrado realizar una obra constructiva verdaderamente impresionante en circunstancias muy difíciles. Ejerció un poder absoluto pero no tiránico, consciente tal vez de que la complacencia hubiese significado un suicidio. Los progresos que observé son asombrosos. Es el único país de Sudamérica que posee una fundición de hierro, un moderno arsenal, un bien equipado astillero, un ferrocarril. La educación primaria es obligatoria y gratuita

para los varones. Me han dicho que casi no hay analfabetos. Su ejército, aunque mal armado, es disciplinado y numeroso. Está formado por ciudadanos que sirven por un período de conscripción obligatoria en tiempos de paz, y pueden ser movilizados en su totalidad en tiempos de guerra...

Lord Stapleton dio lumbre a su pipa, y concluyó:

-Es trágico, pero a pesar de todo lo que le he dicho, si bien a los aliados les será muy difícil vencerlos, los paraguayos están irremediabilmente perdidos. La guerra será larga, demandará mucho dinero y el resultado no ofrece dudas. [19]

- II -

Los comentarios de Lord Stapleton, las promesas encerradas en sus insinuaciones, y el compromiso asumido de pintar el retrato de Cándido Bareiro, indujeron a René Tibourd, aficionado a los libros de viajes y atento seguidor de los descubrimientos geográficos, a saber más del Paraguay, un país acerca de cuya existencia apenas tuviera noticias hasta entonces.

Aparecía en el mapa de Sudamérica como un cuadrado de límites imprecisos, de superficie más o menos equivalente a la de Francia, cruzado en su extremo superior por el trópico de Capricornio. Hay, al parecer, una sola ciudad, la de Asunción, la cual, según averiguó, tenía apenas 20.000 habitantes, siendo el total de la población del país unas 800.000 personas, mestizas en su totalidad.

Estaba lejos de todas partes. Tenía al norte el Matto Grosso brasileño: selvas inmensas, impenetrables, que se confundían con la cuenca del Amazonas y llegaban hasta el mar Caribe. Le separaban del océano Pacífico páramos infernales y el altiplano de Bolivia en el muro colosal de la cordillera de los Andes. También estaba lejos del Atlántico. Confluían en el extremo sur dos grandes ríos: el Paraguay, que dividía el país en dos mitades; y el Paraná, que después de ceñirlo por el costado oriental, bajaba hacia el sur, corriendo mil quilómetros por las llanuras pastoriles de la Argentina, hasta formar, con otro gran río, el Uruguay, el estuario del Río de la Plata, en cuya margen derecha estaba la ciudad de Buenos Aires, y en la izquierda Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay. El gigantesco Imperio del Brasil, que fuera posesión de Portugal, volcaba todo su peso en un embudo sobre aquellas antiguas colonias españolas.

A René Tibourd le fue difícil imaginar una nación medianamente civilizada en un lugar geográfico que parecía adecuado solamente para albergar hordas salvajes de boschimanos antropófagos. Sin embargo, Lord Stapleton lo describía como una Arcadia moderna, que proporcionalmente tenía menos analfabetos que la Francia del Segundo Imperio. Desde el punto de vista de las doctrinas generalmente aceptadas y de los novísimos conceptos de la sociología, el Paraguay era un absurdo, o una boutade. Marginado de las grandes rutas del [20] comercio y de la civilización; agazapado como una fiera en su cubil en lo más enmarañado y oscuro de un continente que, salvo en la periferia marítima, continuaba siendo bárbaro. Agregábase a ello el clima cálido, que induce a la molicie, y una

población mestiza de color, privada de la tutela del hombre blanco.

René Tibourd comprendió que por sinceras y profundas que fueran las simpatías de Lord Stapleton por la brava república selvática, no dejaría por eso de cuidar sus intereses, que, como buen inglés, los identificaba con los de la Corona.

En este caso concreto había sugerido que el artista francés podría obtener algunos dividendos de aquel incomprensible y sangriento conflicto de ultramar. Lord Stapleton era de fiar. Frío, calculador y despiadado tratándose de negocios, no dejaba por eso de ser un caballero. Le había aconsejado a tiempo que vendiera las acciones que poseía de empresas que operaban en México. Allí Maximiliano de Austria, coronado y sostenido por Napoleón III, enfrentaba con el ejército francés a infatigables bandas de forajidos acaudillados por el indio Benito Juárez. Como había previsto Lord Stapleton, apenas terminada la guerra de secesión, los Estados Unidos exigieron que Francia retirara sus fuerzas y dejase a Maximiliano librado a su suerte.

Hijo de un oficial subalterno de la Grande Armée, que había gruñido sus resentimientos y acariciado sus nostalgias en una pequeña ciudad de provincias, René Tibourd adquirió en la infancia un cierto sentido épico de la vida que estaba fuera de lugar en el ambiente en que desarrollaba sus actividades. Era un apasionado, y por tanto imprudente, jugador de la Bolsa. Le hacía sentirse parte de una clase social a la que despreciaba, al tiempo que deseaba ardientemente ser admitido por ella como uno de los suyos. Intuía que como artista no lo lograría jamás. Por grande que fuera su éxito, y acaso por eso mismo, no pasaría de ser un adorno. Por costoso que fuese entraba en la categoría de lo superfluo. Para estar a la moda, hablar de ello de igual a igual con tanto idiota burgués gentilhomme, él, que administraba sus gastos hasta el extremo de no desperdiciar una pizca de pintura, de conformarse en privado con un trozo de pan duro y un pedazo de queso rancio, invirtió en México los ahorros acumulados por el terror a la pobreza, de la que había escapado después de haberla padecido hasta el tormento. Lo hubiese perdido todo de no haber mediado el oportuno aviso de Lord Stapleton.

La curiosidad, ahora justificada por sus intereses, movieron a René Tibourd a informarse con mayor detalle acerca de la exótica república que enfrentaba a medio continente sudamericano y provocaba especulaciones en el mercado financiero internacional. [21]

Los libros que encontró fueron muy pocos. Se enteró de que el país en cuestión luego de independizarse de España en 1811, vivió tres décadas de fabuloso aislamiento, hasta el punto de ser conocido en el extranjero como la «China Americana». Cayó bajo la dictadura perpetua de un atrabiliario teólogo jacobino, quien, resentido con la aristocracia criolla de origen peninsular que le enrostraba su condición de mulato, la arruinó con multas y expropiaciones, la aniquiló en el patíbulo, la encadenó en mazmorras, la degradó socialmente declarándola mulata hasta la quinta generación. Confiscó los bienes de la Iglesia, cerró los conventos, secularizó el sacerdocio y se declaró ateo. Alimentó las bajas pasiones de la plebe, a la que sobornaba con dádivas y dirigía con el terror, sometiéndola al extremo de obligarla a llevar sombrero para que pudiera descubrirse ante las autoridades. El Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, que así

gustaba hacerse llamar el advenedizo personaje, se hizo mundialmente famoso cuando secuestró y retuvo al célebre botánico francés Aimé Bonpland, compañero de Humboldt. No valieron súplicas. Ni la amenaza de una expedición libertadora mandada por el gran Bolívar. Años después, movido acaso por uno de esos cambios en la dirección de los vientos que tanto afectaban los agriados humores del hipocondríaco individuo, mandó que Bonpland fuese liberado y expulsado del país llevándose todos los bienes que había acumulado durante su largo confinamiento en una aldea. Para sorpresa de aquellos que lo imaginaban engrillado en un lóbrego calabozo, Aimé Bonpland habló del Paraguay en términos encomiásticos. Confesó que lo había abandonado con lágrimas, y que se hubiera quedado para siempre si le hubiese estado permitido. Habló de la paz y la prosperidad de que gozaba el pueblo bajo un gobierno severo y providente, empeñado en consolidar la independencia y evitar la anarquía que asolaba la región rioplatense. Y allí se acababa la bibliografía.

El espíritu inquieto de René Tibourd quería saber más del Paraguay. Lo consiguió donde menos esperaba: en el círculo íntimo de la emperatriz Eugenia de Montijo.

Ser admitido en tan selecta sociedad, de todas la más exclusiva, era uno de los mayores logros a que podía aspirar un hombre ambicioso. Tuvo acceso a ella en circunstancias acaso no del todo fortuitas cuando, si bien no era ya un desconocido, estaba lejos todavía de ser un retratista de moda. Ocurrió en su mejor época. Había dejado atrás la etapa más amarga de la lucha consigo mismo y con el medio. Al apasionado, absorbente y entusiasta amor por su trabajo, por el que tantas penurias había padecido y al que brindara lo mejor de sí mismo, se sumaban entonces la confianza en el éxito y una codicia creciente. [22]

Justificaba esta última, nacida a poco de recibir encargos de cierta importancia y de cotizarse cada vez mejor sus pinturas, como un merecido desquite por pasadas privaciones. Aunque no había perdido del todo esa íntima e inconfesada humildad que subyace en el trasfondo del alma del verdadero artista, ya no le atormentaba tanto como antes la duda de su propio talento; la tensa vacilación en cuanto al acierto de sus medios expresivos; la compulsión de volcarse por entero en su obra, de transmitir mediante ella un mensaje comprensible para los demás, pero acerca de cuyo significado él mismo sabía muy poco. Un mensaje condicionado, limitado, y acaso profundizado por la necesidad de adecuarse a las exigencias y los gustos de la época -o de quienes podían pagarle-, al tiempo de negar, escandalizar esos mismos gustos para alcanzar el relieve que lograra agitarlos, conmoverlos, forzarlos a aceptar su propio registro para no quedar rezagado por la incomprensión en la soledad, el hambre, y, en definitiva, en la frustración al ser privado de la posibilidad misma de realizar su tarea en plenitud y de este modo expresarse, cumpliendo así el mandato de poderes ineluctables.

Sentía que el gran arte es aquel que ha logrado superar estas contradicciones en una síntesis sublimada, que no es de naturaleza moral sino estética, que sólo puede realizarse en la obra misma. Había aprendido también que la cuestión no está nunca totalmente resuelta, que vuelve a plantearse con cada pincelada y no es posible jamás estar seguro de haber elegido con acierto. Sin que él mismo lo advirtiese, era esta búsqueda

dramática la que daba fuerza a sus retratos. Aunque no lo único.

Unos años atrás René Tibourd estaba trabajando en el retrato de Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville. El caballero debía viajar en breve al Río de la Plata en misión diplomática. Deseaba, antes de partir, agregar el suyo a la galería de retratos de sus antepasados ilustres en la mansión familiar, por lo que había urgencia en terminarlo. M. Peralt era un aristócrata joven y muy bien parecido, con algo esquivo en la expresión de su rostro de rasgos finos, afilados; en la palidez enfermiza de su tez aceitunada; en la mirada ausente de sus grandes ojos afiebrados que parecían empeñarse en ocultar una tensa inquietud próxima a la desesperación. Podría haber servido de modelo para un arcángel recientemente expulsado del paraíso.

René Tibourd, que procuraba enterarse de todo lo relacionado con sus clientes, había oído decir que M. Peralt estaba en bancarrota. Abrumado por deudas, su próxima partida, facilitada por amigos y familiares influyentes en la Corte, tenía los visos de una fuga. Estaba posando en su gabinete cuando un doméstico annamita anunció a Lord Stapleton, a quien René Tibourd no conocía en aquel entonces. [23]

Tras las presentaciones de rigor, y con la anuencia de ambos caballeros, el pintor continuó su trabajo mientras ellos trataban sus asuntos en inglés. Aunque conocía perfectamente ese idioma, René Tibourd estaba tan concentrado que no prestó atención a lo que decían, pero sí a los sutiles cambios que se iban operando en el semblante del modelo. No advirtió que Lord Stapleton, que se había puesto de pie y se paseaba por la estancia, le observaba entre la humareda de su pipa. Poco después, al despedirse, le tendió la mano y le dijo, en un aparte.

-Es usted un canalla, Monsieur Tibourd: debería pintar un retrato de la emperatriz.

El artista frunció el ceño, sorprendido por aquella expresión impertinente de excéntrico humor inglés; pero, antes de que pudiera replicar con alguna frase aguda propia de un francés de espíritu, Lord Stapleton se había ido. Irritado, sobre todo consigo mismo por la lentitud de su ingenio, no tardó sin embargo en olvidar el incidente. Hasta que, algunas semanas después, le visitó el coronel Mercier, uno de los edecanes de Eugenia de Montijo, para decirle que la emperatriz se sentiría complacida de conocerle, y, eventualmente, de concederle el honor de pintar su retrato.

El trabajo que realizó le abrió de par en par las puertas de la fama y la fortuna. Acertó la composición perfecta. El decorado y el ambiente estaban elegidos de modo que la fastuosidad tuviera el aspecto de lo habitual y cotidiano mediante la sabia economía de los detalles ornamentales, que, estando presentes, pasaban desapercibidos. En la combinación de formas y colores se evocaba la fuerza primordial de la naturaleza. En ese marco, perfectamente integrado a él, se destacaba la figura de la emperatriz, vista desde un ángulo que mejor mostraba su belleza. Fue atrapado un momento fugaz en el que el gesto revelaba en plenitud, como el estallido de una fuerza elemental, el orgullo, la pasión y la vitalidad de la española de un modo que trascendía a la contingencia de la modelo.

Nada era falso en el retrato, pero todas las verdades habían sido

cuidadosamente elegidas. Sin embargo, René Tibourd no era dueño de la verdad. Por algún impensado resquicio se deslizaron la avidez, la necedad, el tedio, la vanidad pueril; y la sensualidad insatisfecha de hembra en celo, que hacía poco favor a Luis Napoleón, emperador de los franceses.

Esta penetración en lo recóndito, en lo inconfesable, era lo que daba a los retratos de René Tibourd un fondo de misterio que los hacía inquietantes. Era a un tiempo desquite y confesión. Se pintaba a sí mismo. Indagaba en sus modelos la parte oscura de su propia alma, al tiempo que hacía traslúcidas las máscaras del Segundo Imperio. [24]

En prueba de reconocimiento, pintó un retrato de Lord Stapleton, de quien acabó por hacerse muy amigo. Trabajó con cierto humor vengativo, pero el inglés no se dejó atrapar.

Desde entonces René Tibourd pasó a ser uno de los asiduos cortesanos de la emperatriz. Se multiplicaron los encargos, obtuvo honores, ganó mucho dinero, se aficionó al juego de la Bolsa. Siguió siendo un pintor concienzudo, poseedor de una técnica depurada. Sus retratos eran perfectos. Sin embargo, se había ido apagando la vida que les supo dar en otro tiempo. Amaba la pintura, que lo había llevado desde una sórdida buhardilla a los salones de las Tullerías, pero ahora la trataba como a una antigua y fiel amante, con la pasión atemperada por la costumbre y la seguridad de ser correspondido. Sólo ocasionalmente renacían en él la sorpresa, el entusiasmo, la emoción de la búsqueda y el descubrimiento, los tormentos de la insatisfacción y de la duda.

Por alguna razón que no trató de explicarse, pues no tenía la costumbre de analizar sus sentimientos, que volcaba directamente en la tela sin la perturbadora mediación de las palabras, la curiosidad que al principio experimentara por el pequeño país sudamericano envuelto en una guerra de colosales proporciones, se convirtió en vivo interés. Aguardaba casi con impaciencia que sus múltiples compromisos le dejaran tiempo para visitar la Legación Paraguaya y comenzar el retrato del Encargado de Negocios Cándido Bareiro.

Entre tanto no perdía ocasión de informarse, sea por los periódicos, sea interrogando a las poquísimas personas que podían darle alguna noticia de aquel rincón perdido del mundo.

Durante una tertulia en una de las salas privadas de Eugenia de Montijo, salió a relucir el tema y René Tibourd se enteró de muchas cosas acerca del Paraguay. [25]

- III -

El general Mercier, uno de los edecanes de la emperatriz, el mismo que en otro tiempo visitara a René Tibourd, comentó que había conocido en París -de esto haría no menos de diez años- a Francisco Solano López, actual presidente de la república del Paraguay y comandante en jefe de sus ejércitos. Había venido en misión diplomática para agradecer el reconocimiento de la independencia de su país y tramitar acuerdos comerciales. Le acompañaba un reducido séquito, en el que se encontraba su propio hermano Benigno, el doctor Juan Andrés Gelly, hombre de notable ilustración y cumplido caballero, el capitán Rómulo Yegros y algunos más

cuyos nombres no recordaba.

Fueron declarados huéspedes de la corona. Al entonces coronel Mercier le ordenaron que los guiase y asistiese. A fe que la misión resultó placentera. Francisco Solano López era muy joven, pero ya ostentaba el grado de general y daba pruebas de una madurez muy por encima de sus años. Tanto por ser el primogénito del viejo presidente Carlos Antonio López, como por sus personales méritos, se daba por descontado que, tarde o temprano, gobernaría su país.

Ejercía sobre sus acompañantes indiscutida autoridad. En ocasiones daba a estos un trato un tanto altivo y desconsiderado. Hacía excepción con el doctor Juan Andrés Gelly, por quien parecía sentir un gran respeto. Le consultaba antes de tomar cualquier decisión importante, si bien al hacerlo -como confió el capitán Rómulo Yegros al coronel Mercier-, cumplía recomendaciones de su anciano padre, a quien el joven López veneraba y obedecía sin discusión.

Era en extremo laborioso. Estaba convencido de que aguardaba a su patria un gran destino que él estaba predestinado a realizar. Se proponía proveer a los suyos en el menor tiempo posible de las ventajas de la civilización y de los beneficios de la industria y el comercio más avanzados. Hablaba con entusiasmo de la virtud, docilidad, laboriosidad y natural inteligencia de sus conciudadanos. Se interesaba en las doctrinas sociales y en las diversas formas de constitución política. Era asiduo lector de Saint Simon y Lamartine. Gustaba del estilo de Chateaubriand. Adquirió gran cantidad de libros. Estudiaba las campañas de Napoleón, textos de táctica y reglamentos militares, [26] interesándose particularmente en el tema de las fortificaciones. Consultaba con frecuencia al coronel Mercier acerca de estos asuntos y hacía observaciones penetrantes acerca de las tácticas en uso en los ejércitos europeos. Coleccionaba grabados que mostraban los uniformes más vistosos y adquiría algunos de estos para vestir a sus soldados y oficiales.

Mandó construir en Inglaterra una moderna cañonera de acuerdo a sus especificaciones, para que fuera maniobrable en los grandes ríos de su patria. Llevó labradores de Burdeos para fundar una colonia; de Inglaterra, calificados técnicos y obreros especializados en diversas ramas de la industria y de la construcción, especificando en sus contratos que estaban obligados a transmitir sus conocimientos a los paraguayos. Consiguió un notable arquitecto italiano, un literato español, un músico francés. Su país debía ser rico, puesto que gastaba sin tasa y era sumamente espléndido con las personas que trataba. Él mismo, y sus acompañantes, llevaban una vida si no opulenta y dispendiosa, libre de privaciones. Sabía procurarse los placeres propios de su edad y condición. Era un hombre encantador. Supo ganar la simpatía del Emperador, que le honró encomendándole dirigir una parada militar en el Campo de Marte, distinción raramente concedida a un extranjero.

-Lo que dice usted es sorprendente -dijo René Tibourd, que había escuchado al general Mercier con el más vivo interés-. ¿Por qué cree usted que un hombre de talento como el que describe permitió que su país se viera envuelto en una confrontación armada tan desigual?

-¡Ah, la envidia, mi querido amigo, la envidia! Las miserables y anarquizadas repúblicas del Río de la Plata y el imperio esclavócrata del

Brasil no podían soportar la vecindad de un país próspero y pacífico, sabiamente gobernado, que se hacía cada vez más poderoso.

-Sin embargo, salvo que esté mal informado, fueron los paraguayos quienes iniciaron las hostilidades agrediendo e invadiendo a sus vecinos sin que mediara provocación alguna.

El general Mercier no se dejó confundir por la evidencia:

-Fue una decisión más que audaz, desesperada, para adelantarse a los acontecimientos. Mucho antes de que se iniciara la guerra contra el Paraguay, ella estaba pactada y decidida. ¿Ha leído usted el «Tratado Secreto de la Triple Alianza»?

-No, no lo he leído.

-Por orden expresa del primer ministro de S. M. británica, Lord John Russell, fue incluido en el «Libro Azul» del 2 de marzo de este año una traducción al inglés del Tratado Secreto y de sus artículos adicionales, que había llegado a conocimiento del Foreign Office [27] por indiscreción de uno de los firmantes. Inmediatamente «The Times» publicó el sensacional documento. Es un pacto de guerra a muerte contra el Paraguay; acaso el documento más infame, cínico y monstruoso de la historia de la diplomacia de todos los tiempos, sólo comparable con las terribles decisiones del Senado romano después de la segunda guerra púnica. Acuerda descuartizar un Estado soberano y reducir a una nación a la impotencia. No deja a los paraguayos más alternativa que la de luchar hasta vencer o morir. Habiendo conocido al hombre que los manda, puedo asegurarle que no cejará hasta el último aliento.

La santa indignación del general Mercier, expresada con énfasis y altisonancia, conmovió a las señoras. Algunas de ellas, y la propia emperatriz, recordaron haber conocido al general López. Madame Biseau, dama algo madura, que, como anotaron los carboneros alertas de René Tibourd, gozaba de ese inagotable encanto juvenil que la inteligencia y el humor suelen dar a las mujeres, dijo, entre irónica y picaresca.

-Nuestro querido general Mercier ha olvidado mencionar que su amigo, entre los muchos especialistas que contrató, llevó también una amante irlandesa.

Se avivó el interés de las damas, deseosas de escuchar una romántica historia de amor y de heroísmo en países exóticos.

Según Madame Biseau el apuesto, algo grueso, corto y arqueado de piernas general paraguayo había seducido a Madame Elisa Alicia Lynch de Quatrefages, joven y bella esposa de un médico militar francés destacado en Argel, mientras ella restablecía su quebrantada salud con los frescos aires de París. Elisa dejó a su marido para seguir a su amante, que se le había adelantado en una cañonera, seguramente la misma que mencionó el general Mercier cuando hizo el elogio de los arrebatos progresistas del futuro estadista indiano. No viajaron juntos porque ella esperaba el primer fruto de sus amores. No hubo escándalo porque el cornudo galeno, que doblaba en edad a su esposa y era feo como un sapo, carecía de relevancia en sociedad. No podría decirse lo mismo de Elisa, que había sido cortejada anteriormente por el jefe de escuadrón Waubert de Genlis, el conde Alexandre Meden, un príncipe ruso, un Lord inglés, un tenor español, un banquero de Londres y, en la propia Roma, por el cardenal Antonelli, todo lo cual no es poco mérito para una dama que no había

cumplido veinte años.

-El general Mercier podrá decirnos si es verdad que fue el propio Napoleón III quien la presentó al general López en un baile oficial de las Tullerías como «une des nos reines para la beauté». [28]

El general Mercier se agitó molesto en su asiento y se excusó de responder sonriendo cortésmente. Madame Biseau lanzó una exclamación:

-¡Oh, es la verdad, puesto que no quiere decirla!

Nada más hubiera sabido Madame Biseau de la bella irlandesa si no se hubiese enamorado locamente de ella el príncipe polaco Stanislaw Kzntmkrzkw.

Ante la atónita mirada que le dirigieron, Madame Biseau se apresuró a explicar:

-Es muy conocido en la Corte; pero, tendrán que perdonarme si he suprimido la única vocal del apellido del príncipe Kzntmkrzkw, que me ha honrado haciéndome su confidente y cuya confianza no me es dado defraudar ni con la indiscreción de una letra.

Como suele ocurrir a los enamorados, continuó Madame Biseau, el príncipe polaco incurrió en extravagancias que podrían parecer ridículas a quienes no se encuentran poseídos de idéntica pasión. Consultó a una zíngara de Transilvania, Madame Propiandescu, la cual, como se sabe, practica sus artes en Montmartre para una selecta clientela de nobles, estadistas y magnates que no dudan de sus poderes de astróloga y cartomántica.

Persuadió a la pitonisa de que Elisa se hallaba prisionera de un malvado que la fascinó mediante hechizos disueltos en un brebaje que los paraguayos preparan en el pulido cráneo de un mono tití, sorbiéndolo por un cañuto de marfil bañado en Plata. Se trata de una pócima de hierbas opiáceas que sumerge a quienes la beben en un trance durante el cual los varones quedan poseídos de los demonios de la lujuria y adquieren inagotable virilidad y las mujeres se tornan insaciables.

Con la temeridad propia de su raza, el príncipe eslavo concibió la descabellada idea de viajar al Paraguay para rescatar a su amada de las garras del ogro sudamericano. Y acaso también, aunque no lo dijo, para importar un cargamento de las tales hierbas mágicas. Fletó para el efecto un bergantín en Burdeos. En él cruzó el océano hasta una factoría inglesa de ultramar llamada Buenos Aires, última avanzada de la civilización en aquellas remotas latitudes. Luego remontó inmensos ríos infestados de cocodrilos, en cuyas orillas pastan manadas de elefantes unicornios y emplumadas jirafas tricéfalas; acechan tigres de cuyos colmillos fabrican filosísimos alfanjes unos indios piratas llamados paguaguá.

Siguió después por bosques poblados de boschimanos antropófagos y de una curiosa tribu de pigmeos que poseen una rígida cola cartilaginosa que les obliga a andar siempre provistos de una aguda estaca para abrir en la tierra un agujero del tamaño de su apéndice [29] rábico cuando quieren sentarse. Ya había llegado a Asunción, una miserable aldea con pretensiones de ciudad capital, y se hallaba reposando en una hamaca, cuando de pronto fue atacado por un insecto del tamaño de un búho gigantesco, al que los nativos llaman ura y le temen como a una encarnación del demonio. Sería hombre muerto si no hubiera abatido a aquel engendro infernal con un certero tiro de revólver, arma que los paraguayos

desconocían entonces y que secuestraron de inmediato, por orden del presidente de la república, para que la examinase un consejo de ancianos.

Gobernaba el país un déspota hidrópico, increíblemente obeso, de cara alunada y cráneo puntiagudo, que escondía bajo chisteras de tamaño descomunal.

Si estaba de buen talante, dispuesto a escuchar peticiones, el sanguinario tirano usaba una galera blanca. Si por el contrario su humor era sombrío, como ocurría las más de las veces, se encasquetaba una negra hasta los ojos pestañudos y quien se le acercaba era a sabiendas de que se exponía a un peligro mortal. El príncipe tuvo suerte. Cuando, como era de rigor hacerlo, solicitó audiencia para presentar sus saludos al presidente de aquella república farandulesca, calaba este un sombrero blanco. Estaba descalzo, en calzoncillos, sentado en una hamaca, chupando zumos de hierbas que escanciaba un zambo semidesnudo que blandía una cimitarra y no apartaba su mirada sañuda del blanco y delicado pescuezo del príncipe Stanislaw Kzntmkrwk.

Cumplido el trámite descrito, el príncipe, obrando con la discreción y la cautela que el caso exigía, hizo averiguaciones acerca de Madame Elisa Lynch con el fin de rescatarla del poder de su raptor y devolverla a Europa, en cuyas cortes reales y episcopales brillara anteriormente por su belleza y su talento.

Elisa vivía como la favorita del serrallo del general Solano López, un ridículo sultán de casaca y entorchados, que por fortuna se encontraba ausente, dedicado a su ocupación favorita de construir ferrocarriles tirados por bueyes.

El general López, por miedo a su terrible padre el presidente, que no consentía el escándalo, mantenía a su amante algo apartada de lo que con indulgencia podría llamarse la alta sociedad aristocrática. Las damas patricias hablan entre ellas una impronunciable jerigonza indígena, fuman de entre casa apestosos cigarros, andan descalzas, se buscan piojos las unas a las otras valiéndose de un peine fino y lanzan de tanto en tanto certeros escupitajos a las macetas de flores que adornan sus abigarrados jardines, que más bien parecen una prolongación doméstica de la exuberante selva tropical. No soportan que el delfín de la presidencia mantenga en público concubinato a una [30] hetaira extranjera. Elisa pasa la mayor parte del tiempo recluida en una quinta situada en las afueras del villorrio, rodeada de torvos esbirros que no la pierden de vista un solo instante.

Su valiente enamorado consiguió visitarla en dos ocasiones. No pudo hablar con ella en privado. En ambos casos estuvo presente uno de los ayudantes del general López, un meloso y simiesco individuo que conocía el francés, el italiano y el inglés, idiomas con los cuales hubieran podido burlar su vigilancia, ya que Elisa, como todo el mundo, salvo ellos mismos, ignora el galimatías de los polacos.

La casa estaba espléndidamente amueblada. La dama, cautiva en jaula de oro, vestía como una reina, luciendo joyas costosísimas. Para tormento del príncipe, la bella irlandesa estaba en su esplendor. La atendía una corte de vasallos serviles atentos a satisfacer sus menores deseos, al tiempo que la espiaban. Stanislaw Kzntmkrwk comprendió que era desdichada cuando Elisa le dijo, con una leve y fugaz caída de párpados, que el

Paraguay es un paraíso cuando no hace calor.

El príncipe replicó, al tiempo que se escurría el sudor con un pañuelo, que entonces él solamente había conocido el infierno.

Bastó para que los suspicaces nativos, que pretenden que su país disfruta del mejor de los climas en todas las estaciones, le obligaran a abandonarlo antes de que pudiera arbitrar los medios para liberar a la cautiva. Sin darle explicación alguna fue llevado hasta su bergantín, escoltado por cuatro feroces sicarios armados de sables y tercerolas, que no le perdieron de vista hasta que el barco hubo zarpado y alejándose una milla, como el príncipe pudo comprobar observándolos con sus prismáticos, novísima invención de la óptica germana.

De regreso en París, desahogó su atormentado corazón narrando las tribulaciones vividas y su inconsolable desconsuelo a su mejor amiga y confidente, que desde luego no era otra que Madame Biseau.

-¡Cest un paradis le Paraguay quand'il fait pas chaud!

Hugo lágrimas y suspiros. El general Mercier perdió la compostura y calificó lo que había oído de patrañas de un aristócrata embustero.

-Me permito recordarle, querido general -replicó Madame Biseau, con severa dignidad-, que el príncipe Stanislafl Kzntmkzkw es mi amigo y un perfecto caballero. Si las palabras de usted llegaran a sus oídos, le desafiaría. Le advierto que es tirador infalible y maestro de la esgrima.

El general Mercier contuvo una palabrota y se incorporó a medias, listo para replicar; pero, ante una significativa mirada de la emperatriz, que se veía obligada a calmar muy a menudo los ímpetus de aquel rudo guerrero reducido a cortesano, suspiró resignado y se calló. [31]

Todos se echaron a reír. El general Mercier, dándose cuenta de que había caído en una trampa, sonrió a su vez al tiempo que amenazaba con una palma abierta a la traviesa Madame Biseau.

Tomó la palabra Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville, que había permanecido en silencio hasta entonces, sometido sin saberlo a la atenta observación de René Tibourd, que lo veía por primera vez desde que, años atrás, pintara su retrato. Parecía más alto y fuerte. Los rasgos se le habían acentuado. Miraba con los ojos de un bandido. Era recibido en los círculos más exclusivos y aristocráticos como privilegio de familia, a pesar de que su cargo en el servicio diplomático era oficialmente subalterno. Había trascendido que solían confiarle misiones confidenciales importantes, en las que se precisaban coraje, habilidad y falta de escrúpulos. Las mujeres intuían en él algo diabólico, y aunque las excitaba, le rehuían.

-Visité el Paraguay el año pasado, en la cañonera «Desidée». Acompañaba a Monsieur Maurice de Vernoulliet, secretario de la Legación de Francia en Buenos Aires, quien era portador de una carta autógrafa de S. M. el emperador Napoleón III para el Mariscal Francisco Solano López. Pasamos sin ser molestados a través de la Flota Imperial del Brasil desplegada en las Tres Bocas, que así se llama la confluencia de los grandes ríos Paraná y Paraguay. Hacia el este se oía un violentísimo cañoneo. Al llegar a Humaitá fuimos recibidos en audiencia solemne por el Mariscal López. Coincido con el general Mercier en que es un hombre encantador. Por lo que pude observar, Humaitá es una fortaleza inexpugnable. Ocupa la margen izquierda de una cerrada curva en la que el

río Paraguay se estrecha. Puede cruzar los fuegos de sus baterías en un amplio recodo de las aguas. Dentro de su perímetro reinan el orden y la limpieza. Los cuarteles son sólidas construcciones de adobe con techo de paja, amplias y aireadas. Sobre la ribera se levanta una hermosa iglesia de alto campanario. Los oficiales visten a la francesa. Los dragones de la guardia usan casco de bronce con una cola de mono en la cimera. La tropa de línea lleva altos morriones de cuero, roja blusa de bayeta, pantalones blancos de lonilla y no gasta calzado. Esta parece ser una costumbre del país. Me han dicho que los jefes y oficiales cuando están de fajina se libran de las molestas botas. Los soldados tienen un magnífico aspecto, nunca he visto reunida una juventud tan espléndida. Se los ve bien nutridos. Son por lo general altos, espigados. Abundan, sobre todo en la caballería, verdaderos gigantes. Llevan una corta melena, el rostro afeitado y grandes bigotes, si bien abundan los muy jóvenes que muestran el rostro limpio, de notable finura de rasgos. Predomina la piel cobriza, aunque hay también no pocos blancos, [32] algunos tan rubios que parecen anglosajones. He visto también indios puros, negros y mulatos, pero son lo menos. No se observan diferencias de casta o raza entre jefes, oficiales y soldados. Los mandos provienen invariablemente de la tropa de línea, cosa que no ocurre en los ejércitos aliados, en los que la oficialidad está formada por individuos de las clases educadas y pudientes, que deben sus grados no a la experiencia y al mérito sino que los ostentan como un privilegio. Mi opinión es que el ejército paraguayo está formado por hombres vigorosos, disciplinados, entusiastas, y por tanto, temibles, aunque sus enemigos les tripliquen en número, dispongan de reservas inagotables y estén mucho mejor armados.

-¡Admirable, admirable! -exclamó el general Mercier, mirando triunfalmente a Madame Biseau.

-Se nos autorizó a continuar viaje hasta Asunción. La ciudad es extensa, aunque poco poblada. Se halla edificada sobre una suave pendiente que elevándose desde el río pierde gradualmente su declive hacia el sur en una sucesión de encantadoras colinas. Debido a la escasez de grandes edificios, y como las casas por lo general no tienen más que un piso, apenas se ve a la distancia otra cosa que techos de teja rojiza, con uno que otro mirador que la domina. En el centro, las viviendas, protegidas por recovas, se alzan sobre plataformas de ladrillos a lo largo de calles arenosas calcinadas por el sol. Observé varios edificios nuevos y muchos más en construcción, que indudablemente han sido proyectados por arquitectos europeos. Desde la Plaza de Armas se contempla el estupendo panorama del río, en cuya ribera opuesta se extiende el gran Chaco, habitado por tribus de indios salvajes.

-Supongo que entre ellos y los paraguayos no hay mucha diferencia -respingó Madame Biseau, batiéndose en retirada.

-No es lo que pude observar. Los paisanos visten trajes vistosos, de admirable pulcritud. No he visto uno solo cubierto de harapos, como es frecuente en Buenos Aires, Río de Janeiro, y, hemos de decirlo, también en París. Las mujeres son hermosas. Poseen el don de la amable cordialidad. El Paraguay sonrío. Tiene un misterioso encanto que al viajero le es difícil olvidar. Fuimos alojados en el moderno y confortable edificio del Club Nacional. En la fiesta que se hizo en nuestro honor conocimos a

Madame Lynch, que es en verdad una mujer bellísima, exquisitamente educada. Por momentos creímos estar en uno de los aristocráticos salones de París. Las damas vestían a la moda y se comportaban con deliciosa sencillez e inocente desenfado. Los caballeros, aunque un tanto campechanos, no son unos palurdos y saben conducirse con decoro y dignidad; cualidades estas que parecieran formar parte del carácter de los paraguayos en general, [33] y no exclusiva de las personas educadas. No se hacían sentir todavía los efectos del bloqueo, ni el país había sido invadido, ni se habían librado las grandes batallas que seguramente llevaron el luto a muchos hogares. Los extranjeros con quienes conversé, entre los cuales naturalmente estaban nuestros compatriotas, confiaban, sino en la victoria de los paraguayos, por lo menos en la pronta concertación de la paz. El Tratado Secreto no era aún conocido. Tanto es así que el Paraguay aceptó la invitación de Monsieur de Vernouillet de participar en la Exposición Universal de París, en 1867. Hicimos luego un paseo en ferrocarril por campiñas ubérrimas hasta la villa de Paraguarí, al pie de una hermosa serranía. Se celebró una inolvidable fiesta campestre en la que Madame Lynch hizo de anfitriona. Nuestros huéspedes, a los que espontánea y jovialmente se agregaron paisanos de las cercanías, eran consumados bailarines. Ejecutaban complicados pasos de danza, de armoniosa coreografía. La música, alegre, de deliciosa dulzura y notable vigor, ejecutada por arpas, violines y guitarras, es la de un pueblo feliz.

El relato de M. Peralt entusiasmó a los contertulios. Hasta Madame Biseau tuvo que admitir que era posible que el príncipe polaco, enceguecido por el amor y obnubilado por el despecho, no hubiera percibido las bellezas del Paraguay.

-Bien sabemos que los hombres sólo sienten el paisaje si lo ven reflejado en los ojos de una mujer -dijo Madame Biseau, y haciendo un gesto de coquetería preguntó a M. Peralt-: ¿No será el caso de nuestro galante amigo, el caballero de Cuberville?

La emperatriz comentó que su esposo Luis Napoleón no ocultaba sus simpatías por el Mariscal López y la causa por este defendida, que era el equilibrio de los Estados del Río de la Plata, doctrina sustentada por Francia en Europa.

-El Tratado Secreto le produjo la más viva indignación. Piensa que es un escándalo, que las potencias civilizadas no debieran tolerar, el intento de destruir un país próspero y sabiamente gobernado como es sin duda el Paraguay.

-Es precisamente esto lo que alarma a sus vecinos -declaró M. Peralt-. Buenos Aires no ha logrado todavía consolidar su hegemonía sobre el resto de la Argentina. Está siempre latente la guerra con los caudillos pastores. Los provincianos miraban al Paraguay como un ejemplo e intrigaban con todos los medios a su alcance para atraerlo a su bando y comprometerlo en sus disturbios, cosa que los paraguayos habían evitado sabiamente hasta ahora. Para el Imperio del Brasil, un gigante con los pies de barro de la esclavitud, el Paraguay era un obstáculo insalvable para su tradicional política de expansión. Los paraguayos no vacilaron en sacar a puntapiés a los brasileños [34] cuantas veces estos avanzaron sobre los territorios en disputa. Los paraguayos se habían mostrado hasta

ahora invariablemente pacíficos, pero altivos hasta la insolencia. En cuanto al Uruguay, el otro miembro de la alianza tripartita, que fuera creado por la diplomacia de Lord Canning para que sirviera de algodón entre dos cristales, el Brasil y la Argentina, acabó siendo la piedra del escándalo que precipitó la guerra. Desde 1850 el Paraguay garantizaba, por un tratado, la inviolabilidad del territorio uruguayo, y cuando los brasileños lo invadieron, cumplió su compromiso.

-¿No cree usted entonces que los paraguayos sean los causantes de la guerra? -preguntó René Tibourd.

-Técnicamente sí, puesto que la iniciaron. Sin embargo, se venía hablando de la guerra desde tiempo atrás tanto en Río de Janeiro como en Buenos Aires. En ambas capitales se la consideraba necesaria e inevitable. El general Mercier ha mencionado las guerras púnicas. Pues yo puedo decirle que el delenda est Paraguay se escuchaba con harta frecuencia en el parlamento brasileño. En los niveles más altos y confidenciales de la Argentina, esto es, entre los magnates porteños, que dominan el resto del país mediante el control del puerto de Buenos Aires, se decía que mientras viviera el viejo López, cuya prudencia según ellos rayaba en la cobardía, no había peligro de que la paz fuese turbada por una indiscreta intromisión de los paraguayos en la política del Río de la Plata; pero, que en cuanto le sucediera su primogénito, como sin duda ocurriría, ya que piensan que el Paraguay es una república sólo de nombre, habría llegado quizá el momento de tomar drásticas medidas para acabar con aquel monstruo al acecho, que, a medida que pasase el tiempo, se tornarían más peligrosos. No faltarían pretextos, pues abundaban en las fronteras territorios en litigio. El gobierno argentino frustró uno tras otro los reiterados esfuerzos que hizo Solano López, apenas asumió la presidencia, para encontrar soluciones pacíficas y permanentes, aun a costa del sacrificio de parte de lo que el Paraguay considera que legítimamente le pertenece. En cuanto a los brasileños, habían hecho en 1855 la tentativa de asustar a los paraguayos enviando contra ellos la Flota Imperial. El único navío que llegó a Asunción fue la nave almirante, a remolque de un vaporcito paraguayo, llevando a bordo al jefe de la expedición. Se pactó una tregua antes de que se disparase un solo tiro. A resultas de ello el gobierno brasileño tuvo que tragarse las pullas sangrientas de los periódicos de Buenos Aires y los gritos de furor de la oposición en el parlamento, que pedía lavar con sangre tan tremenda humillación. Pero los estadistas responsables sabían que el Brasil no podría vencer al Paraguay sin la alianza de la Argentina, la cual estaba en peores condiciones para intentar por sí sola tan temeraria [35] aventura. Ambos gobiernos postergaron indefinidamente la solución de los problemas pendientes con el Paraguay, a la espera de una ocasión propicia para lanzarse juntos contra él. En opinión de los dirigentes porteños y brasileños, el joven López se había dejado impresionar más de lo permitido por el brillo de las cortes europeas y el espectáculo de la civilización y del progreso; tanto, que parecía seriamente empeñado en asimilarlos a su toldería de indios. Era también posible que el general abrigara sueños de gloria e insensatas ambiciones imperiales. Lo juicioso era entonces, para los astutos porteños y los sagaces brasileños, tenderle una trampa y acabar con él antes de que fuera demasiado tarde.

-Es lo que yo decía -rugió el general Mercier alzando un puño indignado-, ¡la envidia, señor, la envidia!

-O la prudencia -agregó Monsieur Peralt con una sonrisa un tanto cínica.

-Se han olvidado de nosotras -protestó Madame Biseau-, la política es la peor rival de las mujeres. [36]

- IV -

El 4 de abril de 1866, siendo las diez de la mañana, según consta en el libro de entradas de la Legación Paraguaya en París, que minuciosamente llevaba el capitán Gregorio Benites, secretario de la misma, «se presenta munido de sus respectivos cachivaches un pintor de cuadros que dice llamarse don René Tibourd, francés de nación, que manifiesta que viene a pintarle un retrato del Encargado de Negocios el señor don Cándido Bareiro».

La gramática del capitán Benites mejoró mucho desde que, un año y medio después, pasó a ocupar el cargo del señor Bareiro, destituido por el Mariscal López en base a un informe que el secretario consiguió hacerle llegar al cuartel general de Paso Pucú, burlando el bloqueo del enemigo mediante una fantástica estrategia. Puede notarse el cambio en la versión castellana que el mismo señor Benites hace de los enjundiosos artículos que publicó en periódicos franceses, ingleses y norteamericanos en defensa de su país.

Podría decirse que le asesoraba en esa etapa el ilustre pensador argentino Juan Bautista Alberdi, quien noble y desinteresadamente hizo suya la causa paraguaya, desafiando el estigma de traidor. Pero, no tuvo asesoramiento para escribir sus «Memorias», circunstanciada relación de las vicisitudes de la obstinada y solitaria batalla diplomática que libró, ya sin dineros ni auxilio alguno, en Europa y los Estados Unidos, en un desesperado esfuerzo por salvar a su patria de la completa destrucción.

En cambio la Historia no registra que Cándido Bareiro hubiese hecho absolutamente nada mientras fue Encargado de Negocios, aunque después se revelara político activo, maniobrero y audaz. Llegó a la primera magistratura de un Paraguay devastado por la guerra y escarnecido por la derrota. A poco de ocupar tan elevado cargo, cayó en la melancolía, se tornó huraño y caviloso, finalmente, según el polígrafo y feroz archivero Juan Silvano Godoy, que fue su contemporáneo y enemigo, «se apoderó de él una tristeza profunda, que le consumió rápidamente. Perdió el apetito, enseguida la memoria, más tarde el habla, y falleció desasosegado, echando espumarajos por la boca a la manera de aquellos ex comulgados de la Edad Media»; [37] y, agregamos nosotros, dejando en la orfandad a su hijo Francisco, que llegó a poeta modernista.

El doctor Faustino Benítez, un paraguayo de otros tiempos al que tuvimos el privilegio de conocer y de escuchar, recordaba que cuando René Tibourd estuvo en Asunción en la última década del siglo pasado, solía comentar con su amigo y colega Guido Boggiani las visitas que hizo en su juventud a la Legación Paraguaya en París con el objeto de pintar un retrato del Encargado de Negocios Cándido Bareiro.

Guido Boggiani, si se nos permite una necesaria digresión, fue un pintor y antropólogo italiano que realizó en el Paraguay de posguerra una notable obra artística, científica y filantrópica. Fue muerto, y dicen que ritualmente comido por los indios del Chaco, que nunca hasta entonces habían sido convictos de antropofagia. Diose la casualidad que el ilustre italiano fuese sacrificado por bárbaros, que hasta entonces habían sido amigos suyos, poco después de haber pintado un bellissimo retrato de Magdalena Garmendia, la misma que hoy la leyenda recuerda como La Magdalena. La fatídica mujer era por entonces regente de una casa de lenocinio en la Picada de Manorá o Sendero para Morir, que hoy en día es la Avenida España, en Asunción.

La Magdalena tenía fama de bruja. No se marchitaba su belleza en el transcurso de los años. Siendo una muchacha huyó en ancas de un magnicida la víspera de su boda con el magnate francés Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville, reputado por el vulgo como el diablo en persona. Despechado el Maligno por el desaire de su novia, hizo que desde entonces tuvieran un fin trágico los amantes de la Magdalena. Guido Boggiani no fue uno de ellos, pero la pintó danzando vestida con un typoi de tules transparentes.

Según el Dr. Benítez, la metafórica sabiduría de la leyenda había encarnado en la Magdalena la imagen de la patria escarnecida, tan poblada por entonces de fantasmas que no se distinguían los vivos de los muertos.

Fue Guido Boggiani quien la plasmó en el lienzo. Quienes contemplaban la pintura, quedaban prisioneros de su mágico hechizo. Décadas después, instigada por un desafortunado confesor español, una hija de la modelo quemó el retrato en un memorable auto de fe al que concurrió lo más granado de la beatería asuncena y miembros del episcopado.

Lo hizo para descanso del alma de la Magdalena, que se aparecía danzando vestida de tules transparentes y luego se convertía en un horrible esqueleto ante quienes cantaban por las noches unas coplas [38] que llevaban su nombre y que habían sido anatematizadas desde el púlpito.

Volviendo a la Legación Paraguaya en París en la primavera de 1866, diremos que René Tibourdeau fue amablemente recibido por Cándido Bareiro. El pintor instaló su caballete en una sala contigua al despacho del Encargado de Negocios, y empezó su trabajo con ánimo de acabarlo en un par de sesiones. [39]

- V -

Tres años después de terminada la guerra, en el país ocupado por el ejército aliado, dice «La Nación Paraguaya» del 26 de junio de 1873, refiriéndose a Cándido Bareiro, protegido del ministro brasileño José María da Silva Paranhos, Barón de Río Branco:

«Encarnación de la vacuidad, hombre que nada sabe y todo aparenta saber. Cuando se le interroga contesta con axiomas robadas, con pensamientos ajenos, y nada propio dice, porque nada es capaz de forjar. En su viaje a Europa vio mucho, trató con altos personajes, pero al que Dios le niega el fuego sagrado de la inteligencia, lo que ve y ha escuchado sólo sirven para llenarle de amor propio y vestirse con el

variado plumaje del pavo real, sin tener otro mérito que los colores de sus plumas. Bareiro es pretencioso hasta la insolencia, no admite réplica a sus ideas, ni contra sus pretensiones, por consecuencia su carácter es despótico y ¡ay! del día en que su voluntad se imponga. Bareiro es un mito».

Algo parecida fue la primera impresión que Cándido Bareiro produjo en el pintor francés. Pero René Tibourd era un artista, y no se conformó.

Cándido Bareiro parecía un hombre completamente anodino. Rubio, de mediana estatura, ni delgado ni corpulento, usaba barba a la moda. Tenía la frente amplia, despejada de arrugas; las facciones regulares, la mirada inexpresiva, lánguida, tediosa. Parco y bien educado, su urbanidad un tanto astuta y cautelosa era acaso el único rasgo de interés en su personalidad.

El artista hubiese podido sacar mejor partido de Gregorio Benites, el secretario de la Legación. Era tan feo que hacía pensar en una cruz malévola de los rasgos más desagradables de las razas ibéricas meridionales, de los negros del África y de los indígenas americanos. Sería un alarde de maestría colorista conseguir en la paleta el tono exacto de su piel entre amarronada, pálida y parduzca, sin un pelo de barba en la cara redonda y mofletuda. Tenía los ojos pequeños, almendrados, algo oblicuos, de mirada aguda y penetrante. La nariz chata, los pómulos salientes; la boca grande, azulada, carnosa. [40]

Era bajito y barrigón. Andaba siempre erguido, con la blanca pechera almidonada hacia adelante, como un pájaro que muestra las plumas en el galanteo. Acentuaban el efecto sus cabellos negros, cerdosos, aplastados en su rebeldía por una masa brillante de pomada, la cual era incapaz de contener los mechones que se le escapaban hirsutos como el penacho de un tordo.

Sin embargo, el señor Benites no producía un efecto cómico ni repulsivo. Sería todo un desafío para un talentoso retratista como era René Tibourd revelar, a partir de tales objetividades, los efectos del carácter, de la voluntad apasionada y tensa, de la integridad sin fisuras en el semblante de un hombre. Y esto, con la ventaja de omitir el falsete de una voz anarigada y gutural, el trato afable, ceremonioso y un poco pedante. Porque el señor Benites imponía respeto e inspiraba simpatía. Este último efecto no parecía haberlo conseguido totalmente con el Encargado de Negocios Cándido Bareiro, para quien su secretario era sin duda la más pesada cruz.

Pretenden los historiadores desmentir la manera como la Tradición describe la figura de don Gregorio Benites, valiéndose de documentos y fotografías. Nosotros nos inclinamos por la verdad de la Leyenda.

A René Tibourd le interesó también el joven becario Juan Bautista del Valle, estudiante de leyes. Como no recibía regularmente su asignación por causa del bloqueo, residía provisionalmente en la Legación en calidad de taquígrafo y amanuense. Creyó ver en él un ejemplar típico y perfecto de la raza paraguaya, tal como inconscientemente se había ido perfilando en su cerebro en las semanas que precedieron al comienzo de las sesiones de pintura, interesado como estaba, movido acaso por una inefable premonición de su destino, en un país remoto y tan extrañamente conmovedor.

Pensó pedir a Del Valle que posara para un boceto al carbón. No tuvo

oportunidad de hacerlo entonces. Muchos años después lo dibujó de memoria. Se conservaba el esquiso en la casi inaccesible biblioteca de Gill Aguínaga, junto con otros valiosísimos documentos y manuscritos que hacen a nuestro tema, algunos de los cuales pudimos examinar mediante la complicidad generosa de la excelente paisajista Esperanza Gill. Ahora sin embargo, como el propietario ha fallecido, es de temer que la suya corra la misma suerte que otras notables bibliotecas y colecciones en el Paraguay cuando quedaron libradas a la insensible incuria de los herederos. Es posible que el retrato de Juan Bautista del Valle haya ido a parar a la basura, si no se lo comieron cucarachas y ratones. Aunque no es lo mismo, por lo menos se [41] conserva una fotografía de Juan Bautista del Valle, tomada en París en 1866, reproducida en el «Álbum Gráfico del Paraguay» de Arsenio López Decoud, sobrino del Mariscal López.

A René Tibourd, creyente en la frenología y aficionado al estudio de las razas humanas, le desconcertaba que tres individuos tan diferentes pertenecieran a una misma nación y a un mismo pueblo. Sentía que había en ellos sin embargo algo en común, pero le era imposible expresarlo con palabras, y sus pinceles no lograban plasmar en el retrato de Cándido Bareiro el tono exacto que lo revelara. Era una suerte de desapego, unido a un compromiso inevitable.

Su modelo le inquietaba por la aparente vacuidad. Algo escondía, pero ¿qué? Bareiro despertó de nuevo en el artista el instinto indagador, la pasión del espionaje. Y la duda y la angustia y la alegría del amor a su trabajo, que la costumbre y el éxito habían atenuado. Las visitas a la Legación se hicieron frecuentes y prolongadas, con olvido de otros compromisos y en daño de sus intereses. No le importaba. Sabía muy bien que no soltaría la presa hasta haberla poseído, y, como un arúspice, hurgado en sus entrañas.

Cándido Bareiro ni hacía preguntas ni se mostraba sorprendido por la prolongación indefinida de las sesiones de pintura. Ocupaba su puesto en un sillón, obediente y silencioso. Hablaba solamente cuando el pintor le dirigía la palabra. Satisfacía de buen grado las curiosidades del francés. Si callaba, era sencillamente porque no se le ocurría nada que decir. Al ser estimulado por una pregunta concreta, se revelaba inteligente y cultivado.

René Tibourd se enteró así de que Cándido Bareiro era pariente cercano del Mariscal López. Después de realizar estudios poco más que elementales en su país, viajó a Europa con otros becarios. Cuando le creyeron suficientemente preparado lo destinaron al servicio diplomático. No le preguntaron acerca de su vocación o preferencias. Tanto podían haberle hecho seguir medicina como ingeniería naval, teniendo en cuenta solamente las necesidades del gobierno. A él mismo, en rigor, le hubiera dado igual. Estaba acostumbrado a obedecer, a que otros decidieran su destino. Lo aceptaba sin reticencias, con entrega moral; con alivio de la pesada y fastidiosa carga de elegir en cada momento un camino y discriminar lo justo de lo injusto. René Tibourd sospechaba que Cándido Bareiro no había tomado nunca una decisión importante o asumido una responsabilidad personal. ¿No sería esta una paradójica manera de ser libre? Podía permanecer inmóvil horas enteras, mirando sin ver con ojos indiferentes, insondables en su profundidad, como si detrás de ellos se

abriera un gran vacío. [42]

Confiesa René Tibourd en una carta a su íntimo amigo Guido Boggiani, quien también fuera discípulo del gran retratista francés, que en su vida de artista tuvo momentos de clarividencia deslumbrante cuya explicación no se encuentra en las ciencias positivas. La emoción, ya que de algún modo es preciso llamar a tales fenómenos extraños y desconcertantes, era a veces tan intensa que impedía aprovecharla. El pincel ni tenía tiempo ni acertaba a plasmar en el lienzo la multitud de complejas sensaciones que se sucedían unas a otras o se precipitaban en caótica simultaneidad. Como ocurre en los sueños, en que imagen y sentimiento son una misma cosa, al despertar del momento iluminado no es posible reproducirlo, sino tan sólo evocarlo. Así, se queja René Tibourd, lo mejor de su obra no era más que la melancólica y frustrada tentativa de aprehender lo inaprehensible y dar a luz a lo innacible.

Solían sobrevenirle estos percances en períodos de trabajo fatigoso y de intensa concentración en la búsqueda de algo que la inteligencia había logrado concebir como una hipótesis plausible, pero que la mente no alcanzaba a imaginar ni los sentidos percibir, como cuando se insinúa en la oscuridad la inquietante presencia de un fantasma.

Casi nunca tenía relación directa con lo que estaba persiguiendo, sino que, introduciéndose de súbito en el orden de lo previsible como un elemento externo y fortuito, cuando no perturbador, alteraba su curso y lo volcaba en cauces completamente inesperados.

René Tibourd da como ejemplo lo ocurrido en la Legación Paraguaya el 2 de mayo de 1866.

Estaba dando los últimos retoques al retrato de Cándido Bareiro. Aprovechando la costumbre que tienen los paraguayos de madrugar, había empezado muy temprano. Era una radiante mañana de primavera. La sala en la que el pintor había instalado su caballete, aunque un tanto desordenada, tenía un aspecto acogedor. Había un piano cerrado y cubierto de polvo, que, según le dijeron, fue adquirido por encargo de Madame Lynch, pero no pudo ser remitido a su propietaria a causa del estallido de la guerra. Una biblioteca que, por la manera caprichosa en que estaban dispuestos los libros en los estantes y el aspecto de los mismos, era al parecer asiduamente consultada. Una mesa repleta de papeles y periódicos, que tenía encima una lámpara de petróleo y útiles de escribir, ocupaba el centro de la habitación. Había varias sillas y sillones algo destartalados, distribuidos al azar conforme al uso que se hacía de ellos. Un brasero de carbón rebosante de cenizas, parte de las cuales habían caído al suelo, que por lo visto no era barrido diariamente, sostenía una ennegrecida calderilla. Sobre una butaca había una calabacilla de la que asomaba un tubo [43] de plata labrada y boquilla de oro, por la cual en ocasiones había visto a sus huéspedes sorber un brebaje hecho de hierbas, seguramente estimulantes. Encima del hogar, ahora sin fuego, descansaba una guitarra española fuera de su estuche de cuero, el cual había caído en el piso sin que nadie atendiera a volverlo a su sitio. De las paredes colgaban un paisaje de gusto vulgar y dos viejas litografías. Una de estas mostraba a un corpulento señor de aspecto aburguesado, cara redonda y afeitada. Le cruzaba la pechera una banda de tres franjas. En la del medio había un círculo en el que se veían, toscamente dibujados, una pica

sosteniendo un gorro frigio, un león de pie trepando a aquella y la leyenda «Paz y Justicia». La otra litografía mostraba a un joven bien parecido, que vestía a la moda de la década anterior. Tenía el gesto altivo, barba incipiente y levantados bigotillos. Representaban al anterior presidente de la república del Paraguay, Carlos Antonio López, ahora fallecido, y a su hijo y sucesor, Francisco Solano.

René Tibourd había visto en el contiguo despacho del Encargado de Negocios, cuya puerta se hallaba habitualmente apenas entrecerrada y en el que nunca había advertido signo alguno de actividad, retratos más actualizados de los mismos personajes. Sin embargo prefería los relegados a esta suerte de trastienda. Eran más expresivos y mostraban la continuidad y el contraste de dos generaciones.

Hasta ese momento el retrato de Cándido Bareiro era poco más que una copia de rutina realizada por un estudiante aventajado y concienzudo, pero falto de talento. René Tibourd se sentía irritado por la frustración.

Entre tanto el modelo posaba tranquilamente. Era un ser vivo por cuanto en él se cumplían las funciones vitales y obraba conforme a su género y especie. Pero, ¿qué había detrás de esa máscara? ¿Misterio o vacuidad? ¿La misma vacuidad no era acaso un misterio pasible de ser develado por el genio del artista? «Mucho tiempo después -escribe René Tibourd en la citada carta a Guido Boggiani-, comprendí que me había inquietado la ausencia de Dios y del Demonio en el semblante de un hombre».

En aquellos momentos, sin embargo, lo único que quería era terminar el trabajo y librarse de una vez de tan injustificada servidumbre. Le había dedicado más tiempo del que merecía y del que podía permitirse. Bueno o malo, el retrato de Cándido Bareiro no podría añadir ni quitar nada al prestigio del pintor. ¿Qué importaba un diplomático de tercera categoría de un país irrelevante en los destinos de la civilización? Apenas se apagaran las resonancias épicas con que ahora se escuchaba el nombre del Paraguay, se perdería nuevamente en el olvido. [44]

Lamentaba que no hubiera en el rostro de Bareiro un solo rasgo que pudiera destacarse, aunque fuera mediante una estilización algo forzada, para expresar la tragedia que estaba viviendo un pueblo heroico y desdichado. Afirma René Tibourd que es un pobre consuelo para un artista el haber hecho todo lo posible, si no ha alcanzado la meta. Pero era fiel a la verdad: no podía poner en el retrato lo que en el modelo no existía.

En eso estaba cuando entró en la habitación Juan Bautista del Valle. Era un joven alto, delgado, de anchos hombros, cuyos calmosos movimientos no trasuntaban indolencia sino temple y serenidad. Vestía con natural elegancia una suelta americana color crema. Saludó casi familiarmente al pintor, que no era mucho mayor que él. Cambió con Cándido Bareiro algunas palabras en la lengua indígena de su país, que en la voz clara y grave del joven estudiante resultaba singularmente grata al oído. Luego comentó en francés correcto y escolar, al que el acento gutural añadía encanto, las últimas noticias que de la guerra del Paraguay traían los periódicos.

Desplegó uno de los que tenía bajo el brazo y leyó algunos párrafos:

Los aliados habían conseguido finalmente invadir la tierra paraguaya. Sólo hubo escaramuzas en el desembarco. Un solitario artillero, desde una pequeña batería ubicada en las ruinas del fuerte de Itapirú, que había

sido machaconamente bombardeada durante meses, le siguió la fiesta a toda la escuadra brasileña, más que batiéndose, mofándose del centenar de cañones que vomitaban fuego contra él. Parecía un dios invulnerable, decía el corresponsal de la agencia «Havas», que presenció el combate desde el puesto de vigía de uno de los acorazados. Del Valle mostró con infantil satisfacción el expresivo e imaginativo dibujo que ilustraba el periódico. Por último, el singular artillero arrió la bandera del fortín y se marchó tranquilamente por un camino paralelo a la costa, entre bombas que estallaban a su alrededor.

Los paraguayos incendiaron el campamento de Paso de Patria y se internaron tierra adentro. El periodista divisó largas columnas de mujeres que se alejaban con canastos sobre la cabeza, acompañadas de niños, igualmente indiferentes al fenomenal bombardeo.

Días después, un formidable ejército de 65.000 hombres, de los cuales por lo menos 50.000 eran brasileños, inicia la marcha al interior del país. Está armado de moderna y abundante artillería, y de fusiles de fulminante cuyo alcance y velocidad de fuego son incomparablemente superiores al de los cañones lisos y los viejos mosquetes de chispa de sus adversarios. En cuanto al número de hombres, se estima que los paraguayos no llegan a 30.000 y están aquejados por [45] una paralizante epidemia de sarampión. Se espera una batalla decisiva.

Pese a la superioridad de efectivos y armamentos, los generales aliados no parecían tenerlas todas consigo. Se movían con extremada cautela y lentitud, como si temieran alejarse de la protección de la escuadra. Los oficiales jóvenes, abrumados de tedio y consumidos de impaciencia, dijeron al corresponsal francés que los entrevistó, que con tantas demoras y pretextos para no avanzar se estaba dando al enemigo el tiempo que necesitaba para atrincherarse sólidamente, y neutralizar así sus desventajas.

Juan Bautista del Valle preguntó a René Tibourd si conocía el inglés. Al responder este afirmativamente, desplegó el «London Illustrated News», que explicaba los motivos por los cuales el ejército aliado avanzaba con tanta lentitud hacia su objetivo estratégico, la fortaleza de Humaitá.

El campo de operaciones, informaba el corresponsal inglés, se encuentra en el ángulo de 90 grados que forman en su confluencia los grandes ríos Paraná y Paraguay. Sobre la margen izquierda de este último, a poco menos de 30 millas de la desembocadura, se levanta la formidable fortaleza de Humaitá, que algunos expertos consideran inexpugnable y cuya demolición está pactada en una de las cláusulas del Tratado Secreto de la Triple Alianza, recientemente sacado a luz pública por el Foreign Office y ampliamente difundido por el «Times».

La marina brasileña considera imposible forzar el paso de Humaitá, remontar el río 200 millas, apoderarse de Asunción, dejar a López aislado y sin recursos, y poner fin a la guerra, como pretenden los argentinos. Los diarios de Buenos Aires afirman burlescamente que el almirante brasileño Tamandaré exagera por miedo el poder de las baterías paraguayas, cuyos anticuados cañones no alcanzan a perforar el blindaje de los modernos acorazados, como se demostró en los combates navales de El Riachuelo y Paso de Patria. Los brasileños, por su parte, sospechan que los argentinos quieren incitarlos mediante provocaciones a emprender una

loca aventura, que tendría como consecuencia la destrucción de la flota. La tradicional rivalidad entre los dos países más grandes de Sudamérica no ha sido superada, sino solamente postergada por la coyuntura de estar combatiendo juntos contra uno de los más pequeños.

En estas circunstancias, continúa el comentarista británico, el objetivo del ejército invasor no puede ser otro que el de aniquilar al paraguayo en una batalla campal, u obligarle a encerrarse en Humaitá, donde no tardaría en ser rendido por hambre en caso de que la fortaleza no pudiera ser tomada por asalto. [46]

El terreno por el cual debe moverse para buscar un encuentro decisivo con el enemigo presenta obstáculos difíciles de superar. Su superficie es inferior a las 100 millas cuadradas y completamente desconocido. Los baqueanos paraguayos, reclutados entre los prisioneros capturados en Uruguayana, no son en absoluto de fiar. Apenas tienen ocasión para hacerlo, escapan y se pasan nuevamente a los suyos. Existe sí una Legión Paraguaya, integrada por enemigos políticos de López, pero la forman ciudadanos emigrados pertenecientes a las clases cultas y acomodadas. No han podido reunir más de 100 hombres, y parte de estos se ha retirado de filas al conocer el Tratado Secreto.

Las emboscadas paralizan la exploración, por lo que sólo pueden hacerse reconocimientos en fuerza por un laberinto de marjales, cañadas profundas, lagunas invadeables, colinas erizadas de palmeras, boquerones abiertos en bosques enmarañados, pantanos y praderas anegadizas que los rioplatenses llaman esteros.

Un segundo ejército brasileño, al mando del general Porto Alegre, se apresta a invadir el Paraguay por Irapuá, 200 millas al este, cruzando el río Paraná. Pero López ha despoblado la zona, dejándola sin recursos que pudieran ser aprovechados por el enemigo. Tendría este que avanzar por un desierto, lejos de la escuadra y del núcleo principal, con riesgo de correr la misma suerte que lo paraguayos en Uruguayana, donde 10.000 de ellos se vieron forzados a rendirse por hambre, sin combatir. En verdad, los aliados solamente pueden atacar por un punto, de todos el más difícil.

Juan Bautista del Valle leía como buscando un asidero a la esperanza. Cándido Bareiro escuchaba con interés, pero sin dar muestras de emoción, como si lo que estaba sucediendo fuera lo previsible y no hubiera nada que él pudiera hacer al respecto.

De pronto Del Valle se detuvo y frunció el ceño como si acabara de recibir un mensaje profundo, indescifrable. Dejó el periódico sobre la mesa y caminó por la habitación luchando consigo mismo para contener una creciente agitación. Tenía una mano en un bolsillo y se pasaba la otra, larga, bien cuidada, pero fuerte, por la frente amplia, despejada, y la abundante cabellera castaña, casi negra. El rostro triangular, la piel ligeramente aceitunada, se hundía en las mejillas y saltaba en los pómulos. La nariz era recta; la boca grande, carnosa, bien formada. El conjunto de sus rasgos era de notable finura, como observara M. Peralt en los jóvenes soldados de la fortaleza de Humaitá.

René Tibour, impresionado por la prestancia y calidez humana del joven mestizo, nunca olvidó la extraordinaria transformación que se operó en él en un instante. Los ojos pardos, medianos, habitualmente [47] serenos y amistosos, adquirieron la expresión de un felino al acecho. Se

tensaron los músculos del rostro. Los bigotes ralos y la barbilla apenas poblada remarcaban un gesto intrépido, viril. Era la noble figura de un Héctor que defiende a su patria de la invasión de los aqueos. Es lo que dice en la extensa carta a Guido Boggiani, que citamos de memoria porque ni disponemos de una copia ni de la posibilidad inmediata de conseguirla.

Del Valle tomó la guitarra que estaba sobre la chimenea. Fue a sentarse en una silla, cerca de la ventana. Templó las cuerdas con los largos dedos de sus manos hermosas. Levantó la cabeza. Quedó un momento pensativo. Al principio las notas fueron brotando una por una, como lágrimas. Se hicieron manantial. Torrente caudaloso. Se precipitaron en cascadas arrolladoras. La melodía era a un tiempo enérgica y melancólica como un desafío a la adversidad.

Confiesa el pintor que hasta entonces no había comprendido cabalmente el lenguaje universal de la música, la fuerza de su magia evocadora. La mente se le llenó de imágenes nítidas, de violento colorido. Fue como una alucinación. Vio millares de jóvenes como Juan Bautista del Valle, de morrión de cuero y blusa colorada, precipitándose descalzos en entusiasta algarabía por campos verdes sembrados de palmares contra la negra boca de cañones, que envueltos en humo, lanzan llamaradas rojizas. Se apoderan de ellos, los vuelven contra el enemigo puesto en fuga. Lo persiguen temerarios haciendo en él espantosa carnicería, hasta que, abrumados por el número, retroceden paso a paso, impávidos, cargando y disparando metódicamente sus fusiles de chispa, rechazando uno tras otro asaltos a la bayoneta y cargas de caballería.

Algún tiempo después leyó en «L'Illustration-Journal Universel», una magnífica descripción de la batalla de Estero Bellaco. En ella, 5000 paraguayos lanzados inicialmente al asalto para un reconocimiento formal, se llevan por delante al grueso del ejército aliado. No acaban con él porque no reciben oportunos refuerzos y se ven obligados a regresar al punto de partida. Lo hacen en orden, llevándose a sus heridos y los cañones capturados, sin dejar un solo prisionero en poder del enemigo que contraataca furiosamente tratando de aniquilar a la intrépida columna. Al cotejar fechas, comprobó con estupor que el combate se libraba cuando Del Valle ejecutaba su concierto. Tuvo entonces la certidumbre de haber presenciado, sentido, percibido, la batalla.

Juan Bautista del Valle ejecutó los últimos acordes. René Tibourd no pudo contenerse y gritó:

-¡Vive les paraguayiens!

Cándido Bareiro, sorprendido por la reacción del francés, que [48] embrazaba la paleta como si fuera un escudo y esgrimía el pincel como una espada, dejó escapar la risa, que enseguida contuvo. Algo corrido por su explosión de entusiasmo. René Tibourd dijo, dirigiéndose a Del Valle:

-¡Es usted un virtuoso! ¡Qué bella música!

Del Valle no le oía. Con la guitarra apoyada en una rodilla, miraba hacia lo lejos con los ojos perdidos.

En eso, el despacho contiguo se llenaba de ruidosos huéspedes. Enseguida apareció Gregorio Benites, que anunció en español -idioma que el pintor francés entonces ignoraba-, a los recién llegados y el motivo de su visita. Cándido Bareiro miró con fastidio al secretario, y, suspirando, se levantó pesadamente. Benites se hizo a un lado para cederle el paso.

Cuando Bareiro hubo entrado, se dispuso a seguirle, pero cambió de idea. Tras breve reflexión, clavando su mirada de indio en Juan Bautista del Valle, que se encontraba de pie junto a la chimenea para dejar la guitarra en su sitio, le dijo con voz nasal, algo chillona, autoritaria:

-¡Eyú ndeavé!

«Ven tú también». Fue la primera frase en guaraní que aprendió René Tibourd. Ya no la olvidó, y su significado le resultó evidente: Gregorio Benites necesitaba un testigo.

Hemos de decir, para no abusar de una fuente documental hoy acaso inhallable, que René Tibourd se refiere incidentalmente, en la carta a Guido Boggiani, a este episodio, secundario para el objeto principal de la misma, que es, como dijimos, indagar en los misterios de la inspiración.

Comenta sí que la puerta del despacho del Encargado de Negocios continuó entreabierta; y que, si bien la entrevista se desarrolló en inglés, no pudo evitar enterarse de su contenido. Sin embargo, tanto por la relación que hizo de ella a personas que no lo olvidaron, como por las «Memorias» de Gregorio Benites y otros testimonios coincidentes, creemos estar en posesión de elementos de juicio que bastan para reconstruir lo ocurrido en la Legación Paraguaya en París el 2 de mayo de 1866, en momentos en que se libraba en el Paraguay la homérica batalla de Estero Bellaco. [49]

- VI -

Como fue referido al comenzar esta historia, quienes aguardaban en el despacho del Encargado de Negocios Cándido Bareiro eran cinco marinos y el mayor de caballería James Manlove, ex combatientes sudistas en la guerra civil norteamericana, que había terminado el año anterior. Hechas las presentaciones, habló en nombre de todos el capitán de navío Erwin W. Kirkland. Dijo que en los Estados Unidos había gran cantidad de armas y barcos de guerra en desuso. El gobierno los remataba a precios ínfimos. Había también muchos marinos y soldados sin empleo, principalmente entre los que combatieron por los confederados.

-No estamos interesados en la adquisición de material de guerra ni en la contratación de mercenarios -interrumpió Cándido Bareiro-, no hay modo de hacerlos llegar al Paraguay.

-¿Se refiere al bloqueo? -preguntó el capitán Kirkland, quien con sus acompañantes ocupaba los amplios sofás del despacho. Frente a ellos, en sendos sillones, estaban el Encargado de Negocios y el Secretario de la Legación. A un costado y aparte, en una silla, Juan Bautista del Valle tomaba notas en un cuaderno apoyado en una pierna cruzada.

-Desde luego -respondió Cándido Bareiro.

El marino sonrió; luego dijo, como haciendo una gran revelación:

-Pues lo que proponemos es bloquear a la vez a los aliados.

Cándido Bareiro permaneció impassible. Del Valle levantó la cabeza y observó al capitán Kirkland. No tenía el aspecto de un loco ni de un charlatán. Era un hombre maduro, reposado, de grandes bigotes y pobladas patillas; rubicundo, castigado por la guerra y por el mar. Cuatro de sus acompañantes, marinos como él, aunque mucho más jóvenes, parecían

diestros, decididos e igualmente desesperados. El sexto era un hombrón de facciones agradables y ojos algo aniñados. Se distinguía de los demás por su rudeza, aunque parecía poseer buena crianza. Tenían en común la espontánea confianza en sí mismos y la audacia desaprensiva propia de los norteamericanos de la época. La pausa se hacía larga. La rompió Gregorio Benites con su voz nasal, que en inglés sonó como una corneta:

-¡Por favor, continúe! [50]

Le hizo gracia al sudista la descarada energía del hombrecito de color.

-Repito que proponemos bloquear a los aliados -dijo, sonriendo-. Estamos en condiciones de armar y tripular inmediatamente seis navíos de guerra. Con ellos hostilizaríamos los puertos de Pará, Pernambuco, Bahía y Buenos Aires. Nos apoderaríamos de los barcos mercantes y de guerra aliados que encontráramos en la navegación. Impondríamos fuertes contribuciones de guerra a las poblaciones costeras. Finalmente llegaríamos al Río de la Plata, cortando toda comunicación entre Río de Janeiro y los ejércitos en operaciones en el Paraguay, obligándoles a rendirse o pedir la paz.

Cándido Bareiro escuchaba distraído, como si no acabara de entender las extrañas proposiciones de aquellos gringos estafalarios. Gregorio Benites y Juan Bautista del Valle cambiaron miradas significativas.

-¡Señor, no comprende usted que le estamos ofreciendo la carta del triunfo! -estalló de pronto el gigante, poniéndose de pie-. ¡Salvo que sea usted un traidor debe brindarnos su apoyo!

-Cálmese, señor -le dijo Cándido Bareiro, sin mostrarse ofendido en absoluto-. La Legación carece de recursos para financiar una empresa semejante.

-Le ruego, señor Bareiro, que perdone a mi amigo el mayor Manlove -dijo el capitán Kirkland, echándose a reír-. Es un héroe de la caballería confederada y perteneció al séquito del general Johnson. Ya sabe usted los modales que gastan los individuos de su arma... ¡Vamos, Jammy, siéntate y calla!

El hombrón obedeció como un niño al que hubieran echado una reprimenda. De allí en más guardó silencio, enfurruñado, contrito. Superado el incidente, el marino explicó:

-No pedimos dinero; por el contrario, la mitad de las utilidades que reporte la expedición marítima corresponderán al Paraguay, que puede destacar un representante oficial en uno de los barcos. Lo único que necesitamos es que se nos extienda patente de corso en nombre del gobierno de Asunción, nos suministren banderas paraguayas y los documentos necesarios.

-Olvidan ustedes que desde 1859 rige una convención internacional que suprime la guerra de corsos -volvió a objetar Bareiro.

-Perdón, señor -se permitió entonces intervenir Juan Bautista del Valle, que era estudiante de leyes-, el Paraguay no es signatario de ese tratado. Está pues plenamente facultado para extender patentes de corso.

Cándido Bareiro le indicó con un severo ademán que se callara. Luego

dijo, mostrando por primera vez cierto entusiasmo: [51]

-Sería estupendo; pero no me siento autorizado para tomar una resolución sin antes consultar con mi gobierno. Dígame dónde puedo encontrarlos. Procuraré darles una respuesta lo antes posible.

Cuando se hubieron marchado las visitas, el capitán Gregorio Benites, que habitualmente se tuteaba con Bareiro, se dirigió a su jefe en términos protocolares y entonación declamatoria:

-Permítame recordarle, señor, que tiene usted poderes ilimitados para resolver en casos como el que presentan los veteranos sudistas. Aunque no los tuviera, debería asumirlos, pues sabemos que es imposible consultar con nuestro gobierno en las actuales circunstancias, debido al bloqueo. Nada se arriesga con dar a estos caballeros lo que piden, y resolver sobre la marcha las cuestiones secundarias. Podría ganarse mucho si es que realmente hablan en serio. Es una oportunidad acaso única de ayudar a nuestros compatriotas que se baten en los campos de batalla, y quizás, de salvar a la patria de la completa destrucción pactada por sus enemigos en el Tratado Secreto de la Triple Alianza.

-¡No pues, Gregorio, no te apures! -replicó Bareiro, dándole palmaditas en la espalda-. Se hará lo que haya que hacer, pero despacio. ¿Qué nos impide pensar un poco más antes de darles a estos sujetos una contestación afirmativa? ¿Para qué mostrar un indiscreto entusiasmo? Por lo pronto es preciso que averigüen quiénes son, y qué es lo que realmente tienen entre manos. Ya bastantes dolores de cabeza nos han dado aventureros como Hopkins y compañía para que nos metamos así nomás en nuevos líos. ¡De los gringos no hay que descuidar! ¿O es que quieres que además de los brasileros, argentinos y uruguayos se nos vayan encima los ingleses? Los corsarios son piratas, bandidos con patente. No es fácil que los toleren aunque no hayamos suscrito el tratado de 1859. Si tocan sus intereses, ¿crees que la armada británica va a detenerse por un papelito firmado por mí? Nuestros enemigos no son lerdos, podrían aprovechar nuestra ligereza para acusarnos de legalizar la piratería, y, valiéndose de sus recursos e influencias, tirarnos a todo el mundo en contra.

-¡Es que no tenemos nada que perder! -replicó airadamente el capitán Benites.

-¿Por qué lo dices? ¿Sabes acaso cómo marcha la guerra? Tal vez en estos momentos los muchachos ya han tirado al agua a los cambá. O que se esté negociando la paz, o esté prosperando alguna mediación internacional. Puede ocurrir que los argentinos se retiren de la Alianza por el escándalo que produjo la publicación del Tratado Secreto; o se subleven Urquiza y los federales contra el gobierno de [52] Buenos Aires. ¿Con qué derecho vamos a interferir nosotros, con riesgo de complicar todavía más las cosas dando carta blanca a unos locos que ni sabemos quienes son y que realmente se proponen? Pancho nos haría fusilar si cometiéramos un error, y seguramente con razón. Por ahora averigua, sin fijarte en gastos, quiénes están detrás de esta novela de piratas. Después, ya veremos.

-¡Espero que para entonces no sea tarde! -replicó Gregorio Benites, y se marchó dando un portazo.

Bareiro se echó a reír y exclamó, en guaraní:

-¡Nervioso laya este Gregorio!

Luego dijo, dirigiéndose a Del Valle:

-En cuanto a usted, jovencito, que sea la última vez que interviene en una conversación oficial sin que yo se lo indique, ¿has entendido?

-Perdone, señor, pero creí oportuno...

-¿Por quién me has tomado? ¿Por un burro? Sé de leyes mucho más que tú, y tengo la experiencia necesaria para saber que además cada cosa tiene su propia ley que no está escrita y el inciso que la contradice. Si no hubieras metido la cuchara a lo mejor encontrábamos una solución práctica al asunto.

-Sí, señor.

-Mira, en estos días estuve pensando que el Paraguay no necesita abogados sino ingenieros. Dejarás la carrera de leyes y estudiarás matemáticas. La Legación tiene fondos para eso.

-Pero, señor, yo quiero estudiar leyes...

-¿De veras? ¡Entonces págate los estudios! El gobierno no puede tirar dinero, tal como están las cosas.

Del Valle sonrió:

-Supongo que está bromeando, señor.

-De ningún modo. Estudiarás matemáticas. Está decidido.

-Entonces, señor, permítame regresar al Paraguay para alistarme en el ejército.

-¿Estás loco? ¿Cómo lo harías? Para cuando llegaras, si es que llegas, la guerra habría terminado. No me discutas y estudia matemáticas, que será de provecho para todos. ¿De acuerdo?

Del Valle no respondió.

Cándido Bareiro soltó una carcajada.

-Bueno, no tiene importancia, ya me darás la razón cuando seas un gran ingeniero ocupado en la reconstrucción del Paraguay en vez de un despreciable picapleitos. Vamos a ver si ese señor de al lado termina mi retrato de una vez. No sé que le ha visto tan difícil a mi cara que cada rato borra de nuevo lo que pinta. [53]

De excelente humor, volvió a ocupar su puesto de modelo. Apenas lo hubo hecho, René Tibourd lanzó una exclamación:

-¡Eureka! Por favor, señor Bareiro, no se mueva, ¡quédese exactamente como está!

El retrato quedó terminado esa misma mañana. Cándido Bareiro pagó sin chistar la abultada factura que le envió el cotizado retratista francés.

[54]

- VII -

Ocurrió lo que temía el capitán Gregorio Benites con la propuesta de los veteranos sudistas: Cándido Bareiro fue dando largas al asunto y finalmente nada resolvió. Desesperado don Gregorio envió al Paraguay al

joven estudiante Juan Bautista del Valle con informes detallados acerca de la inexplicable conducta del Encargado de Negocios, en este como en otros asuntos igualmente importantes.

René Tibournd adelantó los fondos necesarios para el viaje. Un año y medio después Gregorio Benites le devolvió el dinero, a pesar de que el artista francés quiso que la suma que se le adeudaba fuera una modesta contribución para la causa paraguaya, que para entonces ya inspiraba la simpatía y admiración del mundo.

Hay dos versiones, que coinciden parcialmente, de la forma en que Del Valle llegó al cuartel general del Mariscal López, en Paso Pucú, a mediados de octubre de 1867. La primera es escueta y abreviada. Está contenida en referencias marginales insertas en documentos de la época y en publicaciones posteriores. Dicen que se embarcó en El Havre y llegó a Arica vía Panamá, para luego seguir por tierra a través de Bolivia.

La Tradición es mucho más rica en incidentes y detalles circunstanciales que ilustran la odisea del tenaz mensajero.

Efectivamente, se embarcó en los muelles de El Havre en un buque de la línea «Saint Nazaire» para realizar la primera parte de la travesía hasta Panamá. Por razones que se ignoran sólo llegó hasta La Habana. El coronel Juan Crisóstomo Centurión, que vivió en Cuba después de la guerra, contaba a sus amigos que un cierto cónsul sobornó al capitán del barco en el que viajaba Del Valle para que zarpara dejando en tierra al pasajero paraguayo. Centurión no consigna este hecho en sus «Memorias».

Lo cierto es que Del Valle, en vez de dirigirse a Panamá, llegó a Cartagena de Indias como tripulante de la balandra «Isabel». Buscaba un país amigo del Paraguay donde pudiera conseguir los medios para continuar viaje.

Ya completamente sin recursos pasa hambres en Bogotá, hasta que el escritor y político colombiano Jorge Isaacs -autor de la célebre novela romántica «María»-, le da dinero para viajar por mar hasta [55] Arica, en un velero que parte del puerto de Buenaventura. En plena navegación contrae unas fiebres eruptivas. Le desembarcan y abandonan en un lazareto de El Callao, después de robarle dinero y pertenencias, dejándole, como cosas sin valor, los papeles que llevaba.

Sobrevive y convalece mediante los solícitos cuidados de Deolinda González del Soto, una novicia peruana que primero le compadece y luego se enamora de él hasta perder la vocación del claustro. Acompañado de Deolinda, que para hacerlo se ha fugado del convento y de sus padres, apenas restablecido se agrega a una caravana de muleros que se dirige a Bolivia por la cordillera de los Andes.

En La Paz el presidente Melgarejo le recibe con honores, le da 200 patacones de oro y le facilita una escolta que lo conduce hasta Santa Cruz de la Sierra. Adquiere allí caballos, avíos, dos rifles y un revólver. Contrata un guía: el indio guaraní-chiriguano Crispulo Boyoúibe, que pasaría a la historia, entre los héroes, como el Alférez Crispulo Valle, y moriría más que centenario el 9 de febrero de 1940 en el pueblo de Pirayú, «con los auxilios de la Santa Religión y dejando numerosa descendencia», como puede leerse en el semanario «Ecos de Paraguari», que dedica un responso y resume la biografía del «valiente cruceño que retornó a la tierra de sus antepasados».

Los tres emprenden la travesía de los inmensos bosques y pantanos del Chaco salvaje. Ya en camino se agregan a unos mercaderes que se dirigen a Corumbá, una ciudad de la provincia de Matto Grosso, entonces ocupada por los paraguayos. Pero, poco antes de llegar, se enteran de que la plaza ha sido recuperada por los brasileños. Del Valle, Deolinda y Crispulo Boyoúibe se internan en los bosques. Los mercaderes los han traicionado o han sido indiscretos, porque son perseguidos por una partida de hábiles monteros. Del Valle y Boyoúibe matan a tres de ellos y ponen en fuga a los demás. Extraviados en la manigua, completamente exhaustos, encuentran una toldería de indios guaná, quienes les auxilian, les asisten y finalmente los conducen hasta Fuerte Olimpo, sobre el río Paraguay, a 1.700 kilómetros aguas arriba de la fortaleza de Humaitá y del cuartel general de Paso Pucú, donde se encuentra López.

El vapor «Río Apa» los lleva hasta Asunción. Deolinda, que está encinta de meses, queda al cuidado de la familia Saguier. Del Valle y Boyoúibe prosiguen viaje de inmediato hacia el frente de operaciones. Unos meses después Deolinda González del Soto daría a luz a un niño y perecería víctima de la epidemia de cólera morbo que assolaba el país. El hijo sería uno de los antepasados del valiente periodista Alcibiades González del Valle, nuestro contemporáneo.

Juan Bautista del Valle entrega la correspondencia de que es portador, narra detalladamente por escrito las peripecias de su viaje para [56] justificar su tardanza, y rinde informe verbalmente. Esa misma noche es invitado a cenar en compañía del Mariscal López y Madame Lynch, que hacen brindis en su honor. Están presentes los generales Barrios, Resquín y Bruguez; los ingleses Thompson y Stewart; el coronel húngaro Wisner de Morgenstern, y el nuevo cónsul francés Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville, que acaba de llegar en la cañonera «Desidée», surta en la rada de Curupayty.

Como Juan Bautista del Valle había recibido instrucción militar en tiempos de paz en clase de soldado, al día siguiente se incorpora como cabo en el famoso Batallón 40, al mando del voluntario italiano mayor Sebastián Bullo. Dos semanas después, el 3 de noviembre de 1867, participa en la segunda gran batalla de Tuyutí. Es herido, condecorado, gana las jinetas de sargento. Llegará a coronel.

El Mariscal López aprovechó el viaje de regreso a Francia de la cañonera «Desidée» para enviar correspondencia diplomática a Europa. Gregorio Benites es designado Encargado de Negocios en reemplazo de Cándido Bareiro.

López ordenó a Bareiro que regresara al Paraguay haciendo el viaje por vía del Pacífico, sin tocar ningún puerto de los países aliados. Bareiro desobedeció la orden. Hizo escalas en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. Ganó la confianza tanto de brasileños como de argentinos; mostró adhesión a la causa de la Alianza, aunque no pocos creían que esta era ficticia, escondiendo sentimientos totalmente opuestos.

En febrero de 1869, un mes después de la ocupación de Asunción por los aliados, Bareiro regresó a su país. Se había operado un notable cambio

en su carácter. Así lo describe el uruguayo José Sienna Carranza, que le conoció en aquel momento:

«Dotado de claro talento, de una ilustración nada vulgar, de un exterior sencillo y simpático, revelando gran fuerza en su abierta fisonomía, con una palabra fácil y discreta, con la tradición de su fidelidad a la causa nacional, tenía todas las condiciones necesarias para atraer hacia sí las simpatías de sus compatriotas. Su residencia en Europa le había dado el conocimiento de la más alta civilización moderna, sin despojarle de nada de la que forma parte de la índole peculiar del paraguayo». [57]

- VIII -

No deja de extrañar que cuando se presentaron a la Legación Paraguaya en París seis extraños personajes con un desopilante proyecto de corsarios, junto a cinco educados navegantes estuviese el mayor James Manlove, un rudo oficial de caballería, si bien como explicaron ellos mismos, todos habían combatido por los confederados en la guerra de secesión de los Estados Unidos. La cuestión queda aclarada por completo mediante los documentos que Gregorio Benites acumuló para la Historia.

Como se recordará, el Encargado de Negocios Cándido Bareiro había dicho, refiriéndose a los ex combatientes sudistas, que antes de asumir con ellos compromiso alguno, era preciso saber «quiénes son esos individuos y qué es lo que realmente tienen entre manos, pues con los gringos no vale descuidar».

Estando el Paraguay bloqueado por una enorme flota e invadido por un formidable ejército, no era el caso de andar perdiendo el tiempo con minucias. Gregorio Benites hubiese preferido obviar trámites y hacer cualquier cosa que pudiera dañar a los enemigos de su patria, así fuera vender el alma al diablo. Pero, como no tenía atribuciones para decidir, y nada hubiese adelantado pegándole un tiro al Encargado de Negocios, como en algún momento pensó hacer, tomó las palabras de su jefe al pie de la letra y se abocó de lleno a las investigaciones. Presumimos que, además, el secretario, cuya proverbial probidad no se contradecía con su astucia, se propusiera privar de pretextos a la incuria e indecisión que caracterizaban a su superior jerárquico. Como Cándido Bareiro le dejaba hacer de todo con tal de que él mismo no tuviese que hacer nada, don Gregorio consideró que el caso de los «bucaneros» -como equivocadamente llama a los corsarios, tal vez a propósito, pues su gramática sería una cantera inagotable para los modernos estructuralistas-, justificaba la contratación de los servicios de la famosa agencia de detectives inglesa «Pickerson & Co. Ltda.», que desde luego tenía abierta una de sus filiales más importantes en la Ciudad Luz.

Pasado el tiempo brevísimo de dos meses, si se tiene en cuenta que la travesía del Atlántico demandaba casi un mes y que no se había cumplido un año desde que Julius Reuter tendiera por el estrecho [58] de Behring la primera línea telegráfica entre Europa y los Estados Unidos, los detectives presentaron un informe completo sobre el caso y los individuos investigados. Y, esto sí que era una novedad, un retrato fotográfico de

cada uno de ellos, que, según Benites, «apenas si le parecen a los sujetos susodichos».

Para gran sorpresa suya, continúa diciendo el secretario de la Legación en su carta al Mariscal López, «el principal de los bucaneros había sido que no era el capitán de barco don Erwin W. Kirkland, sino el desaforado mayor de caballería James Manlove, el individuo que le trató de badulaque al señor don Cándido Bareiro, pariente de V. E., que sea lo que sea representa al Paraguay hasta nueva orden del Supremo Gobierno».

La información acerca de Manlove es de tal naturaleza «que a lo mejor ese tilingo nos podía ser de gran provecho» Decide entonces ir a buscarlo personalmente a Montmartre, donde supone reside a la espera de la respuesta de la Legación. Lo hace en un coche de alquiler que le cuesta la friolera de siete francos, el equivalente de un mes de sueldo de un soldado paraguayo que se bate con la consigna de «¡Independencia o Muerte!» (el subrayado es de Benites).

Don Gregorio es sumamente detallista en cuestiones de dinero, como todo funcionario del tiempo de los López. Tras recibir su nombramiento de Encargado de Negocios en reemplazo de Cándido Bareiro, que no le hizo entrega de los fondos de la Legación, tuvo que empeñar su reloj, vender los muebles, trasladar la sede diplomática a un piso de ínfima categoría y mantener la dignidad del cargo ante las cortes europeas y perseverar en la infatigable defensa de la causa de su país. Tal fue el respeto que inspiró su abnegación, que sus colegas representantes del enemigo consintieron caballeramente que el gobierno francés le hiciera entrega de una remesa de dinero que López le envió en 1868 por intermedio de una cañonera de esa nacionalidad, en violación de la ley internacional. Años después, estando en Europa comisionado por un gobierno paraguayo de posguerra para poner en claro la negociación fraudulenta de un empréstito tramitado por el argentino Máximo Terrero, recibe la noticia de que Cándido Bareiro se ha incorporado al gabinete como ministro de relaciones exteriores. Esto le hace dar un giro completo a la política que venía siguiendo, que era la de llevar ante los tribunales a los estafadores. Pacta con ellos y regresa al Paraguay. Presenta allí una descomunal lista de gastos de representación. Le meten preso, le aseguran en el cepo, le da una paliza; pero él sostiene tozudamente que ha dado exacta cuenta hasta del último centavo. Nos inclinamos a creerle. Acaso quiso desquitarse de pasadas privaciones. Hasta se hizo hacer por cuenta del Estado un retrato al óleo, que lastimosamente no pintó René Tibourd. [59]

El mayor Manlove ya no estaba en París. Se había marchado al Paraguay. Gregorio Benites monta en cólera. La rabia se le escurre por los huecos de su gramática y encrespa su caligrafía. Como todo paraguayo tiene el guaraní en el subconsciente, y cuando le salta el indio no hay modo de pararlo.

Deja el coche y vuelve a pie a la Legación. Cándido Bareiro dormita en un sofá, con un periódico abierto sobre las rodillas. Gregorio Benites le dirige una mirada de desprecio y pasa de largo. No perderá el tiempo en informarle.

Con los ojos entrecerrados, Cándido Bareiro esboza una sonrisa entre irónica y resignada. Se ha hecho el dormido para que el secretario no viniera a incordiarle con alguna zoncera. No detesta a Gregorio Benites.

Lo acepta como un mal inevitable en este universo de trámites inútiles. Cándido Bareiro tiene la mente lúcida. Demasiado lúcida. Cada momento le recuerda la falacia de la ética y la vanidad de todo esfuerzo. Ni es un traidor ni es un soldado. Con el tiempo sin embargo la vida habría de tomarse su desquite. Se apasionó, se engañó y logró apasionar y engañar a los demás. Participó activamente en la comedia del mundo. Fue tan dura la prueba que no pudo resistirla. Murió presa de fiebres y de vómitos como «los ex comulgados de la Edad Media».

Juan Bautista del Valle está estudiando en la sala contigua. Gregorio Benites le dice que le siga. Se encierra con él en una habitación. No le pide, le ordena que se ponga inmediatamente en camino al Paraguay para informar al Mariscal López de la negligencia culposa del Encargado de Negocios («pariente de V. E.»). Como no puede disponer de dinero para el viático, pues la Caja es lo único que Cándido Bareiro atiende personalmente, compelido por la necesidad e inspirado por la desesperación, esa misma noche visita en compañía de Del Valle al pintor René Tibourd, quien se disculpa por recibirles en bata de dormir. Le pide un préstamo, ofreciendo como aval el honor de la República. El francés, conmovido, accede sin vacilar. [60]

- IX -

¿Quién era James Manlove y por qué Gregorio Benites se puso furioso hasta el extremo de deslizar una impertinencia en una carta dirigida al Mariscal López? Para saberlo están los informes de la agencia de detectives «Pickerson & Co. Ltda», y referencias de otras fuentes entre las cuales caben mencionar los libros de Charles A. Washburn, ministro norteamericano residente en el Paraguay durante la Guerra Grande, y las deposiciones de testigos ante una comisión investigadora del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica. Desde luego contienen lagunas, contradicciones e inexactitudes, mas el conjunto permite una reconstrucción aproximada del carácter y los antecedentes del singular personaje.

Al escribir este ensayo, novelesco por la forma e histórico por el contenido, se tuvo en cuenta además, junto con las fuentes documentales que le dan cimiento y andamiaje, otras a las que llamaríamos vivenciales. Es la memoria de gente que recuerda a quienes recordaban; el eco de verdades deformadas y profundizadas por el tiempo; la resonancia en los espíritus de realidades sublimadas en un soñar despierto; la evocación de aconteceres que han ido más allá de sus actores circunstanciales, y que al acumularse en la experiencia personal de cada uno son de otros y de todos: un drama que se transforma y permanece idéntico a sí mismo en cada representación.

Decía el doctor Faustino Benítez en su lúcida ancianidad nonagenaria:

-Los acontecimientos son un ensayo previo de la Historia, que es presente. La Historia selecciona a los actores, los instala en el

escenario y apela a la participación del público. No digo con esto que no sea verdadera, sino todo lo contrario, puesto que forma parte de la vida, y como esta, aunque puede ser vivida en su infinita intensidad, diversidad y vastedad, sólo puede ser aprehendida parcialmente. De algún modo intervine en los dramas del pasado, por cuanto han condicionado mi ser y mi existir. Soy autor de los aciertos, responsable de los errores, culpable de los crímenes, víctima y victimario, héroe y traidor.

El Dr. Faustino Benítez, hoy fallecido, perteneció a la generación intelectual del 900, que rescató de las cenizas de la hecatombe el [61] patrimonio moral del Paraguay. Hay motivos para creer que era hijo natural del capitán Gregorio Benites, aunque no haya manera de probarlo y él no lo hubiera dicho nunca. La «z» final de su apellido echa una sombra de duda en opinión del ilustre polígrafo profesor don Raúl Amaral, aunque él mismo admite que puede tratarse de un error gráfico convertido en costumbre.

Viene a cuento esta digresión porque mucho de lo que ya se dijo, de lo que se va a decir en las próximas páginas y lo que se dirá más adelante, pertenece al Dr. Faustino Benítez. Estudioso e investigador infatigable, fue poco lo que escribió y menos lo que publicó. Más que un escritor fue un hablista generoso, que brindaba a manos llenas los tesoros de su erudición y los frutos de su inteligencia.

James Manlove pertenecía a una antigua y aristocrática familia de ricos plantadores de algodón del sur de los Estados Unidos, que, como a casi todas las de su especie, la supresión de la esclavitud dejó en un estado de postrada ruina material y arriscada soberbia espiritual. Se sentían injustamente despojados después de una encarnizada contienda en la que se llevaron las palmas de un heroísmo sin gloria y bebieron las hieles amargas de una derrota sin martirio.

Conservaban los Manlove, grabada por hipotecas implacables, una mansión señorial en la ciudad de Annapolis, Maryland, donde había nacido nuestro héroe. Al regresar de la guerra, vagaba como una sombra colérica por habitaciones vaciadas de muebles y desiertas de servidumbre. En pasadas épocas de opulencia -sostenida con el sudor de los ochocientos cincuenta y tres esclavos registrados en el último inventario de tiempos de paz-, James asistió a buenos colegios, y fue expulsado de uno de ellos por mala conducta. Era mediocre estudiante, pero aficionado a la lectura. En la guerra mereció distinciones y ascensos por su valor, y severos castigos por su indisciplina. Según la agencia de detectives «Pickerson & Co. Ltda.», era tenido por hombre de honor en su ciudad natal. Sus conciudadanos guardaban para él la conmiseración respetuosa que se concede a los héroes vencidos. Agrega que era un tanto aficionado al juego y la bebida, pero enseguida le disculpa diciendo que eran vicios comunes en los oficiales de uno y otro bando, recientemente desmovilizados, que no se adaptaban todavía a la tediosa rutina de la vida civil.

Tanto los que habían combatido en el ejército como en la marina de la Confederación gustaban reunirse por las noches en «El Gato Verde», una taberna próxima al puerto, en la que actuaban músicos tuberculosos y bailarinas ojeras, algunas de las cuales mostraban en el trato que

habían recibido una esmerada educación. Una parte [62] considerable de los parroquianos tenía aspecto exótico y patibulario. Hablaban lenguas incomprensibles. Provenía de la tripulación de la multitud de barcos de todas las banderas surtos en la bahía. Habían acudido como cuervos, desde las más remotas latitudes, para cebarse en el vencido. Partían con las bodegas repletas de despojos de una pasada opulencia, adquiridos a vil precio. Además, el gobierno había puesto en venta una cantidad enorme de material de guerra sobrante, en el que se incluía naturalmente el que perteneció a los confederados. Los comisionistas encargados de realizar las transacciones no hacían demasiadas preguntas a quienes pagaban al contado.

Como la guerra había terminado hacía pocos meses, era raro que los yanquis aparecieran por «El Gato Verde», salvo cuando lo hacían en grupo, con ánimo pendenciero. En estos casos, los oficiales sudistas procuraban evitar caer en provocaciones de patanes a quienes despreciaban, y que, por añadidura, solían hacer abuso de impunidad. En cambio, como suele ocurrir tras las derrotas, se hacían entre ellos mismos amargas recriminaciones que solían acabar en grescas descomunales. En ellas, los puños de James Manlove le daban siempre la razón.

Sea por la recíproca atracción que en los espíritus ejercen las diferencias de estilo y temperamento; sea por profunda afinidad o ineluctable mandato del destino, el mayor de caballería James Manlove prefería, a la de sus camaradas del ejército, la amistad de los marinos. Un grupo de estos, que había tripulado una invicta y hazañosa cañonera, lo adoptó poco menos que como mascota. Les divertían las rudezas, torpezas e intemperancias de Jammy, como cariñosamente le llamaban. No eran vistas como brutalidades de un palurdo sino como excentricidades de un aristócrata temperamental. Por otra parte, en una mar procelosa y llena de acechanzas como era «El Gato Verde», convenía tener siempre cargada, como cañón de popa, la enorme fuerza física de Manlove; y su agresividad salvaje, que se desencadenaba como un huracán cuando se ponía furioso. No era un tonto, sino un niño grande. A pesar de su carácter descontrolado sabía hacerse querer. Tenía momentos de genialidad que obligaban a tomarle en serio, y en ocasiones a seguirle.

La noche en que James Manlove tuvo la más brillante y fatal de sus inspiraciones, estaba en «El Gato Verde» en compañía de sus amigos: el capitán Erwin Kirkland y varios de los que fueron sus oficiales en la guerra naval.

Un portugués de Goa, que se llamaba nada menos que Raposso, y parecía la cruz de una comadreja con un cerdo, trataba de convencer a los marinos para que tripularan un navío de guerra que acababa de adquirir por el precio de una chalupa. Acompañaban a Raposso [63] dos malayos gigantescos tocados con turbantes y armados de cuchillos perversos; y un chino de coleta con cara de rata hidrófoba. Se mantenían apartados, discretos y vigilantes en una mesa vecina.

Para recomendarse a sí mismo, el portugués Raposso contó que había sido en otro tiempo contrabandista de esclavos. Los malditos ingleses le habían robado su barco. No le ahorcaron por falta de pruebas: tuvo tiempo de arrojar la carga al mar antes de que lo abordaran. Le llevó tiempo resarcirse de tamaño quebranto comercial. Ahora había adquirido una

cañonera para dedicarla a la piratería en los mares del sur. Según explicó enseguida, si se evitaban colisiones con barcos de unas pocas banderas, y no se depredaban costas en las que tuvieran intereses, colonias o factorías, el negocio era lucrativo y de poco riesgo. Sedas, piedras preciosas, perlas en magnífica abundancia, sólo esperaban a quien se apoderase de ellas. Una nave moderna, bien armada y tripulada, eliminaría la competencia de piratas chinos, árabes y malasios, que operaban en juncos, sampanes y anticuadas galeras. Erwin Kirkland escuchaba en silencio, haciendo humear su enorme pipa como la chimenea de un vapor a toda máquina. Tenía diez años más que el mayor de sus oficiales. Manlove observaba divertido. Sabía que ninguno de los marinos abriría la boca mientras no hubiera hablado el capitán. [64]

- X -

El capitán Erwin William Kirkland había comandado la cañonera «Nortfolk» de 800 toneladas y 18 bocas de fuego, uno de los mejores barcos de la Confederación, tanto por sus cualidades marineras como por la calidad excepcional de los hombres que la tripulaban. Formaban una sólida y entusiasta hermandad regida por sus propias reglas. Se consideraban invencibles, protegidos por la Providencia y favorecidos por la Fortuna. Sin haber sufrido una sola derrota, la «Nortfolk» tuvo que arriar banderas y gallardetes y entrar rendida a puerto. La tripulación la abandonó llorando. Habían querido hundirla. El capitán se opuso.

-Nunca se sabe, muchachos -les dijo, para consolarlos-. Nuestra patria es el barco. Puede que lo recuperemos.

Les estaba mintiendo. Al menos, era lo que pensaba entonces. Pero sus hombres le creyeron. Siempre le habían creído, hasta contra toda evidencia. Este era su orgullo y su pesar. Dotado de natural autoridad, podía ser, cuando era necesario, severo y despiadado. Poseía además una rara y misteriosa cualidad, que hacía creer a quienes le seguían que era uno de ellos y compartía sus sentimientos más entrañables.

Despanzurraron a hachazos las barricadas de un precioso ron de las Antillas, que reservaban para ocasiones solemnes, para que los malditos yanquis no se lo bebieran. Se juramentaron mantenerse unidos hasta volver a zarpar en la «Nortfolk» a toda máquina, bajo cualquier bandera, para pelear en cualquier guerra.

El capitán Erwin Kirkland, que había sabido transformarlos en niños para que se batieran como hombres, los veía hacer a sabiendas de que aquello era imposible. Era un hombre cuerdo y maduro, cuya tragedia consistía en haber perdido el candor pero no el fuego de la juventud. Era el capitán. Su deber consistía en marcar el derrotero y llevar la nave a puerto. Si era preciso sabía encender las calderas con las llamas del entusiasmo e inflar las velas con el viento de las ilusiones.

Los hombres necesitan una causa para luchar; una razón para vivir más importante que la propia vida para estar dispuestos a morir por ella. Él, sin embargo, había luchado por una causa en la que no [65] creía, la peor de las causas: el desmembramiento de una gran nación y la defensa de la esclavitud. No podía decirles a sus hombres que la derrota de la

Confederación era lo mejor para el país, para ellos mismos y para sus descendientes.

Pero al cabo lo que le importaba era la «Nortfolk». Nunca fue vencida. Ganó su batalla contra los yanquis y los elementos. En esto se sentía identificado con la tripulación: amaba a su barco. Cuando lo lanzaba a la batalla temblaba por la cañonera más que por sus hombres y por sí mismo. Cada impacto en el casco o la arboladura lo sentía en la propia carne. Si hubiera sido hundida hubiese ido con ella al fondo del mar. No por respeto a una tradición marinera, que más que una tradición es una leyenda, sino porque le hubiese sido imposible hacer otra cosa.

Fue el único que desembarcó de la «Nortfolk» con los ojos secos. Pero, algunos advirtieron que al partir pasó una mano por la borda suavemente, con delicada ternura, como una última caricia a un hijo muerto. Y estallaron en llanto en presencia de sombríos marineros yanquis, que supieron comprender: era gente de mar.

Se fue sin mirar atrás, con la frente alta, no en un gesto de altivez sino de profunda exaltación. Al pisar tierra, agachó la cabeza. Le abrumó una pesadumbre que ya nunca le abandonaría, que sería parte de su ser aunque se mantuviese latente, inadvertida.

Una vez en su casa, apenas consiguió que le dejaran solo, se encerró en su habitación y procuró reflexionar: ¿Qué es un barco? Un objeto inanimado, construido con hierros y maderos. ¿Y qué más? Algo le respondió: el barco eres tú mismo, y lo has dejado. Hubo alarma en la casa: el capitán Erwin Kirkland estaba sollozando.

Como suele ocurrir con las emociones intensas que han llegado a su clímax y empiezan a declinar, el capitán Kirkland, que era sensible pero también equilibrado y moralmente fuerte, una vez superada la crisis, esta se le antojó un tanto ridícula. Pero le quedó la pesadumbre. Si hubiera sido un romántico, su mirada se hubiese tornado melancólica; si hubiera sido un escéptico, se le hubiera torcido la boca en una mueca de cinismo; pero, como era simplemente un marino, el gesto se le endureció.

Pensaba en la cañonera como en una mujer a la que amándola hubiera abandonado. Mientras ella existiese le seguirían la esperanza y el remordimiento; la compulsión de buscarla y arrojarse a sus pies implorando perdón. Entonces comprendió por qué sus hombres habían querido hundir la «Nortfolk». En el fondo del mar hubiese estado en su elemento, más allá de todo agravio; segura e irrecuperable; inmarcesible y eterna como un patrimonio del espíritu. Y ellos hubieran quedado liberados de una absurda obsesión.

Los Kirkland no eran plantadores de algodón sino armadores y comerciantes vinculados al Norte industrial. La guerra les había ocasionado cuantiosas pérdidas, pero no se arruinaron y estaban en vías de rápida recuperación. Erwin comenzó a trabajar de inmediato en un puesto de responsabilidad en la «Kirkland & Co.», bajo la dirección del mayor de sus

hermanos, el honorable Jeremías Kirkland, hombre muy religioso, que había pasado en Nueva York el tiempo que duró la secesión del sur. Era un abolicionista convencido, un republicano de principios y un filántropo sincero. Administraba el bien que hacía con gran sentido práctico, sin olvidar jamás que la caridad empieza por casa.

Existía por entonces un movimiento de alcance nacional en favor de los ex esclavos negros. Se expresaba en una ayuda masiva proveniente de los estados del norte, para que esos infelices se convirtieran rápidamente en buenos ciudadanos de la Unión. Personas que supiesen leer y escribir, tuvieran sus propias granjas, negocios y talleres, y, los mejores, se transformaran en prósperos capitalistas.

Jeremías Kirkland utilizaba de buena fe esta fiebre filantrópica para acrecentar su influencia política en Washington y sus relaciones comerciales con Nueva Inglaterra y Nueva York. Sabía que las buenas acciones inspiradas en la compasión o el entusiasmo tienen muy corto aliento. Opinaba en privado que el problema negro en los Estados Unidos necesitaba por lo menos un siglo para resolverse, y que hasta entonces sería una fuente inagotable de quebraderos de cabeza. Entre tanto, mientras hubiera gente dispuesta a gastar en ello su dinero, cuanto pudiera hacerse debía ser hecho.

Jeremías Kirkland quería mucho a su hermano Erwin, el héroe de la familia, que además aseguraba a esta y a la «Kirkland & Co.» prestigio en su propio estado, el de Maryland. Se sentía feliz viéndole acudir puntualmente a la oficina y despachar, con la misma tranquila eficiencia con que había dirigido su barco, los asuntos que se le confiaban.

Desde luego el capitán se aburría como una ostra. Pudo haberse hecho a la mar al mando de un buque mercante, o reincorporarse a la marina de guerra, tanto por las influencias de su hermano Jeremías como por su prestigio personal. No quiso hacerlo alegando que necesitaba [67] un prolongado período de descanso en tierra. No confesó, siquiera a sí mismo, que algo inexplicable le retenía. Estaba en permanente contacto con los veteranos de la «Nortfolk». Les conseguía colocación, socorría a los más necesitados, aconsejaba como un padre a los descarriados o los reprendía severamente. Pocos de ellos se alejaron de Annapolis, ni siquiera los que eran oriundos de otros estados.

Algunas noches el capitán Kirkland se reunía en «El Gato Verde» con quienes fueron sus oficiales. Para ellos las cosas resultaban más difíciles. Eran jóvenes y no habían aprendido todavía a aceptar con resignación lo que no tiene remedio. Llevaban una vida ociosa, abusaban del juego y la bebida, convertidos en sableadores y en parásitos de sus familias empobrecidas por la guerra.

Eran sin excepción profesionales capaces, altamente adiestrados. El capitán no les aconsejaba embarcarse, porque hubiera sido como incitar a un acto de infidelidad que él mismo se sentía incapaz de cometer. A sus espaldas le llamaban «nuestro viejo», pese a que estaban convencidos de que el capitán podría molerlos a golpes individual o colectivamente, beber el doble sin embriagarse y alegrar a más mujeres que cualquiera de ellos si se lo proponía. El capitán hablaba poco, pero su sola presencia infundía ánimos. Se sentían mejores, libres por un momento de la sensación de desarraigo y orfandad que les aquejaba desde que rindieron la

«Nortfolk»; integrados de nuevo en la temible hermandad que, durante cuatro años vividos con plenitud, fue el terror de los malditos yanquis.

Los caprichosos sarcasmos del amor suelen cebarse cruelmente en los vencidos. El portugués Raposso había adquirido la cañonera «Nortfolk» para convertirla en un barco pirata. Ahora se empeñaba en contratar al capitán y a la tripulación para cambiarlos de héroes en forajidos. La curiosidad y la comicidad amarga de la situación hacían que el capitán Kirkland aplazase el momento en que aplastaría de un puñetazo la cara grasienta y abotagada del filibustero lusitano, que, inconsciente del peligro, bebía de un jarro de ron mientras aguardaba esperanzado la respuesta. Conocía la reputación de aquellos hombres. Contaba que con ellos y la nave invencible se haría dueño de los mares desde las Filipinas a Madagascar. Los oficiales aguardaban una señal para darle al despreciable individuo la más memorable paliza registrada en los copiosos anales de «El Gato Verde». Expertos en combinar maniobras, les bastó cambiar una mirada para trazar una estrategia dirigida a neutralizar a los dos malayos y al chino. Fue entonces cuando intervino James Manlove con una de sus genialidades deslumbrantes. [68]

Lanzó una carcajada colosal que ahogó e hizo cesar el bullicio en el salón lleno de humo. Calló la música. Las bailarinas quedaron en suspenso con las piernas al aire.

-¡Señor Raposso! -gritó, dándole una palmada formidable que lo tumbó sobre la mesa y le hizo escupir el ron-. ¡Estos marinos son caballeros! ¡Los ha insultado usted, y lo que es peor, ha secuestrado y mancillado a su dama! ¡Van a hacerle pedazos!

Lo último fue lo único que entendió el portugués, hombre hecho al peligro, que reaccionaba en el acto. Trató de incorporarse buscando la pistola. Manlove le apoyó una mano en un hombro y lo aplastó como un guiñapo.

-¡Aguarde, querido amigo! -tronó, sin dejar de reír-. Lo que ellos más desean en el mundo es volver a tripular la «Nortfolk», pero se ha equivocado al ofrecerles dinero como si fueran vulgares mercenarios, vendibles al mejor postor. Los caballeros también hacemos cualquier cosa por dinero, siempre que nos lo den envuelto en una bandera respetable. Si me quieren escuchar he de procurarles una, la más hermosa y digna de ser enarbolada en el mástil de una gloriosa cañonera y paseada con honor por los siete mares del globo. [69]

- XI -

Al terminar la guerra de secesión quedaron vacíos en los periódicos amplios espacios reservados para noticias excitantes. Las grandes potencias europeas estaban en equilibrio. La unión norteamericana se había consolidado y fortalecido. Tenía las manos libres para aplicar la doctrina Monroe. Presionaba amenazadoramente a Francia para que se retirase de México, dejando al emperador Maximiliano de Austria, impuesto y sostenido

por Napoleón III, a merced de los republicanos de Benito Juárez, un indio empecinado. También esta veta estaba próxima a agotarse. Afortunadamente, para alimento de los suscriptores acostumbrados a los platos fuertes, había estallado en Sudamérica la guerra del Paraguay.

Un mapa impreso a dos columnas, debidamente sombreado, bastaba para impresionar. Tres Estados, dos de ellos grandes y poderosos, cuyos territorios cubrían en conjunto las tres cuartas partes de la superficie del continente, y cuyas costas se extendían sobre el océano Atlántico desde el mar Caribe hasta el cabo de Hornos, atacaban a un cuarto que aparecía desproporcionadamente pequeño, aislado y desvalido. La población de los países aliados se estimaba en quince millones de habitantes, mientras que la del Paraguay no alcanzaba al millón.

Expertos columnistas explicaban que la minúscula república mediterránea sólo podía contar con sus propios recursos. En cambio sus enemigos, financiados con largueza por la pérfida y despiadada banca europea, contaban con sobrados medios para adquirir cuanto quisieran donde lo desearan, incluyendo la contratación de mercenarios entre la canalla de Europa, como efectivamente hacía la Argentina; y, en menor grado, el Brasil, que contaba con la abundante carne de cañón de los esclavos negros de las fazendas. Se otorgaba a estos una manumisión ilusoria en el momento de incorporarse a filas. Un súbdito brasileño podía eludir el servicio militar mediante la donación al ejército de seis robustos hombres de color adquiridos en el mercado de esclavos.

Los periódicos explotaban al máximo la simpatía sentimental que despiertan los débiles enfrentados a los fuertes, y la admiración que inspiran cuando, como los paraguayos, lo hacen valientemente. Como [70] perros atados que escuchan desde lejos la gozosa algarabía de una riña de perros, ociosos veteranos leían ávidamente las noticias y trazaban sobre los mapas estrategias fantásticas.

En esos días había aparecido con grandes titulares en el «Express» de Nueva York:

EL RIACHUELO

LA MÁS GRANDE BATALLA NAVAL LIBRADA EN AGUAS

SUDAMERICANAS

¡La poderosa Flota Imperial del Brasil huye maltrecha!

La página estaba profusamente ilustrada con grabados que mostraban a los intrépidos paraguayos lanzándose al abordaje de acorazados brasileños entre filigranas de humo, y a los cobardes brasileños huyendo despavoridos a ocultarse bajo el puente o arrojándose para escapar a nado en aguas encrespadas y espumosas.

La información, cuya fuente provenía de supuestos o reales testigos oculares, no correspondía del todo a los titulares y a las ilustraciones; pero, se la aproximaba bastante, lo que no es poco pedir.

A las nueve de la mañana del 12 de junio de 1865, vaporcitos paraguayos de casco de madera, mercantes todos ellos con la única excepción de la cañonera «Tacuary», se lanzan contra la flota brasileña -mandada por mulatos y tripulada por gente de color-, en una audaz tentativa, que estuvo muy cerca de alcanzar el éxito, de apoderarse de ella y romper el bloqueo. Al atardecer, después de diez horas de combate encarnizado, en que se pelea al abordaje en los puentes y en las jarcias

de los navíos imperiales, se retira lo que resta de la flotilla republicana. El colosal «Amazonas», buque de guerra que dobla en tonelaje a toda la armada paraguaya junta, sale en su persecución. La cañonera «Tacuary» se detiene y le hace frente. El monstruo muestra la popa. Huye. El derrengado «Tacuary» le sigue un trecho. Suelta tres cañonazos. Una bala rebota en el blindaje del acorazado con una chispa que refulge en el oscurecer. El «Amazonas» escapa a toda máquina. Desde las barrancas correntinas, donde se encuentran los corresponsales del diario neoyorquino, se oye la gritería triunfal de los marineros paraguayos. Esa misma noche, dejando hundidos a dos de los suyos, el «Belmonte» y la «Jaquinhona», la formidable Flota Imperial del Brasil navega aterrada aguas abajo y recalca al día siguiente a 200 millas de su audaz y minúsculo adversario. [71] Los paraguayos han perdido cuatro de sus nueve vaporcitos de madera, artillados con cañones lisos.

Poco antes de que apareciese el portugués Raposso con su escolta de exóticos bucaneros asiáticos, los amigos de Manlove habían estado comentando la batalla naval de El Riachuelo, jurando que de haber estado allí con la «Nortfolk» hubieran acabado con los malditos negros.

James Manlove había hipotecado lo que restaba de los bienes de su familia para invertir el dinero en un brillante negocio que la resarciría con creces de las pérdidas sufridas en la guerra y la abolición de la esclavitud. James tenía un poder de convicción incontrastable cuando le inspiraban el entusiasmo y una profunda y sincera confianza en la razón que le asistía. Contrajo nuevas deudas a cuenta de utilidades. Lo que no perdió en el juego se lo bebió en «El Gato Verde». El negocio fracasó. Estaba en quiebra. La casa en la que había nacido, próxima a ser puesta en subasta pública. Un padre loco, una madre tullida, un hermano mutilado de guerra, una cuñada histérica que se daba a la bebida, una hermana viuda, otra soltera escandalosa, un sobrino contrahecho, dos enfermizos, el bobo de la familia y una criada negra con su mulatillo, amenazados todos de caer en la indigencia, eran un formidable estímulo para la imaginación de James Manlove. Fue así como al olfatear la tormenta próxima a desencadenarse sobre el desprevenido pirata lusitano, tuvo el deslumbramiento de hacerse corsario.

Concibió la idea completa, como le ocurre a los genios; y al tiempo de concebirla, ya la vio realizada. La expuso con sobrecogedora claridad. No solamente se harían inmensamente ricos, sino que salvarían a un pueblo noble y valiente de correr una suerte acaso más trágica que la de los confederados en la guerra de secesión. Hasta en los ojos de alimaña del portugués Raposso se encendieron, mezcladas con la codicia, las luces del ideal.

Cuando Manlove hubo terminado, los oficiales de la «Nortfolk» se abstuvieron de opinar antes de que lo hiciera su capitán. Erwin Kirkland no se hizo esperar mucho tiempo:

-Necesitaremos más barcos -dijo, golpeando la pipa en la mesa, para descargarla-; seis por lo menos, y hay modo de conseguirlos.

Los jóvenes marinos, Manlove y el portugués Raposso estallaron en gritos de entusiasmo.

Raposso, que de estar próximo a ser linchado, fue tácitamente admitido como un nuevo camarada y socio de la empresa, puso a disposición

de esta su reciente adquisición. Dijo que sin embargo era para todos conveniente que la «Nortfolk» hiciera el derrotero previsto por el Lejano Oriente, pero ahora con la finalidad de recaudar [72] fondos para la campaña naval. Debería entregar un cargamento de armas a un sultán de Borneo y un precioso juego de muebles adquiridos en remate para la concubina húngara de un magnate chino de Singapur. De paso desenterrarían un tesoro, fruto de los ahorros de toda su vida, oculto en un islote arenoso del Mar Árabe. Confiaba además en conseguir un cuantioso donativo del maharajá de Kapurtala quien se complacía en alentar las causas justas. Después de haber jurado, besando el crucifijo que le colgaba del cuello, que no volvería a robar ni a matar sin patente de corso, se convino en que dos de los oficiales allí presentes conducirían la nave, cumplidamente tripulada por aguerridos veteranos, en este único viaje a las Indias Occidentales, y que aguardarían instrucciones en Calcuta.

Hubo un principio de desacuerdo cuando James Manlove reclamó para sí el almirantazgo, que debía ser otorgado por el gobierno paraguayo. Se zanjó la cuestión porque el capitán Kirkland ordenó que se conformaría con el grado de contralmirante, segundo en el mando de la armada, aunque con amplias atribuciones para trazar la estrategia operativa.

Se habían apagado hacía rato casi todas las luces. No había música. Las bailarinas se iban yendo a dormir con sus parroquianos preferidos. Los camareros sacaban a patadas a los últimos borrachines cargosos. Ellos continuaban haciendo planes y bebiendo ron sin embriagarse, sobreexcitados como estaban por la estupenda aventura que había decidido emprender.

Amanecía cuando salieron, abrazados, dando tumbos. Marcharon por los muelles dormidos costeano la mar plomiza de la bahía de Chesapeake, que reflejaba largas sombras de arboladuras, cantando vigorosas canciones marineras, escoltados por dos abstemios musulmanes y seguidos al trotecito por el chino de la coleta. [73]

- XII -

Con reticencia al principio, cautela después, y al cabo con entusiasmo, Jeremías Kirkland apoyó a su hermano Erwin. La formación de una poderosa armada corsaria de bandera paraguaya, pero de hecho controlada por hombres de negocios de los Estados Unidos, para defender los ideales filantrópicos y los principios republicanos en Sudamérica, ofrecía indudables atractivos políticos; y podría reportar ventajas económicas de largo alcance, mucho más significativas y permanentes que el producto del pillaje. Desde este punto de vista, lo que menos importaba era el abordaje de los buques y el ataque a los puertos de los tres países coligados contra un cuarto en sí mismo irrelevante. Cinco mil millas de litoral marítimo desguarnecido, en regiones tradicionalmente controladas por el comercio y la banca de Inglaterra, no podían ser indiferentes a un patriota norteamericano con visión de futuro.

Jeremías Kirkland se sentía orgulloso de su país, que había eliminado radicalmente y sin contemplaciones el monstruoso anacronismo de la esclavitud y consolidado para siempre su unidad; que acogía en crecientes

multitudes lo más joven y vigoroso de la vieja Europa, y se hallaba en plena expansión hacia el oeste. ¿Por qué no podría abarcar las dos Américas ciñéndolas en un estrecho abrazo, acaso doloroso al principio, pero fecundo en el porvenir? Liberar a los pueblos de sus propias taras, mal que les pesase, como se había hecho con los rebeldes Estados del sur, y abrir para ellos la ancha senda del progreso y de la libertad; un inmenso territorio en que hombres audaces y emprendedores de todos los países, de todas las razas, de todas las creencias, pudieran trabajar, competir, desplegar su iniciativa creadora. Una vez que lo hubo pensado y repensado con el implacable realismo y audacia intelectual que le eran propios, la oportunidad de la empresa se le hizo tan clara y evidente que se apresuró a ponerla en práctica. Otros podrían apoderarse de la idea, o concebirla ellos mismos de modo independiente.

Eran muchos los que habían ganado dinero con la guerra de secesión: grandes empresas proveedoras de armas y pertrechos a los beligerantes; [74] financieros, comisionistas, intermediarios, transportistas, contrabandistas en grande y pequeña escala; especuladores, tahures, buhoneros, proxenetas, mujeres de mala vida con sentido comercial. La paz significó para ellos la brusca interrupción de sus negocios. Quedó una enorme masa de dinero ocioso que buscaba ser invertido de manera lucrativa. Muchos capitalistas conservaban el espíritu aventurero de los tiempos heroicos. Proliferaban los pícaros y los vendedores de iniciativas brillantes. Los incautos, y quienes incurrían en errores de cálculo, sufrían pérdidas o se arruinaban; otros, con golpe de vista, amor al riesgo y mucha suerte, eran generosamente recompensados por la Fortuna.

Jeremías Kirkland recomendó a su hermano Erwin:

-Cualquier indiscreción puede echarlo todo a perder. Ya hay demasiada gente enterada del negocio. Confío en que sabrás controlar a tus hombres. Es preciso que cuides también que el mayor Manlove mantenga cerrado el pico. Es una feliz casualidad que su magnífico proyecto llegara en primer lugar a oídos de personas cuerdas y solventes. Será necesario adelantarle algún dinero para que atienda a sus compromisos más apremiantes. Eviten tabernas en lo futuro.

Fue así como «El Gato Verde» perdió una parte de su clientela más asidua. Jeremías Kirkland hizo que James Manlove le traspasara la hipoteca que gravaba los bienes que restaban a su familia, convirtiéndose así en su principal acreedor. Le adelantó además, a cuenta de utilidades, una mensualidad que le permitiera sostenerse decorosamente mientras se dedicaba por entero a los preparativos de la expedición marítima. Manlove volcó en ello su tremenda energía, su entusiasmo arrollador, su iniciativa brillante. Dejó de jugar, sólo bebía ocasionalmente y con moderación. Era un hombre cambiado.

Jeremías Kirkland viajó a Washington. Consiguió el apoyo tácito de varios congresistas influyentes. Les dio la menor cantidad posible de detalles, pero insinuó la perspectiva de jugosas utilidades para ellos, y positivas ventajas para el país. Luego se entrevistó con Thomas F. Washburn, un alto funcionario del Departamento de Estado, experto en cuestiones sudamericanas, cuyo hermano Charles A. Washburn era el diplomático acreditado con rango de ministro en el Paraguay. Se hallaba este casualmente de licencia en los Estados Unidos, aunque no en

Washington, por lo que Kirkland no pudo conocerle.

Jeremías Kirkland se abstuvo de hacer revelaciones a Thomas F. Washburn. Cuando habló con J. Shelton, jefe del Departamento de Estado, creyó que era su deber decirle lo que tenía entre manos. Mr. Shelton le escuchó en silencio. Luego dijo: [75]

-No he oído nada, querido Mr. Kirkland. Nada oiré ni sabré mientras no se comprometa prematuramente la neutralidad de los Estados Unidos. No obstante, y con esta salvedad, si usted o sus amigos necesitan cartas de presentación, o algo parecido, cuente conmigo.

Le acompañó hasta la puerta y le estrechó la mano con significativa cordialidad.

Algunos días después, el Departamento de Estado ordenaba a Charles A. Washburn poner término a su licencia y regresar de inmediato al Paraguay. Debía expresar al Mariscal López, verbalmente se entiende, la simpatía del gobierno y el pueblo norteamericano, así como la buena disposición de ayudarlo en lo que le estuviese permitido.

Pese a las muchas precauciones que se tomaron para preservar el secreto, es posible que algún rumor llegase a los oídos de personas interesadas. En Buenos Aires, Charles A. Washburn se encontró con que los aliados no le permitían continuar viaje hasta su sede. Esto produjo un agrio diferendo. El gobierno de los Estados Unidos dio instrucciones al almirante Gordon, comandante de la Flota del Atlántico Sur, el grueso de la cual se hallaba fondeado en Río de Janeiro, para que enviase buques de su mando a forzar el bloqueo en caso de que no fueran atendidas las reiteradas reclamaciones de Mr. Washburn. El almirante Gordon no se movió con la premura que era de esperar. La prensa desencadenó una furibunda campaña exigiendo que la flota rompiera sin más trámites el bloqueo a cañonazos, y llevara al ministro norteamericano hasta Asunción, así tuviera que dejar hundida a su paso toda la armada brasileña. Abundaban en los artículos arengas patrióticas invocando el honor nacional mancillado, y los argumentos jurídicos que fundamentaban el derecho de hacer uso de la fuerza en este caso, incuestionablemente violatorio de las convenciones internacionales vigentes.

-Aquí la opinión pública nos es del todo desfavorable -escribía el ministro argentino en Washington, Domingo Faustino Sarmiento, al presidente de su país, Bartolomé Mitre-, y es en vano luchar contra el torrente. Es la lucha del Imperio contra la República, y asunto concluido.

Entre tanto, importantes firmas comerciales de Maryland y Nueva York se mostraron dispuestas a financiar el curso, apenas se obtuviera la patente del gobierno paraguayo.

Como por lo general se atribuyen las cualidades propias a los demás, Jeremías Kirkland, hombre práctico y de sentido común, dio por seguro que la patente de curso sería otorgada por el Paraguay sin inconveniente alguno: [76]

-Mr. López no rechazará una ayuda que le viene del cielo, y que es acaso la única posibilidad que le resta de salvar a su país.

No lo dijo en sentido puramente figurado: cuando Jeremías Kirkland emprendía algo, se creía ejecutor de la voluntad divina. Era uno de los secretos de su éxito.

Se elaboró un anteproyecto de contrato que preveía la formación de

una sociedad anónima y la colocación de acciones en la Bolsa de Nueva York en cuanto llegaran noticias de las primeras victorias navales. El éxito de la operación bursátil quedaba asegurado no solamente por la expectativa de jugosos dividendos, sino también, y acaso principalmente, por la simpatía que inspiraba la valerosa república agredida por un gigantesco imperio esclavócrata. Debía omitirse como irrelevante el hecho de que el Paraguay hubiese invadido inicialmente al Brasil y luego a la Argentina, ya que fue un acto de justa represalia porque los brasileños habían invadido el Uruguay, república hermana en cuya defensa salieron paladinamente los paraguayos. La prensa se encargaría de presentar a los corsarios con la aureola de románticos héroes libertadores.

James Manlove y los marinos proseguían los preparativos de la expedición. Con la discreta conformidad de altos mandos de la Marina, fueron examinados, reservados y puestos en carena cinco monitores de gran porte, cuyo calado de siete pies les permitiría operar, si fuera necesario, en estuarios y ríos. La cañonera «Nortfolk», rebautizada «La Asunción», se aprestaba a emprender su viaje preliminar al Lejano Oriente. Sólo una parte de la selecta tripulación estaba formada por sus antiguos veteranos. Los más quedaron en reserva para los otros buques de la armada corsaria. Manlove era de opinión de que se llegara al océano Pacífico por el cabo de Hornos, para reconocer de paso las costas del Brasil y la Argentina. A su arribo a Arica, que entonces pertenecía a Bolivia, desembarcaría un emisario al Paraguay, para solicitar al Mariscal López la patente de corso. Se ofreció a hacerlo él mismo. El capitán Kirkland consultó largamente con su pipa antes de responder:

-Es demasiado complicado, y nada complicado sale bien. Harías un viaje largo y riesgoso por tierras desconocidas. Bastaría un accidente para malograr nuestros planes. Debe haber otra manera de conseguir la maldita patente. Si no la hay, habrá que hacer como dices.

El infatigable Jeremías averiguó que un tal Samuel Ward, habilísimo abogado neoyorquino, que había estado en el Paraguay y atendido importantes asuntos por encargo del gobierno de ese país, probablemente aconsejaría la forma más rápida y directa de solucionar el problema. Resolvieron ir a verlo, pero antes despidieron a la «Nortfolk», [77] que, como se dijo, había pasado a llamarse «La Asunción», anticipando su destino, y para gran contento de Raposso, pues el pirata portugués era muy devoto de la Santa Virgen.

Fue una fiesta memorable. Asistieron todos los antiguos oficiales y marineros de la hazañosa cañonera. Navegaron hasta dejar atrás la bahía de Chesapeake. En el trayecto, hasta el capitán Kirkland bebió más de la cuenta. El portugués Raposso, que se sentía purificado y ennoblecido desde su conversión en adalid de una causa justa, había cambiado su astroso atuendo de facineroso por un elegante traje de oficial de marina. A los malayos y al chino se les permitió conservar sus trajes nacionales. Los malayos se negaron obstinadamente a pecar contra Mahoma, pero se consiguió embriagar al chino. Se tornó pendenciero y nada dispuesto a aceptar las bromas pesadas que le hacían. Se escurrió como una anguila de diez hombres que quisieron atraparle para una manteada. A Manlove, que le dio un tirón de la coleta, lo derribó tres veces sobre el puente con una suerte de juegos malabares. Como un buen augurio resplandeció el sol sobre la mar

brumosa cuando salieron al océano.

Los que no seguían viaje fueron desembarcados en falúas en una caleta que conocían muy bien desde los tiempos gloriosos de la guerra civil. Antes de partir, «La Asunción» disparó cañonazos de salva. Después se perdió en el horizonte azul dejando una larga estela de humo. Regresaron a pie hasta Humpton Road. Se metieron en una taberna y armaron una trifulca con marineros yanquis que encontraron allí; pero al cabo, agotados, maltrechos y reconciliados, siguieron la juerga todos juntos hasta el amanecer del día siguiente. Manlove y sus amigos estaban convencidos de que la gran aventura había comenzado. [78]

- XIII -

El abogado neoyorquino Samuel Ward fue uno de los norteamericanos extraordinarios que conocieron los paraguayos de la época. Tanto por él como por otros igualmente originales, se hicieron de los oriundos de la gran nación del norte una idea, si no desfavorable, bien definida: los creían medio locos. Sabían tratarlos con astucia cautelosa y les tenían mucha paciencia, pero sin dejarse impresionar en lo más mínimo por los desplantes y fanfarronadas a las que aquellos eran tan afectos. La abusiva generalización influyó en el trato que en su momento dieron a James Manlove, quien por cierto hizo cuanto pudo por afianzar el prejuicio que inspiraban sus compatriotas.

Tal vez valga la pena decir cuanto se sabe acerca de Samuel Ward, porque acaso este personaje tuvo en esta historia más influencia de lo que se sabrá jamás. Antes será preciso advertir que en las páginas siguientes serán plagiados ilustres historiadores, alegando como atenuante la costumbre que ellos tienen de parafrasearse y copiarse unos a otros. Cambiaría la naturaleza de este relato el exceso de encomillados, citas y referencias bibliográficas. Baste decir que cuanto se dice en este libro podrá ser verificado en fuentes autorizadas por quienes duden de la palabra del autor, que es apenas un novelista abrumado por la inventiva de la Historia.

El primero de una larga serie de chiflados pintorescos fue Edward A. Hopkins. Llegó al Paraguay por primera vez en 1845 como agente comercial de los Estados Unidos. Era un mozo entusiasta y algo absurdo de poco más de veinte años. Quedó tan impresionado por la general prosperidad e idílica paz de que gozaba el pueblo, que decidió que estaba llamado a realizar su grandeza. Se convirtió en un ardoroso propagandista de fabulosas riquezas potenciales y en apasionado defensor de la independencia de la República, cuestionada por la Federación Argentina, dirigida entonces por el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas.

Rosas fue vencido en 1852 en la batalla de Caseros por el sublevado gobernador de la provincia de Entre Ríos, Justo José de Urquiza, coaligado con el Brasil y la República Oriental del Uruguay, y contando con el apoyo de Francia e Inglaterra. Mediante su habilidad y fuerza de carácter, el presidente paraguayo Carlos Antonio [79] López evitó comprometerse en la «Cruzada Libertadora». El principio de no intervención en los asuntos

internos de otros países fue firmemente mantenido, entre otras cosas, para no sentar precedentes que autorizaran a aquellos a intervenir en los propios. No obstante, los vencedores reconocieron la independencia del Paraguay y dejaron establecida la libre navegación del río Paraná. Fue superado el aislamiento impuesto al país desde hacía cuarenta años.

Edward A. Hopkins viajó a Norteamérica. Organizó en Rhode Island la «United State and Paraguay Navigation Company» con los aportes de capitales privados y los buenos auspicios de su gobierno. Se proponía no solamente promover la navegación a vapor en los ríos recientemente abiertos al tráfico internacional, sino también la creación de nuevas industrias. Desgraciadamente, los vapores adquiridos por la Compañía naufragaron en el mar antes de llegar al Paraguay. Hopkins arribó a Asunción con el título de cónsul, un buen lote de maquinarias y unos cuantos técnicos salvados de los naufragios.

Instaló una fábrica de cigarros al estilo habano, un aserradero a vapor, una mantequería, un molino de trigo, un ingenio de azúcar, dos desmotadoras de algodón, una ladrillería mecánica, varios otros talleres industriales y una calesita en San Antonio. Proyectó la fundación de una Escuela de Agricultura y la organización de un Departamento de Inmigración para fomentar la venida de colonos. Frenético de iniciativas, tanto se asemejaba a «Un yanqui en la corte del rey Arturo», que no nos sorprendería enterarnos de que Mark Twain lo tomara de modelo para el protagonista de la divertida novela del mismo nombre.

Las empresas tuvieron un éxito espectacular tanto por el poder adquisitivo de la población como por el súbito incremento del comercio exterior. Hubo dificultades cuando al inquieto e insaciable Hopkins le subieron los humos a la cabeza. Pretendió monopolios y se mostró reacio a aceptar las reglamentaciones oficiales.

El gobierno era partidario del progreso, pero no estaba dispuesto a compartir con nadie el control de la economía. Las relaciones se volvieron tirantes, tanto por causas objetivas como por las impertinencias de Hopkins, que se hacía cada vez más atrevido, y hasta amenazador, valido de su condición de cónsul de un país poderoso. Hicieron crisis a raíz de un incidente fortuito.

Una tarde en que Clemente Hopkins, hermano de Edward, paseaba a caballo en compañía de Madame Guillermont, esposa del cónsul francés, por las afueras de la capital, un soldado de caballería de apellido Silvero, que conducía una boyada en sentido opuesto, les pidió que se apartasen del camino para no espantar a los animales. [80] Acaso para impresionar a la dama, Clemente Hopkins, en vez de avenirse a una indicación tan razonable, respondió de malos modos. En la disputa consiguiente blandió la fusta contra el soldado. Silvero desenvainó el sable y dejó tendido de un planazo al irascible Clemente, entre los gritos de Madame Guillermont, espantada de ver en situación tan desairada a su cumplido caballero.

Enterado Edward Hopkins de lo ocurrido a su hermano Clemente, se presentó en la casa de gobierno en traje de montar y empuñando un rebenque. Apartó de un empujón al centinela y entró sin anunciarse al despacho del presidente de la república. Ante la sorpresa de don Carlos, que en vano trató de tranquilizarle, se desató en furiosos improperios, exigió el inmediato castigo del soldado y amenazó, en caso contrario, con

la intervención armada de su país.

-¡Así han comenzado los Estados Unidos en México, en las Malvinas, Buenos Aires, Montevideo y el Brasil! -gritó revoleando el rebenque- ¡Ahora le tocará al Paraguay!

El viejo López era hombre de pocas pulgas. Por mucho menos había sacado a empellones de su despacho al ministro brasileño Pereira Leal. Pero, dándose cuenta de que estaba en presencia de un energúmeno, no perdió la calma. Le recomendó que presentase sus reclamaciones por escrito.

El soldado Silvero fue ascendido a cabo por dar su merecido a un gringo insolente. Hopkins presentó un memorial con nuevos despropósitos.

Un mes después, el 1° de setiembre de 1854, el presidente Carlos Antonio López suscribió un decreto por el cual se cancela el exequátur al cónsul de los Estados Unidos de América Edward A. Hopkins, cuyas despampanantes aventuras comerciales, industriales y diplomáticas en el Paraguay habían durado en total menos de dos años, pero tuvieron repercusiones tales que casi provocan una guerra y tendrían su epílogo treinta y cuatro años después.

Hopkins reclamó una indemnización de un millón de dólares. El capitán Thomas Page, que con autorización y beneplácito del gobierno paraguayo estaba realizando un viaje de exploración por los ríos interiores en la cañonera «Water Witch», amenazó con bombardear Asunción si las demandas de su compatriota no eran inmediatamente satisfechas. Por toda respuesta, el presidente López, por decreto del 3 de octubre de 1854, cancela la autorización para navegar en aguas paraguayas al buque norteamericano.

Promediaba la mañana del 1° de febrero de 1855. El «Water Witch» comenzaba a remontar las aguas del río Paraná, arriba de la [81] desembocadura del río Paraguay. Lo comandaba el teniente Williams N. Jeffers en ausencia del capitán Thomas Page y llevaba 28 hombres de tripulación y un armamento de tres obuses. De repente, un cañonazo rompió la quietud de aquel paraje silencioso. Desde el cercano fuerte paraguayo de Itapirú estaban haciendo fuego al barco de guerra de los Estados Unidos. Un hecho insólito, sin precedentes. Zafarrancho de combate. El cañonero contesta al fuerte. El duelo de artillería dura varios minutos. Acaba de producirse uno de los más sensacionales episodios de la historia americana del siglo XIX.

Nada había ocurrido aquel 1° de febrero mientras el «Water Witch» navegaba por el canal internacional, divisorio de las aguas paraguayo-argentinas. En un momento dado el cañonero se dispuso a pasar por el canal situado entre el fuerte Itapirú y la isla paraguaya Carayá. El comandante de Itapirú, Vicente Duarte, despachó en canoa a un oficial con el texto del decreto del 3 de octubre para significarle al «Water Witch» que no podía navegar por el canal interior. El teniente Jeffers no acató la prohibición. El cañonero siguió su marcha. Se produjo a viva voz desde tierra otra intimación. El «Water Witch» no detuvo su navegación, ya bajo los cañones de la fortaleza paraguaya.

Le disparan dos cañonazos sin puntería. El «Water Witch» no se detiene, responde con sus obuses. Entonces la fortaleza dispara un tercer cañonazo ya dirigido al barco. Una de las ruedas queda inutilizada, se rompen los cables del timón, es mortalmente herido el timonel Samuel

Chaney. El teniente Jeffers, viendo que las cosas van en serio, ordena el cese de fuego. La nave da marcha atrás y se dirige a la vecina ciudad de Corrientes. Ya no fue molestada.

Para complicar aún más las cosas, veinte días después de este incidente, apareció en aguas paraguayas la Flota Imperial del Brasil al mando del almirante Ferreira de Oliveira, con fines intimidatorios. La misión fracasó, porque los intimidados resultaron al fin los brasileños. López procuró que pudieran retirarse de la manera más decorosa posible, pero el episodio provocó burlas sangrientas en el Río de la Plata e indignación y vergüenza en el Brasil.

De pronto el Paraguay se revelaba como un Estado insolente y temerario, que no tenía noción de su insignificancia en el concierto de las naciones civilizadas, como dijo un periódico de Buenos Aires editado por emigrados paraguayos, escrito por un plumífero chileno: y financiado por la cancillería brasileña.

El cañonazo al «Water Witch» provocó un escándalo fenomenal. A medida que se extendía la noticia en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Londres, París y desde luego en los Estados Unidos, los periódicos dedicaban al incidente extensos editoriales. Los paraguayos [82] son tratados de salvajes. A nadie se le ocurre preguntarse qué hubiera ocurrido si la cañonera «Tacuary» hubiese amenazado bombardear Nueva York y luego se hubiese metido en el río Hudson desacatando la invitación de retirarse. Por el contrario, afirmaban que el presidente López alentaba el mismo espíritu e idéntica brutalidad que el soldado Silvero.

Edwar A. Hopkins revolvió cielo y tierra. En sus declaraciones a la prensa, el mismo país que había descripto anteriormente como un paraíso sabiamente gobernado por un patriarca providente, se transformó en un infierno, morada de Satanás, personificado por López. Porteños y brasileños, valiéndose de sus informantes echaban leña con la esperanza de que los norteamericanos les sacaran las castañas del fuego. Poderosos intereses coincidían contra el Paraguay; los pocos que asumieron su defensa eran apenas hombres de buena voluntad. Los intereses son persistentes. Tres años después del certero cañonazo del fuerte Itapirú, el presidente James Buchanan se dirigió al Congreso y expuso el estado de las relaciones con el Paraguay, solicitando autorización para exigir, por procedimientos adecuados, satisfacciones, indemnizaciones y garantías para el futuro sobre los incidentes ocurridos.

Parte de la prensa norteamericana apoyó la demanda presidencial sosteniendo que Estados Unidos debía repetir la expedición del comodoro Perry al Japón, para abrir también a cañonazos el Paraguay al comercio internacional. «El presidente López es un obstáculo para toda empresa», dijo el «Express» de Nueva York.

Explica a continuación el diario neoyorquino que los principales productos de exportación, la yerba mate y los árboles maderables eran considerados de propiedad pública aunque estuviesen en propiedad privada. Se los explotaba por medio de concesiones del Estado, que se reservaba su comercialización fuera del país. Lo mismo hacía con el tabaco y con gran parte del algodón, de excelente calidad, cultivado por granjeros y no en grandes plantaciones. La caña dulce y el azúcar, el tanino para curtiembre y los cueros padecían regímenes semejantes. Las importaciones soportaban

fuertes gravámenes. Se dificultaba y limitaba la inversión de capitales, salvo en actividades secundarias. A los extranjeros no les estaba permitido adquirir bienes raíces. El gobierno impedía el libre comercio. El Paraguay era el único país de Sudamérica que no había contraído compromisos financieros internacionales. Todo lo pagaba al contado. Fundía su propio hierro, construía barcos en su astillero, reparaba y fabricaba armas en su arsenal. A pesar de las generosas ofertas recibidas, estaba tendiendo por su cuenta una vía férrea que cruzaría el [83] país de norte a sur, y contemplaba la posibilidad de tender otra que cruzara el gran Chaco y llegara al océano Pacífico a través de Bolivia en un futuro no remoto.

El «Express» concluía en que el Paraguay ofrecía incalculables oportunidades al comercio, la industria y las finanzas, las cuales estaban siendo acaparadas y malogradas por un déspota que administraba su país como un feudo y lo dirigía como una estancia. López era un bárbaro que debía ser tratado como tal en beneficio de la civilización.

Tras un largo debate parlamentario, el presidente Buchanan obtuvo la autorización requerida.

Se organizó una escuadra de 20 buques, con una dotación de 2.500 hombres y 200 cañones, la más poderosa que hasta entonces zarpara de costas norteamericanas. Traía al mando a la principal figura de la marina, el comodoro Williams Branfort Shubrik, que en 1815 había recibido del Congreso una condecoración a raíz de la captura de los navíos ingleses «Cyrene» y «Levant», hazaña que le dio renombre nacional. El juez James Butler Bowlin fue designado comisionado civil encargado de las negociaciones diplomáticas. Como secretario se nombró a Samuel Ward, que era el mismo abogado neoyorquino que, seis años después, se disponían a consultar James Manlove y Erwin Kirkland, para que les indicase el modo más directo y práctico de obtener patentes de corso del gobierno paraguayo.

- XIV -

El juez comisionado James Butler Bowlin tenía que exigir el reconocimiento de la culpabilidad del Paraguay y el pago, en consecuencia, de una indemnización no menor de 500.000 dólares. En caso de que no tuviera éxito en sus gestiones, la escuadra, según las instrucciones impartidas al comodoro Shubrik, «subirá hasta la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, establecerá el bloqueo efectivo de ambos ríos y de todas las ciudades y villas situadas sobre sus márgenes; atacará y destruirá las fortalezas de Humaitá y otras que en su opinión obstruyan o comprometan el pasaje indemne de la flota a su mando, y prosiguiendo hasta Asunción, a menos que el gobierno paraguayo acceda a las condiciones propuestas por el Comisionado, exigirá la entrega y tomará posesión de dicha ciudad y sus defensas, empleando la fuerza necesaria y realizando otros actos de hostilidad justificados por la Ley de las Naciones y que usted considere apropiados para imponer el acatamiento de las condiciones requeridas».

El 19 de diciembre de 1859 la escuadra estaba anclada frente a Buenos Aires, entonces segregada de la Confederación Argentina. Los círculos dirigentes porteños, los paraguayos emigrados y la prensa en general recibieron con alborozo a los norteamericanos: los días de López estaban contados. Apenas iniciadas las hostilidades estallarían una revolución tramada por los masones del «Círculo Dulcamara», que justificaban el tiranicidio. Para tales efectos ya estaba en Asunción el uruguayo de origen inglés Canstatt, un señorito con pájaros en la cabeza. Los brasileños que sabían por experiencia con quién tenían que habérselas los gringos, enviaron por delante de los expedicionarios a la cañonera «Aguaray», con la misión de obstaculizar en lo posible todo entendimiento y evitar que el viejo López saliera nuevamente del aprieto sin disparar un solo tiro.

El 2 de enero la flota zarpó en dirección a Paraná, sede del gobierno de la Confederación Argentina. El 11 del mismo mes prosiguió viaje rumbo al Paraguay. [85]

Al presidente de la Confederación, Justo José de Urquiza, no le convenía que fuese eliminado López, su aliado potencial en el conflicto con Buenos Aires próximo a dirimirse en el campo de batalla. Llegó sorpresivamente al Paraguay para ofrecer su mediación. Le acompañaba su ministro de relaciones exteriores, el general José Tomás Guido, que era un experimentado diplomático.

Se encontró con que los paraguayos no habían perdido la serenidad y se aprestaban para la defensa con su calma característica. Se comunicó a los expedicionarios que si deseaban negociar adelantaran una sola nave hasta Asunción, y en caso contrario, que obrasen como les pareciese. La escuadra ancló en Corrientes, salvo la cañonera «Fulton» que continuó viaje llevando a bordo al comodoro Shubrik, al juez Bowlin y al secretario Samuel Ward.

El general Urquiza estaba actuando intensamente en Asunción para evitar un conflicto armado. López le dijo sin ambages que no transigiría con los norteamericanos si no quedaban a salvo su honor y el de la República:

-Si los invasores me aniquilan un ejército, le reemplazaré con otro, y haré hasta el último sacrificio para no dejarme humillar.

Entonces Urquiza le ofrece la alianza de la Confederación Argentina, con vistas también a la inminente guerra con Buenos Aires. El presidente López, que siempre se las arreglaba para no comprometerse en conflictos ajenos, le responde que aceptaría la alianza si la Argentina reconocía los derechos del Paraguay sobre el Chaco. Urquiza no aceptó, pero se avino a perseverar en la mediación.

¿Sabía Don Carlos que Urquiza había advertido discretamente a los norteamericanos que no pasarían sin grandes pérdidas la fortaleza de Humaitá, si es que no sufrían un completo descalabro? Por lo menos debió suponerlo: aliarse con el Paraguay contra los Estados Unidos de Norteamérica no era negocio para nadie en su sano juicio, y menos para un comerciante tan astuto como el general Urquiza. Por lo visto los gringos se avendrían a negociar. Más que un mediador, Urquiza era un adelantado. Al proponer la alianza mostró el naipe marcado.

El «Fulton» llegó el 24 de enero. Entró en la bahía de Asunción sin saludar a la plaza con una salva. Lo comandaba personalmente el comodoro Shubrik, jefe de la escuadra. Subieron a bordo funcionarios de la capitanía del puerto, que dieron la bienvenida a los viajeros. También se allegaron al buque los comandantes del barco francés «Bisson» y del brasileño «Araguay» que habían llegado con motivo del entredicho.

El «Araguay» había venido a intrigar. Estuvo a punto de hacer fracasar las negociaciones. Algunos días después, al percatarse de ello, [86] el comodoro Shubrick, que era un bravo marino sin pelos en la lengua, le dijo a su colega brasileño:

-Pretende usted que la armada norteamericana realice el trabajo que no se atrevió a llevar a cabo la Flota Imperial del Brasil en 1855 (se refería a la expedición de Ferreira de Oliveira). Espero no verme obligado a complacerle.

Los marinos norteamericanos fueron espléndidamente agasajados por los paraguayos: asados, bailes, serenatas, bellas y seductoras kygua-verá. Bajo enramadas de jazmines, al son de arpas y guitarras, se disolvieron los humores belicosos. Tan bien la pasaron los gringos en Asunción que cuando se concertó la paz la celebraron con sincero regocijo.

Volviendo al 24 de enero, el comisionado desembarcó a las tres de la tarde en compañía del cónsul norteamericano Louis Bemberger, en cuya casa fue a alojarse. Bowlin notó una actitud distante y fría, pero no hostil, de la población. Poco después un edecán del general Urquiza pidió para este una entrevista, la cual se efectuó esa misma noche. Urquiza le exhortó a que empleara una conducta moderada:

-No debe esperarse -le dijo-, que una nación americana, poderosa y culta se goce en la humillación de un Estado débil.

El 25 tuvo lugar la primera entrevista con el ministro de relaciones exteriores paraguayo Nicolás Vázquez, a quien Bowlin entregó sus cartas de presentación. El 26, con gran ceremonia, se efectuó en el Palacio la entrega de las credenciales al presidente, que lo recibió de uniforme de capitán general, y con su bicornio, rutilante de gemas y galones, debajo del brazo; deferencia especialísima, pues don Carlos acostumbraba recibir a los diplomáticos con el sombrero puesto. Hubo un cambio de discursos de tono cortés, con mutuas protestas de miras pacíficas.

No fue nada fácil la mediación del presidente Urquiza. Desde el principio el paraguayo hizo el papel de malo en las negociaciones. Era el que debía ser convencido, apaciguado; el que ponía obstáculos a superar. Urquiza perdía la paciencia. Un día, furioso, le dice al general Guido:

-Yo no sé qué se cree ese viejo malavueitas. Cualquiera diría que es el que tiene una flota con 200 cañones.

Por último don Carlos consintió de malos modos:

-Está bien, estoy dispuesto a regalar de 200 a 300 mil dólares para comprar la paz, no porque considere justa la demanda.

Pero el comisionado Bowlin tenía instrucciones de no transar por menos de 500 mil, y don Carlos lo sabía. Y se mostró inamovible. [87] Cuentan que le dijo al ministro Vázquez, que le aconsejaba prudencia:

-Ipy'amanóma hikuái, ñoñorairomoái; ya tienen el alma muerta, no van a pelear.

Finalmente se acordó que el monto se dirimiera en arbitraje. Don

Carlos quería que el tribunal se reuniese en Asunción. No poco trabajo le costó a Urquiza persuadirle sobre la conveniencia de que lo fuera en Washington.

-De acuerdo -gruñó don Carlos-, siempre que se vayan. Si después no están conformes, tendrán que mandar otra flota desde Norteamérica, y entonces ya veremos.

Con gran satisfacción Urquiza mandó avisar a Bowlin de la buena nueva. Don Carlos condujo al presidente argentino hasta un salón donde estaban reunidas varias personas, entre ellas doña Juana Carrillo de López y sus hijas Inocencia y Rafaela.

-Ya tenemos paz -dijo-, merced a los buenos oficios y consejos de mi buen y gran amigo el general Urquiza. Todo está concluido.

-Sí, tenemos paz porque Vuestra Excelencia ha comprendido que el promoverla es el primer deber de los que estamos encargados de los destinos de un pueblo.

Urquiza vuelve a su residencia, instalada en la casona de los Saguier. En el Palacio se presenta, y es inmediatamente recibido por López, Samuel Ward, Secretario del juez comisionado Bowlin, para ultimar detalles del protocolo. Nunca se sabrá lo que hablaron. Se sabe que se entendieron, y es dable presumir que fue un entendimiento más profundo que un feo caso de soborno.

Entre tanto, el presidente argentino celebraba el acuerdo en un almuerzo con toda su comitiva. A los postres llega un emisario de López, que le dice que deben modificarse las bases del arreglo. El Paraguay no se comprometerá de antemano a pagar un solo centavo contra derecho. Urquiza, en presencia del enviado de López, prorrumpió en amenazas y hasta injurias contra su colega. Dice que saldrá inmediatamente del Paraguay para volver enseguida con el ejército argentino y hacerle sentir a López el empuje de su lanza.

No habría pasado media hora cuando alguien se presenta a avisar que se veía venir un grupo de gente armada en dirección a la residencia. El valiente general pide sus pistolas y sin decir palabra continúa paseando a lo largo del salón. El grupo de gente armada era el presidente López, que llegaba en carruaje, escoltado por una guardia de coraceros.

A las primeras palabras de López fundamentando sus observaciones al arreglo, Urquiza le interrumpe diciendo que era inútil seguir [88] hablando del asunto, pues no estaba dispuesto a sufrir un nuevo desaire.

-Si como hombre no estoy acostumbrado a soportarlos, menos los sufriré como presidente de la Confederación.

-¡No me amenace, gaucho mazorquero! -tronó don Carlos, descargando sobre la mesa un puñetazo.

-¡No me grite, gordo tripón!

Cuando están por llegar a las manos, interviene el general José Tomás Guido hasta conseguir serenar los ánimos. Se aclaran malentendidos. Todo acaba en abrazos y brindis por la paz.

Inmediatamente se dan a conocer al pueblo los resultados alcanzados y la feliz solución de todos los incidentes con el gobierno de los Estados Unidos.

Noche de romerías, juegos artificiales. El «Fulton» dispara cañonazos de salva, que se cruzan con los de la batería de Ita-pytá-punta. Fiesta de

gala en el Palacio. Al final todos salen a la Plaza de Armas y participan del baile popular. Los marineros norteamericanos, borrachos como cubas, ensayan torpemente los complicados pasos del «cielito-chopí» y el «londón-carapé». En el consulado brasileño y en la cañonera «Araguay» los rostros están sombríos: una vez más el viejo López se ha salido con la suya. [89]

- XV -

El 13 de agosto de 1860 los jueces designados dieron a conocer en Washington su fallo arbitral. El tribunal estaba constituido por el jurisconsulto Dave Johnson, ex ministro de correos, como representante de los Estados Unidos, y José Berges, representante del Paraguay. El secretario era, desde luego, el inefable Samuel Ward.

Dice el fallo:

«Que dicho reclamante, la United States and Paraguay Navigation Co. no ha probado ni establecido su derecho a los daños y perjuicios en relación a la dicha reclamación contra el gobierno de la República del Paraguay; y que a la vista de las pruebas examinadas, el dicho gobierno no es por ningún derecho responsable de una indemnización o compensación pecuniaria cualquiera a favor de la nombrada compañía».

El juez norteamericano Johnson fundamentó ampliamente su opinión en un memorial que presentó para el presidente de su país. Decía en él:

«El gobierno y los ciudadanos de los Estados Unidos se han vanagloriado siempre de no sufrir ningún acto injusto de otro gobierno o de otro pueblo, pero al mismo tiempo de no pedir nada sino lo justo, y espero sinceramente que esté lejano el día en que las riquezas de las Indias Orientales puedan ser acaparadas, con su aprobación y sanción, por el pillaje a los Estados débiles a los cuales habrían sido arrancadas bajo la amenaza del cañón».

Este fallo haría exclamar, cuarenta años después, al ilustre político y publicista paraguayo don Manuel Gondra:

-¡Hay algo más grande que la escuadra norteamericana, y es la justicia norteamericana!

El fallo no fue del agrado del presidente Buchanan, quien en febrero de 1861 dirigió un mensaje al Senado en el sentido de su nulidad. Su sucesor Abraham Lincoln sostuvo igual cosa en marzo del año siguiente en otro mensaje a dicho cuerpo. En esto tuvo que ver la cancillería brasileña, que tenía buenos contactos en Washington, y [90] que, desde hacía años, estaba preparando el terreno para llevar la guerra al Paraguay. Se intentó también una campaña de desprestigio por la prensa contra el comisionado Bowlin y el comodoro Shubrik, que no tuvo éxito porque la respuesta de estos fue demoledora. La oficialidad de los buques expedicionarios habló maravillas de la pequeña, próspera y pacífica república sudamericana. La guerra de secesión hizo que se encarpetara el asunto, mas no definitivamente.

¿Cuáles fueron los entretelones de esta historia? Ocurrió que el presidente paraguayo era un hueso duro de roer. No solamente estuvo al tanto de las intenciones y movimientos del adversario, sino que encontró

la manera de influir sobre ellos desde afuera y desde adentro. Logró ganar primero la simpatía y luego el apoyo y la cordial colaboración del comisionado Bowlin, el comodoro Shubrik y la oficialidad del «Fulton». Por último tuvo bajo su control el tribunal de arbitraje reunido en Washington. En el ínterin desbarató una conspiración organizada desde Buenos Aires por las logias masónicas y el «Círculo Dulcamara», que justificaba el «tiranicidio». La integraban liberales porteños, emigrados paraguayos, algunos ingleses y el infatigable Edward A. Hopkins. Tramaban un alzamiento y eventual asesinato del presidente López en cuanto comenzaran las hostilidades con la flota norteamericana. Viajó al Paraguay para el efecto el uruguayo de origen inglés Canstatt y fue secundado por los hermanos Decoud. Todos ellos fueron detenidos. Dos de los hermanos Decoud, Gregorio y Teodoro, fueron ejecutados el año siguiente por alta traición. Estas ejecuciones, las únicas por causas políticas en los veinte años de gobierno de don Carlos Antonio López, fueron agitadas durante medio siglo como una prueba del carácter despótico y sanguinario de su régimen.

En cuanto a Canstatt, los ingleses lo consideraron súbdito británico, exigieron que fuera puesto en libertad e indemnizado. Mientras se discutía, estalló la guerra entre la Confederación y la segregada provincia de Buenos Aires. Para sacar el cuerpo a una alianza militar con Urquiza, y acaso también porque detestaba la guerra y la consideraba una idiotez, don Carlos envió a su hijo, el general y la consideraba una idiotez, don Carlos envió a su hijo, el general Francisco Solano López, como mediador. La actuación de este fue brillante. Se hizo la paz y se pactó la unidad de la Argentina. El general López fue despedido en el puerto de Buenos Aires por una multitud agradecida que le vitoreaba jubilosa. Era demasiado el prestigio, la autoridad política y moral ganada en tan poco tiempo por los gobernantes de la república mediterránea como para ser tolerado por quienes estaban empeñados en su derrocamiento en nombre de la civilización y del libre comercio. Apenas zarpó la cañonera «Tacuary», [91] que conducía al joven López, fue atacada por dos buques de guerra ingleses, que estaban surtos en el mismo puerto, en apoyo de las demandas de su gobierno en el caso Canstatt. El «Tacuary» tuvo que regresar al muelle porque los maquinistas británicos de la tripulación se negaron a combatir contra su bandera. El gobierno de Buenos Aires declaró que nada tenía que ver con el pleito y ni siquiera protestó por el atentado que se perpetró en sus aguas, a la vista de su población, contra el hombre al que consideraba su salvador. Por consejo de Samuel Ward, y para no complicar aún más las cosas, el viejo López puso en libertad al frustrado «tiranicida» y le pagó la indemnización exigida por sus flamantes compatriotas ingleses. No se daba tregua al Paraguay.

Veamos cómo el viejo López se las arregló para salir de semejantes enredos.

Cuando el general Urquiza llegó sorpresivamente al Paraguay para ofrecer su mediación, el presidente llamó a su presencia a don Carlos Saguier.

-¿No sabe usted lo que pasa? -le preguntó.

-No, señor, no sé nada.

-¿Cómo es posible que usted no lo sepa, tratándose de algo tan

importante?

-Aseguro a V. E. que no tengo la menor noticia de lo que se trata.

-Pues entonces debe saber usted que está aquí el presidente de la Confederación Argentina.

-No lo sabía.

-Hay que alojarlo convenientemente y he pensado que no hay otra casa mejor que la de usted.

-Pero V. E. sabe que está llena de mercaderías.

-Para mañana a la mañana debe estar desocupada.

-¿Y cómo es posible, aunque se trabaje toda la noche?

-Irán enseguida un batallón para proceder al traslado de todas las existencias.

No había nada que replicar. Al día siguiente la casa estaba completamente despejada de mercaderías, mostradores y cuanto trasto comercial había, y preparada para residencia de la embajada argentina.

A los pocos días llegaba también la misión norteamericana. El mismo señor Saguier fue encargado de atenderla, recibiendo para el efecto recomendaciones especiales. Debía averiguar las intenciones y el objetivo verdadero de los expedicionarios. Se le autorizó a gastar [92] todo el dinero que fuera necesario en agasajos y obsequios para lograr dicho propósito.

Don Carlos Saguier, que era tan astuto como su tocayo el presidente, convocó a lo más granado de la alegre muchachada asuncena. Movilizó a las más bellas y seductoras kygua-verá. Les encomendó la misión patriótica de desarmar a los gringos.

Las kygua-verá -peines brillantes-, así llamadas por el peinetón de oro y engarce de corales con que se sujetaban los cabellos, eran mujeres libres si las hay. Se dedicaban al comercio al menudeo en el mercado y las calles de Asunción. Eran también lavanderas, chiperas, dulceras, cigarreras, cosedoras, canasteras, sombrereras. Dice de ellas un viajero que andaban con su tesoro a cuestras; los dedos cubiertos de anillos de ramales y carretón, aros de brillantes, rosarios y collares colgándoles del cuello. Vestían limpiísimos y tentadores typoi acamapanados sobre enaguas almidonadas; cubrían sus hombros con mantillas bordadas multicolores y andaban descalzas. Consumadas bailarinas, hacían las delicias de las fiestas populares. Elegían compañero a su gusto y voluntad, sin cuidarse de retenerlos más allá del amor y del placer, porque se bastaban y sobraban para criar a sus hijos en espléndido y digno matriarcado. Cumplieron tan bien su cometido, que podría decirse que fueron ellas las que rechazaron a la flota norteamericana.

Fue así como don Carlos no tardó en enterarse de que el comisionado Bowlin no procedería manu militari como había hecho él con la casa para alojamiento del mediador argentino, sino que trataría de arreglar las cuestiones pendientes dentro de la equidad. Supo que los oficiales del «Fulton» miraban con gran respeto la fortaleza de Humaitá. Esto le sirvió para orientar las negociaciones, y aun en las incidencias de las tratativas, en que llegó a haber momentos de gran tirantez. Conoció los

puntos flacos y un elemento clave que podía ser sobornado: Samuel Ward, el secretario del juez Bowlin. Pero, como en materia de sobornos podría estar siempre en desventaja, habida cuenta de la presencia en la bahía de la cañora «Araguay», decidió que era preciso apelar al mismo tiempo al instinto de justicia que alienta hasta en el hombre más empedernido.

Los servicios de Sam Ward no terminaron en Asunción. Continúan hasta que se pronuncia el fallo arbitral, y más allá. Se conserva en el Archivo Nacional la correspondencia secreta entre Nicolás Pérez (Carlos Antonio López) y Pedro Fernández (Samuel Ward). Carlos Antonio López es un hombre adusto y poco inclinado a niñerías; Nicolás Pérez usa en sus cartas un tono afectuoso, se extiende en comentarios y hasta hace confidencias y da consejos paternales. Don Carlos Antonio López es un escritor claro y preciso; Nicolás Pérez [93] es un maestro del circunloquio y las paráfrasis, más no del eufemismo. Hay párrafos de antología:

«Diga lo que quiera el desertor infame y sucio perro y por lo menos que me sea agradable esa elección, que no me alcanzará a conseguir de la política reconciliada, y del tenor claro e intergiversable del documento relativo, hallará la cortesía y consideración que V. me recomienda».

Pedro Fernández le cuenta lo que pasa en la flota norteamericana, anclada en Buenos Aires, ya en viaje de regreso a los Estados Unidos:

«Las cuentas de la Compa. son frecuentemente discutidas por el Sr. B. (el juez Bowlin) con los oficiales de la Escuadra. Todos son hoy contra la Compa. que miran haberse conducido con el embuste más inescrupuloso. La misma idea ha penetrado en todas las tripulaciones (es decir, la de los barcos que no llegaron a Asunción)... Los oficiales dan una gran comida aquí al Comdo. (Comisionado Bowlin) y al comodoro para festejar la paz con el Paraguay. Es decir, que todos van a comprometerse (¿juramentarse? El español de Pedro Fernández suele tener lagunas) desde el jueves, día de la dicha comida, a defender al Gobno. del Paraguay contra la Compa».

También le pone al tanto de las conspiraciones que se traman en Buenos Aires contra Nicolás Pérez. Este no les da importancia:

«No dude que nada se me oculta de las que dicho infame perro (Hopkins) llama maniobras de asesinato, ni de lo que allí pasa de masónico, no sólo en ese grupo de canallas, sino en el mismo Círculo Dulcamara...»

Edward A. Hopkins se encuentra en una situación económica desesperada, y desairada ante sus socios de la United State and Paraguay Navigation Company. Pedro Fernández informa:

«Dijo ayer por la tarde el Comisionado: "En su indigencia actual sería muy fácil al Sr. Presidente el comprarle al hombre funesto muy barato hoy"».

Carlos Antonio López rompe la cáscara de Nicolás Pérez y responde:

«...yo quedaría infamado con la procura de semejantes medios, demasiado contrarios a mi honor, y a la brillante causa que defiende».

Pedro Fernández propone: [94]

«Me parece que no sería mala política el tocar tentando al Cónsul (norteamericano en Buenos Aires, amigo del «hombre funesto» Hopkins) actual aquí. Es hombre de bastantes vicios, pero todos de caballero. Tiene locura de mujeres. Es gastador. Tiene gustos de grand seigneur, debe mucha plata y de un mes a otro va a fracasar (quebrar)».

Nicolás Pérez contesta:

«No hallo conveniencia ni decencia en la propuesta compra del actual C. de la ciudad que usted me escribió».

Pedro Fernández aconseja sobre el asunto Canstatt, el frustrado «tiranicida» preso en Asunción:

«Sin aventurarme a dar consejos al Sabio, me sea permitido expresar la esperanza de que no castigará a "Constand". Cualquier pendencia con Inglaterra me parece una política dudosa en este momento».

De regreso en los Estados Unidos Pedro Fernández continúa su trabajo, y no precisamente en los bajos niveles:

«Por el vapor que sale de Soustampton, Inglaterra, el 5 de julio, le llegarán los documentos sacados y copiados del Departamento de Estado».

El abogado que asesorará a José Berges, representante paraguayo en el Tribunal Arbitral, es J. Mandeville Carlisle, recomendado nada menos que por el comodoro William Branfort Shubrik, y amigo íntimo del juez Bowlin. Por su parte, Pedro Fernández ha conseguido colarse como secretario del Tribunal, o, como él dice «Tercero en discordia». Pero Nicolás Pérez ve muy lejos:

«Me parece muy bien el nombramiento que le han propuesto, y que usted ha contestado que no podría rehusar un empleo tan honorable; pero media el grave riesgo de que lleguen a penetrar nuestra correspondencia y quieran tomar por motivo de nulidad de la solución que Ud. llegara a dar».

El tono general de esta correspondencia hace pensar que don Carlos le estaba agradecido a Samuel Ward, y que ambos hombres llegaron a cobrarse mutuo afecto. El presidente paraguayo trata al abogado neoyorquino como a un amigo, y no como al que parece haber sido: un pillo, un mercenario y un traidor. [95]

El concienzudo historiador Pablo Max Ynsfrán, que dedicó dos gruesos volúmenes al estudio del diferendo con los Estados Unidos, demuestra que la Compañía trató, sin éxito, de sobornar a Samuel Ward.

Los temores del viejo López no andaban descaminados. Terminada la guerra del Paraguay, la United State and Paraguay Navigation Company renovó, en 1872, sus instancias ante el gobierno norteamericano, alegando cabalmente la nulidad del fallo dado a favor del Paraguay, exponiendo «Que un oficial de la comisión fue sobornado por el gobierno paraguayo para defraudar a los reclamantes de los Estados Unidos, como puede ser demostrado por testimonios salidos a luz desde entonces».

Edward A. Hopkins regresó a Asunción en los furgones del ejército invasor. Presentó sus reclamaciones en la ciudad desierta, saqueada, devastada. Dieciocho años después seguía insistiendo, arruinado, envejecido, obsesionado y enfermo.

En una de sus respuestas al agente diplomático de los Estados Unidos John E. Bacon, el canciller paraguayo José Segundo Decoud, pariente de los malogrados «tiranicidas» Gregorio y Teodoro, y patricida él mismo, dice:

«La Legación a su cargo está en el caso de demandar las explicaciones convenientes en la íntima seguridad de que mi gobierno (del general Bernardino Caballero, héroe de la Guerra Grande) no rehusará a darlas en

los términos más satisfactorios y categóricos al ilustrado gobierno de los Estados Unidos, mucho más cuando ha reprobado siempre los actos personales y tiránicos de la administración de los López bajo el régimen de despotismo que perpetuaron desgraciadamente en este país contra la voluntad del pueblo paraguayo».

Después de varios cambios de notas se firmó finalmente un nuevo protocolo el 21 de mayo de 1888, poniendo definitivo término a esta vieja, accidentada e histórica cuestión, que vino a concluir así a treinta y cuatro años de iniciada con el planazo del soldado de caballería Silvero, y que por sus proporciones fue todo un gran acontecimiento mundial de la época.

Edward A. Hopkins suspiró aliviado sobre la inmensa tumba de un millón de muertos. Le habían dado una parcela donde morir en paz. [96]

- XVI -

José Berges, ministro de relaciones exteriores del Mariscal López, escribe a Cándido Bareiro, quien debía cumplir una misión diplomática en los Estados Unidos, refiriéndose a Samuel Ward:

«No le recomiendo el trato con ese individuo que usted bien conoce. Pero sí le encargo que si se encuentra en un negocio grande y difícil, recurra a él; es hombre de mucha iniciativa, especulador y no hay nada que lo arredre».

En otros términos, un sinvergüenza cuyo trato debía evitarse en lo posible, pero al que se podía recurrir en casos de extrema necesidad. Allá fueron el mayor James Manlove y el capitán Erwin Kirkland, para que Samuel Ward les dijera cómo hacer para conseguir patente de corso del gobierno paraguayo.

Decía el Dr. Faustino Benítez:

-Don Gregorio Benites, el diplomático que tan digna y abnegadamente representó a nuestro país en tiempos de la Guerra Grande, conoció de cerca a Sam Ward. Decía de él que no se dejaría cortar la cabeza por menos de un millón de dólares, pero que sin embargo conservaba en el tercer piso de un sórdido edificio de Manhattan la estrecha y polvorienta oficina en que iniciara sus actividades profesionales, y que parecía hecha a propósito para despachar negocios turbios.

Samuel Ward parecía un búho. La pelambre grisácea de su barba redonda le empezaba en los pómulos. Tenía los ojos grandes, inyectados, legañosos; la nariz afilada y ganchuda, amoratada y negra. Llevaba quevedos siempre empañados, que limpiaba a cada rato usando una franela amarilla con movimientos automáticos de sus manos velludas, en tanto miraba fijamente a su interlocutor.

-A pesar de su aspecto poco tranquilizador -proseguía el Dr. Benítez-, recordaba don Gregorio que al tratarlo Sam Ward resultaba un sujeto atrayente y persuasivo en grado sumo. Parecía tener gran fuerza física y era todo un carácter. Puesto ante sus visitantes, se diría que el corsario era él. Se figuraba don Gregorio a Sam Ward escuchando atentamente y haciendo luego un buen número de preguntas indiscretas, que el capitán Kirkland trataría de eludir y que [97] el mayor Manlove

respondería con ingenua franqueza. Pero, no son estas más que conjeturas. Lo cierto es que cuando el abogado neoyorquino se hubo enterado de la naturaleza del caso sometido a su consideración, se expidió con el tenor siguiente:

-En efecto, como bien saben ustedes, el Paraguay no es signatario de la convención internacional que suprime la guerra de corso. Está legalmente facultado a otorgar patentes según su arbitrio y conveniencia. Si tal derecho fuera cuestionado ante un tribunal podría enervarse el proceso hasta la terminación de la guerra, y mucho más. Con el mismo criterio, la flota de alguna potencia neutral que creyera amenazados sus intereses, podría mandarlos a ustedes a pique sin más trámites, para luego ventilar el caso ante la justicia. Les garantizo un fallo que podría serviles de responso. Sin embargo, dado el universal descrédito en que han caído los aliados, y si se cuenta con respaldos políticos de potencias interesantes, sería más engorroso atacarles a ustedes si, además de la patente de corso, obtuvieran la ciudadanía paraguaya y la facultad de otorgarla a los miembros de la tripulación de los navíos corsarios. A nadie puede impedirsele, ni legal ni moralmente, que luche por su patria. Los gobiernos neutrales se verían obligados a aplicar a los buques de bandera paraguaya el mismo estatuto que a las de sus enemigos; o romper la neutralidad y declarar la guerra al Paraguay. Si se diera este caso, que estimo improbable, surgirían complicaciones internacionales realmente espectaculares.

El capitán Kirkland y el mayor Manlove cambiaron una mirada de asombro. La desfavorable impresión que al principio les causara Samuel Ward había sido borrada por completo.

-Ha sido usted muy claro, y se lo agradecemos -dijo el capitán Kirkland-. Sólo falta saber cómo obtendríamos la patente de corso y la ciudadanía paraguaya.

-¡Ah, ese es un grave problema! En principio habría que trasladarse a Asunción y tratar directamente con el gobierno paraguayo, cosa harto difícil, sino imposible, debido al bloqueo.

El capitán Kirkland se dio cuenta de que Samuel Ward tenía un «as» escondido en la manga. Fingió no haberlo advertido para que no lo jugase con excesiva ventaja.

-Desde luego -dijo, sacando la pipa del bolsillo y poniéndose a cargarla tranquilamente-; desde luego estamos al tanto de las dificultades. Hemos previsto los medios para que uno de nosotros pueda llegar al Paraguay a pesar del bloqueo.

Samuel Ward ocultó los ojos detrás de los quevedos y aguardó sin decir nada. Kirkland encendió la pipa y la hizo humear en silencio. Manlove se agitó nervioso en su asiento. Pasaron varios minutos.

-El motivo principal de nuestra visita -dijo finalmente el capitán Kirkland-, ha sido preguntarle si conoce medios más rápidos [98] y directos, aunque igualmente válidos, desde el punto de vista legal, para obtener la documentación.

Samuel Ward soltó una risa aspirada que descubrió dientecillos apretados y negros.

-¡Comprendo, comprendo! Y han hecho muy bien en consultarme porque en efecto conozco esos medios -dijo, y les quedó mirando fijamente, mientras

de nuevo limpiaba los vidrios de sus anteojos.

-¿Cuánto? -preguntó el capitán Kirkland con cierta irritación.

-Digamos que diez mil dólares para empezar, más los gastos consiguientes, que pueden ser considerables dado que me haría cargo de la tramitación de los documentos. Además quiero un contrato para la asesoría legal de la empresa.

El capitán Kirkland de nuevo se tomó su tiempo para contestar.

-En lo primero, no estoy autorizado a pagarle más de 1000 dólares, que estimo son honorarios más que satisfactorios por evacuar una consulta. En lo segundo, no está en mis manos decidir, aunque sí puedo prometerle que le recomendaré de muy buen grado.

Samuel Ward hizo una mueca, se encogió de hombros, dejó a un lado los quevedos, y, apoyando ambas manos sobre el escritorio como si de pronto hubiese decidido poner todas las cartas sobre la mesa, dijo con una franqueza que desconcertó a sus interlocutores:

-Comprendan que no se trata de un caso corriente. Lo que ustedes se proponen tiene un alcance extraordinario. Podría torcer el curso de la historia, alterar el equilibrio de fuerzas en el mundo. Y además, pero sólo por añadidura, salvar de una segura destrucción a una altiva república que conozco muy bien y que me inspira el más profundo respeto. Tuve ocasión de ayudarla en un trance que, sin mi intervención, acaso pudo haber sido tan apurado como este. La casualidad quiere poner una vez más en mis manos la llave de su destino. Pido diez mil dólares por esa llave, y la posibilidad de usarla de modo que abra puertas. ¿Les parece demasiado?

-Ha oído usted mi última palabra -respondió caprichosamente el capitán Kirkland- no soporto el chantaje.

-¡Ah, es lo que piensa usted, mi pobre amigo! En tal caso, permítame servirles gratis. El Paraguay se ha precipitado a una gran guerra contando solamente con un diplomático acreditado en el extranjero. Lo conozco. Se llama Cándido Bareiro y es Encargado de Negocios para Europa y los Estados Unidos. Ahora se encuentra en París, en la Legación paraguaya. Vayan a verlo. Tiene amplios poderes para decidir en este caso. Puede darles, si lo desea, las patentes de corso y otorgales la ciudadanía paraguaya. [99]

-No entiendo por qué hace esto -dijo el capitán Kirkland.

-No es necesario que lo entienda. Ahora, si me lo permiten, tengo otros asuntos que atender.

Bajaron las escaleras en silencio. Al salir a la calle, el capitán Kirkland soltó una palabrota.

-¡He olvidado mi pipa!

El mayor Manlove rompió a reír.

-¿Eso qué importa? Hemos resuelto el problema sin que nos costara un centavo. Ese tipo está loco. Vamos a celebrarlo.

-¡Vete al diablo! -gruñó el capitán Kirkland-, creo que hemos cometido un grave error.

-Los consejos de Samuel Ward fueron seguidos -continuó el Dr. Benítez-. El mayor James Manlove, el capitán Erwin W. Kirkland y cuatro

futuros comandantes de naves corsarias se embarcaron para Europa. Al día siguiente de llegar a París se presentaron en la Legación Paraguaya. Como se sabe, Cándido Bareiro nada resolvió.

En este punto, el anciano profesor solía detenerse, suspirando.

-Sam Ward hubiese encontrado el modo de convencer a Cándido Bareiro. Pero ni Manlove ni Kirkland estaban a la altura de la misión que se habían impuesto. Era un par de aventureros. Por eso no comprendieron a Sam Ward, el abogado sinvergüenza que no era comprendido por nadie, pues cuantos utilizaban sus servicios le pagaron con dinero y con desprecio. Salvo don Carlos Antonio López, que le supo respetar y estimar, y le ganó para su causa.

Don Faustino Benítez hacía esfuerzos penosos para que no se esfumaran las ideas de su cerebro envejecido:

-Es dable suponer que si en la Legación paraguaya hubiera habido, en vez de un Cándido Bareiro, un hombre de visiones amplias, capaz de percibir las corrientes centrales de su tiempo, de asumir responsabilidades y tomar decisiones audaces, se hubiese desencadenado uno de los procesos más espectaculares de la Historia. Pero solemos exigir demasiado a nuestros semejantes, olvidando que es la Historia la que forma y elige a sus protagonistas. Sam Ward, que adivinó la transcendencia colosal que podría tener la aventura, desistió de intervenir en ella por causa de la necedad impertinente de un marinero. Se había perdido el respeto a sí mismo; a la noble ambición de participar activamente en un gran drama. La vida había hecho de él un abogado artero y sin escrúpulos. Sólo sabía obrar por mandato, en las buenas y en las malas causas. [100]

Al llegar aquí el historiador se preguntaba:

-¿Fue un traidor Cándido Bareiro? Mucho se ha escrito al respecto. No es lo más importante; es una simplificación. Es excesivo echar sobre sus hombros la tremenda culpa de haber dejado escapar la única posibilidad de salvar a su patria. En el carácter de Bareiro se expresa la profunda naturaleza de las cosas. Fue miope porque el Paraguay era corto de vista después de tres siglos de vivir sin horizontes. Pero, también es dable preguntar si la personalidad de Cándido Bareiro era representativa de la de sus compatriotas. Sin duda, pero sólo en parte. En la misma Legación estaban el capitán Gregorio Benites, un hombre limitado, acaso de pocas luces, pero de férreo carácter, incorruptible integridad y apasionado patriotismo. Y el joven estudiante Juan Bautista del Valle, que no vaciló en dejar París y regresar al Paraguay con un mensaje para el Mariscal López. Cumplió su misión venciendo todos los obstáculos, y se incorporó al día siguiente de llegar a destino a un batallón de infantería. Ellos, con la claridad de sus conciencias limpias comprendieron de inmediato la importancia del proyecto de los aventureros sudistas. Si hubiera estado en sus manos decidir, lo hubieran hecho con acierto. Sobre hombres, mujeres y niños de la garra y la estirpe de Gregorio Benites y Juan Bautista del Valle se desencadenaron las furias del infierno. Supieron enfrentarlas con heroísmo insuperable.

Don Faustino Benítez buscaba afanosamente las palabras:

-Se ha dicho que si la casualidad no interviniera en la Historia, esta sería una cosa muy mística. Pero hasta el azar tiene sus leyes. Ni una vez la suerte favoreció a los paraguayos. No es de extrañar que en los

Estados Unidos, en el caótico desborde de las aguas que sigue a un diluvio, James Manlove concibiera un proyecto delirante, y que este fuese adoptado por personas cuerdas. Fue un instante fugaz, irrepetible. Una oportunidad que al no ser aprovechada en su momento, se perdió. Las aguas volvieron por sus viejos cauces o se deslizaron por otros nuevos que se habían abierto. Ninguno pasó cerca de nuestro infortunado país. Sus enemigos se arrojaron contra él con todos los recursos de la época, de los que disponían a discreción. El Paraguay, que se había criado a sí mismo ensimismado y solitario, inmerso en su propio tiempo, se enfrentó completamente solo a la Triple Alianza y al mundo. En la Guerra Grande hasta Dios peleó contra los paraguayos.

* * *

Intuyendo que de Cándido Bareiro no se podía esperar nada concreto, el mayor James Manlove decidió viajar inmediatamente al [101] Paraguay para entrevistarse con el Mariscal López. Eligió para hacerlo el camino más directo, que era también el más difícil. Debía cruzar el océano, desembarcar en Buenos Aires, remontar mil kilómetros el río Paraná, lograr que los aliados le permitiesen llegar hasta el frente de operaciones, cruzar las líneas de un poderoso ejército y persuadir a los paraguayos de que no es un loco, un espía o un charlatán. Sea con la esperanza de que consiguiera la patente de corso, sea para librarse de un oficial de caballería que no cesaba de repartir sablazos, el capitán Erwin Kirkland le adelantó el dinero para el viaje y James Manlove dio comienzo a su fantástica aventura.

Gregorio Benites se entrevistó varias veces con los marinos que quedaron en París. Buscó con ellos la manera de superar inconvenientes y llevar a cabo la empresa. Parecían los más indicados para hacerlo. Eran profesionales, contaban con relaciones y recursos suficientes. Pero, uno tras otro, por uno u otro motivo personal muy atendible, tomó su propio camino y se perdió en la multitud. Salvo el capitán Kirkland, de quien sabremos algo más, sus figuras pasaron innominadas por la Historia como sombras chinescas. Cuando Manlove se hubo ido les faltó la Locura. [102] [103]

Segunda parte

¡Nuestro Padre Ñamandú Verdadero, el Primero!

Por tu inmensa morada terrenal ya otra vez, en verdad,
tus hijos, los Ñamandú Rekoé, se levantan
al mismo tiempo que tu reflejo, el sol.
Clamor de los mby'a guaraníes [104] [105]

- I -

James Manlove llegó a Buenos Aires en los primeros días del mes de

junio de 1866. Lo primero que hizo fue visitar a Charles A. Washburn, ministro residente de los Estados Unidos en el Paraguay, para quien traía cartas de presentación.

Mr. Washburn recibió cordialmente a su compatriota. Era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, sólido, de ademanes enérgicos, autoritario. Si bien sus rasgos eran regulares, la melena y la poblada barba negra le daban el aspecto de un troglodita. Hablaba con voz tonante. Estaba furioso contra los aliados. Desde hacía meses le tenían demorado en la capital argentina sin permitirle continuar viaje hasta Asunción.

Le contó a Manlove que había protestado por lo que consideraba un desconocimiento de sus prerrogativas diplomáticas y una ofensa inferida a su gobierno. Le contestaron que la medida había sido tomada porque el enemigo se había valido de los buques de guerra italianos y franceses, autorizados a llegar hasta los puertos paraguayos, para burlar el bloqueo y enviar comunicaciones al exterior.

Mr. Washburn solicitó entonces que le permitiesen trasladarse al frente de operaciones y cruzar las líneas bajo bandera de parlamento. El general Bartolomé Mitre, presidente de la República Argentina y comandante en jefe de los ejércitos de la Triple Alianza, era partidario de ceder, pero la cancillería brasileña y el almirante Tamandaré, jefe de la Flota Imperial del Brasil, se mantenían tozudamente en la negativa.

La prensa norteamericana reaccionaba con indignación. Las relaciones de los aliados con el gobierno de los Estados Unidos sufrían un deterioro próximo a la ruptura. Los periódicos de Buenos Aires no alcanzaban a explicarse los motivos de una medida que consideraban caprichosa, inoportuna, peligrosa e impolítica.

Mr. Washburn esperaba de un momento a otro la llegada de una cañonera que debía enviarle el almirante Gordon desde Río de Janeiro para forzar el bloqueo. No ocultó las dudas que le inspiraban las demoras del almirante Gordon. Los marinos, siempre dispuestos a llevarse todo por delante, en este caso se mostraban sospechosamente remisos, hasta el extremo de desoír reiteradas exhortaciones del Departamento [106] de Estado, para hacer respetar los derechos y el honor de los Estados Unidos de América. Mr. Washburn ya había elevado sus quejas por las demoras de la Marina. El almirante Gordon no podría seguir excusándose de cumplir las instrucciones que había recibido sin poner de manifiesto que estaba sobornado por los brasileños.

Mr. Washburn aprovechó la visita de Manlove para expresar su simpatía por los valientes paraguayos y despotricar a sus anchas contra los cobardes brasileños. En cuanto tuviera un barco a su disposición, llevaría consigo a Manlove, satisfaciendo así el deseo que este expresara de observar la guerra desde el lado paraguayo. Le presentaría a su dilecto amigo el Mariscal Francisco Solano López, y a la admirable Madame Lynch, que como Aspasia de Mileto daba inspiración y aliento al Pericles sudamericano.

Mr. Washburn le confió que era escritor. Estaba preparando una monumental «Historia del Paraguay», de cuyo glorioso desenlace en esta guerra esperaba ser testigo, y acaso protagonista. Todo esto, claro está, lo dijo el ministro entre copiosos tragos de whisky.

Hay genios que necesitan a su lado un talento moderador. No en balde

el honorable Jeremías Kirkland había vedado a los futuros corsarios la frecuentación de «El Gato Verde». Manlove bebió de más y se le soltó la lengua.

El humor de Mr. Washburn experimentó un cambio completo.

-Ha hecho usted mal en explayarse -dijo-. Comprenderá que como representante de un gobierno neutral no puedo ayudarle.

Es lo que cuenta Charles A. Washburn en la «Historia del Paraguay», que incluye sus «Memorias», y que, como anunciara, finalmente escribió. Manlove lo matiza en una carta de la que se hablará en su momento.

Parece que Mr. Washburn, a quien las instrucciones reservadas de su gobierno, sus personales intereses y simpatías le inclinaban por entonces a favor de los paraguayos, hubiera deseado ayudar a su compatriota para que cumpliera su cometido de entrevistarse con López y conseguir la patente de corso. Pero ya tiene demasiados problemas para arriesgarse a hacer algo ilegal a favor de un desconocido, de cuya discreción no puede estar seguro. Si un ministro norteamericano aparecía implicado en un proyecto de corsarios se produciría un mayúsculo escándalo internacional. Washington se lavaría las manos y sería el fin de la carrera diplomática de Mr. Washburn.

Pero tampoco le conviene desentenderse de Manlove, con desaire de quienes le recomiendan. Le consigue alojamiento decoroso y le presenta en la alta sociedad porteña. Lo hace con gusto: Manlove es un aristócrata excéntrico y encantador. Mr. Washburn, republicano abolicionista, siente debilidad por las personas de abolengo. [107]

El testarudo mayor no se ha dado por vencido. En tanto busca el modo de llegar al teatro de operaciones e intentar allí cruzar las líneas, desempeña a la perfección, en un ambiente agitado y novelero, el papel de desdichado héroe sudista, que viaja por el mundo para olvidar los horrores de la guerra civil. Esto no le impide decir, al mismo tiempo, que se propone observar en el terreno la guerra del Paraguay.

Le invitan a fiestas y tertulias, a las redacciones de los diarios. Sabe tocar la guitarra y cantar viejas baladas irlandesas con voz extrañamente dulce y conmovedora. Las niñas languidecen de amor por aquel enorme animal que a los dos tragos se pone pendenciero. Las chismosas le atribuyen amoríos con una joven viuda de alto coturno. Debió causar viva impresión en quienes le conocieron, porque muchos años después le seguirían recordando en escritos que narran sus andanzas pintorescas.

La guerra, que el general Mitre prometiera acabar en tres meses, ya dura un año y medio. Han muerto muchos jóvenes de familias distinguidas en las batallas de Corrales, Estero Bellaco y Tuyutí. Manlove, como católico que es, asiste a misas, novenas y oficios de difuntos. El diario «La América» fustiga al gobierno, exige la ruptura de la alianza con el Brasil y la paz con el Paraguay. «El Mosquito» satiriza a los jefes aliados. Desde el inicio de la invasión a territorio paraguayo, a pesar de tantas victorias proclamadas, no se ha avanzado diez millas. Se culpa de ello al almirante Tamandaré, que nada hace, salvo anunciar reiteradamente que descangalhará al enemigo.

-No se anima siquiera a ponerse a tiro de los anticuados cañones de Humaitá -se quejan amargamente los porteños-. Tiene miedo de que los paraguayos le metan de nuevo bombas por los portalones de las casamatas de

los acorazados, como hicieron en Paso de Patria.

El fastidio era muy grande.

La Guardia Nacional de Buenos Aires realiza ejercicios militares en Palermo, ante selecta concurrencia. Manlove asiste armado de un rifle y dos revólveres. Abate pájaros al vuelo. Sacando velozmente los revólveres descabeza sin apuntar a una docena de botellas puestas a treinta pasos. Dice que irá al Paraguay y pondrá fin a la guerra matando al Mariscal López. «La América», paraguayista, le trata de fanfarrón y aventurero. «El Mosquito» muestra un Manlove descomunal, tocado con un tricornio de papel, montado en un palo de escoba, disparando sus revólveres contra minúsculos paraguayos que huyen despavoridos. Detrás suyo corren alborozados el emperador Pedro II, el presidente Mitre y el uruguayo Flores, gritando: «¡EL ALIADO QUE FALTABA!». En un rincón del dibujo, el almirante Tamandaré, en trajecito de marinero y con barquitos de juguete, contempla la escena [108] desde el río y exclama: «¡AGORA SÍ QUE VAMOS A GANAR A GUERRA!».

Manlove consigue finalmente ser recibido por el general Mitre. Le ruega que le permita ir al frente y cruzar las líneas.

-Son un viejo soldado -explica-, quiero observar la guerra desde el lado paraguayo, para ver cómo se defienden esos indios.

Mitre escucha paciente y socarrón a aquel gringazo medio loco, en tanto rumia qué provecho podría sacar de él.

-Mi querido amigo -responde-, no le puedo autorizar a cruzar las líneas, porque disgustaría a nuestros aliados brasileños. Pero, como dentro de unos días debo regresar al frente, tendré mucho gusto en llevarlo conmigo hasta Corrientes.

Con su bohomía característica, el astuto general porteño le acompaña hasta la puerta y le da afectuosas palmaditas en la espalda:

-Considérese mi huésped; si precisa alguna cosa, hágamelo saber.

Mitre cumple su promesa. Se embarcan en un transporte que lleva un abigarrado contingente de mercenarios europeos, italianos y franceses en su mayoría. Más que soldados parecen galeotes. En Rosario sube a bordo un centenar de «Voluntarios de la Patria», torvos paisanos reclutados en las provincias del interior. Vienen engrillados. Los únicos que llevan armas son los soldados negros y mulatos encargados de la custodia. Los manda un carilindo oficialillo porteño. Explicó a Manlove, en francés, por qué los voluntarios cargan grillos:

-Al primer descuido, escapan. No quieren pelear contra los paraguayos, a los que consideran sus hermanos. Dicen que lo harían con gusto contra los brasileños; o contra nosotros, los porteños. Son peligrosos. Pueden pegarle a uno una puñalada, apoderarse de las armas y echarse al monte a formar montoneras.

-¿Cómo pueden obligarles a combatir?

-¡Bah!; cuando están en el baile, bailan, y saben hacerlo muy bien. A quienes llevamos de estorbo es a esos pobres gringos. Se vuelven locos de miedo cuando se enfrentan a los bárbaros.

-¿Y los negros?

-¡Ah, los morenos! Son los mejores soldados. Mueren como moscas. Se va a limpiar de ellos Buenos Aires.

-¿Ha combatido usted?

-Fui herido en Corrales, de bayoneta -respondió el valiente mozo, tocándose el costado izquierdo-. Los paraguayos no son gente, pelean como fieras. Donde comienza el guaraní termina la civilización. Es preciso matarlos en el vientre de sus madres. [109]

El joven oficial, que le hacía acordar a Manlove de los bravos y despiadados mozalbetes de Virginia, despreciaba también a sus compatriotas de las provincias interiores.

-Son animales -afirmó, completamente convencido-, cuantos más mueran en esta guerra, tanto mejor, pues de otro modo tendremos que matarlos nosotros. Los más rebeldes son los entrerrianos. En dos ocasiones, en Basualdo y en Toledo, desertaron diez mil de la noche a la mañana. El general Urquiza fusiló a unos cuantos, pero no hubo nada que hacer. Otra vez, furioso, el general montó a caballo y con la punta de su lanza obligó a embarcarse en Paraná a un batallón de infantería que se negaba a hacerlo. Al llegar a Corrientes se escaparon todos, llevándose las armas. Ahora nos conformamos con que los entrerrianos se anden quietos, sin formar montoneras. Cuando acabe esta guerra les vamos a arreglar las cuentas. ¡Ya lo verá! Como dice don Marcos Paz, la patria y la bandera son para ellos cuentos tártaros.

-¿Cómo se llama usted?

-Domingo Fidel Sarmiento, para servirle.

-¿Tiene algún parentesco con el ministro argentino en Washington?

-Es mi padre.

Al llegar a Corrientes, James Manlove escribió una larga carta a Erwin Kirkland, que continuaba en París. Le hizo un relato de sus peripecias y observaciones, y reiteró su decisión de pasar al Paraguay de un modo u otro, lo antes posible. [110]

- II -

La carta de James Manlove, fechada en Corrientes en julio de 1866, llegó a manos del destinatario. Dos años y medio después, el capitán Erwin Kirkland, quien reincorporado a la marina de guerra de su país, comandaba la cañonera «Wasp», que traía al Paraguay al general Martin Mc Mahon, ministro de los estados Unidos acreditado ante el Gobierno de López en reemplazo de Charles A. Washburn. Kirkland obsequió a Mc Mahon el original de la carta de Manlove.

Basado en los informes de su antecesor, que había salido del Paraguay poco menos que como un prófugo de la justicia, y lanzando después terribles acusaciones contra López, proponiendo que fuera declarado enemigo del género humano, los sentimientos del nuevo ministro eran hostiles al Mariscal. Desembarcó en Angostura cuando se iniciaba la serie de batallas terribles que los brasileños llamarían la deçembrada, y

asistió a su culminación en Itá Ibaté, como testigo de primera línea. Acompañó a los restos del ejército paraguayo en su trágica retirada a las Cordilleras, y residió hasta mediados del año siguiente en Piribebuy, capital provisional de la república.

De regreso en los Estados Unidos, el general Martin Mc Mahon hizo, en una serie de artículos publicados en el «Harpers Monthly Magazine» de Nueva York, un vívido relato de sus experiencias. Alude en ellos a la carta de Manlove, sin mencionar al autor. Esta omisión viene a sumarse al silencio que cae sobre el nombre del aventurero norteamericano desde fines de 1868, como si a partir de ese momento cuantos le conocieron prefirieran olvidarlo.

El Dr. Faustino Benítez fue embajador en Washington. Dedicó más tiempo a la biblioteca del Congreso que a la diplomacia. Decía que el texto completo de la referida carta de Manlove se halla inserto en el apéndice del libro de 1000 páginas que el general Mc Mahon anuncia en uno de los artículos publicados en la mencionada revista neoyorquina, y el cual permanece inédito hasta nuestros días.

La carta es muy extensa. El Dr. Benítez sólo pudo copiar de ella largos párrafos, cuya traducción al español, hecha por él mismo, solía leer a sus amigos y discípulos. Revela que el autor poseía un espíritu alerta y penetrante, que pasó desapercibido para quienes solamente observaron aspectos externos y pintorescos de su personalidad. [111]

Como gustaban hacer los viajeros de la época que visitaban países exóticos, Manlove escribió sus impresiones de Buenos Aires. Describe la ciudad como una factoría de 200.000 habitantes, la mitad de los cuales son inmigrantes italianos y españoles. Existe un barrio de gente de color. Se ven negros que ofician de sirvientes en las casas de las familias acomodadas. Le han dicho que los pardos y morenos son excelentes soldados, cosa a la que se resiste a dar entero crédito.

En el centro de la ciudad hay unas cuantas calles empedradas. Las demás son lodazales inmundos. Salvo unos pocos edificios públicos, algunas casas de comercio -muy bien surtidas-, y las mansiones señoriales, las viviendas son por lo general chatas, feas, de aspecto ruinoso, con huellas de la incuria y de la falta de aseo. Sin embargo, al igual que Nueva York, Buenos Aires es activa, ruidosa, cosmopolita, aunque conservando su espíritu aldeano, acaso por la proximidad de las pampas y la ausencia total de actividad fabril.

Arriban continuamente a Buenos Aires lentas caravanas de descomunales carretas de ruedas enormes, tiradas por seis y hasta diez yuntas de bueyes, y conducidas por barbados individuos de aspecto salvaje. Muchas de ellas han hecho travesías de más de mil millas por inmensas llanuras desoladas, expuestas a los ataques de los indios, y de los montoneros alzados contra la guerra del Paraguay. Acampan en una gran plaza, en pleno centro. Descargan y emprenden la marcha de regreso, que puede durar meses, a las provincias interiores, cargadas hasta el tope de productos industriales importados de Inglaterra. Algunas llegarán hasta la precordillera de los Andes; otras, hasta el altiplano de Bolivia.

Buenos Aires es la ciudad más populosa del país, y su único puerto de ultramar. Concentra el comercio exterior y acapara los derechos de aduana. El dicho puerto no merece el nombre de tal. Apenas tiene un desembarcadero

de unas trescientas yardas que se interna en las aguas de río, tan ancho que no se divisa la ribera opuesta. Está expuesto a todos los vientos, sus canales de acceso son estrechos, cambiantes y peligrosos. En él fondean, sin embargo, centenares de navíos de todas las banderas.

Manlove se interesó por la historia de Buenos Aires y se explayó acerca de ella en la carta a su amigo Kirkland:

Fue, bajo el dominio de España, capital de un virreinato que abarcaba las actuales repúblicas de Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia. Rechazó dos invasiones inglesas; pero los ingleses, desde entonces establecieron sólidos y duraderos vínculos comerciales con la ciudad, y, a través de ella, con todo el país.

Buenos Aires inició y encabezó la lucha por la independencia. Se convirtió en una ciudad Estado. Organizó y dirigió ejércitos que cruzaron [112] los Andes, liberaron Chile y llegaron por mar hasta el Perú. Venció por mar y tierra al Brasil. Enfrentó sin arredrarse intervenciones conjuntas de Francia e Inglaterra. Puso sitio durante diez años a Montevideo, cuyo puerto es su único rival posible. Libra una interminable guerra con los indios de las pampas, numerosos, aguerridos y conducidos por caciques que son grandes estrategas, que suelen derrotar en batallas campales a los más renombrados generales porteños. Y otra guerra, intermitente, con las provincias del interior, feudo de caudillos pastores. Hubo un momento en que, cuando le fue transitoriamente imposible ejercer la hegemonía a la que se cree predestinada, se separó del resto del país hasta que nuevamente pudo ponerse a su cabeza; o montarse sobre sus espaldas, según cómo se miren las cosas, dice Manlove.

Buenos Aires se precia de ser ventana al mundo, puerta de entrada de la civilización europea hacia las pampas bárbaras. Sus enemigos la llaman la «Cartago de América».

Le han dicho a Manlove que el porteño desprecia al provinciano, quien por su parte le odia cordialmente; pero, ambos comprenden que no pueden vivir el uno sin el otro. El carácter del porteño es ágil, avisado, burlón, raras veces mezquino y nunca timorato. El provinciano es taimado, astuto, socarrón. El país ha producido desde su independencia sucesivas promociones de hombres enérgicos, inteligentes y valerosos: gauchos -pastores seminómadas que habitan las pampas-, con un ligero barniz de cultura europea. Los políticos disputan apasionada y deportivamente entre sí con la palabra, la pluma y la lanza, armas estas que los argentinos manejan con insuperable destreza. Sobre todo la primera. Decenas de periódicos polemizan con estupendo desenfado, sin detenerse en el insulto, la calumnia, la burla sangrienta.

Manlove cree que los porteños practican la libertad no en mérito de sus inestables instituciones, sino de su propio coraje.

Después de estas generalidades introductorias, Manlove entra de lleno en el tema que más le interesa: la guerra del Paraguay.

Cuenta que cuando arribó a Buenos Aires estaban llegando las primeras noticias de una gran batalla librada el 24 de mayo. Los paraguayos, en número estimado en 20.000, atacaron el campamento de Tuyutí, defendido por 50.000 soldados de la Alianza. Fue un combate terrible de asaltos a la bayoneta y cargas de caballería sobre trincheras erizadas de cañones. La carnicería fue tremenda. No se hablaba de otra cosa.

La versión oficial era que el enemigo había sido totalmente aniquilado. Sin embargo, pudo retirarse en orden, llevándose sus heridos; menos trescientos, que fueron hechos prisioneros. Entre estos [113] había solamente unos cuantos hombres sanos, cuya fotografía reproducían los periódicos como si se tratase de una rara especie animal.

Todos coincidían en destacar el formidable empuje del soldado paraguayo. Sus compatriotas emigrados lo atribuían al régimen de terror al que estaban sometidos, que les hacía temer más a López que al enemigo. También se afirmaba que combatían drogados con una mezcla de aguardiente de caña y pólvora; o que sus capellanes les decían que los caídos en combate resucitarían en Asunción.

El viejo general José Tomás Guido, veterano de las guerras de la independencia, en las que, según le dijo a Manlove, habían participado miles de paraguayos, despreciaba como estúpidas patrañas aquellas afirmaciones:

-Siempre han sido excelentes soldados, y como viven de lo suyo y son por eso verdaderamente libres, luchan como leones en defensa de sus hogares. Y a fe que saben lo que hacen. Si los brasileiros vencen al Paraguay no dejarán piedra sobre piedra. Ya en 1829, Correa da Camara, plenipotenciario del Brasil ante el gobierno del Dictador Francia, dijo en un extenso informe, que tuve a la vista, que era preciso acabar con aquel coloso naciente, y que la única manera de lograrlo era ajustando una alianza con Buenos Aires. Los objetivos de esta guerra están claramente expuestos en el Tratado Secreto de la Triple Alianza, cuyo texto López hace aprender de memoria a sus conciudadanos.

El mayor Manlove conoció al general Guido en una visita que hizo a la redacción del diario «La América», en compañía del poeta Carlos Guido y Spano, quien por su aspecto le recordaba a Walt Whitman. Describe al general Guido como a un hermoso anciano de maneras distinguidas y trato muy afable. Como Manlove conocía poco el español, el general tuvo la amabilidad de explicarle en un inglés clarísimo sus opiniones sobre la guerra del Paraguay.

Los brasileños habían intentado intimidar a los paraguayos en 1855, enviando contra ellos a la Flota Imperial. La expedición acabó en el fiasco y el ridículo, lo que provocó un escándalo en la corte, el parlamento y la opinión pública del Brasil. Oleadas furiosas de indignación y de vergüenza exigían la inmediata reparación del honor descangalado.

-Pero, por fortuna para ellos, los brasileiros tienen estadistas. Habían comprendido estos que con las solas fuerzas del Imperio sería imposible vencer a los paraguayos.

A pesar del fracaso diplomático y militar, la expedición había sentado un precioso precedente: los buques de guerra brasileños pudieron atracar, reabastecerse, desembarcar marineros y soldados en puertos argentinos sin obstáculo ni oposición algunos, como si hicieran [114] uso de un derecho. Desde ese momento, la estrategia de la cancillería brasileña de Itamaratí estuvo dirigida a transformar la condescendencia en alianza:

-Yo era entonces ministro de relaciones exteriores del general Urquiza, presidente de la Confederación Argentina, con capital en Paraná.

La provincia de Buenos Aires, que estaba segregada y tenía su propio gobierno, había dado muy buena acogida a la expedición naval brasilera. En Paraná los brasileros hicieron grandes esfuerzos para arrastrarnos a una guerra contra un vecino que era nuestro amigo y que no nos había agraviado en absoluto. El general Urquiza nunca dice que no de entrada; prefiere esperar que se desarrollen los asuntos, a ver si se le presenta la ocasión de sacar una tajada. Es hombre muy comerciante. Le dijo a los brasileros que para empezar a hablar de una posible alianza era preciso que previamente el Brasil reconociese la validez de las reclamaciones territoriales que la Argentina hacía al Paraguay. No aceptaron el trato. Estaban furiosos contra los paraguayos, pero no perdían de vista que sus rivales permanentes en esta parte de América somos los argentinos. Ahora mismo el Tratado de Alianza está siendo criticado en Río de Janeiro por las concesiones que hace a mi país, que son las mismas que en su momento reclamó el general Urquiza. Puede estar usted seguro, mi estimado mayor Manlove, que si se gana esta guerra no consentirán nuestros aliados brasileros que la Argentina recoja su parte del botín.

Causó extrañeza a Manlove que el general Guido, antes que indignado, se mostrase divertido. Es que, como acotaba el Dr. Benítez, el viejo zorro las había pasado todas:

-El general José Tomás Guido era un magnífico ejemplar del patriciado porteño. Cincuenta años atrás había acompañado al general San Martín en su gesta libertadora a Chile y al Perú, por las nevadas cumbres de la cordillera de los Andes y los infernales desiertos de Atacama. Fue uno de los apuestos oficiales «buenosairesños» que enloquecían a las limeñas encantadoras. Terminada la guerra de la independencia, participó en las guerras civiles y en la guerra contra el Brasil. Sirvió brillantemente a la endiablada diplomacia del «Restaurador de las Leyes» Juan Manuel de Rosas. Derrotado este por Urquiza, Guido pasó al servicio del vencedor. Vio nacer, crecer y derrumbarse Estados, gobiernos, hombres, en frenético caleidoscopio. La lengua viperina de Domingo Faustino Sarmiento dijo que Guido había llegado a general haciendo reverencias. Desde luego es un infundio dictado por pasiones políticas del momento. El general Guido pertenecía a la pléyade innumerable de personalidades extraordinarias que, durante el medio siglo que siguió a la independencia, produjeron las aldeas llamadas ciudades de Cuyo, del Tucumán, de las llanuras [115] rioplatenses. Vivieron intensa, apasionadamente, tomando partido en todas las contiendas. Hoy, entreverados con la indiada, bebían sangre de potro; mañana champagne en las cortes europeas; estaban en su elemento en un palacio como debajo de una carreta. Generosos, corajudos, pícaros, maniobreros, con un corazón grande como sus montañas y abierto como sus pampas.

-Pero los brasileros son previsores, astutos y cavilosos -prosiguió el general Guido-, y muy tenaces. Si no ganan, empatan, nunca pierden; saben esperar, no se impacientan; no persuaden, corrompen; no conquistan un corazón, lo compran; antes que pelear, hacen como los monos, amenazan, intimidan, y si esto no resulta, ponen violín en bolsa y esperan la ocasión para la puñalada traperera; prefieren meter un burro cargado de oro en una fortaleza que tomarla por asalto. Así avanzaron desde la línea de Tordesillas hasta la cordillera de los Andes; les sacaron un pedazo a

todos sus vecinos, sin excepción, y jamás perdieron un palmo de terreno. Pero, como los paraguayos no se asustaban, ni se dejaban sobornar y se las arreglaban con sus propios burros, no hubo más remedio que pelear, y para eso procuraron comprometer a la Argentina.

El general Guido, muy contento de tener un interlocutor que no podía darse a la fuga como los redactores de «La América» -que sostenía de su peculio-, se extendió en antecedentes que, como suponía, el norteamericano ignoraba por completo:

-El proceso que condujo a la guerra del Paraguay es una obra maestra de diplomacia diabólica, ejecutada pacientemente, paso a paso, a lo largo de una década, sin perder nunca de vista el objetivo: destruir al Paraguay. El gran error de López no fue tanto el haber precipitado la guerra como el haber creído que podría evitarla. Para hacerse invencible le hubieran bastado tres o cuatro buenos buques de guerra, 20.000 modernos rifles de fulminante y dos docenas de cañones capaces de perforar el blindaje de los acorazados brasileños. Prefirió invertir el dinero en otras cosas. Pudo haber conseguido un empréstito, pero estaba, como su padre, encaprichado con la idea de que para preservar la independencia de su país no debía endeudarlo en absoluto. En consecuencia, nadie, salvo los propios paraguayos, tiene intereses que defender en el Paraguay. Cuando quiso hacerlo ya era demasiado tarde. He oído decir que López debió haber esperado recibir los cuatro acorazados que mandó construir en Europa, antes de empezar la guerra. Es un disparate. ¡Como si los brasileros fueran tan estúpidos para permitirle que se hiciera de las cartas del triunfo antes de iniciar la partida!

Según el general Guido, el pacto de Alianza se selló en las Puntas del Rosario, un villorrio del Uruguay, meses antes del estallido de la [116] guerra. De lo que se trató en adelante fue de hacer que los paraguayos apareciesen como agresores.

-Lo consiguieron tendiéndoles una trampa que es una de las maniobras magistrales de la historia de la diplomacia. Sus principales artífices podrían enorgullecerse de ella si no fuera tan innoble, y sus consecuencias tan desastrosas. Fueron ellos José María da Silva Paranhos, viejo amigo del general Urquiza, quien seguramente intervino también en la conjura, aunque jugando a las dos cartas, como es su costumbre; y el correveidile Rufino Elizalde, un vivillo porteño de poca monta, ávido y sinvergüenza, a quien los brasileños casaron con la hija de su ex ministro Pereira Leal, uno de los más enconados enemigos del Paraguay, al que el viejo López había sacado a empellones de su despacho, provocando el envío de la flota Imperial al mando del almirante Ferreira de Oliveira. El barón de Mauá, dueño de la poderosa banca del mismo nombre, asociada a los Rothschild, aceitó los engranajes y apaciguó los ímpetus paraguayistas de Urquiza y otros caudillos federales. Bartolomé Mitre, general entre los poetas y poeta entre los generales, autor de una dantesca traducción del Dante y de una biografía de Belgrano que, según mi amigo Vélez Sarfield, es la historia de un zonzo escrita por otro zonzo, dejó hacer a su ministro Elizalde con algunas reticencias, pero acabando siempre por ceder a los hechos consumados. Mitre es personalmente un hombre honesto, que avala su integridad con la pobreza y suple con laboriosidad su monumental mediocridad. Seguramente creyó de buena fe que la guerra sería beneficiosa

para la Argentina, cuyos intereses identifica con los del puerto de Buenos Aires. La tragedia que vivimos se debe a que todos se equivocaron: López, Paranhos, Elizalde, Mitre, el barón de Mauá, Pedro II. Creyeron que la guerra sería breve y costaría poco dinero, el cual sería recuperado con creces porque, como dijo el badulaque de Elizalde, «abriría el Paraguay al libre comercio». Pensaron que se desarrollaría en una campaña y se decidiría en una batalla campal. Era lo que había ocurrido siempre hasta entonces en Europa y el Río de la Plata. La guerra de secesión norteamericana no había terminado todavía, para extraer de ella útiles lecciones de lo que ocurre cuando se enfrentan, con los recursos de la moderna industria, dos maneras de vivir y entender la vida. Además, para asombro y estupor de quienes no los conocían, los paraguayos resultaron magníficos combatientes, y su Estado, lejos de derrumbarse, se fortaleció.

Al llegar a este punto, comentaba el Dr. Faustino Benítez:

-Sería falso suponer que López cayó torpemente en una trampa cazabobos, como parece sugerir el general Guido. López estaba bien informado y conocía los bueyes con que araba. «¡Mi compadre desconfía!», exclamó el general Urquiza ante la cautela de López, a [117] quien incitaba a lanzarse a la guerra con la promesa de intervenir apenas su «compadre» la iniciara. Pero, en política, como en ajedrez, se plantean situaciones en las que las respuestas son obligadas. La supuesta maestría brasilera consistió en iniciar el juego en un momento en que sus piezas duplicaban en cantidad, valor y ubicación en el tablero a las del adversario, al que le tocaba jugar y tenía un solo movimiento que podría salvarlo. No hay que exagerar como hizo el general Guido, el talento del jugador que ha dispuesto a su gusto las piezas en el tablero antes de empezar la partida, y que una vez iniciada no vacila en hacer trampas. Pasando del ajedrez a las barajas, López, jugando con tahures, tenía una única carta, y la alternativa de jugarla o ir al maso y rendirse.

-El único que vio claro fue Lord Stapleton -continuó diciendo el general Guido a James Manlove, según este refiere en su carta a Erwin Kirkland-; me lo dio a entender a la manera de los indios, con señales de humo de su pipa. La guerra sería un magnífico negocio para quienes supieran invertir. Pero, ya soy demasiado viejo para adaptarme al cinismo de los tiempos. Por eso he alentado la fundación de «La América», que publicó en Buenos Aires el Tratado Secreto de la Triple Alianza, revelado en Londres por Lord Rusell para que los inversionistas británicos supiesen a qué atenerse. Es poco lo que puede hacer este periódico, habida cuenta de la sangre derramada, de las pasiones encendidas, del dinero gastado y las enormes deudas contraídas con la banca internacional. Estamos metidos hasta el cuello en la trampa que la cancillería brasilera imprudentemente tendió a los paraguayos. Sin embargo, «La América» salvará al menos en parte el honor de la Argentina, arrastrada a participar en el asesinato premeditado y alevoso de un pueblo hermano.

Según el Dr. Benítez, la lectura de la carta del mayor Manlove habría influido para que el general Martin Mc Mahon, apenas desembarcado en Angostura el 12 de diciembre de 1868, se revelara como un firme partidario del Paraguay y de López. [118]

- III -

Sobre las barrancas del Paraná está la ciudad argentina de Corrientes. El río tiene allí una legua de anchura y se ensancha hacia el norte como un mar de aguas leonadas en la confluencia con el río Paraguay, llamada las Tres Bocas. El panorama es espléndido y se halla soberbiamente engalanado. Recalan dispersos hasta perderse en el horizonte un centenar de navíos de la formidable flota Imperial del Brasil: acorazados, cañoneras, patachos, transportes, avisos, cargueros, chatas artilladas. La bandera verde de corazón amarillo flamea orgullosa al viento que levanta marejadas, abrumando con su número a la celeste y blanca bandera argentina. Se apiñan en el puerto vapores a rueda o hélice, veleros, chalanas, chatas, falúas, ágiles piraguas tripuladas por atléticos indios semidesnudos del Gran Chaco, que se extiende en la margen opuesta, salvaje, impenetrable. Como fondo solemne de la sirena de los barcos, el ruido de las máquinas y el griterío de la multitud, retumba a lo lejos la artillería aliada que bombardea incesantemente las posiciones paraguayas. La guerra está aguas arriba, en el ángulo que forman al encontrarse los ríos Paraná y Paraguay. Los aliados han perdido en seis meses 50.000 hombres, y apenas han avanzado 15 kilómetros. De tanto en tanto, los cañones paraguayos hacen tiros aislados de puntería infalible. Se les distingue por su sonido agudo y quejumbroso. Rudos soldados se persignan por el alma de algún compañero.

La otrora soñolienta villa colonial de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, que se siente hija de Asunción, cuyos habitantes hablan igualmente en guaraní, se ha llenado de soldados, marineros, proveedores, mercachifles, prostitutas y aventureros de toda laya. El oro de los empréstitos corre a raudales.

Malhumorado y solitario en una miserable taberna del puerto, James Manlove se está bebiendo los restos de su viático. Mitre ha cumplido la promesa de traerlo hasta allí, pero no hay modo de seguir adelante. Acaba de librarse la terrible batalla de Sauce-Boquerón. Ambos bandos se atribuyen la victoria. En asquerosos hospitales gimen millares de heridos, a la mitad de los cuales matará la gangrena o el dolor sin alivio. Un grupo de oficiales brasileños irrumpen en el boliche cantando y bailando alegres aires de su tierra. [119]

Al ver a Manlove, se detienen a observarlo con sonriente curiosidad.

-¡Eh meu amigo! -le dice uno de ellos, pasándole un vaso de cachaza-, ¿gosta beber una caipirinha com a gente?

Manlove apenas entiende el español y nada de portugués. Sus ojos enturbiados por el alcohol incorporan aquellos rostros morenos y aquellas motas que asoman de los quepis al amplio concepto de la negritud que tienen los sudistas.

-I don't drink whith niggers! -gruñe, escupiendo.

-¿Qué é o que diz?

-Que no chupa con macacos -traduce Lucio V. Mansilla, que se encuentra por ahí con unos cuantos oficiales argentinos.

-¡Macaco é voce! -se indignan los brasileños, y se le van encima.

Manlove se levanta y les sacude una paliza fenomenal.

Se ha ganado la simpatía de Lucio V. Mansilla, Marquitos Paz, Dominguito Sarmiento y otros dandys del patriciado porteño, muchos de los cuales caerían como bravos dos meses después en la batalla de Curupayty. Le llevan por todas partes y se divierten con él y a su costa. Lo exhiben como un oso amaestrado. Le azuzan para meterlo en líos y para esto «Jaimito el Amoroso», como le han apodado sus nuevos amigos, está mandado hacer. Bailan en los suburbios con paisanitas descalzas. Se pavonean en los patios enladrillados de la burguesía paraguayista. Devoran asados suculentos en las estancias de los alrededores. De regreso, galopan por las calles. Manlove, sin detenerse, con cinco tiros de revólver estampa la «M» de su apellido en el muro de la casa del gobernador.

-¡Así voy a matar al cacique López, que los tiene empantanados en sus esteros! -grita.

La guardia lo persigue, enlaza, derriba del caballo, sujeta, amarra y lleva preso cargándolo como un fardo, sin hacer caso de los gritos y protestas de los compañeros de Manlove, que sin embargo ríen a carcajadas y no acuden en su auxilio. Pero enseguida van a ver a don Manuel I. Lagraña, gobernador de la provincia de Corrientes. Tras su empaque de señorón, don Manuel es un gauchazo y un taimado político. Le conviene quedar bien con las influyentes familias de esta brillante muchachada porteña. La guerra es impopular en la provincia, que simpatiza con los paraguayos. Lagraña se mantiene en el cargo por la presencia del ejército aliado. En su opinión el tiroteo no ha sido más que travesura de muchachos. Manlove es puesto en libertad. Esa noche cenan todos juntos en la gobernación como invitados de don Manuel. A veces se escucha el remoto tronar de los [120] cañones. Cuando esto ocurre, Manlove se levanta de la mesa, olfatea, da vueltas por el patio. «Creíamos que se pondría a ladrar», recordaría Mansilla años después.

Los brasileños no le guardan rencor pero lo vigilan discretos. Les gruñe la sospecha de que algo se oculta detrás de tanto alboroto. No padecen ni de la despreocupada confianza ni de la cándida indiscreción de sus aliados argentinos. Charles A. Washburn ha venido a Corrientes. Está furioso porque no le dejan pasar al Paraguay. Saben que el ministro norteamericano recibe con frecuencia al mayor Manlove, interviene en su favor cuando se mete en dificultades y le provee de dinero.

En realidad, Mr. Washburn no sabe qué hacer con la monada de compatriota que le ha tocado en suerte. Manlove no tiene un centavo y el ministro no tiene ganas de pagarle el pasaje de regreso a los Estados Unidos. Entonces le aconseja que busque la manera de acercarse al frente y cruzar las líneas. Que se vaya al Paraguay o al mismo infierno, con tal de que abandone Corrientes y le deje en paz. No se imaginaba Mr. Washburn que aún tendría que rascarse aquella sarna mucho tiempo.

Los aliados están preparando la ofensiva que culminaría en la masacre de Curupayty. Los oficiales argentinos, que deben regresar a sus puestos, deciden llevar consigo a Jaimito el Amoroso. Se les ofrece una gran fiesta de despedida a la que concurre lo más granado de la sociedad correntina. Un periódico hace la crónica. Destaca entre la concurrencia al mayor James Manlove, «un excelente tirador al servicio de los aliados, que marcha,

rifle en mano, a cazar oficiales paraguayos». [121]

- IV -

Manlove y sus amigos porteños se embarcan en Corrientes y pisan tierra paraguaya al pie de las ruinas del fuerte Itapirú, el mismo desde donde pocos años antes había partido el cañonazo contra el buque de guerra norteamericano «Water Witch», que retumbó en el mundo entero y atrajo por primera vez la atención internacional hacia la minúscula e insolente república selvática.

Itapirú es un vasto emporio creado por la guerra, en el que florecen la voluptuosidad y la depravación. Corre abundantemente el oro, moneda con que se paga a los soldados. Tiene iglesia, imprenta, periódico, teatros; bulliciosas salas de baile, de juego; prostíbulos. Hay también una sucursal de la Banca Mauá, que viene a ser así la primera institución de su tipo en el país y el primer banco extranjero instalado en el Paraguay. Tiendas, casillas, puestos de venta que enarbolan banderines, gallardetes, exhiben carteles en portugués y castellano, forman calles llenas de gente de uno y otro sexo, de muchas razas y naciones. Hay ruido, movimiento, alegría y suciedad. Los bosques, bañados, pajonales y barrancas de las cercanías están infestados de desertores convertidos en forajidos, que viven de la rapiña y practican el degüello.

Hicieron a caballo el corto trayecto hasta el campamento de Tuyutí, en el que está concentrado el grueso del ejército aliado, a tiro de cañón de Paso Pucú, cuartel general de López, y frente por frente de las trincheras del Cuadrilátero, que rodean y hacen de avanzada a la fortaleza de Humaitá.

Tuyutí es una loma cubierta de pastos duros, árboles y palmeras desperdigados al azar, que se eleva entre el Estero Bellaco Norte y el Estero Bellaco Sur, los cuales desaguan formando profundos riachos, lagunas y marjales que llegan hasta el río Paraguay y su confluencia con el Paraná. Mirando al norte y a la izquierda, está el enmarañado bosque del Sauce, con sus profundos boquerones. La «tierra de nadie» es un laberinto de potreros, bosquecillos de arbustos achaparrados y palmeras enanas. A la derecha hay un extenso palmar y una pradera. Aunque húmeda y anegadiza, la región no es insalubre. El agua de los esteros y lagunas es cristalina y potable. [122]

En Tuyutí se detuvo el avance aliado después de la gran batalla librada el 24 de mayo, dos meses antes del arribo de Manlove. Le siguieron Yatayty-corá, Sauce-Boquerón, innumerables encuentros de avanzadas y un incesante duelo de artillería. Se veían prados y montes ennegrecidos por el fuego; árboles rotos, caídos, desgajados; osamentas de caballos, cadáveres insepultos, cañones desmontados, carretas hechas pedazos. Grandes bandadas de cuervos volaban en círculos entre los grumos grises que subían al cielo tras el estallido de las bombas, «como las almas de los muertos», según el decir de los soldados.

El campamento estaba defendido por una línea semicircular de trincheras, y, en el centro, por un reducto rodeado de un foso y un alto terraplén erizado de cañones. En no más de diez quilómetros cuadrados se

hacían 50.000 soldados, una cantidad de mujeres y no pocos niños. Multitud de mercachifles han instalado, en barracas improvisadas, tabernas, casas de juego, prostíbulos, sastrerías, peluquerías y tiendas en las que pueden adquirirse conservas importadas, vinos finos, sedas y miriñaques. Hay además 10.000 caballos, bueyes y mulas de tiro. El ganado para el consumo se faena allí mismo, en las distintas divisiones. Corren de un lado a otro ratas enormes, cebadas, agresivas. Tuyutí es un chiquero. Su olor nauseabundo se percibe desde lejos. Está envuelto en una densa nube de moscas, de las que los paraguayos se defienden haciendo humo en sus trincheras. La mortandad provocada por las enfermedades es espantosa.

La carne que suministran los proveedores es tan mala que da asco comerla. Esto explica por qué el mayor Lucio V. Mansilla -que llegaría a ser autor de «Una excursión a los indios ranqueles», clásico de la literatura argentina-, guardó tan vívido recuerdo del asado que le ofrecieron de bienvenida cuando se reincorporó a su batallón, trayendo consigo a James Manlove.

Era un magnífico costillar, seguramente robado del rancho de algún general. El banquete se realizaría al día siguiente. Fueron invitados varios oficiales cuyanos, con la condición de que aportaran dos damajuanas de vino de Mendoza. Pero, ocurrió que esa misma tarde Mansilla recibió la orden de alistar su batallón para un reconocimiento en descubierta, que se iniciaría a la madrugada.

-Tanto mejor -dijo Mansilla-, nos comeremos el asado lejos de esta pocilga.

Mandó decir a los cuyanos que acudieran al mediodía a un lugar determinado, a la derecha de Yatayty-corá. Después hubo reunión de oficiales, a la que Manlove asistió como convidado de piedra. Su escaso conocimiento del español y su experiencia militar bastaron para que entendiera de qué se trataba. [123]

El batallón de Mansilla marcharía en el centro, flanqueado por dos batallones brasileños. Llevarían seis piezas de artillería. Como reserva, a retaguardia, un regimiento de caballería riograndense y otros cuatro batallones de infantería. El destacamento, de unos 3.000 hombres, sería mandado en jefe por el general Garmendia.

Debían limpiar el frente de francotiradores, que causaban muchas bajas, y de puestos de observación de artillería, que, por medio del telégrafo, dirigían los tiros endiabladamente precisos de los cañones paraguayos. Se intentaría además alejar a los pomberos, que noche tras noche se infiltraban en el campamento, recogían información, apuñalaban a los centinelas y capturaban prisioneros. Debían estar preparados para el caso de que los paraguayos decidieran hacerles frente o intentasen tender una emboscada. No debía repetirse lo ocurrido en Yatayty-corá, en que los batallones eran fusilados a mansalva a campo abierto a medida en que iban entrando sucesivamente en combate.

Todos estuvieron de acuerdo con que Manlove fuese de la partida, en calidad de observador e invitado al banquete.

Estaban en invierno y hacía mucho frío. Con las primeras luces se pusieron en marcha, desplegados en sucesivas líneas de tiradores. Los oficiales galopaban en la neblina, embozados en sus ponchos, dando órdenes

a gritos. Las desigualdades del terreno descomponían la formación; a cada rato era preciso detenerse para alinear las tropas. Se avanzaba muy lentamente. Cada cien pasos se hacía alto para destacar guerrillas, que no se alejaban mucho, y se continuaba la marcha con extremada cautela. Hubo tiros y alarmas provocados por caballos que aparecían de repente dando coces y relinchos y escapaban atropellando la maleza como ciervos salvajes.

-Se han vuelto locos en la batalla del 24 de mayo -explicó el mayor Mansilla, que cabalgaba junto a Manlove entre la primera y segunda línea-. A muchos gringos enganchados les pasó lo mismo. Fue una cosa tremenda, imposible de describir.

De tanto en tanto encontraban cadáveres momificados. Eran de paraguayos.

-Se quemaron cientos de ellos en piras formadas por una capa de leña y otra de muertos; pero siempre aparecen más. Debe haber alguna razón por la que no se descomponen, y quedan así, con la piel estirada sobre el esqueleto. Se metieron por todas partes. Durante cuatro horas hubo una matanza terrible, hasta que, de pronto, se retiraron en buen orden llevándose a sus heridos, a los que nunca abandonan. Los pocos prisioneros que hicimos no se podían mover. Pelean hasta morir. López los tiene embrujados. [124]

-No comprendo por qué los aliados no contraatacaron de inmediato y pusieron fin a la guerra.

-Hay que haber estado allí para entenderlo. Los que salimos ilesos no estábamos en condiciones de seguir la fiesta. Tuvimos como 8.000 bajas y un desorden completo. Los brasileros y uruguayos se llevaron la peor parte. Batallones enteros fueron completamente aniquilados a golpes de sable y bayoneta. Los paraguayos no trajeron artillería y apenas hacían uso de sus fusiles de chispa. Nos salvaron los cañones emplazados en reductos, que disparaban a mansalva contra los entreveros, matando a tirios y troyanos. Desde entonces no salimos de esta maldita loma, donde los piojos, las moscas y las ratas nos causan más estragos que el enemigo.

-¿Es cierto que los atacantes fueron exterminados?

-Tuvieron muchas bajas, pero no creo que tantas como se ha dicho. De otro modo, ¿cómo pudieron retirarse en orden, llevándose a sus heridos? Y son ellos los que desde entonces provocan las peleas. Se divirtieron fusilándonos en Yataty-corá y nos dieron una tremenda paliza en Sauce-Boquerón. Ahora preparamos una ofensiva. Mucho me temo que yendo por lana salgamos trasquilados.

Al despejarse la neblina comenzó el cañoneo. Disparaban a un tiempo sobre las invisibles posiciones paraguayas las baterías de Tuyutí y los buques de la escuadra brasileña, apostados en el río Paraguay.

El fuego es tremendo. El cielo intensamente azul se va llenando de nubecillas moradas. Rompe de pronto un concierto de berridos estridentes, multitudinarios, disonantes, que producen denteras.

-¿Qué diablos es eso? -preguntó Manlove, sorprendido.

Mansilla se echó a reír:

-Son los paraguayos que se burlan de nosotros. Lo que oyes son unas cornetas de cuerno a las que llaman turututú. Con ellas responden a nuestra artillería. No tienen balas para desperdiciar. Recogen las nuestras que no

han estallado y cuando se les antoja nos las mandan de vuelta. Tiran sobre seguro y casi siempre dan en el blanco. A mí me acertaron una vez, mientras tomaba mate. Casi no cuento el cuento. Flores y Mitre se salvaron de milagro. Nos tienen en la mira y nosotros no sabemos dónde están.

Tardaron como una hora en cruzar un riacho, cuya helada corriente llegaba a los infantes hasta la cintura. Siguieron por un terreno bajo y pantanoso. Las ruedas de los cañones se hundían hasta los ejes y a menudo se atascaban en el barro. La infantería no daba un paso sin la artillería. Por fin salieron, después de tantas demoras, a un lugar seco donde comenzaba una pradera, al término de la cual había un monte de palmeras y matorrales, que, mil yardas más adelante, [125] penetraba en ella como una cuña. Se destacaron avanzadas, se emplazaron los cañones; la tropa se sentó a descansar sin romper la formación. Como por arte de magia aparecieron pequeñas fogatas que los soldados encendían para calentar el agua para el mate. Mientras marchaban cada uno había venido recogiendo una provisión de leña seca. Manlove pensó que por tontos que fueran los paraguayos, tendrían con tales señas una idea exacta del número y despliegue del destacamento aliado. Calculó que en toda la mañana se había avanzado menos de una milla.

-Son manías de los jefes -explicó Mansilla-, que se empeñan en aplicar el reglamento en estos andurriales, porque, a diferencia de nuestros soldados, le tienen un miedo cerval a los paraguayos. La infantería enemiga es mucho más ágil que la nuestra. Se desplaza rápidamente en grupos, marchando en fila india, y cuando tiene que formar, lo hace en un santiamén. Tiene pocos oficiales; la base de su organización son los sargentos.

Los oficiales del batallón se reunieron en un bosquecillo desde el que se dominaba un amplio sector del frente. Los ordenanzas encendieron una fogata para asar la carne, que les había seguido a lomo de mula. Se aflojó la cincha y se quitó el freno a los caballos para que mordisquearan la hierba en el lugar más cubierto, atados con sus cabestros. Manlove observó complacido la solicitud y el cariño con que sus amigos argentinos trataban a los caballos.

Circuló el mate, un brebaje amargo, caliente, reparador. Cuando la hoguera hubo producido suficientes brasas, un costillar y grandes trozos de carne, clavados en estacas, comenzaron a despedir un delicioso olorillo. Era un hermoso mediodía invernal. Los oficiales se echaron sobre sus ponchos extendidos en el suelo. Habían callado los cañones. No se oía un solo disparo. Era la paz.

Al rato llegaron los cuyanos con el vino. Traían dos guitarras y ya venían entonados. Los músicos se sentaron en un tronco caído y entre todos cantaron con voz arrastrada y nasal movidas cuecas cordilleranas:

¡Ay San Juan, ay San Juan,
mi tierra queri'iiida'aaa!
¡Ay San Juan, ay San Juan,
por ti doy la vi'iiida'aaa!

Circuló el vino. Manlove pidió prestada una guitarra y cantó una balada irlandesa, cuyo estribillo en inglés fue prontamente aprendido y coreado por los jóvenes argentinos. Cuando estuvo el asado cesó la música.

Los comensales tomaban un gran trozo de carne, le clavaban [126] los dientes y la cortaban al ras de los labios con sus facones filosos como navajas de afeitar. Manlove optó por el procedimiento menos peligroso de hacer uso de manos y de su poderosa dentadura. Los hombres chacoteaban como muchachos, se hacían bromas pesadas. Era una fiesta campestre y no la guerra.

-¿Dónde están los paraguayos? -preguntó Manlove, de sobremesa.

-Por todas partes, mi amigo; es mejor no pensar en ellos, porque trae mala suerte. En cualquier momento puede caer uno de nosotros con un agujero entre ceja y ceja. Como ellos dicen, cuando yerran meten la bala en un ojo.

-¿Con fusiles de chispa?

-Esos nomás los usan para hacer un poco de humo. Tienen poco alcance y las heridas que causan no son graves. Pero en cada escuadra, el mejor tirador está armado con una carabina a la minié. No pelea en formación. Salta de un lado a otro y dispara cuando quiere, desde la posición más ventajosa. Le asiste un «guaino» o aprendiz, que se hace cargo del arma si el riflero es herido. No fallan nunca. En Yatayty-corá, que fue principalmente un cruce de fuegos de infantería a campo abierto, hicieron mucho estrago, sobre todo entre los oficiales. Nos cazaban como a pajaritos. Desde entonces los oficiales brasileros visten el mismo uniforme que la tropa, pero de poco les vale.

-¡Son de malicio'osos esos baaarbaros! -remató uno de los cuyanos, provocando un estallido de hilaridad general.

Manlove observó un tanto extrañado que los argentinos no expresaban rencor alguno contra los paraguayos. Por el contrario, parecían sentir por ellos simpatía y admiración. Les atribuían hazañas extraordinarias.

El veterano sudista sabía por experiencia que dos ejércitos que han estado enfrentados mucho tiempo se conocen íntimamente, como si se establecieran entre ellos contactos misteriosos. Comparten idéntico infortunio y una misma aventura; un juego horrible pero apasionante en el que se tensan hasta el límite las energías del hombre.

Le contaron que en Sauce-Boquerón se oyó gritar a los oficiales paraguayos que no tirarían contra los pymorotí, los «patas blancas» argentinos, así llamados por el color de sus polainas, que retiraban heridos del boquerón infernal. Los uruguayos presentaron armas y retiraron el cadáver del bravo coronel Palleja de treinta pasos de la trinchera enemiga, sin que les dispararan. El capitán paraguayo Olavarrieta, al frente de su regimiento de caballería, cruzó dos veces de parte a parte, combatiendo, la retaguardia de Tuyutí el día de la gran batalla. En el momento en que se lanzaba a una carga final contra la [127] multitud de infantes brasileros que le rodeaban, se oyó gritar a estos: «¡Dexa o bravo!» Olavarrieta, y el puñado de hombres que le quedaban, pasaron al galopín por la brecha que les abrieron sus caballerosos adversarios.

El paraguayo más temido y admirado era el alférez José Matías Bado.

Oriundo de la región, la conocía al dedillo. Consumado jinete, poseía una audacia inmensa, astucia extraordinaria y fuerza descomunal. Solía partir a un hombre de un sablazo desde a la coronilla a la verija. Reputaba mal sableador al que de un limpio tajo no cercenaba una cabeza. Estaba al mando de un grupo escogido de pomberos, que recibían doble

ración del rancho del propio Mariscal López, y no cumplían otro servicio que infiltrarse noche tras noche en el campamento aliado en busca de información.

-El Mariscal López no se conforma con informes verbales. Si un pombero dice que ha estado en la carpa de Mitre, ha de llevar como prueba por lo menos una carta de la esposa de nuestro comandante en jefe, como ya ha ocurrido una vez, aunque usted no lo crea, amigo Manlove.

Se toman grandes pero inútiles precauciones contra los diabólicos pomberos.

Hasta entonces no había sido capturado ninguno. Los pomberos se cubren de pies a cabeza con una capa de cerda de caballo, lo que les asemeja al duende del que tomaron el nombre; o se visten con hojas de palmera, para confundirse con los yataí que abundan en la región. Se comunican entre ellos con silbidos tan agudos que apenas son perceptibles para el oído humano. Los perros, en vez de ladrarles, les huyen temerosos y se esconden gimiendo. Los macacos, supersticiosos e ignorantes, les temen como a engendros del otro mundo, y practican, para conjurarlos, mascaradas y ritos africanos. Bado y sus hombres se pasean entre las carpas, llevándose siempre, al cabo de sus visitas, uno o dos prisioneros. Les interesan los periódicos. Se dice que los adquieren de la tienda de un italiano al que han conseguido sobornar. Algunas veces los centinelas tienen tiempo de gritar pidiendo socorro. En este caso, dos o tres pomberos se encargan de reducirle mientras los demás abren fuego contra quienes acuden a auxiliarle. Después se meten en los esteros y desaparecen. El alférez Matías Bado tiene un caballo amaestrado al que monta en pelo y sin bridas. Se acerca oculto por el cuerpo del animal y cae de pronto sobre una formación en descubierta, agarra a un hombre del cuello y lo lleva colgando como si fuera de paja, a todo galope, lanzando ese salvaje alarido que los paraguayos llaman sapucaí. [128]

James Manlove, experimentado catador de fantasías castrenses, escuchaba estas consejas con beneficio de inventario. No podía adivinar el paradójico papel que jugaría el alférez José Matías Bado en el proyecto de corsarios y en la elección de alternativas por parte de la Historia. [129]

- V -

A las tres de la tarde la artillería aliada reanudó el bombardeo. Esta vez los paraguayos no hicieron sonar turututúes. Tres baterías, al parecer emplazadas a media milla una de la otra, comenzaron a disparar por turnos: a la salva de la primera seguía la de la segunda y luego la de la tercera; tras una breve pausa, empezaban de nuevo por el centro, la derecha o la izquierda, como si marcaran los compases de un «cielito». El efecto de tal ritmo de fuego entre el desordenado tronar de la artillería aliada tenía un efecto inquietante y embriagador.

Los oficiales argentinos, algunos de los cuales se habían quedado dormidos sobre sus pochos, se pusieron de pie y se dirigieron a sus cabalgaduras para apretarles la cincha y ponerles el freno. Los cuyanos se alejaron al galope hacia el campamento, robándose de ida los restos del asado sin que sus camaradas porteños lo advirtieran hasta que ya no hubo

modo de impedirlo, como lo denunciarían rencorosamente años después en sus «Memorias» de la guerra del Paraguay.

El mayor Mansilla, seguido de Manlove, salió del bosquecillo y observó la pradera que tenían delante. Sin aguardar órdenes, los oficiales se iban a sus puestos. Los soldados, que habían estado descansando en los pastizales, juntaban sus cosas y se ajustaban el correa. El cielo volvió a llenarse de redondas nubecillas. Los cañones paraguayos no salían de su tranco machacón.

-Están tirando desde el Sauce y Paso Gómez -explicó Mansilla a Manlove, señalando hacia la izquierda-. Todavía no nos ha tocado a nosotros, pero no tardarán.

Se oyó una tremenda explosión hacia Tuyutí. Se elevó una negra columna de humo. Vieron los resplandores de un incendio. Manlove comprendió que en el campamento había estallado un polvorín. Se produjo una inmensa gritería en dirección a las posiciones paraguayas. Enseguida una banda se puso a ejecutar a todo trazo una suerte de exaltado minué. La música producía un efecto arrobador entre los gritos de júbilo y el tronar de los cañones.

-López sabe levantar el espíritu de sus tropas -comentó el mayor Mansilla-, ha convertido la guerra en una fiesta. La noche que siguió a la batalla de Tuyutí la pasaron celebrando con músicas y [130] bailes, y así se convencieron ellos mismos que habían ganado una gran victoria. Eso que oyes es «La Palomita». La cantan nuestros soldados, se ejecuta en los salones de la alta sociedad de Buenos Aires y Montevideo, se está haciendo famosa en toda América. Los brasileños dicen que es un arma de guerra e intentaron prohibirla.

-La conozco, es muy hermosa...

Dos bombas estallaron en medio del bosquecillo en el que habían estado hacía un momento, y otra detrás, donde se encontraban los caballos. Disipada la humareda apareció un soldado saltando en un pie y profiriendo palabrotas. Un caballo, con las tripas desparadas en el suelo se debatía relinchando lastimero.

-¡Maldita guerra! -exclamó Mansilla-, si hubieran empezado por aquí nos mataban a todos. ¡Eh ustedes, despenen a ese pobre caballo!

Eran tiros directos, disparados por cañones ocultos entre los yataíces, en el extremo opuesto de la pradera. Seguían cayendo bombas. Mansilla, de pie, sin moverse, daba órdenes tranquilas, que Manlove no comprendía, a cadetes muy jóvenes que, pálidos y temblorosos, iban y venían corriendo a las formaciones adelantadas.

A diez pasos, uno de los cadetes voló hecho pedazos. Un soldado quedó tendido en un charco de sangre. Se oyeron gritos desgarradores.

-¡Qué diablos estaremos esperando! -exclamó Mansilla, impaciente.

Los cañones argentinos abrieron fuego; los paraguayos callaron.

-Están cambiando de posición -explicó Mansilla-. Si hubiésemos atacado enseguida a lo mejor los tomábamos. Nos movemos como tortugas.

Sin cambiar de tono, su voz ya no era tensa. Ambos experimentaban el alivio del combatiente que se ha salvado una vez más.

Un par de camilleros vinieron a recoger los restos del cadete muerto.

-Se llamaba Juancito Vedia -dijo Mansilla, apenado-, no sé qué voy a decirle a su pobre madre, que me lo encomendó.

Un grupo de jinetes se acercaba al galope. Mansilla montó a caballo y se adelantó a recibirlos. Eran el general Garmendia y su séquito de ayudantes.

-Los paraguayos están allá -dijo el general, señalando el palmar en el extremo opuesto de la pradera-, hay que sacarlos de allí antes de que se atrincheren y nos hagan una de sus jugarretas. Ya viene la caballería. Usted avanzará detrás. Yo me quedo aquí por cualquier cosa. ¡Vaya nomás, m'hijo, y que la Virgen le acompañe! [131]

El mayor Mansilla hizo la venia y se alejó al trote hacia las primeras líneas. La tropa ya había empezado a formar cuadros. El general Garmendia bajó de su caballo, pasó las riendas a un asistente, se abrió la bragueta y orinó un chorro poderoso, muy cerca de donde continuaba tendido el soldado muerto, al que no le prestó la más mínima atención. Cumplida con alivio la urgencia impostergable, advirtió la presencia de un gigantesco individuo que, vestido con traje gris de explorador y cubierto con un sombrero de alas anchas, le miraba con curiosidad:

-¡Quién carajo es usted! -rugió, blandiendo la fusta- ¡Qué puta está haciendo aquí!

-Soy el mayor James Manlove, señor general -respondió el grandote en pésimo español.

El general Garmendia soltó una carcajada y se adelantó a tenderle una mano, mientras con la otra acababa de prenderse la bragueta.

-¡Así que es usted el mentado «Jaimito el...», ¿parlez vous français?

-Oui, mon general.

-Muy bien, hablemos entonces en francés -dijo, pero enseguida se olvidó-. Bartolo (se refería al general Bartolomé Mitre) me ha dicho que desea usted observar esta asquerosa guerra contra locos salvajes.

-Es verdad, mi general -respondió Manlove, en francés.

-¡Muy mal hecho, m'hijo, muy mal hecho! ¿A qué tilingo le gusta ver la guerra? ¡No hay peor porquería! -dijo, y continuó en francés, o algo parecido-. Esta es la peor de todas, nunca ha habido una guerra como esta. Prefiero a los indios pampas. Aunque igualmente peleadores, son mucho más juiciosos y como a cualquier ser humano no les gusta morir. Pero, si tiene ganas de ver pelear a los paraguayos, dentro de un momentito le vamos a complacer.

El general Garmendia tenía la voz de trueno y hablaba con grandilocuencia en un francés tan malo como el español de Manlove. Sin embargo se entendieron. Había cesado el cañoneo. La tarde era espléndida, pero había en ella algo ominoso, amenazador. A lo lejos continuaba la música y la gritería en las posiciones paraguayas.

-¡Y dale con sus farras, hijos de puta! -rugió jovialmente el general-. ¡Ya les vamos a dar! ¡Pour les pelotes, pour les pelotes!

Estalló un tiroteo en las avanzadas. La infantería, formada en cuadros, aguardaba en la pradera.

-¡Por qué no vendrá esa caballería puñetera! -tronó el general, dirigiéndose a uno de sus ayudantes-. ¡Vaya y dígame a los macacos que se apuren! [132]

No fue necesario. Se acercaba una larga columna de jinetes en desordenada formación de cuatro en fondo. Pasaron a pocos pasos del montecito. Manlove pudo contemplar el desfile más pintoresco que había

visto en su vida.

Barbas hasta el pecho; trenzas que llegaban casi hasta la cintura; dagas de empuñadura en cruz y vainas de plata labrada; anchas espadas; gigantescas lanzas de regatón de plata o acero pulido; par de pistolas en el cinturón y rifle en bandolera; descomunales espuelas nazarenas; bombachas bermejas o negras, botas de cuero de potro sin curtir; ponchos de distintos colores y bordados de seda; y sombrero de fieltro, de estrechas alas, cubierto de nanquín rojo y sujeto, en la punta de la nariz por barbijo de borla; magníficamente montados en caballos de tusadas crines, cola atada y rabincha. Plata labrada en los estribos, en las cabezadas de las riendas; y en el anca, sostenida por pellejos, boleadoras de marfil o de hierro, retobadas en cuero, y el lazo de pesada argolla, venían cantando como si anduvieran de paseo:

Ao homen, para ser homen,
só uma prova se querer:
ter sempre, no pensamento,
mulher, mulher e mulher.

El general Garmendia, sonriente, les saludaba agitando una mano. Dijo burlonamente a Manlove:

-Está usted contemplando a la Guardia Nacional de Río Grande do Soul, ¡la melhor cavalheria do mundo!

La famosa caballería riograndense formó por escuadrones frente a la infantería argentina. Se oyeron toques de clarín, con hondas resonancias en el corazón de Manlove. La caballería avanzó al trote en dirección al palmar, seguida por la infantería a paso redoblado, al son de cajas. De pronto se detuvo en medio del prado; los infantes hicieron lo mismo.

-¡Qué les pasa a esos cabrones! -tronó el general Garmendia.

Manlove sacó del bolsillo un pequeño catalejo. En el borde del palmar había aparecido una cantidad de manchas rojas, semiagazapadas. Por los flancos se acercaban al tranco displicente dos largas filas de soldados de caballería paraguayos. Un centenar de ellos fue a alinearse dando cara a los riograndenses. El resto aguardó a los costados, semioculto por los matorrales, sin revelar su efectivo. De pronto, para asombro de Manlove, los paraguayos desmontaron tranquilamente y aguardaron recostados en sus monturas. Separaban a ambas [133] fuerzas unas trescientas yardas de campo abierto. Pasaron largos minutos de tensa expectativa, hasta que los paraguayos se echaron el morrión hacia la nuca e hicieron el ademán de montar. Bastó para que ocurriese lo increíble: los riograndenses volvieron grupas al galope y fueron a ocupar los espacios libres entre las formaciones de infantería. Un momento después volvía el mayor Mansilla al galope tendido.

-¡Mi general! -gritó, sofrenando el caballo, que se empinó en las patas traseras-, estamos en posición desventajosa. Si seguimos avanzando podemos caer en una trampa.

El general Garmendia miró de soslayo a Manlove, como si le molestara su presencia, y preguntó a Mansilla:

-¿Qué dicen los macacos?

-Ya lo vio usted, mi general.

-¡Al diablo con ellos! Si les ordeno avanzar y les dan una sableada

me van a culpar a mí. Está bien, reculen, pero con cuidado. No les vayan a cargar durante la maniobra.

Apareció por la izquierda de los paraguayos un regimiento de lanceros. No eran más de trescientos. A lo lejos una banda ejecutaba una galopa. Sobre el campo amarillo, contra el claro verdor de los yatay, blusas coloradas, altos morriones de cuero, lanzas cortas como venablos, pasaron al galopín de briosos redomones a cien pasos de las formaciones aliadas hacia el sol que iba cayendo.

-¡La caballería paraguaya, terrible como un azote! -exclamó el mayor Mansilla.

-¡Váyase de una vez antes de que se haga de noche! -le ordenó el general, de malos modos, y agregó:- Dígale a los macacos que aguanten un poco, hasta que la infantería haya abandonado el campo.

Mansilla obedeció. Los infantes comenzaron a moverse cautelosamente hacia atrás. Los riograndenses permanecieron en sus puestos. El regimiento de lanceros paraguayos había ido a formar en uno de los flancos, dando espalda al crepúsculo.

-¡Qué le vamos a hacer, amigo Manlove! -exclamó el general Garmendia, echándola a barato-. Como dicen nuestros aliados brasileros, el soldado que «fuye» puede pelear otra vez...

Pidió su caballo, montó con agilidad y dijo, de despedida:

-Venga con Lucio a cenar conmigo esta noche, así charlamos un rato.

El general José Ignacio Garmendia sería el cronista más elocuente de la guerra del Paraguay. Vaya como ejemplo la descripción que hizo de la caballería paraguaya en la batalla de Tuyutí: [134]

-Hombres de inmensa talla, con la tez cobriza y la mirada altiva, el pesado morrión echado atrás y sujeto en el barbijo; el brazo musculoso, levantado, blandiendo el filoso sable; las piernas nervudas oprimiendo el flanco de potros recién domados, que desbocados se arrojaban sobre nuestros soldados, no oyéndose sino la voz animosa de sus oficiales y el repiqueteo de aquellas inmensas espuelas nazarenas que sangraban los ijares de sus torpes redomones. Avanzaban rápidos levantando una nube de agua de los esteros, que cruzaban en espantoso desorden. La metralla abría claros inmensos en sus escuadrones pero una disciplina de hierro cerraba aquellos claros con rapidez digna de encomio. Veloces como el rayo, se lanzaban sobre nuestros cuadros, haciendo flamear sus banderas sobre la cabeza de nuestros soldados.

A medida que entraba el sol, la retirada, lenta y cautelosa al principio, se convirtió casi en una huida por temor de que la noche los encontrara fuera de las trincheras. Manlove no salía de su asombro. La maniobra, aparatosamente iniciada por un destacamento numeroso de las tres armas, había sido desbaratada por los paraguayos con sólo hacer acto de presencia con un desdén magnífico, ofreciéndose cómo blanco a los modernos fusiles de sus enemigos, que ni siquiera atinaron a dispararles.

-No es cobardía -explicó Mansilla, que cabalgaba junto a Manlove al paso de los infantes- te puedo asegurar que nuestros soldados, y también los brasileros, son muy valientes. Pero no conocemos el terreno. Has visto cómo de repente aparecieron los paraguayos. No podíamos saber cuántos más había escondidos: nunca muestran sus cartas. En esa cancha abierta, la caballería paraguaya, igual o mayor en número que la riograndense, pudo

haberla dispersado. Perseguidos los riograndenses hubiesen desorganizado nuestros cuadros, que podían ser sableados de lo lindo hasta que llegara la infantería, que se mueve con increíble agilidad, para acabar con nosotros. Pienso que fue acertada la decisión de no aceptar el desafío, aunque a primera vista resulte algo bochornoso.

-Tal vez faltó una buena exploración previa...

-¿Cómo hacerla? Las patrullas hubiesen sido emboscadas y acuchilladas, apenas se alejaran del grueso. No nos pierden pisada.

-¿Qué hacer entonces?

-Se ha encargado un globo aerostático para observar el campo desde arriba.

Dicho esto, Mansilla miró a Manlove y ambos soltaron una carcajada.

-¿Gracioso, verdad? ¡Pues así estamos desde nuestra gran victoria de Tuyutí! [135]

Había oscurecido de repente, como ocurre en los trópicos. Cabalgaron un rato en silencio, rodeados de sombras amenazadoras. Manlove iba a encender un cigarro.

-No lo hagas -le dijo Mansilla.

Manlove comprendió.

-Nos estamos preparando para atacar. Es un error que puede costarnos muy caro. Hay una sola forma de vencer a los paraguayos: por agotamiento. Están completamente aislados. Es imposible que resistan mucho tiempo.

Manlove sintió la urgencia de poner en práctica el proyecto de corsarios.

No se ha podido averiguar cuantos días exactamente permaneció James Manlove en Tuyutí. Se dice que una noche, bajo una tienda de campaña, entre abundantes libaciones, a la luz humosa de un candil, Manlove jugaba a las cartas. Sus camaradas porteños le han desplumado sin misericordia, y ya les debe una gruesa suma de dinero. Se acuerda entonces que ha venido en viaje de negocios. Sale de la carpa sin dar explicaciones. Descalabra a un centinela que intenta cerrarle el paso. Camina resueltamente hacia las líneas paraguayas.

Hace un frío glacial. Está amaneciendo. No ve absolutamente nada. De pronto, brotando de carrizales y palmeras enanas entumecidos por la escarcha, le rodean guapos mocetones cobrizos, semidesnudos, que le pellizcan con sus bayonetas. Curado de la borrachera, procura explicarse en pésimo español. Los paraguayos no están para bromas. Lo llevan a empellones hasta la comandancia. Es el 2 de agosto de 1866. Han transcurrido exactamente tres meses desde que visitara, en compañía de los marinos, la Legación Paraguaya en París. [136]

- VI -

Le ponen preso, incomunicado. Pide hablar con el Mariscal López. Le exigen que primero diga el motivo de su visita y explique cómo ha conseguido cruzar las líneas aliadas. El Dr. Guillermo Stewart hace de

intérprete. Manlove cuenta historias increíbles. Dice que tiene un barco de 800 toneladas, armado de 18 cañones, anclado nada menos que en Calcuta. Cuenta con el respaldo de poderosas firmas comerciales de Maryland y Nueva York dispuestas a financiar el corso. Pide la ciudadanía paraguaya y la facultad de conferirla a la tripulación de los buques corsarios. Sugiere que le nombren almirante; que no le den una sino muchas patentes de corso, de modo que pueda distribuir las según su criterio y la conveniencia de la expedición.

Se saben estas cosas no por interpósita persona sino por el propio Manlove, que escribió de puño y letra extensos memoriales mientras estuvo preso en un confortable rancho de la Mayoría del cuartel general de Paso Pucú, con centinela a la vista pero tratado con las mayores consideraciones.

«Ahora, Exmo. Señor, quiero expresara V. E. me conceda patentes de corso para atacar al Brasil. No pido una sino muchas. También tengo el deseo de llegar a ser ciudadano de esta República, y pido a V. E. me dé el poder de conferir la ciudadanía paraguaya a todos los que presten servicio bajo mi bandera. No hay un solo puerto sobre la costa del Brasil que esté protegido por fuertes o buques de guerra, excepto Río de Janeiro. Todos tienen fortificaciones, pero muy débiles. Los transportes y buques mercantes abundan por la costa, los cuales junto con sus ciudades litorales, serían fácilmente tomados por la flota de corsarios que puedo mandar sobre ellos, dentro de treinta días después de llegar a la ciudad de Nueva York... No pedimos a V. E. dinero, hasta que lo hayamos ganado. Si V. E. quisiera considerar favorablemente esta propuesta, querrá, por supuesto, darnos la recompensa que se acostumbra por la destrucción de buques de guerra y municiones del enemigo». [137]

El Dr. Stewart le ha dicho que el Mariscal López deseaba que hiciese una relación de lo que sabía respecto a los planes del ejército aliado:

«Sobre el efecto, yo no sé nada. Todos los informes que pueda dar no son de importancia, y aun cuando supiera algo, no podría honorablemente divulgarlo. Si V. E. quisiese tener la bondad de concederme una entrevista, creo que podré convencer a V. E. de que mi objeto es honorable».

La entrevista no le fue concedida. Su paso por las líneas después de su permanencia en el campo enemigo no había sido hasta entonces explicado satisfactoriamente. Los ardides de que se había valido para lograrlo eran demasiado extravagantes para ser creídos, y, que se sepa, Manlove no incurrió en la ingenuidad de referirlos. No obstante, dos días después el ministro de guerra y marina, general Vicente Barrios, le dirige una carta en la que le pregunta qué clase de documentos deseaba y cómo se proponía volver a la costa del Atlántico.

Manlove contesta que consideraba mejor que el Paraguay le nombrara almirante al mando de su escuadra en el Atlántico, con plenos poderes para expedir «Cartas de Marca» que habilitaran a ejercer el corso en el mar, lo mismo que para conferir la calidad de ciudadanos paraguayos a todos los oficiales y soldados que pasaran a servir bajo su bandera. Semejante documento no ocuparía sino un pequeño espacio y sería fácil de ocultar. En cambio las «Cartas de Marca», con su correspondiente reglamento harían un gran bulto. Asegura que son seis los buques que puede armar inmediatamente

bajo bandera paraguaya. Repite que ya tiene uno, listo para entrar en acción, de 800 toneladas y 18 cañones, esperando en las Indias Occidentales. En cuanto al modo como se propone regresar al Atlántico, dice:

«No he pensado todavía sobre la materia, pero estoy seguro que podré conseguirlo con alguna protección, que, si conociera el país, no la necesitaría. Perdóneme general si digo que lo primero que necesito es su confianza, y es por eso que tantos deseos tengo de una entrevista con la presencia del Dr. Stewart».

Manlove está seguro de su poder de convicción.

Entregó la carta al ordenanza que le estaba aguardando. Este, al marcharse, se llevó el tintero y las cuartillas que sobraron. Era una medida de vigilancia tanto como de economía: por causa del bloqueo, el papel para escribir se había convertido en material precioso. [138] El que se fabricaba en el país era demasiado esponjoso para soportar la tinta, y sólo se usaba en las imprentas.

Pasó el resto de la mañana paseando alrededor del rancho de adobe que le servía de prisión, en el claro de un tupido naranjal. Había, junto a la casa, un árbol corpulento que, por ser invierno, estaba sin hojas. No podía ver el campamento, pero tenía a su disposición un trozo de cielo azul, con redondas nubecillas que brotaban como por encanto y eran llevadas por el viento. La tierra temblaba bajo sus pies. A veces retumbaba como un rayo caído cerca o atronaba una bomba que estallaba en el aire. No tenía miedo; pero, en las pausas del bombardeo, o cuando este se alejaba en busca de otros blancos, sentía el alivio de la tensión de los nervios.

Desde uno y otro extremo del corredor, bajo el alero pajizo del rancho, sus dos guardias le observaban con curiosidad. Uno era un magnífico viejo, alto, muy trigueño, de grandes bigotes grises. Vestía una blusa roja, desteñida, llena de remiendos; una suerte de taparrabos que los rioplatenses llaman chiripá, y que los paraguayos usan muy cortos y ceñidos; calzoncillos de lienzo apretados a las pantorrillas con una lonja de cuero. El otro era un niño bien nutrido de no más de trece años de edad. Tenía el torso desnudo. Usaba chumbé: una tela vasta que le envolvía desde la cintura hasta debajo de las rodillas. Ambos usaban morrión de cuero, y les ceñía, sobre una faja de lana, un ancho cinturón de hebilla de cuerno del que pendía la cartuchera. Tenían puesto el poncho, con los faldones echados hacia atrás como una capa, para dejar libres las manos que se apoyaban en un pesado fusil de chispa con bayoneta calada.

El viejo es amistoso. Rechaza el cigarro que Manlove le ofrece, y muestra, sonriendo, que está mascando tabaco. En cambio el muchacho toma en serio su papel. Cuando el preso se le acerca, empuña el arma y le manda con el gesto que mantenga la distancia. Tiene la mirada y el ceño de un torito salvaje.

Manlove no sabrá nunca que se encuentra ante un testigo de su paso por la Historia. El niño se llama Emilio Aceval. En la ancianidad publicará en un periódico recuerdos de la guerra firmados por «Un viejo Sargento». Será presidente de la república y hará cuanto esté en sus manos para reconstruir la patria devastada.

A mediodía Manlove recibe la visita del teniente Andrés Maciel,

ayudante del general Vicente Barrios. Le siguen una mujer, que trae en una bandeja de plata un almuerzo succulento, y un soldado portador de dos botellas de vino de Burdeos.

Obsequios de Madame Lynch. La tarde anterior, durante su habitual paseo a caballo a la hora en que amaina el bombardeo, el Dr. Stewart la ha divertido describiendo al singular personaje que ha aparecido [139] en Paso Pucú como caído del cielo, acaso enviado por el Dios de las Naciones en auxilio de los paraguayos.

Andrés Maciel ha estado becado en Europa, habla perfectamente inglés. Comparten la comida y el vino. Manlove le explica sus planes. Le hace confidencias sobre un enredo de faldas que ha tenido en Buenos Aires, donde pudo haberse asimilado mediante el matrimonio a una de las más grandes fortunas de aquella rica ciudad. Le confía que probablemente el ministro Charles A. Washburn tiene instrucciones reservadas del gobierno de los Estados Unidos para apoyar discretamente el proyecto de corsarios. Invita a Andrés Maciel a incorporarse a la expedición como tercero en el mando, inmediatamente después del capitán Erwin W. Kirkland. Se acaba el vino. El teniente manda traer una botella de caña paraguaya. Manlove encuentra la bebida excelente. Maciel habla poco, no hace más que sonreír. Llega la cena: asado con mandiocas. El apetito de Manlove es comparable a su sed. Bien entrada la noche, el teniente Andrés Maciel, que está completamente sobrio, se despide con un fuerte apretón de manos:

-Muy bien, mayor Manlove, mañana tendrá usted una respuesta. ¡Buena suerte!

Manlove le acompaña hasta el corredor. Hace frío. No hay luna. Se oyen tiros aislados en dirección a Tuyutí. Se deslizan sombras furtivas en el naranjal. Es el cambio de guardia. Están alertas.

En algún lugar del campamento, cantan los soldados. Ladran los perros. De tanto en tanto se oye el grito estremecedor de las aves nocturnas.

Sobre la mesa arde una vela. Hay una hamaca, un catre de tientos, un poncho y una colcha de algodón. Apaga la vela. Se recuesta en la hamaca sin desvestirse. No puede dormir.

Aunque ha bebido mucho, no está ebrio sino sobreexcitado. Pasan por su mente los momentos vividos desde que salió de París. Experimenta la intensa satisfacción de haber cumplido una etapa difícil y riesgosa de una gran empresa. Deberá apresurarse para que no se malogre: una nación que moviliza ancianos y niños y ni siquiera puede vestirlos adecuadamente, se encuentra en el límite de sus reservas humanas y materiales.

Lo que le falta hacer le parece fácil: nada más que 3000 millas de camino a través de desiertos y la cordillera de los Andes hasta el puerto de Arica. De allí en barco a Panamá, para embarcarse de nuevo, pasado el istmo, en uno de los vapores que hacen el tráfico con California, con rumbo a Nueva York. Calcula que en dos meses, a contar de esa noche, se hará a la mar la Flota Paraguaya del Atlántico. [140]

Manlove sabe soñar. Imagina el estupor en el Brasil, el pánico en Buenos Aires y Montevideo; las corridas en la bolsa de valores de Londres y París; las alzas en Nueva York. Al honorable Jeremías Kirkland moviendo hilos en el Departamento de Estado; induciendo espectaculares campañas de prensa que presentan a los corsarios como románticos héroes libertadores.

A la Flota Imperial bajando el Paraná a todo vapor para enfrentarlos en el océano; al ejército aliado, privado de recursos, abandonando Tuyutí y repasando el río aturdido por el berrido burlón de los turututús. A los paraguayos gritando y bailando al son de la dulce, la melancólica, la vigorosa «Palomita».

Se ve a sí mismo en la cabina de mando de la «Nortfolk», que ahora se llama «La Asunción», en traje de almirante. Le acompañan el contralmirante Kirkland, el paraguayo Andrés Maciel y el portugués Raposso. El chino de la coleta cebe mate, que se popularizará en el mundo entero en reemplazo del café, para arruinar a los brasileños, por obra de la «Ilex-paraguayensis Manlove & Kirkland Co. Ltd.».

Los dos malayos, tocados con turbantes, con el torso desnudo, montan guardia en el puente armados de cimitarras y cuchillos perversos.

Con la punta del pie da impulso a la hamaca en el rancho de adobe de Paso Pucú, y da vida al balanceo de la nave sobre olas azules coronadas de espuma. Contempla a la flota paraguaya desplegada en batalla en la mar borrascosa.

Cuenta ahora con veinte navíos de guerra de gran porte. Unos los ha tomado al enemigo; otros han sido adquiridos con los beneficios del corso y el producto de la venta de acciones en la Bolsa. Están tripulados por los marinos más intrépidos, de variada procedencia, pero luciendo todos ellos en el pecho de sus blusas encarnadas la escarapela tricolor.

Con hábiles maniobras y audaces golpes de mano se ha obligado a la Flota Imperial a refugiarse en la rada de Montevideo. El portugués Raposso quiere efectuar un desembarco con hombres escogidos, entrar a saco en la ciudad desguarnecida y obligar a los brasileños, tomados entre dos fuegos, a efectuar una salida a mar abierto, donde serán presa fácil de los buques corsarios. Kirkland prefiere intimar antes rendición al almirante Tamandaré. Manlove se inclina por el ataque y abordaje. El paraguayo Andrés Maciel no dice nada, sonrío. Manlove ya lo conoce: peleará como un león, es un bravo entre los bravos; pero estará en la batalla como un actor en la comedia.

Manlove da un enviñón a la hamaca: el combate se inicia. Aunque tripuladas por negros, las naves brasileñas se baten con fiereza. Una [141] tras otra son hundidas o abordadas. Silban las balas en todas direcciones. Las aguas, agitadas por el viento y las estelas de los barcos lanzados a toda máquina, parecieran hervir por los impactos de los proyectiles. Se combate en las jarcias, sobre las redes y cubiertas; con hachas, revólveres, espadas, bombas de mano, cuchillos. Escorada y maltrecha, «La Asunción» da alcance y engancha con sus garfios a la nave capitana de la Flota Imperial. Manlove es el primero en abordarla empuñando un revólver y blandiendo una espada. Los malayos hacen volar cabezas con sus alfanjes; el chino tira como muñecos a los negros por la borda. En la cabina de mando, el almirante Tamandaré ejecuta el único acto glorioso de su vida: se pega un tiro.

Manlove fantasea las consecuencias inmediatas de la gran victoria naval:

En el Uruguay asumen el poder los «blancos», partidarios de los paraguayos, y declaran la guerra al Brasil. En la Argentina, el presidente Mitre es derrocado por una revolución. El nuevo gobierno, encabezado por

el general José Tomás Guido, rompe la Alianza y pide la paz. La flota paraguaya es recibida triunfalmente por una multitud en el puerto de Buenos Aires. Manlove, de pie en la proa de «La Asunción», descubre en la lente de su catalejo a una cierta viuda que agita un pañuelo...

Un silbido largo, agudo, misterioso, burlón, le saca de sus ensoñaciones. Se sobresalta, espera. Otro silbido. Sale de todas partes y ninguna. Se le erizan los pelos. Intuye una presencia aterradora disuelta en la oscuridad. El silbido se repite una vez más, dejando la tensa expectativa de la espera del siguiente; pero, luego es sólo el silencio, con algo que anuncia lo ominoso. Más que una premonición, siente el sarcasmo de la suerte. Se levanta, enciende la vela, busca un cigarro. No podrá dormir. Tenso, angustiado, aguarda el amanecer.

Cantan los gallos. Suena la diana, vibrante, melancólica. Murmullo de voces, trote de cabalgaduras, rechinar de carretas en un camino que pasa al borde del naranjal. Una hermosa muchacha le trae un cántaro de agua fresca. Una mujer madura deposita un canasto sobre uno de los troncos que hacen de banco bajo el alero, y le entrega, envuelto en hojas de banano, el delicioso pan de almidón de mandioca al que llaman chipá. Llega de visita el Dr. Stewart. Toman mate cebado por un asistente. Manlove comenta los silbidos que ha escuchado esa noche.

-Hay dos versiones al respecto -dice riendo el médico escocés, jefe de la sanidad del ejército-. La primera, a la que me adhiero por [142] principio, como hombre de ciencia, afirma que los emite una enorme araña a la que llaman ñandú-guasú. La segunda, que no me atrevo a negar en absoluto después de haber vivido tanto tiempo en este extraño país, asegura que es Pombero, un duende travieso, peludo y escurridizo, que en ocasiones se divierte interrumpiendo con su silbido inconfundible al que está contando embustes o dando rienda suelta a su fantasía.

Manlove sorbió el mate, pensativo, y luego dijo, trabajosamente, en español:

-Mi escouchou Pomberou...

Reían a carcajadas cuando apareció en el claro un oficial seguido por un piquete de soldados. Vestía quepis a la francesa, casaca roja, pantalones azules de montar y estaba descalzo, al igual que sus hombres. El Dr. Stewart salió a recibirlo bajo el alero. Hablaron en guaraní.

El Dr. Stewart volvió a entrar a la habitación, ceñudo y preocupado.

-Ha surgido un inconveniente: pesa sobre usted una gravísima acusación.

-¿Acusación? -repitió Manlove, sorprendido-, ¿de qué se trata?

-Voy a averiguarlo ahora mismo. Por ahora he conseguido que no le remacharan una barra de grillos.

Manlove no tiene suerte: los pomberos del alférez José Matías Bado se han infiltrado por la noche en el campamento de Tuyutí y han traído un ejemplar del periódico correntino que anuncia que «el mayor norteamericano James Manlove, un excelente tirador al servicio de los aliados, marcha, rifle en mano, a cazar oficiales paraguayos».

Conforme a las ordenanzas puede ser condenado a muerte por espía, en

juicio sumarísimo. Se conserva en los archivos una conmovedora carta escrita por Manlove al general Vicente Barrios, con motivo de la acusación:

«Su sentimiento de justicia le habilitará, señor general, para dispensarme que le moleste con esta carta, cuando se informe de su contenido. Siento excesivamente que sea yo considerado como un enemigo de su gobierno, no porque encuentre molestias para mí en esa situación, sino porque como prisionero no puedo esperar verificar lo que podría hacer en otra circunstancia. No le pediré que acepte mi palabra de honor de que no intentaré dejar su ejército, o ir más allá de ciertos límites prescriptos por V. E., pero le daré otra seguridad [143] de mi buena fe. No tengo deseos de salir de su país hasta que pueda dejarlo revestido del poder que me habilitará para ser de alguna ventaja para la República. Espero todavía que S. E. el señor Presidente y Vuestra Honorabilidad, recibirán favorablemente mi propuesta. Entre tanto, nada quiero saber de las cosas de su ejército, sino al contrario deseo permanecer completamente ignorante de todo ello. Permítame disculparme otra vez por las molestias que le doy a V. H. y suscríbame verdadero y respetuoso servidor».

James Manlove

Agosto, 6 de 1866

No le fusilan. Por fortuna para él, no le toman en serio. Hay algo de infantil, de ingenuo, de querible, en aquel hombrón desaforado. [144]

- VII -

Había llovido a cántaros toda la noche. Seguía cayendo una fina llovizna agitada por un helado viento sur. Tendido en su hamaca, arropado en su poncho, Manlove tiritaba de fiebre cuando vino llegando el Dr. Guillermo Stewart. No había vuelto a verlo desde la mañana fatal en que los pomberos de Bado trajeron el diario correntino. El médico escocés estaba de prisa. Le dio un remedio de yuyos y le habló sin rodeos:

-El Mariscal López tiene la esperanza de que pueda usted justificarse y llevar a cabo la empresa. Esperemos que Mr. Washburn consiga en breve pasar al Paraguay y aclare las cosas. Entre tanto, tenga paciencia. No intente escapar, no irá muy lejos. No haga nada que pueda despertar sospechas. Si le hablan, escuche, no haga preguntas ni comentarios. Los paraguayos son en extremo vigilantes, desconfiados y cavilosos; y más astutos de lo que dan a entender. La sombra de una duda hará que le remachen una barra de grillos, si no le fusilan sin más trámites. Ha tenido usted suerte, dentro de lo que cabía esperar. Vendré a verle cuantas veces pueda hacerlo, que lamentablemente han de ser pocas. Si me necesita, no me haga llamar. Diga que está enfermo, pero sólo en caso extremo. Buenos días, y no olvide lo que le he dicho.

Una hora después apareció en el vano de la puerta un singular personaje: joven, alto, en extremo delgado, de mejillas hundidas y palidez enfermiza. En vez del quepis a la francesa que distinguía a los oficiales,

llevaba un gran sombrero de caranday con barbijo, como el que usan los campesinos paraguayos. Vestía blusa encarnada de soldado, llena de zurcidos y remiendos, pero con hombreras y galones de teniente. Los pantalones eran de casimir inglés a rayas, apretados con tientos a las pantorrillas. Estaba descalzo, pero le colgaban del hombro, atados de los cordones, un par de botines de charol destrozados por el uso. Traía al brazo un grueso capote gris de caballero, con esclavina. De la empuñadura del sable iba enganchado un paraguas.

En inglés más que correcto, elegante, se presentó a sí mismo como el teniente Gabriel Sosa, al mando de la unidad responsable de la custodia de Manlove. Dejó los botines en el suelo, el capote y el [145] paraguas en uno de los dos apycá -troncos tronchados que se usan como asiento-, y se sentó en el otro con un codo apoyado sobre la mesa. Manlove se incorporó en la hamaca y puso los pies descalzos en el suelo: tenía los tobillos inflamados, ceñidos por una delgada marca negra, con escoriaciones. Un soldadito, el mismo que días antes había hecho de centinela, le entregó una caja que contenía dos botellas de caña, cigarros y azúcar.

-Regalos de Madame Lynch -explicó el teniente Sosa, sonriendo-, con esto se aliviará de todos sus males, ¿cómo va de salud?

-Me siento mucho mejor, gracias, señor teniente -balbuceó Manlove.

Quien parecía realmente enfermo era el teniente Sosa. Convalecía de una herida de bala en el pulmón. Se agitaba algo al hablar; pero su humor era excelente:

-Mientras se mantenga usted a la vista, en los límites del claro que rodea esta casa, no será molestado; si va más allá, la guardia hará fuego sin aviso... ¿Tiene dinero?

-Unas diez libras esterlinas, señor teniente.

-Guárdelas; aquí tiene veinte pesos en billetes, para sus gastos. Una mujer le traerá la comida y hará la limpieza. Es una buena persona, pero, ¡cuidado!, tiene el grado de sargento.

-Le obedeceré, señor teniente.

Sosa le quedó mirando, divertido, y agregó, sonriendo:

-Si le regala usted tres pesos con la debida discreción, sin ofenderla, lo tratará como a un hijo.

-Lo haré, señor teniente.

-Si usted no me compromete, yo le dejare en paz, ¿de acuerdo?

-Como mande, señor teniente.

El oficial ya no pudo contenerse y rompió a reír. La enorme mole encorvada, desgreñada, abatida y patética de Manlove producía un efecto cómico. Estaba desmoronado.

-¡Ánimo, mi amigo, que su santo es bueno! -le dijo jovialmente el oficial, sin dejar de reír.

Manlove sólo entendió que era algo favorable. En el campamento paraguayo significaba que era visto con buenos ojos por el Mariscal; el santo-jhú, el santo negro, lo contrario.

Volvió a llover torrencialmente. El techo de paja tenía algunas goteras. Sosa decidió esperar a que escampara. Destapó una de las botellas, que en vez de corcho tenía un pedazo de marlo de maíz, y sirvió caña en un jarro de cerámica que había sobre la mesa.

-Bebamos a su salud, ¡usted primero!

El efecto fue inmediato, milagroso. Sosa bebió a su turno; pero, antes de hacerlo, declamó dirigiéndose al jarro: [146]

-Si estamos tristes, caña; si contentos, caña... ¡Aguardiente delicioso, el mejor de los soldados! Das coraje en el combate, curas nuestras heridas, alivias el dolor físico y moral. ¡Tendrías que ser condecorado!

Rió otra vez y explicó:

-Hay que hablarle a la caña para aplacar al demonio que dicen que tiene adentro.

La cordialidad inteligente y generosa del joven oficial fue como un bálsamo para Manlove, que hasta la víspera se daba por difunto. Andrés Maciel le había tratado con dureza durante los interrogatorios. Quiso obligarle a confesar que había venido al campamento paraguayo con un pretexto disparatado y el objetivo real de asesinar al Mariscal López por una millonaria recompensa ofrecida por el enemigo. Le amenazó con someterlo a la «cuestión», esto es, a torturas, y después fusilarlo. Le salvó la carta que escribió en su descargo al general Vicente Barrios. Como se enteraría mucho después, el Dr. Stewart, encargado de traducirla, la leyó como algo gracioso a la hora del almuerzo en el cuartel general, en presencia de Madame Lynch.

Los generales Barrios y Resquín opinaban que Manlove debía ser fusilado.

Isidoro Resquín, jefe de la Mayoría y encargado de disponer los castigos por las faltas graves e insignificantes, pensaba siempre lo peor de todo el mundo. Pésimo general y puntilloso burócrata, tenía el mérito de la fidelidad inquebrantable. Hacía de perro guardián en el ejército y de bufón en la mesa del Mariscal. Sólo había oído la palabra «corsarios» referida al ganado que entra en las chacras a destruir los sembrados de los agricultores. Lo único que entendió de las explicaciones que le dieron fue que eran unos forajidos. Manlove, dijo, no sería el primero ni el último asesino a sueldo que los aliados enviaban al campamento paraguayo para matar a López. Las pruebas circunstanciales en su contra eran abrumadoras.

Vicente Barrios, cuñado de López y menos obtuso que Resquín, no le creía una palabra al aventurero norteamericano. Seguramente era un tilingo desafortunado como su compatriota Edward Hopkins, que casi provoca una guerra con los Estados Unidos. Si se le otorgaban los poderes discrecionales que pedía, lejos de todo posible control, podría comprometer gravemente al país, con daño del prestigio internacional que estaba ganando con su heroica defensa.

En cambio el artillero José María Bruguez se mostró abiertamente partidario de correr el riesgo y apoyar el proyecto de Manlove.

López dudaba.

-¡Señor! -exclamó entonces Madame Lynch, juntando las manos y mirándole con expresión de súplica. [147]

-Está bien -dijo el Mariscal-, esperemos a ver qué pasa, y qué hay detrás de todo esto.

Manlove, que había pasado tres días poco menos que en capilla, en una choza próxima a la Mayoría, donde se sustanciaba el proceso, y dormido dos noches en el suelo, sujeto por los tobillos con un lazo tenso entre dos

estacas, fue devuelto a su rancho más muerto que vivo.

La visita del teniente Sosa le dio nuevas esperanzas. Eran demasiadas liberalidades para un sospechoso de espionaje y magnicidio frustrado. Por lo visto los paraguayos dudaban respecto a la culpabilidad del preso, y el proyecto de corsarios por lo menos había sido tomado en cuenta. Todo dependía ahora de que Mr. Washburn pudiera entrar al Paraguay e informar al gobierno quien era James Manlove. [148]

- VIII -

Manlove decidió armarse de paciencia y entretenerse observando cuanto le rodeaba. A pesar de su aislamiento, conforme pasaban los días se iba enterando de más cosas. Desde un lugar que acabó por descubrir en el perímetro que le estaba permitido recorrer en sus paseos alrededor del rancho, podía atisbar un tramo del camino que pasaba por el borde del naranjal. El teniente Sosa le había traído números atrasados de «El Semanario», el periódico oficial que se editaba en Asunción, y otras publicaciones que se hacían en Paso Pucú, en la imprenta del ejército. A fuerza de releer acabó por entenderlos, mejorando un tanto su conocimiento del español, y aprendiendo algunas palabras en guaraní. El teniente Sosa le visitaba todos los días; pero, salvo en las cuestiones sin importancia, era muy reservado. Manlove seguía el consejo del Dr. Stewart: no hacía preguntas.

Por lo que había podido ver a su llegada y durante los días en que estuvo sometido a interrogatorios, el campamento paraguayo tenía el aspecto de una granja bien cuidada. Los cuarteles eran amplios y aireados, las chozas y los patios barridos con esmero; los bordes de los caminos libres de malezas. Había huertos y sementeras; extensos naranjales cuya abundancia de frutos estaban a disposición de quienes los recogiesen. Andaban sueltos una cantidad de cerdos, cabras y multitud de gallinas. Y un gran número de perros. El teniente Sosa tenía el suyo, que le seguía por todas partes. Le dijo a Manlove que los soldados solían llevarlos consigo cuando hacían servicio de trincheras.

Algunos perros se habían distinguido en las grandes batallas, como el famoso Barcino, cuyas hazañas aparecían en las crónicas del «Cabichuí», periodiquín del campamento, escrito en castellano y guaraní, en el que colaboraban los soldados; y también lo ilustraban con grabados hechos en madera con la punta de sus cuchillos. Los dibujos, aunque ingenuos, eran sumamente expresivos. Según el «Cabichuí» los perros eran utilísimos porque olfateaban de lejos a los hediondos cambá y les tenían una rabia feroz.

Los paraguayos llamaban indistintamente cambá, negros, a los enemigos, cualquiera fuese el color de su piel. Entre ellos mismos había negros, incluso entre la oficialidad, cosa que Manlove no había [149] visto entre los aliados. Tal era el caso del coronel Silvestre Aveiro, integrante del tribunal en el juicio contra el presunto espía.

Cada división tenía carpintería, sastrería, talabartería y otros talleres en los cuales los soldados se aplicaban a sus oficios de tiempo de paz. Aunque cubiertos de harapos, los hombres eran extremadamente

limpios y pulcros en sus personas. Se fabricaban jabón de sebo y lejía de cenizas. «El soldado sucio -decía el «Cabichuí»-, es un peligro y un estorbo para sus camaradas; muestra en su desaliño falta de decoro y flojedad de ánimo».

Escaseaba el vestuario, pues se habían agotado las existencias de lonilla y bayeta, importados de Inglaterra, de los que se confeccionaban los uniformes. Los individuos de tropa ofrecían un aspecto abigarrado. Algunos lucían uniformes completos del enemigo, que era de tres naciones diferentes, aparte de que cada batallón brasileño tenía el propio. Lo más común era una suerte de jergón a modo de falda, apretado con la faja y el cinturón, al que llamaban chumbé. Por lo general iban con el torso desnudo, salvo que hiciera mucho frío. Quienes tenían mejores prendas las reservaban para fiestas. De lo que jamás prescindían era del morrión de cuero con barbijo. Los oficiales estaban un poco mejor vestidos, pero andaban igualmente descalzos hasta el grado de coronel. Parecían vigorosos, bien nutridos, más altos y robustos que los soldados que Manlove había visto en el campo aliado. Hacían gala de un buen humor jocundo.

El Dr. Stewart le había dicho que los paraguayos eran muy obedientes, las faltas pocas y muy raros los delitos. No había un lugar destinado a prisión. Las faltas eran castigadas con azotes; pero estos debían ser ordenados por escrito por el general Isidoro Resquín, jefe de la Mayoría, después de haber tomado conocimiento, también por escrito, de la falta cometida. La pena para jefes y oficiales era la de servir temporalmente como soldados o sargentos; o quedar por un tiempo fuera de servicio con el estigma del santo-jhú, el desagrado de López, y la repulsa, sincera o prudentemente fingida, de sus camaradas.

Manlove veía pasar por el camino carretas y viandantes. Le llamó la atención que los soldados de caballería anduvieran a pie, llevando sus montados de la brida, la cual en realidad no era más que un bocado de cuero.

Había muchas mujeres y niños. Visitaban al prisionero vendedoras de cigarras, chipas, dulces y otras golosinas; pero, ni a cambio de una de sus monedas de oro consiguió que le trajeran una botella de caña. Cuando había bombardeo, todo el mundo corría a recoger las balas de cañón que no habían estallado, pues recibían a cambio puñados de maíz. La temeridad y la imprudencia eran tales, que a [150] veces se producían accidentes. A pesar del enorme derroche de munición, como los aliados disparaban a ciegas, ocasionaban poco daño. Había caído en desuso la orden de ponerse a cubierto cuando arreciaba el bombardeo. El propio Manlove no tardó en acostumbrarse y ya no les prestaba ninguna atención.

La comida que le daban era sabrosa y abundante, aunque un tanto monótona. La mujer que le atendía se llamaba doña Severa. (Sobrevivió a la guerra. Se refiere a ella un extenso artículo firmado por Nicolás Aymot, aparecido en el diario «El Orden» de Asunción, del 5 de marzo de 1927). Bien plantada, enérgica, de piel cobriza, rasgos angulosos, era muy pulcra y andaba siempre contenta. Cuando doña Severa llevaba la ropa para lavar, Manlove, que no tenía mudas, andaba envuelto en una colcha hasta que ella la traía de vuelta, prolijamente planchada y aromada con pacholí. Cada semana, a su pedido, le visitaba el barbero, un mulato alegre y parlanchín

que había perdido una pierna en combate y ostentaba el grado de alférez en servicio activo.

Los centinelas -a veces no había ninguno-, se mostraban amistosos pero reservados. Ya no guardaban la formalidad de mantenerse tiesos en sus puestos. Se sentaban por ahí, con el fusil al alcance de la mano, entretenidos en trabajar cueros con sus facones filosos como navajas. Una vez vio a uno de ellos, joven de unos dieciocho años, trenzando un magnífico arreador. Le preguntó para qué lo quería, siendo un infante. Lo hizo por bromear, sin esperar respuesta. El mozo se echó a reír y dijo en buen castellano:

-Es un rebenque guaireño, señor, para pegarle a los macacos: le tienen más miedo que a las balas.

Manlove lo comentó con el teniente Sosa, que se avino a explicarle:

-Es una travesura. Como tienen orden de no tirotear inútilmente en las trincheras, cuando los macacos se ponen cargosos les muestran el látigo y lo hacen restallar con tal maestría que suenan como pistoletazos. Los negros se ponen furiosos, porque alude a su condición de esclavos.

Hizo una pausa como si estuviera decidiendo si debía seguir o no, y luego dijo:

-Nuestros hombres son conscientes de la enorme superioridad numérica y material del enemigo; pero, cuanto mayor es su número, tanto más se ríen de ellos. De noche suelen hacer a los brasileños toda suerte de diabluras, como tirarles flechas y bodoques disparados con unos arcos que los niños usan para cazar loros.

Vaciló de nuevo, y concluyó con una cierta amargura:

-Le puedo asegurar, amigo Manlove, que desgraciadamente los [151] soldados brasileños no son gente a la que se pueda arrear a latigazos o derribar con bodoques. Son tan bravos como los nuestros; pero así los nuestros se olvidan que es preciso economizar cartuchos, mientras el enemigo los tiene de sobra.

Manlove no había esperado encontrar en un país tenido por bárbaro un orden y una organización tan eficientes, que parecían provenir de las costumbres antes que de una ley impuesta. Su admiración por los paraguayos iba en aumento, así como su impaciencia por hacerse corsario y salvarlos de la ruina.

Pasado el susto y satisfecha la curiosidad, Manlove comenzó a aburrirse. Los días pasaban con lentitud desesperante. Los marcaba en el tronco del árbol que había junto a su rancho. En las ramas desnudas iban apareciendo brotes verdes. El cañoneo se hizo espaciado. Hubo jornadas en que no se oyó ni un tiro de fusil. Los paraguayos eran muy aficionados a la música y las fiestas. Las bandas recorrían las trincheras dando conciertos. De noche había bailes en los cuarteles de las distintas divisiones. Al principio le agradaba escuchar, pero al cabo de un tiempo aquellos zafarranchos se le hicieron insufribles. El Dr. Stewart no

cumplió la promesa de visitarle, por lo que nada sabía de la marcha de sus asuntos y de la posible venida de Mr. Washburn. Pensó hacerse el enfermo, pero, como nada necesitaba en realidad, creyó poco decoroso hacer uso del ardid que le sugiriera el médico británico.

Los días de calor se iban haciendo frecuentes. Abrumado de tedio, hizo planes de fuga, a sabiendas de que no los pondría en práctica. Si lograba regresar a las líneas aliadas probablemente conseguiría explicarse y sería puesto en libertad. Pero, ¿y después? ¿Cómo regresar a los Estados Unidos? No le quedaba un centavo. Si salvaba este inconveniente, tendría que volver a los apremios económicos, al acoso de los acreedores, a la histeria de su familia, al desdén de amigos y socios desengañados. A todo esto se agregaba que, de una manera imperceptible, el Paraguay se le iba adentrando en pliegues cada vez más profundos de su corazón; se sentía inexplicablemente comprometido con su suerte, hasta el extremo que dejarlo ahora sería como abandonar algo entrañable en un acto de traición contra sí mismo. Entonces se aferraba desesperadamente a la esperanza de llevar a cabo su proyecto de corsarios. Una noche, paseando ensimismado, fue más allá de los límites que le estaban permitidos. [152] Una bayoneta, salida de la nada, le pinchó en las costillas y lo despertó a la realidad.

Sabía que los aliados estaban preparando una ofensiva. Nada había dicho al respecto ni en los extensos memoriales y cartas que escribió, ni verbalmente en los interrogatorios bajo amenaza de tormento. Ahora esperaba el ataque con impaciencia. Una gran batalla podría cambiar las cosas; o ser, por lo menos, un remedio para el aburrimiento.

Transcurrió el mes de agosto y amaneció el 1º de setiembre, con todas las apariencias de que sería tan pacífico como los anteriores. Manlove se había aficionado al mate. Después del tabaco, no hay nada en el mundo que ayude tanto a matar el tiempo y soportar la soledad. Avivó el fuego en un fogón que tenía bajo el alero, calentó agua en una calderilla de barro, cargó yerba en una calabaza, cebó un mate y salió al patio a sorber por la bombilla el amargo brebaje. De paso marcaría la fecha en el árbol. Lo encontró milagrosa y soberbiamente engalanado de bellísimas flores sonrosadas. Sintió una emoción intensa, seguro de que cambiaría su suerte de ahora en más.

Pasó el resto de la mañana canturreando alegremente, lleno de optimismo. Almorzó con apetito. Bromeó con doña Severa. Se disponía a hacer la siesta en la hamaca cuando retumbó un tronar compacto como si de pronto se hubiera desencadenado un huracán. Se alzó del campo paraguayo una jubilosa, multitudinaria gritería.

Salió al patio. El centinela -el mismo muchacho trenzador de rebenques guaireños-, que hasta poco antes dormitaba bajo un naranjo con el fusil entre las piernas, estaba ahora de pie, escuchando el cañoneo. Era hacia el río Paraguay, tres millas al poniente. Al rotundo tronar de los cañones aliados, replicaba resueltamente el agudo y quejumbroso de los paraguayos. No era un bombardeo sino una batalla.

Manlove se acercó al soldado y le preguntó:

-¿Qué está pasando, amigo?

El mozo respondió con una sonrisa feliz:

-Los macacos, señor, ¡si Dios quiere y la Virgen van a atacar esos diablos!

Era un adolescente. Tenía un faldín de cuero, el morrión, la cartuchera y el fusil de chispa con la bayoneta calada. Le colgaba del hombro el rebenque guaireño.

-¡Cómo!, ¿quieres que ataquen?

El rostro del muchacho se endureció en un gesto de odio y amargura:

-¡Pues sí, señor, para matarlos a todos!

- IX -

Los aliados habían decidido efectuar un desembarco frente a la trinchera de Curuzú, que, sobre el río, defendía la derecha paraguaya, separada del centro por marjales y lagunas intransitables. Tomada esa posición, se proponían marchar sobre la fortaleza de Humaitá, en la retaguardia de Paso Pucú, obligando a López a retirarse apresuradamente abandonando las sólidas posiciones frente a Tuyutí, aceptar una batalla a campo abierto, tomado entre dos fuegos, o encerrarse en Humaitá, donde sería reducido por hambre. De realizarse con éxito, la maniobra pondría fin a la guerra en unos cuantos días.

El primer escalón sería el II ejército brasileño, de 10.000 hombres al mando del general Porto Alegre, que comenzó a embarcarse en Itapirú a las cuatro de la mañana del 1 de setiembre de 1866.

A las siete y media, el almirante Tamandaré dio a la escuadra la orden de avanzar. Quince poderosos buques de guerra, con trescientos cañones y un periodista del diario «La Tribuna» de Buenos Aires, a bordo del acorazado «Tamandaré», para que informase a los impertinentes porteños cómo la Flota Imperial del Brasil descangalhava a los paraguayos, se pusieron en marcha.

A las ocho ya estaba embarcado todo el II ejército, y media hora después los transportes levaban anclas y remontaban también el río Paraguay.

A las nueve y 45' fondearon frente a la laguna Piris, lejos de la vista de las posiciones paraguayas. Se esperaba que la escuadra silenciara las baterías de Curuzú, mil metros arriba de la Guardia del Palmar, sitio elegido para efectuar el desembarco.

A las once y media el almirante Tamandaré dio orden para que los acorazados se adelantaran hasta aquellas posiciones para bombardearlas. A las doce y 30' abrieron fuego al unísono. Los cañones paraguayos de la batería de Curuzú, que eran tres, uno de a 68 y dos de a 32, contestaron de inmediato. Fue lo que Manlove oyó cuando se disponía a dormir la siesta.

Las tres piezas de la batería costera de Curuzú, al mando del teniente Gill, estaban magistralmente emplazadas por el genial artillero José María Bruguez, de modo de dar máxima eficacia a sus tiros y fuese muy difícil acertarles desde el río. El acorazado «Río de Janeiro» [154] recibió certeros disparos del cañón de a 68, manejado por el alférez Deogracias Lugo, que estrenaba balas cónicas con punta de acero, recién fabricadas en los arsenales de Asunción. La coraza fue atravesada en dos partes cerca de la proa. Otra de las balas penetró en una de las portañolas, inutilizó una pieza y puso fuera de combate a varios hombres de la tripulación. El «Río de Janeiro» tuvo que retroceder para pasar sus heridos a otro barco y reparar sus averías.

Uno tras otro, los demás buques de la escuadra se fueron retirando más o menos maltrechos. Desde el «Tamandaré», que según nota del almirante del mismo nombre, no se puso a tiro de la batería costera «para preservar el ingenioso mecanismo de inutilizar torpedos que el buque lleva en la proa», el corresponsal de «La Tribuna» escribía a su diario:

«Las baterías paraguayas contestaron enérgicamente el fuego que se les hacía, y digo con franqueza, sus cañones son muy bien servidos y las punterías que ellos hacen, magníficas».

La Flota Imperial había recibido un duro e inesperado castigo.

Las tropas del II ejército brasileño permanecieron a bordo de los transportes, sin efectuar el desembarco que estaba planeado.

Mientras duró el cañoneo, Manlove no pudo estarse quieto, enloquecido de ansiedad. Se habían olvidado de él, hasta el centinela se había ido. Pasaban por el camino, marchando en una y otra dirección, pequeñas formaciones de soldados que charlaban alegremente. Al cruzarse se hacían burlas que celebraban con gritos y carcajadas. Doña Severa le trajo cualquier cosa para la cena y se marchó enseguida, sin retirar los platos. Parecía tener alas en los pies. Estaba contentísima.

-¡Usted mucho contenta, doña Severa!

-¡Vienen los cambá! -había respondido la mujer, por toda explicación.

De noche percibió una animación de vísperas de fiesta, pero no hubo músicas y bailes.

Al amanecer, en el momento en que marcaba el 2 de setiembre en el lapacho florecido, se reanudó la batalla con redoblada violencia, extendiéndose más al norte, aguas arriba.

Cuatro acorazados avanzaron por un canal próximo al Chaco, que por delación de un tráfuga, Jaime Corvalán, sabían libre de obstáculos, [155] hasta cerca de la estacada de Curupayty, dos kilómetros arriba de la trinchera de Curuzú. Fondeados, abrieron fuego contra la batería costera del alférez Pantaleón Urdapilleta, que contaba con una sola pieza. Fue un duelo memorable.

En el cuartel general de Paso Pucú, el Mariscal López recibió un telegrama:

«Excelentísimo señor: tengo el honor de llevar a conocimiento de V. E. que en este momento tengo cuatro corazas que se baten contra mi pieza, pero el valor y la decisión paraguaya suplen por seis de ellos. Dios guarde a V. E. muchos años».

Pantaleón Urdapilleta

Fueron tales los estragos que hizo, que se le perdonan la baladronada y algún error gramatical.

Al mismo tiempo, en Curuzú, el teniente Gill continuaba batiéndose desde los escombros de su batería contra el grueso de la escuadra. El alférez Deogracias Lugo había perdido su pieza de a 68, y ahora manejaba una de las de a 32. Los infantes del batallón 27, y un escuadrón de

caballería desmontada al mando del capitán Blas Montiel -uno de «Los Montieles»-, asistían al espectáculo tendidos sobre la barranca. Celebraban con vítores los impactos en los acorazados. Los chaflaneros, provistos de palas, iban reparando sobre la marcha los daños ocasionados por las bombas en los Parapetos. Cuando alguno de ellos volaba por los aires, sus camaradas prorrumpían en gritos y carcajadas, burlándose de la muerte:

- ¡Jaque, Timó, hijo de la diabla!
- ¡Nos divertiremos en tu nombre!
- ¡Pipu'uuu!

En lo más reñido del combate vinieron llegando, al tranco de sus cabalgaduras cuatro inseparables jinetes, que fueron vitoreados por las tropas: el general José Díaz, el alférez Eduardo Vera, el sargento Ciriaco Larrosa y el trompa Cándido Silva.

Díaz ordenó a sus ayudantes, de valor tan legendario como el de su jefe, que se pusieran a cubierto en una zanja. Se paseó por la barranca sofrenando a su montado, que bellaqueaba aturcido por el fenomenal bombardeo. Después le hizo subir a un terraplén y se puso a observar a los acorazados. Fue reconocido. Concentraron el fuego contra él. Balas lisas y bombas pasaban silbando junto a su cabeza, estallaban a su alrededor en la tierra y en el aire. Cesaron los gritos: temblaban de miedo los soldados. [156]

Al cabo de un rato, molesto por la humareda que le estorbaba la buena observación, descendió del terraplén dando palmadas cariñosas al cuello tembloroso de su famoso alazán de patas blancas. De todas las gargantas salió un largo sapucaí de inmenso alivio.

-Pon a tus hijos a cubierto -ordenó al capitán Blas Montiel se están apeliando de más.

-Y tú, mi padre, ¿por qué te apeligras de ese modo?

-Porque yo mando, mi hijo -respondió Díaz, afablemente-; puedo, si se me antoja, encender mi cigarro con la mecha de una bomba.

«Padre» e «hijo» era el trato que recíprocamente se daban soldados y oficiales en el Paraguay patriarcal de aquellos tiempos. [157]

- X -

El Mariscal Francisco Solano López estaba de pie, inmóvil, como petrificado, bajo el toldo que había frente al cuartel general de Paso Pucú, mirando hacia la explanada que desciende hacía el río Paraguay, distante unos seis kilómetros. Suele permanecer largo tiempo en esa postura, ensimismado, como ausente del mundo.

Tiene cuarenta años. Es bajo, corpulento, de piernas cortas algo arqueadas hacia atrás; manos y pies pequeños. La tez blanca, quemada por el sol; facciones regulares, cerrada barba negra. Párpados caídos, fatigados. Ojos pequeños, que pueden ser vivaces, o agazaparse sombríos con la torva y aviesa mirada de los indios. Puede desplegar arrolladora simpatía, ser amable y amistoso, como mostrarse insufriblemente altivo.

Lleva puesto un sombrero blanco de alas anchas. Viste blusa negra, pantalones de montar azules con una franja roja en los costados, botas

charoladas con pequeñas espuelas de plata. Siente afición por las botas: los aliados encontrarán cincuenta pares de ellas en sus bagajes. Luce en el pecho la medalla de Caballero de la Orden Nacional del Mérito. Como de costumbre, está desarmado. Sólo ocasionalmente, y cuando visita las posiciones, lleva un espadín de ceremonias.

No tiene buena salud. Según el Dr. Stewart, el estado séptico de la boca le ocasiona autoinfección y continua dispepsia. Quienes le tratan le admiran, le ternen, le detestan; pero no pueden sustraerse al dominio de su voluntad de hierro y a la fascinación de su personalidad. Se le puede aborrecer, pero nunca achicar.

Decía el Dr. Faustino Benítez, y refrendan sus palabras pruebas y testimonios:

-Se quejaba el Mariscal de no haber tenido juventud. A los quince años de edad, su padre ya le impuso cargas abrumadoras y graves responsabilidades. Desde entonces estuvo siempre absorbido totalmente por el servicio público. Poseía elevación de miras: que se sepa, nunca expresó ni verbalmente ni por escrito un sentimiento bajo o indigno. Y no era hombre de fingimientos: no se le conoce una sola falsedad. Tenía una viva emotividad que procuraba reprimir y ocultar, pero que se trasluce hasta en su correspondencia oficial: se interesa de la salud, de los pequeños problemas de sus subordinados, [158] así sean estos simples soldados. Quería entrañablemente a sus hijos, los habidos con Madame Lynch y con Juanita Pessoa, amiga de su juventud a la que nunca abandonó. Sin embargo, ni sus amigos más íntimos se franqueaban con él; sus propios hermanos mantienen la distancia, le dicen «señor» y le tratan de «usted». Salvo cuando hablaban en guaraní, que todo lo nivela. Sospecho que por eso el Mariscal, que además del español dominaba el francés y conocía el inglés, prefería expresarse en el idioma de su pueblo. No hay noticia de alguien a quien hubiese hecho una confidencia personal; y de nadie, salvo su padre, que haya ejercido influencia sobre él. Pero la influencia de su padre le marcó para siempre. Podría rastrearse la huella del viejo López en la mayoría de sus actos. Su imperativo dominante era el deber, y en esto no transigía consigo mismo ni con nadie. Era el primero en someterse a las leyes que dictaba. El poder absoluto le hizo sirviente de todos. El precio de su orgullo fue la soledad.

Igual que Don Carlos, procura estar en todos los detalles, decidir en todos los asuntos. En tiempos de paz solía revisar personalmente hasta las cuentas de gastos de los vapores del Estado que hacían la carrera entre Asunción y Buenos Aires. Esta manía le obliga a someterse a un trabajo abrumador, y deja escaso margen a la iniciativa y responsabilidad de sus colaboradores. A veces les reprende porque no han cumplido sus instrucciones al pie de la letra; otras porque no han tomado decisiones sobre la marcha en situaciones imprevistas.

A pocos pasos, a la sombra de un naranjal, aguardan, con los caballos ensillados, oficiales de órdenes y soldados dependientes de la Mayoría. Sentados en largos troncos, departen alegremente sin distinción de grados. De tanto en tanto estallan en ruidosas carcajadas. Otros se entretienen jugando a la taba. Montan guardia soldados de la Escolta: hombres de hermosa estampa, que, a diferencia de los demás, visten uniformes completos, más o menos desgastados, y también andan descalzos.

No se sienten cohibidos por la presencia del Jefe Supremo. El trato que le dan es respetuoso pero no servil. Le dicen simplemente «señor», o de preferencia caraí, que en guaraní sólo retiene su sentido moral; y también che ru, «mi padre», como a cualquier superior.

El cañoneo en el río es incesante. También disparan desde Tuyutí, pero las baterías de la línea de Rojas no contestan. Un terraplén protege el cuartel general de los tiros que se hacen desde el sur, pero nada de los disparos de la escuadra, que hoy se ha adelantado más que nunca. De vez en cuando estallan bombas en la explanada, pasan de largo o revientan en el aire. Nadie parece hacerles caso.

El cuartel general de Paso Pucú se encuentra en una loma que ofrece una amplia visión panorámica, a una legua y media del campamento [159] aliado de Tuyutí, a dos de Curuzú, a tres de Humaitá y a setenta de Asunción. Es el centro de un sistema de comunicaciones telegráficas que permite estar al tanto de cuanto ocurre en toda la extensión del frente y en la próxima y remota retaguardia, y tomar decisiones que se ejecutan en el acto. Los recursos son escasos, pero el Mariscal los tiene todos en un puño. En esto, como en muchas otras cosas, se ha anticipado trágicamente al futuro.

Bajo un amplio solero, sentados en torno de una larga mesa, trabajan varios escribientes pasando en limpio los despachos dictados a primera hora por el Presidente de la República, hombre en extremo laborioso y papelero. Desde una casa vecina, los telegrafistas envían al general Isidoro Resquín los partes que llegan desde los distintos sectores del frente, dando cuenta de las novedades más nimias. Si hay algo importante, o es preciso tomar alguna decisión urgente, se informa también al Mariscal.

El secretario Luis Caminos recibe y contesta los extensos informes que llegan de la capital por barco o telegrama. Versan sobre la cantidad de liños sembrados, la adquisición de productos agrícolas y ganado en pie para consumo del ejército; el resultado de las pruebas realizadas con fibras de caragatá y hojas de palmera para la confección de telas para vestuario y la fabricación de papel; la búsqueda de nuevos yacimientos de salitre y azufre; las excepciones consentidas en determinadas épocas del año a la ley de enseñanza primaria obligatoria, para que los niños ayuden a sus madres en los trabajos agrícolas; las pensiones a mutilados y viudas; el cuidado de los huérfanos de guerra; el estado de los 6.243 heridos, enfermos y convalecientes que hay en la fecha en los hospitales de Asunción y Cerro León; la fabricación de vacuna antivariólica, el cultivo de plantas medicinales que han probado su eficacia en el tratamiento de heridas y enfermedades; la marcha de los trabajos en la fundición de hierro de Ybycuí y en los Arsenales de Asunción; el resultado de los últimos reclutamientos, la instrucción de los reclutas; el rescate de los 700 esclavos nacidos antes del decreto de libertad de vientres, para que hechos ciudadanos puedan servir en el ejército...

Un servicio de información sumamente eficaz a pesar del bloqueo le ha permitido a López enterarse con suficiente anticipación de los planes de ataque del enemigo. Sin embargo, los planes de guerra nunca se realizan al pie de la letra. Pueden adelantarse, demorarse, cambiarse sobre la marcha; están sujetos a circunstancias imprevistas, a los caprichos de la Fortuna.

Los estrategas aficionados que comentan las operaciones en la prensa internacional no saben que en la guerra sólo se puede hacer lo que deja hacer el enemigo. Y López no es un aficionado. [160]

Ha tomado las medidas que estaban a su alcance para rechazar la ofensiva. Entre otras, la de persuadir hasta a la última cocinera del campamento que, si el enemigo ataca, será aniquilado. De allí el enorme entusiasmo con que se espera la batalla. Pero, él mismo no se siente tan seguro, y no le está permitido dejar traslucir la sombra de una duda.

El día de ayer los pomberos confirmaron los informes de los agentes confidenciales que operan en Corrientes, Paso de Patria y Tuyutí, de que los transportes fondeados frente a la laguna Piris tienen a bordo no menos de 10.000 hombres. López no subestima a los soldados brasileños. Alguna vez le dirá a Mr. Washburn, según este consigna en sus «Memorias»:

-Es un error de muchos suponer que el soldado brasileiro no quiere pelear. Los hombres son bravos. Realizan proezas de valor iguales a las de los mejores de mi ejército. Pero los oficiales son ignorantes e incompetentes. Hay tal falta de energía, tan poca disposición para aprovechar las ventajas temporales que obtienen, que me es fácil tenerlos a raya largo tiempo. Confío que entre tanto los aliados riñan entre sí y se quiebre la Alianza. El tesoro brasileiro no resistirá mucho más la tirantez creada por la guerra. El Imperio agotará sus recursos antes de que el Paraguay sea arrollado y vencido.

Benigno López, hermano menor del Mariscal, que posee una mente lúcida y un espíritu frío y penetrante, piensa de otro modo. Por aquella misma época le dice al entonces capitán Bernardino Caballero, mientras contemplan al ejército aliado que, como gustaba hacer de vez en cuando, forma en batalla frente a Tuyutí para impresionar a los paraguayos con su formidable poderío:

-Umi camba ja hechava upépe niko jajukapáta; a esos negros que vemos allí vamos a matarlos a todos. Pero vendrán más. Mi hermano cree que acabarán por agotarse. No hay que hacerse ilusiones. Cuanto más negros matemos, cuanto más dinero gasten y más se endeuden, tendrán que mandar más y más al matadero. No hacerlo acarrearía el derrumbe del Imperio. Y pueden hacerlo, te lo puedo decir yo que viví algún tiempo en el Brasil... ¡Upe che hermano niko itarova, los camba ndosomoái nunca!

«Ese mi hermano está loco; los negros no se soltarán, no acabarán, no quebrarán nunca».

También el Mariscal era consciente de esta posibilidad:

-Si llega lo peor -siguió diciendo a Mr. Washburn-, no habrá rendición. Todos peharemos hasta morir. La vida es nada, simplemente nada; cosa de pocos años más o menos. Es preferible la muerte a entregar el país como despojo al enemigo. [161]

López no comparte la opinión de los comentaristas militares de América y Europa, que afirman que los generales aliados son estúpidos, porque sólo atinan a embestir de frente. Esto no es cierto. Cuando pueden maniobrar lo hacen, y muy bien. Lo que ocurre es que las medidas que ha tomado no les dejan otra opción que aplicar la táctica del toro.

No pueden internarse en el país aparentemente desguarnecido, porque ha retirado la población civil de una extensa zona, dejándola completamente privada de recursos. Los aliados, tras dividir su ejército en dos partes más o menos equivalentes en número al ejército paraguayo en su conjunto, tendrían que avanzar por regiones difíciles y desconocidas, venciendo obstáculos naturales, llevando a costas armas, bagajes, municiones de boca y guerra, expuestos a que una fuerza muy inferior les aniquile aprovechando las ventajas del terreno.

Tampoco pueden flanquear por tierra la línea de Rojas, frente a Tuyutí, sin dislocar su ejército en un frente muy largo, debilitándolo peligrosamente con respecto a un enemigo atrincherado en sus bases que opera en líneas interiores.

Para desgracia del Paraguay, los generales aliados conocen su oficio y no siguen los consejos de los estrategas aficionados.

En verdad, piensa López, el ejército aliado no puede dar un paso sin la escuadra, y la escuadra no puede remontar el río antes de que el ejército le despeje el camino apoderándose de la fortaleza de Humaitá. El tan vilipendiado almirante Tamandaré tiene razón: ¿qué se adelantaría con que unos cuantos acorazados forzasen el paso de Humaitá, aunque pudieran hacerlo sin que fueran hundidos la mitad de ellos y malamente averiados los demás? ¿Qué harían una vez que estuviesen del otro lado, sin medios para reabastecerse de municiones, combustible y alimentos, y de reparar sus averías? López sabe que los marinos brasileños sospechan que los argentinos insisten en que se emprenda una operación inútil y temeraria, si no suicida, porque desean ver destruida la Flota Imperial.

Tres meses atrás la situación era muy distinta y sumamente grave. El II ejército brasileño se aprestaba a invadir el Paraguay por Itapúa y marchar sobre Asunción, cuando todavía podía hacerlo aprovechando los recursos de la zona; la escuadra, desembarcar tropas cerca de Humaitá, a espaldas del ejército paraguayo; este podía ser flanqueado por la izquierda y atacado por el frente, que estaba apenas fortificado y ofrecía amplias posibilidades de maniobra contando con tan enorme superioridad de recursos y efectivos.

López fue informado por sus espías que el general Mitre tenía un plan de batalla que aprovechaba estas opciones objetivas y lógicas. [162] Debía ejecutarse el 25 de mayo, aniversario de la independencia argentina. Sobre los paraguayos se cernía un peligro mortal.

La Historia no ha confirmado que existiese aquel plan; pero López no era un historiador que examina documentos y verifica su autenticidad en un gabinete de trabajo, sino un jefe militar que se mueve en la incertidumbre, depende de los caprichos de la Fortuna, de la comprensión, iniciativa y energía de los jefes subordinados, de la voluntad expresada en la acción de millares de hombres que se juegan la vida. Y tiene un tiempo limitado para decidir. Dos años después le dirá al general Caballero, cuando discutían la acción de Acayuasá, que culminó en una victoria:

-Hay que procurar adivinar lo que van a hacer los macacos, ¡pero no somos macacos, Caballero, no somos macacos!

Decidió anticiparse y atacar al enemigo en Tuyutí el 24 de mayo. Fue un golpe de audacia rayana en la temeridad. Era posible entonces,

aprovechando ventajas tácticas transitorias, que podían cambiar en horas, aniquilar al enemigo o darle un golpe tan demoledor que paralizase la ofensiva el tiempo suficiente para modificar la situación estratégicamente desventajosa en que se encontraba el ejército paraguayo.

Al igual que la batalla de El Riachuelo, la de Tuyutí fue magistralmente concebida y deficientemente ejecutada por un ejército que por primera vez participaba en una gran batalla campal, que resultó ser la más grande librada en Sudamérica. Y también por el ímpetu excesivo de soldados bisoños y entusiastas que se llevaron todo por delante.

Fueron lanzados a la lucha 17.000 hombres organizados en tres divisiones separadas por grandes distancias. Mientras Díaz irrumpía por el frente, Barrios y Resquín debían hacerlo por la derecha y por la izquierda para estrechar al enemigo en un círculo de hierro. Barrios se retrasó. La acción que debía iniciarse a la madrugada comenzó a mediodía, perdiéndose en parte el factor sorpresa. Resquín no interpretó la orden y se entretuvo en acciones secundarias en lugar de cerrar el cerco. No obstante, hicieron un tremendo estrago. A los aliados les salvó la artillería, emplazada en reductos, que disparó a mansalva contra propios y extraños trabados en lucha cuerpo a cuerpo. Díaz aniquiló la vanguardia enemiga, pero su avance fue finalmente contenido. A las cuatro horas de iniciada, se suspendió la batalla. Las tropas se retiraron en orden, trayendo a los heridos. No entraron en acción los 7.000 hombres que, al mando del general Bruguez, aguardaban en Paso Gómez, con toda la artillería, para rematar la acción en caso de éxito, o rechazar un posible contraataque si ocurría lo [163] contrario. El enemigo no se movió, como temía López, que le dijo a Wisner de Morgenstern:

-Si el enemigo no ataca en las próximas veinticuatro horas, tendremos larga vida.

El general José Díaz dio este lacónico parte:

-Aipevu los cambápe, pero ndaboguýi.

«Hice roncha a los negros, pero no les saqué el cuero».

No se aniquiló al enemigo, las pérdidas fueron enormes, pero se detuvo la ofensiva aliada. El II ejército brasileño, el mismo que ahora estaba embarcado en los transportes frente a la laguna Piris, suspendió la invasión por Itapúa y marchó apresuradamente a reforzar Tuyutí. Se ganaron dos preciosos meses. Cuando el enemigo empezaba a reponerse, fue nuevamente castigado y desangrado en Sauce-Boquerón, el 17 y 18 de julio. En setiembre los aliados se disponían a hacer lo que no se les dio lugar a hacer en mayo. Pero, las circunstancias han cambiado por completo: el ejército paraguayo está listo para rechazarlo en toda la línea.

Sin embargo López sabe, y se lo dirá a Mr. Washburn, que después de la batalla de Tuyutí el Paraguay no puede ganar la guerra; pero sí puede evitar que el enemigo la gane. Es preciso resistir hasta que se consiga hacer la paz. En adelante, todas las acciones políticas y militares tendrán que subordinarse a este objetivo.

Vislumbró una posibilidad fantástica de cambiar esta situación de hecho cuando el mayor James Manlove apareció con su proyecto de corsarios; pero, aceptarlo significaba poner en peligro la estrategia que se había trazado. Barrios tiene razón: Manlove podía abusar de los poderes que se le otorgasen, comprometiendo al gobierno paraguayo y malogrando los

movimientos favorables a una mediación internacional que pusiese fin a la guerra, que se estaban produciendo en los países sudamericanos del Pacífico, en Europa y en los Estados Unidos.

El general Bruguez sugiere que, para prevenir este riesgo, se envíen con Manlove, en calidad de representantes del gobierno, unos cuantos marinos que, desde la batalla naval de El Riachuelo, cumplían en tierra servicios que no estaban acordes con la excelente preparación que habían recibido antes de la guerra. Varios de ellos habían navegado en alta mar y conocían idiomas extranjeros.

Una de las principales preocupaciones del viejo López había sido la de dotar al país de una buena marina. De ella dependía la consolidación de la libre navegación de los ríos -conquistada tras larga y azarosa batalla que no costó una sola gota de sangre-, el comercio con el mundo, y, en definitiva, la independencia. Solía decir don Carlos que uno de los días más felices de su vida había sido aquel en [164] que se botó al agua el «Ypóra», primer vapor construido en los Astilleros de Asunción, en momentos en que otro vapor nacional, el «Río Blanco», estaba cruzando el océano, cargado de frutos del país con destino a los puertos del viejo continente. Pero, para don Carlos cada onza de oro gastada en armamentos era dinero tirado a la basura. La flota paraguaya era de barcos mercantes. Sólo consintió, a regañadientes, que se adquiriese, a instancias de su hijo, un buque de guerra: la cañonera «Tacuary».

No obstante, dedicaba sus desvelos a lo que llamaba «el cuerpo privilegiado de la marina». Avaro como era, no escatimaba fondos para sus marineros. Los elegía entre los jóvenes más inteligentes y prometedores; y hasta los más apuestos, para que llevasen por el mundo la mejor imagen del Paraguay.

La idea de Bruguez tenía asidero: los marinos eran oficiales de primera. Ahora mismo el teniente Gill y los alféreces Deogracias Lugo y José Pantaleón Urdapilleta, artilleros de los diabólicos, estaban poniendo a raya a toda la escuadra brasileña desde las barrancas del río Paraguay. Faltaba saber cómo se conducirían lejos de la autoridad del Mariscal. Las experiencias hasta entonces habían sido desastrosas. Pero, llegado el caso, era un riesgo que sería preciso correr.

La audacia del proyecto no le asusta, porque López es audaz. Pero sabe muy poco de los antecedentes de Manlove. Ha encargado a sus agentes que averiguasen todo lo referente a ese individuo. Los primeros informes no han sido favorables: presentan a Manlove como un fanfarrón y un tarambana, borracho y jugador por añadidura, que andaba de parrandas con un grupo de oficiales porteños, gritando por las calles de Corrientes que iría al Paraguay para matar a López. En cambio el teniente Gabriel Sosa, a quien ordenó que lo estudiara personalmente, opina que el aventurero norteamericano tiene sustancia y es un hombre de honor. Sea como fuere, es una carta a la que no puede renunciar sin antes estar seguro de que no podrá ser utilizada. Manlove afirma que Mr. Washburn lo conoce y podrá aclarar su situación. Podría ser cierto.

La decisión al respecto dependerá, en definitiva, del resultado de las operaciones militares que se iniciaron en la víspera y de las negociaciones de paz que tiene pensado proponer a los aliados.

El plan del enemigo es desembarcar y atacar en dirección a Humaitá,

en combinación con otro ataque por el centro, desde Tuyutí. La aparición de la escuadra en el río Paraguay, seguida de transportes cargados de tropas, no altera el dispositivo de defensa preparado por López, ya que se trata de un movimiento previsto.

El grueso del ejército permanece sólidamente atrincherado en la extensa línea de Rojas, frente a Tuyutí. Hay una reserva de 5.000 [165] hombres, al mando del general Díaz, en Paso Pucú. López confía en que la trinchera de Curuzú, que no puede ser flanqueada por tierra, y a la que sólo es posible atacar por una franja costera de quinientos metros de anchura sobre la que hay enfilados diez cañones listos para barrerla a metrallazos, será suficiente para rechazar el asalto de fuerzas diez veces superiores.

La batería costera de Curuzú, y los obstáculos colocados en el río por el teniente coronel Mywskozki -torpedos y barcas cargadas de piedras en el canal-, harán difícil la subida de los acorazados más arriba de esa posición, y absolutamente imposible el paso de transportes cargados de tropas.

El II ejército brasileño tendrá entonces, necesariamente, que desembarcar mil metros delante de Curuzú, en la Guardia del Palmar.

Sería fácil emplazar allí unos cuantos cañones y desplegar en la ribera dos batallones de infantería, como aconseja el general Bruguez, para impedir el desembarco en ese punto. Pero, como decía Napoleón, no hay que molestar al enemigo cuando está cometiendo un error. La guarnición de la Guardia del Palmar tiene orden de retirarse sin oponer resistencia cuando comience el desembarco de las tropas brasileñas. La trinchera de Curuzú daría cuenta de ellas.

El riesgo es grande, y por añadidura el desembarco inauguraría un nuevo sector en las ya demasiado extensas y débilmente guarnecidas líneas paraguayas. Sin embargo, vale la pena correrlo. Sería altamente beneficioso, desde el punto de vista político, escarmentar al enemigo y persuadirlo de que, tal como están las cosas, la prolongación indefinida de la guerra sólo puede conducir al agotamiento de las fuerzas de ambos beligerantes, sin que ninguno de ellos pueda obtener ventajas decisivas a corto ni a mediano plazo. Sobre la base de esta situación de hecho, que no puede ser modificada, López tiene pensado hacer a Mitre una propuesta de paz. No lo ha hecho antes porque confía en hacer fracasar previamente la ofensiva que los aliados tienen planeada, y sobre cuyos resultados se hacen ilusiones. Confían demasiado en el poder de la artillería de la flota para apoyar operaciones en tierra. Era preciso entonces, antes de iniciar las tratativas, darles una buena lección al respecto.

Pero ha pasado la noche y el II ejército permanece a bordo de los transportes. Algo raro está ocurriendo. ¿Qué esperan? ¿Dónde se proponen desembarcar? ¿Habrán desistido de hacerlo en vista del castigo recibido por la escuadra el día anterior?

Al amanecer aparecen cuatro acorazados frente a Curupayty, amenazando el amplio espacio desguarnecido entre Curuzú y Humaitá. [166]

La guerra es una comedia de equívocos y casualidades. Tres días atrás, al teniente coronel Mywskozki, mientras se ocupaba de instalar torpedos en el río, se le escapó su ayudante Jaime Corvalán, quien sin duda puso en conocimiento del enemigo la existencia de un canal libre de

obstáculos próximo al Chaco.

Jaime Corvalán es un mozo inteligente, instruido, de buena familia, aunque de costumbres depravadas que le han impedido ascender de la clase de soldado. El Mariscal no había previsto que podía convertirse en un traidor. El daño era inmenso. Debía ser más cuidadoso en el futuro, especialmente cuando se tratara de hijos de familias patricias, que no simpatizaban con el gobierno. Era necesario exigir que se repudiara públicamente a los traidores; amenazar con represalias, para que el temor de comprometer a sus deudos hiciera pensar dos veces a quienes sintieran la tentación de desertar. Fue necesario sancionar al excelente y meritorio Mywskozki, polaco naturalizado paraguayo, mandándole servir en clase de soldado, para que los oficiales observasen más atentamente las posibles debilidades de sus subordinados. En la primera ocasión en que se distinguiese le restituiría en su grado y acaso le premiaría con un ascenso.

A López no le gusta imponer castigos. Prefiere sanciones morales como el santo-jhú, la caída en desgracia hasta que el culpable hiciera méritos para recuperar la confianza del Mariscal. Severo con los oficiales, para que estos a su vez fueran exigentes con la tropa, López trata familiarmente a los soldados. Chancea con ellos, cuida que no se los maltrate. Sabe que no hay nada más desmoralizador que la injusticia. Está atento a sus méritos para premiarlos con ascensos y condecoraciones: muchos soldados rasos son Caballeros de la Orden Nacional del Mérito, como el propio Mariscal, que no por capricho luce en el pecho la medalla de la Orden. Conoce a fondo a sus hombres: sabe que tienen la pasión de la igualdad.

No se fía de su docilidad aparente. De algún modo se las arreglan para hacer lo que quieren.

En 1845 el viejo presidente López apoyó con un cuerpo expedicionario a la provincia de Corrientes, sublevada contra Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires y, de hecho, dictador de la Federación Argentina, que se negaba a reconocer la independencia del Paraguay. Era la primera vez, desde principios de siglo, que tropas paraguayas salían del territorio nacional. El 28 de febrero, en Paiyubré, ocurrió un episodio asaz ingrato en el ejército paraguayo, mandado por Solano López, que era entonces un general de dieciocho años. Recibe el parte de que la vanguardia se ha amotinado. Un cabo del escuadrón paraguayo a las órdenes del general argentino José María Paz había venido a invitar a sus camaradas de la infantería [167] a rebelarse. El plan era «tomar el parque venciendo su guarnición, enseguida marchar a la Capital de la República a pedir Congreso, y si la Nación quisiese, volverían tal vez» Solano López ordenó al ejército ponerse sobre las armas. Al caer la tarde llegaron los escuadrones amotinados, desplegados en batalla. El joven general avanzó solo hacia ellos. Les afeó su conducta y ordenó que los cabecillas dieran la cara. Resultaron ser los cabos Buenaventura Céspedes, Mateo Fleitas, Lucas Canteros y Cándido Payva. Fueron fusilados, y perdonados los demás. El presidente Carlos Antonio López aprendió la lección: nunca más consintió que un soldado paraguayo saliera de las fronteras para intervenir en pleitos ajenos.

En esta guerra, el Mariscal tiene muchos indicios de que marcharon a

desgano en la expedición a Río Grande del Sur. Pelearon bien en la batalla de Yatay, pero el enemigo pudo hacer 1.500 prisioneros. Aceptaron sin protestas la capitulación de Uruguayana, pactada por sus jefes. Luego, todos los que pudieron hacerlo se evadieron y regresaron al Paraguay para reincorporarse a filas.

Desde que el país fue invadido el espíritu de las tropas había cambiado por completo. Las desertiones eran rarísimas, no se entregaban prisioneros salvo que estuviesen malheridos, y en cuanto se aliviaban se evadían para regresar entre los suyos y volver a combatir.

López dirige una mirada cavilosa a los hombres que, bajo el naranjal, indiferentes al bombardeo, charlan, se hacen bromas pesadas, tallan y celebran con gritos y carcajadas las agudezas que se cruzan. Son vigorosos, infatigables, duros e incorruptibles como el curupay. Heridos, no se quejan. Los cirujanos ingleses no acaban de ponderar el estoicismo con que soportan operaciones atrozmente dolorosas. No temen a los castigos. «Si mi padre me azota -dicen burlescamente-, es porque me quiere bien». Son endiabladamente astutos e inclinados a hacer travesuras. El Mariscal ha dispuesto que el soldado incumplidor en el servicio no participara en los combates. Fue un santo remedio, porque son muy delicados.

López está orgulloso de ellos, pero no los tiene todas consigo. Se diría que le estiman y respetan, y hasta es posible que le amen, pero en sus coplas no le aluden para nada. El Supremo Dictador no toleraba la adulación, y estos rústicos taimados aún veneran su memoria. Son sus soldados, pero no le pertenecen. Guardan siempre para sí una parte de sí mismos, escéptica, irónica, intransferible, impenetrable. No es dueño de sus espíritus, y el Mariscal se pregunta si no estarán adueñándose del suyo. Hasta ahora han sido disciplinados y obedientes. Sin embargo, son temibles. ¿Cómo dominar a individuos a los que no les arredran ni el dolor ni la muerte? ¿Hasta cuándo le seguirán? Si la guerra se prolonga habrá que encontrar el modo de [168] contrarrestar el cansancio que inevitablemente hará vacilar a los más débiles. Es preciso descubrir algo que les atemorice. Sea lo que fuere, no le temblará la mano para usarlo.

Francisco Solano López es una creación de don Carlos el Creador. Ha sido educado por su padre y en ninguna otra escuela. Recuerda de memoria lo que le dijo el viejo López acerca del general José María Paz, durante la campaña de Corrientes, en 1845:

-No te mortifiques mucho por penetrar los misterios de las operaciones del General en Jefe. Es materia delicadísima. ¿Quién sabe si él mismo habrá formado ya su plan? ¿Cuántas veces tendrá acaso que variarlo? Todo esto es menester que por ahora sólo él sepa, porque en ello va el prestigio de la fama que forma la importancia de un General; si llegan a fallar las ideas o esperanzas de sus comisiones o empresas parciales, también convendrá que sólo él esté al cabo de los pormenores. Sobre todo, el peligro de que llegue a transmitirse al enemigo, cualquiera de esas disposiciones, justifica altamente la mayor reserva posible. No quieras creer que sus oficiales estén al alcance de esos misterios.

El Mariscal no confía a nadie sus planes de guerra. Es el único que conoce en detalle el efectivo del ejército, el despliegue de las tropas, los informes que llegan acerca del enemigo. Está terminantemente prohibido

tanto a jefes como a soldados hablar de cuestiones de servicio, por insignificantes que estas sean. Las penas por faltar a este precepto son severísimas, y alcanzan no sólo a los indiscretos, sino también a los que oyéndolos no los denuncien en el acto. La reserva se ha hecho carne en el ejército paraguayo; nadie sabe ni quiere saber nada. Los aliados se admiran de la escasa información que pueden conseguir de prisioneros y pasados.

Hasta cierto punto están excluidos de esta regla los generales Barrios, Resquín, Bruguez, y sobre todo, José Díaz. Suele conversar también con el coronel húngaro Wisner de Morgenstern, quien desde hace veinte años está al servicio del Paraguay, posee sólidos conocimientos teóricos sobre cuestiones militares y ha sido de hecho el preceptor de López en estas materias. Pero Wisner es demasiado rígido en sus conceptos y no acaba de entender la clase de guerra que se está librando. Díaz le supera con creces con su talento natural, y López se ocupa en persona de educarlo, como lo hará más adelante con Bernardino Caballero. Bruguez tiene demasiadas ideas propias, que no siempre coinciden con las del Mariscal. Tal vez por eso nunca le ha encomendado -ni le encomendará-, dirigir una batalla al más ilustrado de los jefes a su mando, y uno de los más valientes, formado en el Brasil y en Europa, sin dejar por eso de tratarlo como al mejor de sus amigos. [169]

Las veces que López ha confiado misiones de importancia a sus subordinados, lejos de su control directo e inmediato, aquellas se cumplieron a medias, fracasaron o acabaron en el desastre.

La batalla de El Riachuelo, que fue concebida como una acción combinada de fuerzas navales y terrestres destinada a apoderarse de la flota imperial encerrándola en el riacho donde estaba fondeada, se malogró porque el capitán Meza perdió tiempo en reparar las averías de uno de los barcos de la flotilla y atacó con varias horas de retraso. No atinó a seguir los consejos del maquinista inglés John Watts de hundir uno de los navíos en el canal, con lo que la flota enemiga hubiera quedado atrapada sin remedio. En vez de seguir sus instrucciones, que eran las de lanzarse inmediatamente al abordaje bajo la protección de la artillería de Bruguez, que se emplazó en las barrancas, el capitán Meza se entretuvo en un duelo a cañonazos en el que llevaba todas las de perder. La flotilla paraguaya se salvó de la completa destrucción gracias a la extraordinaria pericia de los jóvenes oficiales y marineros paraguayos, que con sus barquitos mercantes, maniobraron, abordaron, fueron rechazados, hundieron dos cañoneras brasileñas en una batalla de ocho horas de duración y finalmente pusieron en fuga a los que intentaron perseguirlos. La captura de la Flota Imperial hubiera sido un golpe de muerte para el enemigo. Una oportunidad única, perdida por la indecisión y falta de iniciativa del capitán Meza, que tuvo la suerte de caer mortalmente herido en la acción.

En la expedición a Río grande del Sur, el coronel Estigarribia, desobedeciendo instrucciones precisas, fue a encerrarse en Uruguayana, justamente en el sitio donde el enemigo podía cercarlo por tierra y agua. Fue obligado a rendirse por hambre, sin combatir.

El general Robles se movió en Corrientes de manera lenta y vacilante, mantuvo correspondencia no autorizada con el enemigo; se desmoralizó, se entregó a la bebida, rechazó con grosería una condecoración que le mandó

López para tratar de levantar su espíritu, estuvo a un paso de la insubordinación. Fue destituido, procesado y fusilado. No se probó que hubiera sido un traidor, solamente un incapaz.

El general Barrios, que mandaba en jefe el 24 de mayo en Tuyutí, debía dar la señal de ataque a la madrugada. No llegó sino a mediodía a sus posiciones de partida. No atinó a suspender el asalto. El general Resquín, en vez de romper la línea enemiga y lanzarse como una tromba con su magnífica caballería a la retaguardia del campamento aliado, se entretuvo en sablear batallones argentinos y en lanzarse al asalto de reductos artillados. [170]

Los jefes de la primera hora resultaron ser apenas unos buenos cuartereros. Después se destacarían los Díaz, los Giménez, los Zayas, los Rivarola, los Olavarrieta, los Montieles, los Caballero, pero, para entonces, ya se había perdido un año y la mitad del ejército.

¿Cómo saber lo que hará un hombre antes de probarlo? Después de más de medio siglo de paz nadie en el Paraguay tenía experiencia de combate.

Comentaba al respecto el Dr. Faustino Benítez:

-López sabía que era el único responsable, porque no supo elegirlos. Se lo diría a Mitre en Yataty-corá, cuando elogió al general argentino por haber sabido aprovechar los errores de su adversario. López tenía esas cosas. Este, como muchos otros rasgos notables de su carácter, quedaron ocultos por la tremenda culpa de la derrota. Le sobraba valor moral y físico, como lo demostraría en su momento. Pero se cree indispensable, el único que puede salvar a su país, y evita exponerse más de lo necesario. Quisiera poder estar en todas partes al mismo tiempo; como esto es imposible, se vale del telégrafo e inaugura de este modo un método moderno de conducción militar que, por lo menos, resultó más efectivo que el de Caxias y Mitre, siempre en primera línea, en lo más reñido del combate. El Mariscal no necesita hacer alardes, ni dar ejemplos a sus hombres, que en lo que a coraje se refiere son todos ejemplares. Ni siquiera anda armado. Su trabajo es usar la cabeza, no la espada; pero, solamente confía en su propia cabeza, lo cual es el peor de los errores que puede cometer un hombre. Fue un héroe trágico, tal como lo concebían los griegos: noble y grande, pero no sin tacha; el fatal desenlace proviene del carácter y no del simple azar.

El solitario cañón de Pantaleón Urdapilleta se sigue batiendo contra cuatro acorazados, mientras en Curuzú el teniente Gill continúa dándole duro al grueso de la escuadra. Inmediatamente de recibido el telegrama del chusco alférez de marina, fue enviado un batallón con algunas piezas sueltas de artillería ligera a la estacada de Curupayty, en previsión de una tentativa de desembarco. Pero no es prudente apresurarse a utilizar las reservas. El general Díaz ha ido a Curuzú para tratar de adivinar las intenciones del enemigo.

El Mariscal Francisco Solano López musita su frase favorita:

-La copa está servida, es forzoso beberla. [171]

López que, en su opinión, los cambá no se animarían a pasar por delante de Curuzú con los transportes llenos de tropas si no conseguían primero silenciar la batería del teniente Gill, que ya había perdido el cañón de a 68. La chata brasileña N° 3, armada de un cañón de a 8, se aproximó cuanto le permitía su calado a la batería costera para tratar de acertarle tiros directos, pero tuvo que retirarse maltrecha. El teniente Gill había obligado a las corazas a tomar distancia. En estos momentos la trinchera de Curuzú estaba siendo batida, sin efecto alguno, con tiros por elevación disparados desde lejos por las chatas bombarderas N° 1 y 2, y el acorazado «Tamandaré». Todo este alboroto hace suponer que el desembarco se producirá donde se espera, en la Guardia del Palmar.

-Así y todo no vale descuidarse -continuó el general Díaz, en guaraní, naturalmente-. Los acorazados «Lima Barros», «Brazil», «Bahía» y «Barroso», que esta madrugada entraron por el canal del Chaco, siguen frente a Curupayty. Hay otro barquito, que no sé cómo se llama, realizando sondeos más arriba, hacia Humaitá, como si existiera la intención de acercarse a la fortaleza. El alférez Urdapilleta les sigue la fiesta. Le rompieron un brazo, pero no quiere ni por nada dejar su cañón, como si fuera alguno su pariente. El malicia que a los negros se les antoje tantear un desembarco detrás de Curuzú mientras atacan la trinchera por el frente, porque lo que les encanta a los macacos no es esa posición sino la mismísima Humaitá.

El general Díaz era la mano derecha de López. Se conserva de él una única fotografía, que lo muestra enjuto, cetrino, de ojos pequeños y achinados, pómulos salientes, frente estrecha, cabellos lacios peinados hacia atrás, abiertos con una raya y aplastados con pomada sobre una cabeza redonda y pequeña. Ralos bigotes y barbita estilo Napoleón III, ya pasada de moda; el cinturón muy apretado sobre una guerrera con faldones que le queda grande; tieso, sacando pecho, como un rústico que se retrata metido en su traje dominguero.

Tenía entonces treinta y dos años de edad. Provenía de una familia de modestos labradores del valle de Pirayú, que, como la generalidad de la gente de su clase, vivía holgada y dignamente de lo suyo, [172] confiaba en el gobierno, obedecía a autoridades honradas y providentes, respetaba a los mayores, castigaba severamente la desobediencia de los hijos, veneraba a los santos y no tomaba muy en serio al cura, el cual, privado desde los tiempos del Supremo Dictador de todo privilegio e influencia política, solía ser el pillo de la aldea.

José Díaz hizo el servicio militar en el Batallón Policiano de Asunción, de todos el más humilde. El concepto de policía abarcaba entonces el cuidado de las calles y otros servicios municipales. Fue ascendido hasta quedar incorporado al cuadro de oficiales, momento en el cual, seguramente, por primera vez en su vida usó zapatos. Era cumplidor, inteligente, pero remolón para el estudio, según sus biógrafos. Sin embargo, lo poco que escribió de puño y letra muestra una caligrafía escolar y un castellano claro, preciso y correcto. Campesino y campechano, estaba lejos de ser un palurdo. Era un paraguayo de ley, un hidalgo descalzo. Y, sobre todas las cosas, una buena persona y un hombre decente.

Con grado de teniente llegó a jefe de policía. Prestó grandes servicios a la población y tuvo la habilidad de hacerse estimar por su

carácter franco y complaciente. Hecho capitán, a poco de estallada la guerra formó el famoso batallón 40. Se reveló como un hombre de excepcional energía y notable talento. Tuvo rápidos ascensos. Terriblemente exigente en el servicio, en ocasiones despiadado, se mostraba sencillo, afectuoso y solícito con la tropa, con la cual se sentía a sus anchas y convivía la mayor parte del tiempo. Padecía de un soberbio desinterés y de un magnífico desprendimiento. Cuanto tenía lo regalaba, incluso a los prisioneros. Su haber testamentario consistió en «cinco piezas fraccionadas de oro, diez y siete pesos papel moneda, algunas mudas de ropa blanca, dos trajes usados y pequeños efectos».

Su serenidad y arrojo le hicieron famoso en ambos campos. A nadie el Mariscal le mostró mayor apego, sólo a él le lloró y sólo por él llevó luto. Díaz podía visitarle a cualquier hora, entrar en su dormitorio cuando estaba descansando, sentarse a su mesa sin necesidad de ser invitado. Pasaban horas platicando. Nadie más que Díaz se permitía objetar las órdenes del Mariscal y hacerle alguna broma algo pesada. Una vez, siendo jefe de policía, elevó un informe acerca de ciertas actividades financieras de Madame Lynch, que a su juicio eran incorrectas. Pero ella también le quería mucho. No había quien no quisiera bien a José Díaz.

Discutía con el Mariscal los probables próximos movimientos del enemigo cuando llegó un telegrama avisando que el convoy de transportes había levado anclas y comenzaba a avanzar lentamente aguas arriba. Poco antes de mediodía llegaba a la Guardia del Palmar. Cañoneras de la escolta abrían fuego contra la ribera. El destacamento [173] paraguayo cumplía la orden de replegarse a Curuzú, quemando el monte atravesado por la senda que recorren en su retirada. Comenzaba el desembarco.

-¿Crees que resistirá Curuzú? -pregunta el Mariscal.

-Garantido, señor: Cala'á le va a arreglar las cuentas a los negros. El formidable teniente coronel Manuel Giménez, Cala'á, es casi tan hazañoso como Díaz. Pero López no está tranquilo.

-¿Te haces responsable?

-¡De seguro, señor!

El semblante del Mariscal, hasta entonces preocupado y sombrío, pareció iluminarse.

-Está puesta la parada -dijo-, toikó oikótava, lo que ha de pasar, que pase.

Díaz aprovechó para decirle:

-El teniente Gabriel Sosa quiere volver a su batallón.

-¿Cómo está de su herida?

-Él dice que ya sanó; pero así son los muchachos: no les gusta quedarse atrás cuando se apeliñan sus compañeros.

López dudó:

-No le quiero perder, es un mozo preparado.

-No le ha de pasar nada, esta pelea será una diversión -afirmó Díaz, tan convencido, que el Mariscal, tranquilizado, sonrió.

Una mujer del servicio de Madame Lynch avisó que la mesa estaba servida.

En el espacioso comedor del cuartel general, sobriamente amueblado, esperaban de pie los comensales de costumbre: los generales Barrios, Resquín y Bruguez; el teniente Panchito, de doce años de edad, oficial de

órdenes de su padre el Mariscal, que a veces cumple misiones de riesgo; el coronel húngaro Francisco Wisner de Morgenstern, el coronel Thompson y el Dr. Stewart; Madame Lynch y otros dos de sus hijos, más pequeños. Se sentaron cuando lo hubo hecho el Mariscal. Por ley impuesta por Madama, en la mesa reina el buen humor y no se tratan temas desagradables. Se habla indistintamente en castellano y guaraní, incluso los extranjeros. A veces López se dirige en francés a su mujer. Alguien observa que Díaz luce una guerrera nueva, la cual, aunque no lo dice, no anda bien ajustada ni a su talle ni al uniforme de su grado. López lo mira, con sorpresa, se echa a reír y exclama:

-¡Nde chusco'itépa, José! ¡Qué elegante estás, José!

Los demás aprovechan para soltar la carcajada.

-Mis hijos me hicieron una guerrera nueva de uno mi poncho viejo

-replica Díaz, socarrón- ¡Que así ya andamos, señor!

El general José Díaz no le tiene miedo a nada, ni a nadie. [174]

- XII -

James Manlove tuvo ocasión de recordar que no hay nada tan aburrido como una batalla larga. El cañoneo había ido perdiendo intensidad hasta convertirse en un retumbo pausado y jadeante, como si un gigante ocioso se estuviera entreteniendo en golpear con una masa, entre bostezos, un enorme tambor. Por añadidura, el día era caluroso. Soplaban desde la mañana un enervante viento norte cargado de humedad. El viejo, su conocido, estaba de guardia, sentado en uno de los bancos, bajo el alero, dormitando. Serían las dos de la tarde cuando se oyó una inmensa y jubilosa gritería que empezando en el río invadió el campamento y se extendió a lo lejos por las líneas de trincheras. Sonaron cuernos y fanfarrias. Todas las bandas de música ejecutaron a un tiempo, cada cual la pieza favorita de su repertorio, entre los vítores de la tropa. El centinela abandonó su puesto y salió hasta el camino a averiguar lo que pasaba. Volvió gritando loco de contento. Sin que Manlove le preguntase, imitó con una mano algo que flota y se va a pique:

-¡Ygaratá! ¡Acorazado!

Como se maliciaba en el campo paraguayo, los planes del enemigo no se reducían al asalto frontal de la trinchera de Curuzú.

El «Río de Janeiro», la más moderna nave de la escuadra brasileña, ya desembarcados los heridos que sufrió en la jornada anterior, y reparadas las averías, volvió a remontar el río a la cabeza de otros cinco acorazados, para agregarse a los cuatro que ya estaban frente a la estacada de Curupayty y subir todos juntos a atacar directamente la fortaleza de Humaitá.

Al pasar a toda máquina frente a Curuzú, por el canal próximo al Chaco, el alférez Deogracias Lugo, que la víspera le había hecho dos agujeros en la proa y metido una bala por una portiñola con el ahora inutilizado cañón de a 68, volvió a acertarle dos balas de a 32 al tiempo

que el barco chocaba con uno de los torpedos del teniente coronel Mywskozki, y del cual seguramente el tráfuga Jaime Corvalán se olvidó de dar cuenta al enemigo. En contados minutos la gallarda nave se hundió en el río. Sólo quedaron sobresaliendo los palos mayores. [175] Un bote que llegó a recoger náufragos fue hecho pedazos por otro cañonazo. Al mismo tiempo, una bala brasileña agujereó la bandera que flameaba en la batería del teniente Gill. Sobre la marcha, el alférez Lugo, que manejaba el cañón como si fuera un rifle, replicó con un disparo que cortó el asta de bandera en la popa del acorazado que venía detrás del «Río de Janeiro». La Flota Imperial detuvo su avance, desistiendo del plan de atacar Humaitá. Las corazas que estaban frente a Curupayty también retrocedieron, recibiendo al pasar por Curuzú varios impactos cada una. Los artilleros de Gill estaban como inspirados y no erraban un tiro.

Manlove comprendió el júbilo de los paraguayos: acababa de probarse que los acorazados no son invulnerables. En el cuartel general de Paso Pucú hubo brindis con champaña. Se había alejado el peligro de un desembarco detrás de Curuzú. Al II ejército brasileño no le quedaban más opciones que embarcarse de nuevo o embestir de frente la trinchera paraguaya.

El general Porto Alegre, que ya tenía en tierra sus 10.000 hombres y estaba recibiendo certeros disparos desde la trinchera de Curuzú, se ve en apuros. Escribe al general Polidoro, comandante del I ejército brasileño, que se encuentra en Tuyutí:

«La posición en que me encuentro es mala. Puedo ser atacado por los flancos y la retaguardia El fuerte de Curuzú dista ocho cuadras de aquí. Su artillería nos alcanza. Juzgo indispensable que los ejércitos aliados de Tuyutí avancen para evitar que el enemigo destaque fuerzas contra nosotros...».

A media tarde apareció el teniente Gabriel Sosa. Antes de dirigirse a Manlove, habló con el centinela. Estaba muy cambiado. Llevaba quepis a la francesa, la misma blusa encarnada llena de remiendos, pantalones blancos de lonilla apretados por polainas de cuero de venado, y espuelas en los pies descalzos. Revólver en el cinto. La mano izquierda apretada en la empuñadura del sable, como para impedir que se le escapara de la vaina. Parecía muy contento. No así el viejo, que refunfuñaba en guaraní. Manlove esperaba que le diera alguna noticia de lo que estaba ocurriendo, pero Sosa se limitó a preguntarle si precisaba alguna cosa.

-Tengo lo necesario, gracias, señor Teniente.

Sosa sonrió: le divertía eso de «señor teniente», que Manlove pronunciaba atravesadamente en español, acaso por parecerle más solemne y respetuoso.

-No le veré unos días -dijo, también en castellano, para que entendiera el centinela-; don Melitón Gómez se hará cargo de usted, en calidad de guardia y asistente. No le comprometa: me ha prometido [176] cuidarle bien en mi ausencia a pesar de que está enojado conmigo porque no le llevo adonde voy, ¿ayépa, don Melitón?

-Upéicha, caraí -respondió, malhumorado.

Sosa apoyó afectuosamente una mano en el hombro del viejo:

-Tiene fatal puntería, y quiere matar unos cuantos cambá; pero, puede haber baile saltado y el pobre ya es algo lento.

El joven oficial parecía recargado de energías, ya no se le notaba el jadeo al hablar. Hizo la venia y dijo, de despedida:

-Be careful; mind what you do!

-Y usted también, querido amigo.

El teniente Gabriel Sosa se marchó con paso elástico. Manlove le vio alejarse con una mezcla de admiración y envidia.

Don Melitón Gómez se mudó esa misma tarde al rancho de Manlove, trayendo su hamaca y sus pocos efectos personales, pero no su fusil. Hablaba bien el español. Informó al prisionero que le había sido levantada la incomunicación, por lo que pasaba a ser un simple arrestado. Doña Severa ya no le traería la comida. Tendrían que cocinarla ellos mismos con la ración de provisiones que le correspondía por su grado de mayor, a compartir con su asistente. En lo demás, como de costumbre: no alejarse de la casa más de lo que le estaba permitido. Modesta, pero firmemente, don Melitón le dio a entender quién era el que mandaba allí. Manlove no supo si alegrarse o no. Se había vuelto desconfiado y cauteloso como los mismos paraguayos. Tal vez le querían poner a prueba. [177]

- XIII -

Manlove marcó el 3 de setiembre en el tronco del lapacho florecido, que ahora cubría de fresca sombra al rancho. Ya había comenzado el cañoneo. Poco después, se dio cuenta por el atolondrado estruendo de los cañones, el agitado estrépito de la fusilería y el eco de los gritos, que a unas tres millas al sudoeste se estaba produciendo ese fenómeno exaltado y luctuoso de hombres enloquecidos de miedo y de furor, embriagados con el frenesí de la batalla, que se mataban compelidos por fuerzas incontrastables.

Una hora después vio pasar por el camino un regimiento de caballería a medio galope. Hombres magníficos, hercúleos, con la expresión reconcentrada del veterano que marcha a la pelea en los rostros cetrinos, bajo el alto morrión de cuero con barbijo. Andrajosos, tercerola en bandolera, pistolón de chispa y enorme sable pendientes del cinto y el talabarte; la corta lanza en la mano nervuda, tintineantes en los talones desnudos las espuelas nazarenas.

Enseguida, una compacta columna de infantería erizada de bayonetas, que se desplazaba velozmente en perfecta formación. Luego, cañones ligeros arrastrados por jinetes mediante un lazo atado a la cureña y a la cincha de las cabalgaduras. Le causó asombro la celeridad y el orden con que se movían aquellas formaciones de desarrapados.

De pronto, cesó el cañoneo. Sólo se oyeron descargas de fusilería, tiroteos aislados, gritos que semejaban el rugido furioso y lastimero de la fiera herida. Después, el silencio. Bajaron hasta las voces de quienes pasaban por el camino apurando el paso, impacientes por llegar a cualquier parte. El rostro surcado de arrugas, noble y digno de don Melitón Gómez tenía el gesto concentrado, colérico. Nada dijo y Manlove nada preguntó:

sabía reconocer los signos de una derrota. Lo que no esperaba era sentirse tan hondamente solidario con estas gentes. Pasó el resto de la jornada abatido y ansioso.

A los lados del rancho de Manlove había otros igualmente habitados, a juzgar por las voces que se oían y el humo que se elevaba de ellos, apenas visibles a causa del tupido naranjal en el que se encontraban. Manlove había prestado escasa atención a sus vecinos, y se cuidaba muy bien de no dar muestras de curiosidad que llamaran la [178] atención de los guardias. Parecían distraídos, pero, cuando daba sus paseos, el prisionero sentía en la nuca sus miradas suspicaces.

Esa tarde, en su nueva condición de simple arrestado, y cediendo a la ansiedad que no le permitía estar quieto, extendió un poco más el radio de sus paseos en busca de naranjas maduras, que empezaban a escasear por lo avanzado de la estación. Llegó así hasta un arbusto que, por encontrarse a medio camino entre su propio rancho y el lindero, había permanecido a salvo de depredadores y estaba cargado de frutos. Valiéndose de un palo hizo caer algunos. Al agacharse a recogerlos vio algo que le dejó en suspenso.

En un pequeño claro, frente a una choza idéntica a la suya, apareció un individuo alto, de hermosa figura, que avanzaba torpemente, balanceándose con las piernas abiertas, sin flexionar las rodillas, sosteniendo con ambas manos el extremo de una huasca. Vestía camisa blanca de faldones sueltos, sobre calzoncillos largos de lienzo, al uso del país. La barba negra le llegaba hasta el pecho; los cabellos, cuidadosamente peinados, le caían sobre los hombros y dejaban al descubierto una amplia y despejada frente. Descalzo, le ceñían los tobillos aros de hierro, unidos por una pesada barra del mismo metal, en la que iba atado el otro extremo de la huasca. El preso se detuvo cabizbajo, sumido en meditaciones. Se había ocultado el sol, avanzaba el crepúsculo. Cantaban pájaros en el naranjal y cruzaban el cielo bandadas de aves migratorias. No se oía ni un disparo. Alzó la cabeza, abrió los brazos en actitud hierática. Permaneció así por largo tiempo. Luego, dijo en voz baja, pero clara y audible para Manlove, que le observaba agazapado a pocos pasos:

-¡Dios mío, salva a mi patria!

Manlove se alejó sin hacer ruido, avergonzado de haber sido testigo involuntario de un acto que pertenece a la más profunda intimidad de un hombre. [179]

- XIV -

Manlove se enteró de lo ocurrido en esos días de la manera más sencilla que cabe imaginar: leyendo en «El Semanario» del 7 de setiembre la crónica del corresponsal de guerra Natalicio Talavera, que describe el avance de la escuadra y la batalla de Curuzú de una manera vívida, franca e increíblemente veraz, como puede comprobarse mediante el cotejo con otros documentos del mes más documentado de la historia del Paraguay.

Aquel setiembre memorable es recordado en sus «Memorias» por testigos y protagonistas de uno y otro bando, directos e indirectos; no hay historiador paraguayo, brasileño o rioplatense que no le haya dedicado por

lo menos un opúsculo; el Dr. Faustino Benítez hablaba de aquel mes como si lo hubiera vivido.

En los titulares de todos los periódicos de América y Europa aparecen nombres raros, que muy pocos suscriptores pueden pronunciar correctamente: «Curuzú», «Humaitá», «Yatayty-corá»... «¡CURUPAYTY!»...

El nombre del Paraguay resuena en el mundo con acentos de gloria y de heroísmo.

Se producen bajas en la Bolsa de Londres y París, alzas en la de Nueva York; quiebras en Río de Janeiro, Buenos Aires y Montevideo; revoluciones en las provincias argentinas; tensas reuniones de ministros; interpelaciones en los parlamentos se reciben informes confidenciales en el Quaid'Orsay, el Foreign Office, el Departamento de Estado, en los que se afirma que el Paraguay no puede ser vencido.

Solitario, obsequioso, pedante, perseverante, cargoso y orgulloso, sin un franco en el bolsillo, el capitán Gregorio Benites aprovecha para insistir, sin esperar instrucciones de su gobierno, en una mediación internacional que pusiera fin a la guerra.

Mientras tanto, el Encargado de Negocios Cándido Bareiro dormita en su despacho de la Legación paraguaya en París. Se desentiende del asunto. Mezquina fondos al secretario Benites para una campaña que considera de antemano condenada al fracaso. El ilustre argentino Juan Bautista Alberdi, que ha abrazado la causa paraguaya porque la cree de la democracia en América, pierde la paciencia y declara sin ambages que Bareiro es un traidor. Bareiro ni se defiende [180] ni se inmuta. No le entran balas. Posee el genio de la pasividad: obra no haciendo nada. Nadie, salvo René Tibour, ha penetrado en el alma de aquel hombre, que podía verse en su retrato pero no expresarse con palabras.

La batalla de Curuzú fue un prólogo lamentable de tan grandes sucesos; y sus efectos, paradójicos. Las derivaciones de los hechos son tan imprevisibles, tan caprichoso su encadenamiento, que tal vez resulte vana esta indagación en las alternativas de la Historia.

En la trinchera de Curuzú todo está preparado para rechazar al enemigo, que literalmente ha sido obligado a meterse en un callejón sin salida.

La trinchera de Curuzú sólo tiene quinientos metros de largo. La derecha se apoya en el río Paraguay; la izquierda en una laguna que se supone invadible, y en marjales y tembladerales que se extienden hasta cerca de Tuyutí y por los cuales toda maniobra es imposible.

Defienden el centro y la derecha los aguerridos batallones 4 y 27, tropa veterana, absolutamente de fiar, que luce en sus harapos medallas de Estero Bellaco, Tuyutí, Tatayty-corá, Sauce-Boquerón.

A la izquierda, sobre la laguna, está el batallón 10, que ha estado de guarnición casi dos años en Corumbá, ciudad brasileña ocupada por los paraguayos desde el principio de la guerra. El batallón 10 no ha participado en grandes batallas, pero sus soldados son magníficos ejemplares de hombre, de la primera movilización, y están armados con modernos fusiles de fulminante. Se les ha puesto en ese sitio en reemplazo

del regimiento de caballería desmontado del capitán Blas Montiel, uno de «Los Montieles», toda una garantía, pues no hay uno de esa familia que no se haya distinguido entre los bravos y los talentosos combatientes. Los sableadores de Montiel van a reforzar la batería costera del teniente Gill, que se supone será objeto de furiosos ataques por haber hundido la víspera el acorazado «Río de Janeiro», orgullo de la escuadra brasileña, y en previsión de una tentativa de desembarco. Diez cañones sabiamente emplazados sobre plataformas, apuntan a un campo de tiro perfectamente llano de ochocientos metros de fondo.

Mandan en jefe el teniente coronel Manuel Giménez, Cala'á, y el mayor Albertano Zayas, su segundo. Ambos son reputados añambaracá, instrumentos del diablo.

Los 2.500 defensores de la trinchera de Curuzú saben que son más que suficientes para masacrar a 10.000 cambá desde tan excelente posición.

[181]

La tarde anterior el general Díaz les ha mandado la banda Para'í, la mejor del ejército, para que celebren el hundimiento del acorazado brasileño. Han venido mujeres, al mando de sus sargentas, para acompañarles en el baile, que dura hasta bien entrada la noche. Luego, se retiran banda y mujerío camino a Curupayty, dos quilómetros a retaguardia. Marchan cantando a coro a la luz de las estrellas:

¡Sólo sé una letra, Juanita,
Solamente a'aaa...!

A las seis de la mañana, la infantería del II ejército brasileño forma en tres compactas columnas en el extremo opuesto de la pista.

Los paraguayos lanzan gritos de admiración.

Los brasileños despliegan una sinfonía de colores sobre el campo verde, el sol naciente a la derecha, el río azul a la izquierda. En las bombachas, en las casacas, en las bocamangas, en los quepis, cantan y se corresponden, en ardiente contrapunto, los rojos, los azules, los amarillos, los blancos, los oros, los carmesíes. Aquí pantalones de pasada albura; allí calzones azules; en otra parte bombachas a cuadros blancos y negros. Y variedad de líneas. Cada batallón, un diferente uniforme. Allá están los Tremeterras, que hacen temblar la tierra cuando marchan en columna cerrada o cargan a la bayoneta; los arranca-toco, descalzos, así llamados, porque, según ellos, nada resiste sus ataques. Algo alejados, de espaldas a un bosquecillo, están el batallón de infantería 34 y los jinetes de la Brigada Ligera, con banderines y colorinches, listos para irrumpir como una tromba por la primera brecha que logren abrir los infantes en la trinchera. El Brasil, vital, maravilloso, despliega su esplendor en homenaje a la muerte.

El general Porto Alegre, al galopín, acompañado de su séquito, revista las formaciones, que le vitorean. Los paraguayos le saludan con tres cañonazos que, por poco, no dan en el blanco.

Los artilleros están afinando puntería. Hacen estragos en los cuadros, que permanecen inmóviles mientras la escuadra bombardea inútilmente la trinchera con tiros por elevación. Esto parece decidirles. Suenan toques de clarín, vivas al Brasil y al emperador Pedro II. Las columnas avanzan a paso redoblado, al son de pífanos y tamboriles.

Los paraguayos se asombran, les admiran. Ellos jamás atacarían de manera tan corajuda. Se deslizarían como serpientes al abrigo de la noche, vadearían sin ser sentidos los esteros y la laguna, para levantarse y caer de súbito sobre el enemigo sin darle tiempo de hacer una descarga.

Resuena en la trinchera un grito unánime:

-¡Jho los cambá, la añamemby! ¡Ah los negros, hijos de la diabla!

[182]

Curiosamente aquellos hombres que se matan con una saña terrible, no se odian; no se odiarán nunca, ni durante ni después de la guerra.

Los cañones abren brechas, que se cierran de inmediato. Cuando están a cien pasos reciben la primera descarga de fusilería. Entonces los cambá se lanzan a la carrera, gritando como energúmenos. Los defensores saben hacer su trabajo, y lo hacen a conciencia. Mientras una mitad dispara, la otra carga sus fusiles de chispa con los famosos doce movimientos. Los rifleros intercalados, mucho más veloces, eligen sus blancos, concienzudos, y tiran a discreción.

El foso y los parapetos detienen a los atacantes. Los cañones los destrozan a metrallazos, los infantes con tiros a quemarropa y bombas de mano. Los que logran pasar la zanja y escalar el parapeto son muertos a bayonetazos o golpes de culata. Otros se baten a tiros desde tres o cuatro metros, profiriendo terribles improperios, fusilándose poseídos de ciego furor. El humo y el olor acre de la pólvora enloquecen. Los heridos, en el foso, lanzan gritos desgarradores; son aplastados por los muertos, pisoteados por los vivos. La brutalidad insensata, bestial, de la guerra ha llegado al paroxismo.

Entre los atacantes se producen hacinamientos, remolinos, se estorban unos a otros; los que vienen atrás empujan a los de adelante; forcejean con los que quieren escapar de aquel infierno; los oficiales arrean a planazos a los remisos.

Al cabo de una hora de atroz carnicería son más los que huyen que los que combaten. En el centro y la derecha los brasileños comienzan a recular, masacrados por devastadores tiros de metralla de la artillería y fusilados sin piedad por los infantes, que ya lanzan gritos de victoria.

El general Porto Alegre, viendo que el ataque frontal estaba siendo rechazado, ordena que el batallón 34, guiado por el jefe de la Brigada Ligera y apoyado por tres cuerpos de jinetes de la misma, busque atravesar el estero y la laguna detrás de la izquierda paraguaya. Encuentran que la laguna es vadeable por un estrecho paso y se precipitan velozmente por él, apareciendo de súbito a espaldas del batallón N° 10.

Entonces se produce lo inesperado, lo imprevisible, lo que no tiene precedentes: el batallón 10 se da a la fuga.

Ya sin obstáculos, infantes y jinetes brasileños los persiguen un corto trecho y se vuelven para atacar por la retaguardia a los que defienden las posiciones fortificadas.

Pero aquí se encuentran con sus padres. Los batallones 4 y 27 y los sableadores de Blas Montiel no pierden la cabeza. Abandonan en orden la trinchera. Maniobran rápidamente. Forman cuadros grandes [183] o pequeños que se apoyan mutuamente, ponen en el centro a los heridos e inician la retirada hacia Curupayty. No se precisan órdenes, cada uno sabe lo que tiene que hacer. El telegrafista avisa lo que ocurre al cuartel general.

López, contra su costumbre, llama a gritos al capitán Caballero, que está al mando de la caballería de reserva:

-¡Ve al galope a Curupayty, sucumbe si es necesario, pero no des un paso atrás! Díaz te alcanzará con la infantería.

Son las tropas que Manlove ha visto pasar aquella mañana por el camino, frente a su rancho.

La Brigada Ligera y el batallón 34 tratan de cerrar el paso a los paraguayos que se retiran de Curuzú, mientras otros batallones, que han tomado la trinchera, acuden a la carrera para aniquilarlos por la espalda.

Se producen furiosos choques a arma blanca, pero muy pocos entreveros. Los paraguayos mantienen la cohesión en medio del caos. No pelean individualmente, sino en grupos. Ceñudos y silenciosos, en cada atropellada ganan terreno. No abandonan a los heridos. Una parte hace fuego, se lanza impetuosa a la bayoneta; dos o tres hombres caen juntos sobre un enemigo, lo aniquilan y pasan al próximo; otra parte hace lo mismo, mientras la primera toma aliento y recarga; los rifleros tiran a discreción, sin perder una bala. Y así, como un rodillo. Su serenidad es pasmosa. La Brigada Ligera se lanza una y otra vez a la carga tratando de romper aquellos anillos de hierro. Entonces se divisa una polvareda en el norte. Avanza como un bólido empujado por el viento; se oye el golpetear de los cascos y los gritos de arreo de la caballería paraguaya. Los brasileños se dan por bien servidos y se repliegan apresuradamente a la posición conquistada.

Allí se sigue combatiendo. Algunos rezagados, heridos en su mayor parte, se defienden en los vericuetos de las trincheras, en los terrados de las baterías. Hacen volar un polvorín. Se les amenaza, se les ofrece cuartel, se les suplica, se les ruega, pero se niegan a rendirse. Hay que acabar con ellos uno a uno. Al cabo de dos horas los brasileños terminan la limpieza. Han capturado treinta prisioneros malheridos, a quienes tratan con solicitud, como a camaradas en desgracia.

Los defensores de Curuzú llegan furiosos a Curupayty; a los grupos principales se van agregando los dispersos. Entregan los heridos a practicantes y mujeres. Parten camilleros protegidos por gente armada en busca de sobrevivientes. Encuentran al capitán Montiel, que ha venido arrastrándose, acribillado de heridas, desde la trinchera [184] de Curuzú. Traen también algunos heridos brasileños. No es con ellos la rabia. Los fugitivos del batallón 10 son insultados, golpeados; las mujeres les escupen, los niños les tiran bostas. El general Díaz ordena que se les encierre en un corral para terneros.

El corresponsal Natalicio Talavera termina su crónica con estos párrafos:

«No creo deber ocultar este ingrato incidente que ha hecho estallar la indignación en todo el ejército contra el batallón 10, que ha escandalizado a todos, siendo el primer caso de esta naturaleza que se hubiese producido en los muchos y siempre brillantes hechos de armas en que se ha sabido respetar nuestro valor.

Muchos cuerpos, y especialmente la caballería que había sido

desalojada del puesto para ceder al N° 10, han hecho pedir a Su Excelencia el señor presidente para reconquistar el puesto, respondiendo del buen resultado, pero no siendo punto estratégico principal para las operaciones, Su Excelencia no ha querido acceder a este pedido, diciéndoles que fueran a esperar a los enemigos en las trincheras de Curupayty».

Con la caída de Curuzú el ejército paraguayo se veía en una situación hartamente comprometida.

-Las cosas no pueden tener un aspecto más diabólico -comenta el Mariscal.

Cuando el general Díaz se presentó a rendir su informe, López le hizo duros reproches, recordándole que había garantizado el éxito de la defensa.

-No se puede hacer nada, señor, si los soldados, en vez de pelear, salen corriendo -respondió el general Díaz.

Tenía razón: era un hecho sin precedentes, y por tanto imprevisible. Era preciso evitar que se repitiera. Refiere el coronel Juan Crisóstomo Centurión:

-Después de un juicio sumario se dispuso que se diezmará el Batallón 10, y que los comandantes en jefe de Curuzú, el coronel Manuel Giménez y el mayor Albertano Zayas hicieron en los cuerpos que guarnecían Curupayty servicio en clase de sargentos. Diezmado que fue el batallón, todos aquellos a quienes había tocado el número 10 fueron pasados por las armas en presencia de toda la división. Los oficiales fueron sorteados por medio de pajas largas y cortas: los que sacaban largas eran inmediatamente fusilados. Los que escaparon fueron degradados a la clase de tropas y todo el personal del batallón, que fue distribuido en los otros que componían la guarnición, quedando [185] así borrado del Ejército el batallón 10 para escarmiento propio y ejemplo moral de los demás.

Se sabe que el Mariscal le dijo a Madame Lynch aquella noche:

-¡Dios me perdone, Ela, esta sangre inocente!

Sería la primera vez, más no la última, que pronunciaría aquella frase. [186]

- XV -

Manlove se llevaba muy bien con don Melitón Gómez, modelo de discreción. Cumplía sus funciones con tanta dignidad que hubiera sido un grave error tratarle como a un sirviente.

El viejo no había participado en las grandes batallas, pero sí hecho servicio de avanzadas en el sector del Sauce que los brasileños llamaban Línea Negra por la cantidad de víctimas que los certeros disparos de los francotiradores paraguayos ocasionaban en sus filas. Don Melitón fue retirado del frente contra su voluntad a la llegada de los fríos, a causa del reumatismo, para que se tomara un descanso cumpliendo en retaguardia servicios aliviados. Manlove le preguntó si había matado muchos negros. Don Melitón respondió con el silencio.

Tenía dos hijos que eran también soldados; otros dos habían muerto en combate. El quinto, aún pequeño, iba a la escuela. Se incorporaría al

ejército cuando fuera capaz de desenvainar un sable de un tirón, como había hecho el teniente Panchito, hijo del caraí guasú, del gran señor en sentido moral, como don Melitón llamaba a López.

Don Melitón era pobre: marcaba menos de diez cabezas de ganado al año, por lo que estaba exento de pagar impuestos y hacer contribuciones de guerra. Su mujer y sus hijas cuidaban de la chacra y de los animalitos. Habían venido a verle en dos ocasiones, pero él, lo mismo que el caraí, no había vuelto a su valle desde que acudió a defender la patria. Recibía cartas y encomiendas con cierta regularidad, por los vapores que diariamente bajaban de Asunción hasta Humaitá. Cobraba siete pesos al mes, mitad en metálico, mitad en papel moneda. Gastaba en vicios los billetes y ahorraba el resto.

Manlove no espiaba a su vecino; pero, cuando hacía sus habituales paseos por el naranjal, solía verlo sentado bajo el alero de su rancho, leyendo un libro; o cargando penosamente sus grillos por el patio.

El 8 de setiembre, al día siguiente de haber leído en «El Semanario» la crónica de la batalla de Curuzú, Manlove observó que se iniciaba en el campamento paraguayo una intensa actividad. [187]

Pasaban rechinando por el camino grandes carretas que ocultaban la carga bajo toldos de cuero, y cañones de grueso calibre arrastrados por varias yuntas de bueyes. Todos en dirección al río. Supuso que eran preparativos para una gran batalla en la que se pondrían en juego la totalidad de los recursos de los contendientes.

Se producían a menudo cañoneos y descargas de fusilería, de diverso grado de intensidad, en distintas direcciones, a lo largo del frente. Sin duda era tanteos y reconocimientos. No había centinelas visibles, pero sí patrullas que aparecían de improviso, como brotadas de los naranjos, y volvían a desaparecer como por arte de magia. La celeridad y el sigilo con que se movían le causaba admiración. De noche se oían silbidos, chistidos, voces de alerta de los guardias ocultos, agazapados. Sería imposible dar un paso sin ser descubierto.

Se enteraría más adelante que los brasileños suspendieron su avance después de haber tomado Curuzú, a la espera de refuerzos. El tiempo estaba siendo aprovechado por los paraguayos para hacer de Curupayty una posición inexpugnable.

La madrugada del 8 de setiembre el Mariscal López reunió a los jefes superiores en el cuartel general para discutir sobre el plano del proyecto de fortificaciones presentado por el coronel ingeniero Francisco Wisner de Morgenstern. Todos lo aprobaron, menos el general Díaz.

-Está bien en el papel -dijo-, pero eso no atajará a los negros.

El Mariscal le autorizó a seguir su inspiración, pero asumiendo toda la responsabilidad.

Los trabajos comenzaron de inmediato. Cinco mil hombres, entre los que se contaban los batallones 4 y 27 que habían defendido Curuzú, se empeñaron día y noche, en turnos de 8 horas de trabajo por 8 de descanso, en una tarea ciclópea de la que resultaría una obra maestra, concluida en menos de dos semanas.

Continuaban los tiroteos aislados y los esporádicos bombardeos de la escuadra y de las baterías de Tuyutí. Hasta que un día cesaron por completo. No se oía un disparo en todo el frente. Don Melitón nada

explicó, y Manlove, fiel a su consigna, nada preguntó.

Al cuarto día de calma reapareció el teniente Gabriel Sosa, elegantemente vestido con un uniforme azul a la francesa, calzando botas relucientes, y con galones de capitán. Fueron tan grandes la sorpresa y la alegría de Manlove que tuvo que contenerse para no darle un abrazo.

-¿Qué tal, querido amigo? -le dijo el teniente Sosa, tendiéndole la mano-. ¿Cómo le trataron en mi ausencia? ¿Se le ve más gordo y rozagante!

Manlove reía de contento. [188]

Supongo que se olvidaron de mí.

No lo crea, mi amigo, aquí no se olvidan de nadie.

Sosa hablaba sin la cautela habitual, pero se limitó a sonreír cuando Manlove le felicitó por el ascenso y le preguntó cómo lo había ganado.

-Supongo que se ha aburrido, ¿le trajo los diarios don Melitón? ¿Sí? ¡Pues me alegro! ¿Cómo va su español?

-Mi leer bien; but hablar mucho poco...

-¡Le felicito! Vamos a dar un paseo, quiero contarle algunas cosas.

Mientras caminaban a la sombra del naranjal, Sosa le dijo que López había escrito a Mitre invitándole a una entrevista a realizarse entre ambas líneas. Al entrar en el campamento de Tuyutí, el portador de la nota del Mariscal fue rodeado por una multitud de soldados que le daban muestras de simpatía y pedían la paz a gritos. Le atajaban de las riendas y los estribos preguntándole cuándo acabaría la maldita guerra. A duras penas los oficiales consiguieron alejarlos. Mitre aceptó la invitación, proponiendo que la entrevista se realizara el 12 de setiembre en Yatayty-corá.

-Me llamaron de Curupayty para que integrase la comitiva del Mariscal. De algún modo me agenciaron este uniforme para que estuviese presentable... Espero que me lo dejen de regalo y me confirmen en el grado de su difunto propietario original.

Mentía en lo último. Gabriel Sosa fue ascendido por haber salvado la mayor parte de su gente durante la retirada de Curuzú. Al llegar a Curupayty cayó vomitando sangre: se le había abierto de nuevo la herida del pulmón. Le indicaron reposo absoluto; pero, antes de que transcurriera una semana tuvo que levantarse porque fue uno de los oficiales cuidadosamente elegidos por López para que le acompañasen. Los paraguayos usaban sistemáticamente los parlamentos para pulsar el ánimo de los aliados y enterarse de noticias frescas. Esta vez tendrían que tratar con la flor y nata de la oficialidad porteña.

Mientras sus respectivas escoltas confraternizaban libremente formando pequeños grupos, López y Mitre, algo apartados del resto, a la sombra de un árbol, conversaron amigablemente durante cinco horas. De lo tratado se supo únicamente que López propuso dar por lavados mutuos agravios y buscar la manera de hacer la paz. Mitre respondió que no tenía atribuciones para decidir por sí mismo, y prometió dar una respuesta después de haber consultado con los gobiernos aliados. Entre tanto, advirtió, proseguirían con todo vigor las operaciones militares. [189]

Una gran ilusión se extendió en ambos ejércitos. Regía desde entonces una tregua no pactada. Sencillamente los soldados habían dejado de agredirse. Se visitaban en sus respectivas posiciones, tomaban mate juntos, intercambiaban regalos.

-¿Cree usted que acabará la guerra? -preguntó Manlove.

El capitán Sosa se encogió de hombros y cambió de tema:

-El mayor Lucio Mansilla me preguntó de usted. Claro que le dije que no le conocía. No obstante, al despedirnos con un fuerte abrazo, me dijo al oído: «saludos a Jaimito el Amoroso»... ¡No me diga que esos pícaros le pusieron ese apodo!

-¡Son unos diablos! ¿Cómo está Lucio?

-Con ganas de irse a su casa, como todos nosotros. Me dijo que esta guerra ya no tiene sentido para los argentinos desde que nos retiramos de Corrientes.

-¿Y para los paraguayos?

-Mientras nos sigan atacando, tendremos que defendernos... ¿Cómo anda de salud?

-No muy bien -respondió Manlove, poniendo cara de enfermo-, sufro mucho del estómago... ¿Me haría el favor de avisarle al Dr. Stewart?

-Lo haré con mucho gusto -respondió el capitán Sosa, sonriendo astutamente-, aunque no creo que el Dr. Stewart pueda atenderle ahora. Pero no se aflija: vendré a verle esta noche, después de cenar, y le traeré una medicina.

Se detuvieron a la altura del rancho del vecino de Manlove.

-El Mariscal López me ha autorizado a informarle, confidencialmente, que está en camino una cañonera norteamericana con orden, si es preciso, de forzar el bloqueo a cañonazos y traer al Paraguay al ministro Washburn.

Observó el efecto de sus palabras. Manlove procuró mostrarse impasible. Sosa se echó a reír y agregó jocosamente:

-El almirante Tamandaré ha amenazado formalmente hundir la cañonera. Si tal cosa ocurre, los Estados Unidos y el Paraguay acabaran esta guerra como aliados.

-¡Sería estupendo!

-En el cuartel general hay quienes especulan con esta posibilidad. ¿Cómo no hacerse ilusiones cuando se está desesperado? Sin embargo, el almirante Tamandaré, como todos los macacos, es fanfarrón pero no estúpido. Si le fallan los gritos, pondrá violín en bolsa... Al revés de lo que haríamos los paraguayos, para desgracia nuestra... ¡Hasta luego, mi amigo!

El capitán Sosa se internó en el naranjal, en dirección al rancho del preso engrillado. [190]

- XVI -

El capitán Gabriel Sosa volvió esa noche, como había prometido. Trajo una botella de caña.

-Aquí está la medicina de que le hablé -dijo, con su cordialidad habitual-. Si me permite, la beberemos juntos, que también es un remedio para mis males.

Se sentaron frente al rancho, bajo el cielo estrellado. Hacía calor. Bebieron del mismo vaso, a la paraguaya. Manlove, que no había probado un trago desde que se le acabaron las dos botellas que le enviara Madame Lynch, se sintió revivir.

La noticia de que pronto llegaría Mr. Washburn, quien podría informar al gobierno paraguayo acerca de los antecedentes de su compatriota, renovó las esperanzas de Manlove de realizar el proyecto de corsarios antes de que fuera demasiado tarde para salvar al Paraguay. Le dijo a Sosa que había sentido primero respeto, después admiración y por último sincero afecto por los paraguayos. Deseaba ayudarles más allá de sus personales intereses. Si confiaban en él podría prestar grandes servicios. Manlove parecía un niño grande cuando se entusiasmaba.

Gabriel Sosa le escuchaba complacido. A diferencia de otros, que sólo vieron aspectos externos de la personalidad de Manlove, Sosa había percibido el talento, la energía, la intrepidez y la generosidad. Como le dijo a López, que le encargó que lo estudiara, el gringo tenía sustancia y era un hombre de honor.

-Por si le sirve de algo, le diré que creo su proyecto realizable, confío en usted y en su capacidad de llevarlo a cabo.

Manlove habló de su infancia y adolescencia en Maryland; de las grandes batallas de la guerra civil en las que participó. Sosa le contó a su vez que había estudiado leyes en Inglaterra, becado por el gobierno. Sus condiscípulos británicos le hicieron objeto de crueles burlas hasta que les demostró que también los paraguayos saben usar los puños. Se hizo de excelentes amigos. Le invitaban a sus casas, a pasar fines de semana en las fincas de sus padres, a reuniones de sociedad. Conoció a Dorothy Young, se enamoró de ella, se comprometieron para casarse. Dorothy es alegre, independiente, intrépida como un [191] húsar y bella como un ángel. La madre de Dorothy es irlandesa. Son conocidos de Madame Lynch.

En tanto bajaba el contenido de la botella, iban en aumento las confidencias.

-Dorothy fue para mí un continuo sobresalto. La dicha de amarla, el miedo de perderla. Se me antojaba que era un sueño. Temía despertar y pasarme el resto de la vida buscándola sin poder hallarla nunca, puesto que no existía, y sin poder ya dormirme para soñarla de nuevo. Pensábamos casarnos en cuanto terminase mis estudios, y venir al Paraguay. Nuestro futuro estaba asegurado. Yo no poseía bienes, pero sí un empleo en el gobierno que me permitiría trabajar por el adelanto de la nación más progresista de América. Comprobaba en mis lecturas que aquí habían sido puestas en práctica doctrinas sociales que todavía estaban en discusión en Europa. Al menos, era lo que yo creía con el candor y el entusiasmo de la juventud. A Dorothy le encantaba la idea de vivir en los trópicos, en un país que yo pintaba como un paraíso terrenal... ¡Y a fe que no mentía, amigo Manlove, a fe que no mentía!

Bebió otro trago y continuó:

-Llegó entonces la noticia de que estábamos en guerra con el Brasil. Me despedí de Dorothy con la promesa de regresar a buscarla cuando se hiciera la paz. Pensaba que tardaría en hacerlo algunos meses, un año a lo sumo. Llegué a Asunción con el último barco que arribó de Buenos Aires antes de que el Paraguay declarase la guerra también a la Argentina.

-¿Le habían llamado?

-No, al contrario. El Encargado de Negocios Cándido Bareiro no quiso dejarme venir y se negó a darme dinero para el pasaje. Me lo prestó de su peculio el capitán Gregorio Benites, secretario de la Legación paraguaya

en París.

Manlove no le dijo que conocía a los nombrados personajes, tanto por no interrumpirle como porque había omitido mencionar la visita a la Legación en los memoriales que escribió a su llegada a Paso Pucú.

-¿Por qué vino entonces, si no estaba obligado?

-¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

-¡Tiene razón!

-¡Nadie creyó que la guerra sería tan larga, tan encarnizada, tan terrible!

-Lo mismo nos ocurrió a nosotros, los del sur.

-La guerra es un monstruo al que no conviene despertar. No se sabe su apetito. Por sólidas que sean las razones, nobles las intenciones, [192] justa la causa, quien comete la temeridad de hacerlo cae en la trampa del diablo y merece la derrota.

Manlove tuvo un sobresalto. Sosa estaba perdiendo los estribos.

-Sé lo que está pensando: que el Paraguay inició la guerra. Esa es la verdad, mal que nos pese. No dudo que el presidente López hizo lo que creyó mejor para el país. No le puedo asegurar si estuvo equivocado o no. Es muy probable que la guerra estallara de todos modos. Es cierto que la alianza de nuestros enemigos estaba pactada de antemano, con el definido propósito de destruir a nuestra patria. Tal vez la única posibilidad de salvarnos estaba en el intento de golpear primero. Sin embargo, hubo un momento en que López tuvo que decidir, y eligió la alternativa de empezar la guerra. Los culpables son muchos, pero él asumió la responsabilidad. ¡Él es El Responsable! Por siempre jamás los paraguayos estarán en el derecho de pedirle cuentas.

Sosa jadeaba al hablar como si se le hubiera abierto de nuevo la herida en el pulmón:

-Estamos bloqueados, sin más recursos que los nuestros, enfrentando a las dos terceras partes de un continente, a un enemigo que tiene acceso a todos los recursos del mundo y al dinero para adquirirlos...

Sosa se detuvo de nuevo. Se hizo una pausa penosa.

-¿Cree usted que la guerra durará mucho todavía?

-El Mariscal López ha hecho una propuesta para llegar a un acuerdo honorable con los aliados. Veremos qué resulta. Oiga usted el silencio. Entre los cien mil hombres empantanados en estos esteros malditos, no hay uno solo que quiera seguir combatiendo. Padecemos el mismo infortunio. No nos odiamos. Muchos de nosotros daríamos la vida sin vacilar a cambio de que cesara la matanza. Y ninguno tiene poder para hacerlo. Es más, creo que nadie tiene poder para hacerlo. Tendremos que seguir asesinandonos hasta que Dios o el diablo digan basta.

El cielo estaba clareando. Gabriel Sosa dijo con la voz cargada de amargura:

-Hasta nuestras victorias son trágicas, prolongan nuestra agonía. Se valen de nuestro coraje para destruir al Paraguay. Saben que jamás nos rendiremos.

-¿Usted tampoco?

-Yo tampoco.

-¿Por qué?

-¡To be or to be nothing, that is the question!... ¿Sabe que una vez

hice un Hamlet sensacional? El público entusiasmado aseguró que nunca había visto nada parecido. ¡Un Hamlet paraguayo! Lo [193] interpreté a mi manera, dándole otro sentido a las palabras. Dorothy hizo una Ofelia que recordaba a Porcia... ¡Una extraña pareja!

Soltó una risa triste.

-En verdad, amigo mío, no lo sé. Si le dijera que me arrepiento de haber dejado a Dorothy, cuando creía que ella era lo que más amaba en el mundo, le mentiría. Estoy donde debo estar. No hay otro espacio en el mundo para mí.

Rió entre dientes.

-¿Sabe por qué vine a verle esta noche? Apenas le conozco; no tengo la certeza de que pueda comprenderme; o que me delate o se le escape alguna indiscreción, fatal para mí. Sentía necesidad de decir algunas cosas que jamás confiaría al más leal de mis camaradas de armas, aunque sé que hay entre ellos muchos que piensan como yo. Si les insinuara solamente lo que estoy diciendo ahora, mi vida valdría menos que este trago de caña. Pero no es el miedo de perderme lo que me impide hablar, sino el miedo de que me impidan seguir combatiendo.

-¿Cómo es posible?

-Este es el único ejército del mundo que castiga al soldado prohibiéndole pelear. Si caen prisioneros, malamente heridos, porque de lo contrario no se rinden, en cuanto pueden hacerlo escapan y regresan para seguir peleando. Conozco hombres que han vuelto desde el Brasil, desde Montevideo, desde Buenos Aires. ¿Por qué lo hacen? Trataré de explicarlo. Esta mañana, después de dejarle a usted, fui a visitar a su vecino. Es el presbítero Fidel Maíz, uno de los hombres más inteligentes e instruidos del Paraguay. Carga grillos desde hace cuatro años por haber sugerido que era necesaria una nueva constitución que pusiera al presidente de la república «en la feliz imposibilidad de obrar el mal». Hablamos con la más descarada hipocresía, a sabiendas de que ambos estábamos fingiendo. Me dijo que estaba profunda y sinceramente arrepentido de sus pasados errores políticos. Declamó su fervorosa adhesión a López e hizo su apología en términos repugnantes. Le comparó con Judas Macabeo. Le atribuyó sacrílegamente atributos de la Divinidad. Podría pensarse que está cansado de los grillos o teme por su vida. La cosa no es tan simple. Lo que pasa es que no quiere estar ausente de esta lucha tremenda en la que está en juego, más que la existencia de una nación, la esencia del espíritu de un pueblo; más que su ser, su razón de ser, que acaso es un absurdo, un disparate que sólo tiene sentido para los paraguayos. Es lo que no comprende, lo que no comprenderá jamás el enemigo, que se estrella contra lo imponderable. Pues bien, amigo Manlove, para participar en esta lucha es preciso seguir incondicionalmente al Mariscal. Seguirle hasta las últimas consecuencias; o, si lo prefiere, [194] hasta el límite de su locura. Para bien y para mal López es lo que somos los paraguayos. Es preciso resistir, y Él resistirá. Nos obligará a continuar resistiendo cuando se agoten nuestras fuerzas y flaquee nuestro espíritu. No podemos permitirnos un gesto, una palabra pronunciada en sueños contra el Mariscal, porque con ello se debilitaría la voluntad de resistencia que en él se encarna. Si es preciso hemos de cerrar los ojos a toda evidencia, como nuestros muchachos cuando contemplan al ejército invasor desplegado

en batalla y le amenazan con rebenques guaireños, le disparan bodoques y hacen sonar turututúes. La verdad es un lujo que no podemos permitirnos. Lo saben Solano López y Melitón Gómez. Pero no lo dicen. Que cada cual cargue su cruz, sus pecados y sus dudas; en silencio. Le digo estas cosas porque yo también quise hacer uso de la tregua; pero, si me las dijera mi hermano lo mandaría fusilar.

Manlove, impresionado y conmovido, cedió al tonto deseo de consolarle:

-Estuve en una guerra, en el bando del vencido. Cuando acabó, quise pegarme un tiro. Y aquí me tiene usted, en la situación más increíble. La vida no se acaba, querido capitán. Espero que cuando la guerra termine vuelva a los brazos de Dorothy.

-¡Ah Dorothy! ¡No sabe lo que dice! Para ella sólo existe el presente. Es demasiado inquieta y vital para esperar a nadie mucho tiempo. Aunque salga vivo de este infierno, cosa harto improbable, nunca la volveré a ver.

Estaba amaneciendo. De pronto, retumbaron cañonazos disparados desde Tuyutí. El capitán Sosa se puso de pie, trastabillando.

-¡Oiga usted, ha empezado de nuevo! ¡Hasta la vista, amigo Manlove!

Dio unos pasos inseguros; enseguida se enderezó y echó a andar resueltamente hacia el camino.

El general uruguayo Venancio Flores había enviado a los trásfugas Recalde, Ruiz y Surián para que, aprovechando la tregua, visitaran esa noche a sus compatriotas y les indujeran a la desertión. Ruiz y Surián fueron apresados; Recalde logró escapar. Otros oficiales y soldados de la Alianza, que también estaban de visita, se alarmaron. Se les dijo que estuvieran tranquilos, que la cosa no era con ellos. Al enterarse de lo ocurrido a sus comisionados, el general Flores mandó cañonear la posición paraguaya. La tregua había terminado. A partir de ese momento millares de infelices reanudaron la monstruosa rutina de atormentarse unos a otros.

[195]

- XVII -

En Curuzú, por primera vez, desde que se inició la guerra, había sido tomada por asalto una posición paraguaya. El comando enemigo exageró la significación de este hecho. Los jefes de la Alianza estaban convencidos de que una victoria decisiva estaba al alcance de la mano; pero, no lograban ponerse de acuerdo sobre cuál de ellos coronaría su frente de laureles. Perdieron un tiempo precioso en cabildeos, intrigas, juntas interminables, intercambios de notas; en mezquinas disputas por el mando entre el general Porto Alegre y el almirante Tamandaré, por un lado, y el general Mitre, por el otro. Se impuso Mitre. Se concentraron más de 20.000 hombres en Curuzú, la mitad de los cuales eran argentinos. Aproximadamente la quinta parte del ejército brasileño y la casi totalidad del argentino. El almirante Tamandaré se comprometió a destruir las fortificaciones de

Curupayty antes del asalto:

-In duas horas descangalhare tudo isso.

El 21 de setiembre estuvieron completas, en todos sus detalles, las obras de fortificación de Curupayty, en las que se había trabajado ininterrumpidamente aun en los días de lluvia torrencial. El Mariscal López ordenó al ingeniero Thompson que fuera a hacer una inspección detenida y le diera su opinión. Thompson informó que la posición era fortísima y podía ser defendida con ventaja.

Esa misma tarde el general Díaz fue a Paso Pucú para recibir las últimas instrucciones. López estaba enfermo, postrado en su hamaca.

-Si todo el ejército aliado atacase, todo el ejército aliado quedaría sepultado al pie de la trinchera.

Lo dijo con tanto entusiasmo y convicción que López se sintió reanimado y se levantó.

La posición era sencillamente formidable, dada la forma como estaba organizada, y debido también a los obstáculos y bocas de lobo innumerables con que se consteló el campo por donde forzosamente debía traer su ataque el enemigo.

Sería erróneo atribuir, sin disminuirlo, todo el mérito al genio y energía del general Díaz. En Curupayty intervinieron además los [196] consejos e instrucciones de López, que era un perito en la materia y siguió paso a paso la marcha de los trabajos; los conocimientos técnicos del coronel Wisner y del teniente coronel Mywskozki; y, sobre todo, la experiencia y la iniciativa entusiasta de 5.000 anónimos soldados. El Mariscal López lo reconoció implícitamente, pues fueron los soldados, cabos y sargentos los únicos que recibieron premios y ascensos después de que se puso a prueba el resultado de su esfuerzo colosal.

Manlove había marcado en su árbol el 22 de setiembre, que amaneció radiante. A las siete de la mañana comenzó el más fenomenal cañoneo que había escuchado en su vida de veterano de las más grandes batallas de la guerra de secesión norteamericana.

-In duas horas descangalhare tudo isso...

Los acorazados «Bahía» y «Lima Barros» avanzaron hasta descubrir las baterías de las barrancas y rompieron fuego contra ellas, mientras simultáneamente toda la línea de trincheras era bombardeada por el resto de la escuadra.

Las baterías costeras contestaron enérgicamente, manteniendo alejados a los buques de las fortificaciones, por lo que sus fuegos poco efecto causaron en las defensas, que habían sido construidas fuera de toda posible observación enemiga. Poco después tomaron posición en espaldones especialmente contruídos las baterías de tierra argentinas y brasileñas, que se sumaron al bombardeo general. Los cañones paraguayos lograron silenciar varias de las piezas enemigas. Pasaron dos horas y las fortificaciones seguían intactas.

Veinte mil hombres formados en cuatro columnas aguardaban en sus posiciones de espera. Había un fuerte sol.

A las doce los acorazados «Brazil», «Barroso» y «Tamandaré»

recibieron orden de subir más arriba de Curupayty, para ametrallar la batería de la barranca desde la retaguardia. Al mismo tiempo, tropas aliadas desembarcadas en la costa del Chaco enfilaron sus tiros sobre los artilleros paraguayos. Todo fue en vano. A pesar de haber sido desmontadas dos piezas por una explosión en la que perecieron el teniente coronel Mywskozki y el mayor Albertano Zayas, que servían en clase de soldado y sargento respectivamente, los cañones paraguayos produjeron grandes destrozos en el «Brazil» y el «Tamandaré».

A las doce y 30' callaron los cañones de la escuadra y las baterías de tierra. En el súbito silencio, bajo el esplendor de la mañana radiante de sol, sonó un clarín anunciando que la hora del ataque había [197] llegado. Aun cuando no se había alcanzado el objetivo que se asignó a la escuadra, el almirante Tamandaré dio la señal de «Misión cumplida». El general Mitre ordenó seguir adelante con el plan de operaciones. Las columnas iniciaron el ataque.

Cuando el vigía anunció que comenzaba el avance enemigo, el general Díaz mandó que Cándido Silva tocara la diana. Luego Díaz, jinete en Pymorotí, su brioso alazán de patas blancas, recorrió la trinchera arengando a la tropa, que respondió con vítores. Poco después aparecieron frente a las líneas los primeros batallones.

Con sus vistosos uniformes de parada, relucientes bajo el sol, alineados en rigurosa formación, marchando al son de músicas marciales, con las banderas desplegadas, más parecían destinados a lucirse en una fiesta que próximos a la catástrofe.

Díaz dejó que el enemigo avanzara sin ser molestado hasta ponerse a tiro de fusil, y sólo entonces Cándido Silva dio la señal de fuego. Al mismo tiempo tronaron 49 cañones y 5.000 fusiles. Las valerosas columnas aliadas avanzaban sin arredrarse por los obstáculos ni las bajas que sufrían a granel bajo el compacto fuego paraguayo. Una loca emulación les llevaba adelante tratando de llegar a cualquier costo hasta las trincheras. Eran repelidos una y otra vez, para volver luego a la misma denodada carga. Algunos deshechos batallones lograron llegar hasta el borde de las trincheras, pero fueron aniquilados. En vano trataron de utilizar las escalas y fajinas que traían para sortear los fosos y trepar los abatases. Caían segados por centenares. Retrocedían horriblemente destrozados, se arremolinaban, recibían refuerzos y volvían a la carga, siempre con el mismo resultado. La criminal estupidez militar rayaba en lo sublime.

La masacre era general en toda la línea. Mientras los artilleros, lanzando gritos de entusiasmo, descargaban sus cañones, la fusilería de los infantes hacía suceder sus disparos sincrónicamente con cortos intervalos. Una hilera cargaba y otra hacía fuego.

-¡Su puntería era de una precisión fatal! -recuerda el general Garmendia.

Conforme al plan, al mismo tiempo que se atacaba Curupayty avanzaron desde Tuyutí las fuerzas de los generales Polidoro y Flores. La artillería brasileña hizo un recio bombardeo a la línea paraguaya y la infantería avanzó sobre las trincheras, pero fueron rechazados. Mientras tanto Flores, al frente de 3.000 jinetes, atacó Paso Canoa. Por un momento el fuego se extendió desde el río hasta Yatayty-corá.

En el cuartel general de Paso Pucú el Mariscal López controlaba al minuto cuanto ocurría en toda la extensión del frente por medio [198] del telégrafo y de sus ayudantes que le traían una visión directa desde el lugar de los hechos.

Manlove, en su rancho, creía que aquello era el fin; que de un momento a otro vería irrumpir al galope a la caballería riograndense lanceando sin piedad a los sobrevivientes fugitivos. Don Melitón Gómez mascaba su naco y escupía, con sus ojos serenos perdidos en la inmensidad de un paisaje solamente visible para él.

Eran las cuatro de la tarde cuando Mitre se persuadió del fracaso del plan. Dio orden de retirada. Pero, mucho antes, algunas tropas aliadas ya habían comenzado a retroceder. Primero se efectuó el repliegue con algún orden, y luego el pánico se apoderó de los deshechos atacantes cuando se creyó que los paraguayos salían de las trincheras en su persecución. Sonaron gritos subversivos y hubo una fuga general en dirección a Curuzú. La escuadra también enfiló sus proas hacia el sur, cesando el fuego.

Díaz telegrafió a López pidiendo autorización para perseguir al enemigo. Recibió una negativa terminante. Siempre se dirá que perdió la ocasión de ganar la guerra, sin tener en cuenta que el I ejército brasileño, que casi doblaba en número a todo el ejército paraguayo junto, estaba presionando desde Tuyutí. Nunca se sabrá cuál hubiera sido el resultado de acosar a un ejército embretado en un callejón sin salida, que conservaba intacta su poderosa artillería emplazada en reductos y espaldones, y la caballería que no había entrado en acción, y tenía a sus espaldas la trinchera de Curuzú. Los paraguayos hubieran tenido que avanzar al descubierto por la ribera, bajo el fuego cruzado de toda la escuadra enemiga. No contaban con reservas ni para apoyar la acción ni para prevenir un contraataque; ni de dónde traer refuerzos, ya que el grueso del ejército ocupaba posiciones en la extensa línea de Rojas. López tuvo que elegir entre una batalla ganada y una nueva victoria problemática, que podía convertirse en un desastre que malograra los efectos políticos y militares de la primera. Díaz tenía ante sus ojos al enemigo destrozado que huía en desbandada; López, la visión de la totalidad del frente y el vasto panorama del conjunto de la guerra. Cada cual estuvo en su puesto y cumplió con su deber.

La Historia, una y otra vez, pone en escena la batalla de Curupayty. Modifica el decorado, la caracterización de los personajes, el juego de los actores, el espíritu de la representación; pero, no le está permitido cambiar el desenlace.

A las cuatro y media Cándido Silva anunció la derrota enemiga con un agudo toque de clarín. Un inmenso clamor se elevó en toda la línea. [199]

El general José Díaz, hijo de un modesto labrador del valle de Pirayú, mandó tocar la Diana Mbayá, la Diana de los Indios Mbayáes, que desde los fondos de la Historia convoca a los paraguayos a la lucha para rechazar al invasor. Y montando nuevamente su caballo, salió a recorrer la trinchera entre los vítores de la tropa.

Las bajas paraguayas no alcanzaron a 90, entre muertos, heridos y contusos.

Al presbítero Fidel Maíz le quitaron los grillos. Continuó en su rancho como simple arrestado. Él y Manlove se visitaban asiduamente. El sacerdote le contó que el día de la batalla fue conducido a un lugar donde llovían balas perdidas, para que orase por la victoria. Un oficial le dijo al soldado que custodiaba al preso: «Si cae Curupayty, métele bala a este y regresa al cuartel».

-Tal vez fue una de esas bromas un tanto crueles a las que son tan afectos mis compatriotas; pero, le puedo asegurar, amigo Manlove, que mis fervientes oraciones en algo habrán contribuido para que el Dios de las Batallas concediera este gran triunfo a las armas nacionales.

El presbítero Fidel Maíz tenía en los tobillos callos y cicatrices causadas por los fierros, pero su salud y su humor eran excelentes.

Muchos presos habían sido liberados o aliviados de rigores. Reinaba el optimismo en el campamento paraguayo. El enemigo estaba anonadado por el sangriento rechazo sufrido en Curupayty. Manlove supo con pesar que Dominguito Sarmiento, Marquitos Paz y otros muchos amigos que conoció en Corrientes habían muerto en la batalla, y que Lucio Mansilla estaba herido. Entre los aliados se popularizó la expresión «No murió en Curupayty», como señal de una suerte extraordinaria.

A principios de noviembre, el ministro norteamericano Charles A. Washburn apareció en las Tres Bocas, confluencia de los ríos Paraná y Paraguay, a bordo de la cañonera «Shamokin», que traía órdenes imperativas de forzar el bloqueo. Le cerró el paso la Flota Imperial, desplegada en batalla, y enfiló sus cañones contra la cañonera, amenazando con hundirla si proseguía la navegación. Pero, tal como había previsto Gabriel Sosa, el almirante Tamandaré, al observar que la «Shamokin» se aprestaba al combate, cambió de idea. Subió a un bote y fue a visitarla personalmente en son de paz.

Se deshizo en amabilidades con el capitán Crosby y Mr. Washburn. Aconsejó que pidieran un práctico del río a los paraguayos y concertó con estos una tregua para que el buque neutral no tuviera percances en la navegación. La «Shamokin» ancló en la rada de [200] Curupayty a media tarde del 5 de noviembre, e inmediatamente desembarcaron Mr. Washburn y sus acompañantes. Fueron recibidos por el general Díaz, su plana mayor y una multitud que aclamó al diplomático. Un ayudante presentó los saludos del Jefe de Estado. López se encontraba gravemente enfermo. Desde su lecho dispuso la libertad de James Manlove, quien debería trasladarse a la capital en el mismo vapor que Mr. Washburn. El proyecto de corsarios quedaba en suspenso. Se esperaba la pronta concertación de la paz.

El Dr. Stewart le trajo la buena nueva. Manlove quiso despedirse de su amigo Gabriel Sosa. El Dr. Stewart le dijo que el oficial sufrió una nueva y muy grave recaída después de la batalla de Curupayty, por lo que el Mariscal había dispuesto su traslado a Humaitá, donde había mayores comodidades, hasta su completo restablecimiento. [201]

desenlace y el epílogo de las tribulaciones del valiente oficial paraguayo que, siendo estudiante en Londres, había interpretado a Hamlet. Ocurrió casi cuatro años después, en los días finales de la guerra, en los meses de febrero y marzo de 1870, en el último confín del Paraguay. El Mariscal López había trazado, desde Paso de Patria, en el sur, hasta Cerro Corá, en el nordeste, lo que daría en llamarse la Diagonal de Sangre, y también la Diagonal de la Gloria. Diremos cómo Gabriel Sosa llegó hasta muy cerca de su extremo, y por qué no participó en la escena final de la tragedia.

Nunca se recuperó del todo de su herida en el pulmón. Dos meses después de su último encuentro con Manlove, le dieron el comando de un pequeño destacamento para vigilar al enemigo, que amagaba nuevamente invadir por Itapúa. Cumplió su misión brillantemente durante un año y medio, conservando íntegra su tropa.

En julio de 1868 se incorporó al grueso del ejército, que se había retirado de Humaitá y acampaba en San Fernando. Allí se encontró con su amigo y ex condiscípulo en Europa Juan Bautista del Valle. Ambos ya ostentaban el grado de coronel. Juntos participaron en las terribles batallas de diciembre de ese mismo año, al término de las cuales sólo le quedaron al Mariscal López un puñado de hombres sanos. Con ellos se retiró a las Cordilleras. Dice a este respecto el historiador argentino Ramón J. Cárcano:

«Si hay gloria en el heroísmo, en el Paraguay está la gloria. En el panorama movido del conjunto de la guerra no se destacan y dominan los aliados con su ciencia militar, con sus generales y estrategias, su valor legendario, la abrumadora superioridad de hombres y recursos. Dominan la tenacidad y el sacrificio del pueblo paraguayo convertido en soldado, el sentimiento intenso de la patria inviolable, la abnegación absoluta, la resistencia incoercible. Los prisioneros escapan para volver a pelear. Pelean sin armas, al abordaje, cuerpo a cuerpo, desnudos, extenuados por el hambre y las pestes. Son muertos pero nunca vencidos. Están en las ciudades y en los campos desiertos los cadáveres insepultos; la población desesperada en las selvas. [202] Son formas distintas y terribles de la resistencia. Nadie procura salvarse ni salvar nada. Todo es protesta, combate y sangre. Es un frenesí, una fiebre, un incendio. Nada para el enemigo. Fuera de este pequeño país no hay mayor inmolación ni heroísmo en la historia humana».

Los aliados ocupan Asunción el 1º de enero de 1869. Saquean la ciudad desierta. Profanan hasta la tumba de los muertos en procura de botín. Zarpan de la bahía buques de la gloriosa Flota Imperial cargados de muebles. Arriban en centenares de embarcaciones una multitud de proveedores y mercachifles que se instalan en vetustos caserones abandonados. Viene también el infatigable Edward A. Hopkins con el equipo necesario para instalar en el Chaco un aserradero a vapor. Pronto llegará Cándido Bareiro, decidido a intervenir en la política del país liberado de la tiranía de López. A su paso por Río de Janeiro, mediante cartas de presentación de Lord Stapleton, ha conocido y trabado amistad con José María da Silva Paranhos, Barón de Río Branco, artífice de la maniobra diplomática que condujo a la guerra y que provocó la admiración y la repulsa del general José Tomás Guido. El duque de Caxias, comandante en jefe de las fuerzas de la Alianza, da la guerra por terminada. Manda todo

al diablo y se marcha a su casa. Él no es un capitão do matto, un cazador de esclavos fugitivos. Que otros se ocupen de atrapar a López.

Inmediatamente después de su partida es apresado un tal Carapé, el Petiso, que resulta ser un pombero de López. Apremiado en el cepo, el astuto Carapé confiesa que el mariscal prepara un ataque por sorpresa para recuperar la ciudad. Son avistadas partidas paraguayas en los suburbios. Cunde el pánico. Se suspende el saqueo. Se cavan trincheras. La guerra continúa.

Viene el conde D'Eu para hacerse cargo del comando en reemplazo del duque de Caxias, que ha sido recibido en el Brasil poco menos que como un desertor. Informa confidencialmente a su suegro, el emperador Pedro II, que el ejército, reducido a la tercera parte de su efectivo, no está en condiciones de operar. Se ha producido una verdadera fuga de oficiales. La tropa ha quedado aterrorizada por los combates de diciembre, y no podría enfrentar a campo abierto a los paraguayos. Pasarán meses antes de que se animen a ir más allá de los alrededores de la capital. El ferrocarril de López suele llegar hasta el arroyo Yuquyry, a 20 kilómetros de Asunción. Ha inventado un arma nueva y desconcertante: el tren blindado.

Entre tanto, en las cordilleras centrales, a cincuenta kilómetros de la capital ocupada por los aliados, se forma otro ejército con los heridos que se van restableciendo, con los prisioneros caídos en Itá Ybaté y Angostura que escapan para reincorporarse a la lucha, con [203] los ancianos y los niños. No se admiten mujeres: su misión es resucitar a los caídos, hacer la patria inmortal.

Se recogen armas abandonadas en los campos de batalla, se monta otro arsenal, se funde hierro, se taladran cañones, se fabrica pólvora y papel, se edita un periódico, vuelven a funcionar las escuelas, rige la ley de enseñanza primaria obligatoria, los niños soldados asisten a clases.

López se vale ahora, además del consenso, del terror. En San Fernando y Villeta ha sido implacable con los conspiradores. Ha fusilado al Obispo y a su propio hermano Benigno. El presbítero Fidel Maíz se ha convertido en un despiadado fiscal de sangre. Publica artículos de repugnante adulación al Mariscal. Después de la guerra será enjuiciado por la Santa Sede por haber condenado a muerte a su obispo, y, en la batalla de Itá Ybaté, conducido en persona una carga de caballería que aniquiló a un batallón brasileño. Le acusan de haber divinizado sacrílegamente la figura de López.

-Dijo Jesús Nuestro Señor en los Santos Evangelios: ¡Dioses sois!
-alega el padre Maíz en su descargo.

Cincuenta años después escribiría:

-Actué con las leyes de Partidas en las manos cuando el enemigo nos empujaba en trágicas retiradas. Fui la fidelidad en el infortunio de mi patria.

Día tras día van llegando a las líneas paraguayas soldados dispersos, o que, habiendo caído prisioneros, han logrado evadirse. Pero también hay algunos que, dando la guerra por terminada o pensando que ya han tenido suficiente, se dirigen a sus valles. Si son atrapados se los fusila sin apelación. López no quiere oír nada a favor de estos hombres, a los que considera desertores:

-La patria no necesita de sus malos hijos.

-Por aquel tiempo -recuerda el coronel Juan Crisóstomo Centurión-, el Mariscal de repente se dio mucho a la lectura. Durante unos ocho días, después de almuerzo, en lugar de dormir la siesta, y a pesar del calor, se sentaba en una silla de vaqueta en el corredor abierto de una casa pajiza vieja que había adyacente a la que ocupaba con su familia, a leer el «Genio del Cristianismo» por Chateaubriand, en varios tomitos. Cada día devoraba uno. Sin duda buscaba distraer su espíritu, o tal vez atenuar o acallar el remordimiento de su conciencia por tantos actos de difícil o imposible justificación.

La pausa de las operaciones es aprovechada por López para completar la reorganización del ejército en los niveles de mando, instruyendo a los jefes y oficiales superiores, casi todos de reciente promoción. [204]

-No bastaba atender solamente la disciplina y organización material de las tropas -continúa Centurión-, sino también procurar de alguna manera mejorar su moral, inculcándoles los principios de los rigurosos deberes que impone el patriotismo y el honor frente al enemigo. El Mariscal, penetrado de esta necesidad, estableció una especie de Academia o Conferencia, donde se reunían los jefes superiores y comandantes de cuerpos a discutir o cambiar ideas sobre asuntos relativos a la disciplina. Para esto, el Mariscal, que asistía a las reuniones diarias, manifestó el deseo de que cada uno expusiera las medidas que hubiese tomado en el sentido de mejorar las condiciones físicas y morales de sus tropas, acordando libertad para la emisión de ideas y opiniones acerca de los puntos en discusión. No obstante brillaba en aquellas reuniones la elocuencia del silencio: primero por la falta de costumbre de discutir en asamblea, y segundo porque el Mariscal contestaba con agudeza y tono reprensivo a cualquier opinión o manifestación que en algo contrariase su modo de pensar. De esta manera, la presencia del Mariscal equivalía a una coartación de la libertad que era indispensable para que la Academia cumpliera sus fines.

Las reuniones también se realizaban en los distintos cuerpos, en las que participaban oficiales de menor graduación. En una de estas, el capitán Alberto Cálcena criticó las operaciones llevadas a cabo en los campos de Villeta, manifestando que el Mariscal se había equivocado al mandar librar combates aislados, en vez de concentrar todas sus fuerzas en Itá Ybaté para la batalla decisiva.

El coronel Gabriel Sosa le interrumpe:

-¡El Mariscal no puede equivocarse! ¡Nikatúi ojavývo Mariscal!

-El Mariscal es un hombre como cualquier otro -responde Cálcena-, y por consiguiente, susceptible de equivocación. Sólo Dios no puede equivocarse, y él no es Dios.

El incidente llega a oídos de López. Cálcena es condenado a andar sin espada mucho tiempo, con el estigma del santo-jhú.

El general Isidoro Resquín ya no tiene la facultad de disponer discrecionalmente los castigos sobre la base de los informes de las faltas cometidas en las distintas unidades. Un consejo de jefes de División toma las decisiones al respecto.

El sargento Cirilo Antonio Rivarola es un hombre ya maduro, que se ha distinguido en las batallas de Ytororó, Abay e Itá Ybaté, después de haber permanecido preso cuatro años por oponerse a López y a la guerra. Para

darle algún descanso le han encomendado la custodia de un depósito de heridos agonizantes. Una noche de lluvia torrencial se queda dormido mientras los raudales inundan la casa. Varios pacientes mueren ahogados. El Consejo le condena a recibir [205] una mano de azotes y a hacer servicio de avanzadas. El 25 de mayo de 1869 el ejército aliado, que avanza hacia las posiciones paraguayas de Ascurra, sorprende a una pequeña guardia en Cerro León, que se defiende con bravura. Se produce una mortandad en ambos bandos. Son capturados varios prisioneros. Entre estos está el sargento Rivarola. Lo llevan a presencia del comandante en jefe. Sostiene una larga conversación con el conde D'Eu. Es puesto en libertad. Se dirige a Asunción llevando una carta de recomendación del yerno del emperador dirigida a José María da Silva Paranhos. De inmediato interviene en política, apoyado por los brasileños que creen haber hallado una carta marcada, pero limpia en apariencia: Rivarola ha sido siempre un liberal y no es un traidor; prisionero en la batalla de Abay, se había fugado para volver a presentarse a quien fuera su verdugo, el Mariscal. Esta es la segunda vez que es capturado, y no parece dispuesto a escapar de nuevo. Lo digitan para integrar un triunvirato con jurisdicción sobre una minúscula parte del territorio nacional, y autoridad sobre unos quinientos emigrados, repatriados, ex prisioneros y desertores. Pero don Cirilo es un manero que desconcertará a sus mentores: maniobra para evitar que se cumpla el Tratado de Alianza y procura salvar lo que aún puede ser salvado.

El general Mc Mahon, ministro residente de los Estados Unidos, es llamado por su gobierno. López aprovecha el viaje del diplomático para escribir a Gregorio Benites y enviarle algún dinero. Dirige también una larga carta a su hijo Emiliano, estudiante en Europa. Le dice que están arruinados y que debe reducir sus gastos al mínimo.

Gregorio Benites tramita una intervención conjunta de los Estados Unidos y Francia para poner fin a la guerra. Viaja para ello a Washington. Se entrevista con el presidente Grant, quien le promete apoyar la iniciativa. En París es recibido con particular deferencia por Napoleón III. Las gestiones no llegan a ningún resultado concreto. Benites no se da por vencido. Vuelve a Norteamérica, esta vez con Emiliano, que es recibido como el hijo de un gran héroe. Se agita la prensa. Benites expone ante una comisión del Congreso, visita de nuevo al Presidente. Los representantes de los países aliados se enfurecen, y sólo consiguen ponerse en ridículo.

Los paraguayos han fatigado al enemigo. Y han desacreditado, cubierto de vergüenza a los gobiernos aliados que en vano se empeñan en justificarse difundiendo mentiras y verdades acerca de López, atribuyéndose victorias verdaderas y falsas: ya nadie les cree; han repetido lo mismo durante cinco años, y siempre han sido desmentidos por hechos asombrosos, producidos por un pequeño pueblo formidable. [206]

Los acreedores comienzan a inquietarse y a mezquinar la bolsa. La banca Mauá, la más importante del Brasil y Sudamérica, se va a la quiebra. Se arruina el honrado barón de Mauá, que vende hasta la armadura de oro de sus lentes para pagar sus deudas. El Imperio tambalea. El gobierno argentino está en bancarrota. En Europa y América, y también en Río de Janeiro, Buenos Aires y Montevideo, la opinión pública se ha volcado totalmente a favor del Paraguay. El diario «La América», que había sufrido

varias clausuras, ya no está solo: le hace coro toda la prensa, con excepción de «La Nación», propiedad del general Bartolomé Mitre, el ex presidente convertido en opositor.

El Imperio del Brasil, temiendo que la presión acabe por desbordarlo, está impaciente porque un gobierno provisorio instalado en Asunción acepte el Tratado de Alianza como condición preliminar de paz. El gobierno argentino, presidido por Domingo Faustino Sarmiento, cediendo a aquella misma presión, responde a través del canciller Mariano Varela que «la victoria no da el derecho a las Naciones aliadas de considerar como suyos los límites señalados en el tratado de Alianza... No podemos hoy exigir de aquel gobierno, que nosotros hemos nombrado, la celebración de tratados que comprometen los derechos e intereses permanentes del país» Da Silva Paranhos lo aceptará a regañadientes, para luego aprovecharlo e impedir -como lo vaticinara el general Guido en su conversación con Manlove-, que la Argentina recogiera toda su parte del botín. El Uruguay abandona la alianza. En los ejércitos aliados, ni oficiales ni soldados quieren ya pelear contra un enemigo al que temen, admiran y respetan. Hasta el conde D'Eu sugiere que sería conveniente buscar algún arreglo que diera la guerra por terminada.

En las noches mágicas de la Cordillera de Yvytyrapé, un niño, el teniente Panchito, a quien Madame Lynch ha enseñado música, traslada al pentagrama las maravillosas composiciones que oye ejecutar a los soldados alrededor de las fogatas de los campamentos.

El nuevo ejército alcanza un efectivo de 13.000 soldados. Está dividido en cinco divisiones, que llevan el nombre de sus comandantes. La División Delvalle tiene al mando al coronel Juan Bautista del Valle; su segundo es el coronel Gabriel Sosa; el tercero, el teniente coronel José María Romero. En el cuadro de suboficiales revista Emilio Aceval, un «Viejo Sargento» de 15 años, el niño que estuvo de centinela en la choza de Manlove en Paso Pucú, y que será presidente de la república.

La posición que ocupa el ejército es muy fuerte. Sólo puede ser flanqueada mediante una amplia maniobra de envolvimiento por un territorio desconocido por el enemigo. El coronel húngaro Francisco [207] Wisner de Morgernstern, que se ha entregado prisionero, traza un mapa de las Cordilleras. Lo hace a instancias de José María Paranhos, que está en Asunción como plenipotenciario del Brasil y de quien se dice que es el virrey del Paraguay. Y también de Cándido Bareiro, que secunda la política del Imperio entre el medio millar de emigrados que han regresado y pretenden formar un gobierno provisorio en el desierto, porque toda la población ha seguido al Mariscal. Paranhos y Bareiro convencen al ingeniero que es preciso acabar con López para restablecer la paz, y de este modo convierten a un anciano honorable en un traidor.

El mes de agosto de 1869 es de batallas y derrotas. Gaston de Orleáns, Conde D'Eu, yerno del emperador Pedro II, ha inaugurado el degüello de prisioneros y el incendio de hospitales llenos de heridos, dando a la guerra un cariz de ferocidad que no había tenido hasta entonces. En la madrugada del 16, el enemigo da alcance a la retaguardia de López en momentos en que está cruzando lentamente una gran llanura abierta, con una larga caravana de carretas, conducidas y custodiadas por niños, que transporta los bagajes. En Acosta-ñú combaten durante todo un

día 5.000 paraguayos, la mitad de los cuales no son más que criaturas, contra 20.000 brasileños apoyados por 40 piezas de artillería. Se producen ataques y contraataques, maniobras y contramaneobras. Es increíble. Dos mil paraguayos consiguen salir del cerco; el resto es aniquilado. El invasor pone fuego a los pajonales donde yacen centenares de niños moribundos. Sin embargo recogen unos cuantos heridos. Entre ellos está el sargento Emilio Aceval. Conservará la blusa ensangrentada y perforada en el pecho en una vitrina de su despacho de hombre ilustre, como prueba de que el «Viejo Sargento» no se ha rendido.

López, una vez más, elude el golpe y salva las dos terceras partes de su ejército. El enemigo, exhausto, cesa la persecución para lamerse sus heridas. El sádico aristócrata francés que lo comanda cae en la depresión y el desaliento: no hará ya otra cosa hasta el fin de la guerra que suplicar a su suegro que le permita salir de aquel infierno. El ejército brasileño se desmoraliza. Muchos soldados desertan, se suicidan, acosados por aquellas sombras famélicas, empecinadas, que no se sabe si son de vivos o de muertos. Pedro II insiste en que es preciso continuar la guerra hasta acabar con López y borrar hasta su nombre de la faz de la tierra. Salva la situación un hombre extraordinariamente enérgico y sutil, José María da Silva Paranhos, Barón de Río Branco, el «virrey» del Paraguay.

López, al retirarse de las Cordilleras, ha anunciado que en cuatro meses estará en Asunción. Nadie le cree, y él tampoco; pero todos comprenden que hace falta un pretexto para seguir luchando. Las [208] cosas han llegado demasiado lejos, y la idea de rendirse ha quedado descartada.

Ha habido un momento crítico de vacilación inmediatamente después de producirse las derrotas de Piribebuy, Acosta-ñú y Caavyyurú, y el abandono de los feraces valles de las Cordilleras. Algunos flaquearon, preguntándose qué sentido tenía seguir la guerra cuando era evidente que estaba perdida. Se descubre en la Escolta una conspiración para matar al Mariscal. El alférez Aquino, convicto y confeso, es conducido maniatado ante López. Aquino es un mozo de aspecto agradable, de unos treinta años de edad, trigueño, de grandes bigotes negros.

-Y bien, Aquino, con que me has querido matar.

-Sí, señor, ya hemos perdido nuestra patria, y si seguimos aquí debes comprender que es sólo por acompañarte. Sin embargo, te muestras cada día más tirano.

-¡Ah...!, ¿con qué es así?... Pero no has tenido suerte.

-Así es, señor, te nos adelantaste un poco, michí reñemotenonde orehegui. Pero no faltarán otros que te maten.

López llama al jefe de la Escolta, el coronel Mongelós, y le dice:

-Sé que eres inocente, pero te mandaré fusilar: por tu negligencia y descuido caerán muchos hombres de tu mando. Unirás tu sangre a la de ellos.

El coronel Mongelós es un hermoso hombre, rubio, alto, de ojos azules, héroe de cien batallas. Hecho prisionero en la batalla de Abay, había escapado para volver a presentarse al Mariscal.

-No es justo, señor. Soy joven y nada flojo. Aún puedo salvar a la patria y a usted.

López ordena que le quiten la espada. Mongelós se encoge de hombros,

hace un gesto desdeñoso y la entrega. Sabe que no tiene objeto discutir. El mayor Riveros, segundo de Mongelós, corre igual suerte. Aunque es muy joven tiene la medalla de Corrales. Ha hecho toda la guerra. A gritos implora, suplica, que le dejen morir peleando.

A uno de los implicados el Mariscal hace azotar en su presencia. Es el teniente Casco, que en medio del dolor le grita:

-Acuérdate, señor, de que hay un Dios ante el que tú también tendrás que comparecer y dar cuenta de tus crímenes.

El 28 de agosto, en San Estanislao, son pasados por las armas alrededor de sesenta oficiales y soldados de la Escolta Presidencial. Con excepción de Mongelós y Riveros, son muertos por la espalda. Es un tremendo desafío moral a la Historia. López lo asume plenamente: manda en persona la ejecución.

Ofician con él en la hecatombe tres hombres de su absoluta confianza: el general Bernardino Caballero, los coroneles Juan Bautista [209] del Valle y Gabriel Sosa. Del Valle había integrado el tribunal que en Itá Ybaté condenó a muerte al obispo Palacios, Benigno López y otros trece presos acusados de conspiración. Es posible que haya sido uno de los redactores del dictamen. No alcanzó a firmar la sentencia porque en esos momentos estaba en las líneas, preparando su batallón para la gran batalla que se iniciaría al día siguiente.

Después de haber fusilado a hombres que hasta entonces había considerado los más leales y valientes de su ejército, López se dirigió a la iglesia. Cayó de rodillas, avanzó a rastras hasta el altar, oró largo tiempo, con la cabeza entre las manos, completamente solo. Madame Lynch le esperaba en el atrio, llorando en silencio. Al salir, el Mariscal le dijo:

-¡Dios me perdone, Ela, esta sangre inocente!

El ejército debía iniciar su peregrinaje en los desiertos, acosado y hambriento. López cree que el menor signo de debilidad hará que se desintegre. Pero, ¿qué persigue este hombre? ¿Adónde quiere llegar? ¿O es que realmente está loco?

Es lo que todos se preguntan en su fuero más íntimo, porque no se lo confiarían ni a la propia madre.

Se producen muchos combates parciales, pero ya no batallas. El enemigo persigue con extremada cautela: aquellos desesperados siguen siendo temibles. «¿Qué estamos haciendo? -piensan los soldados-. ¿Por qué no jugarse el todo por el todo y acabar de una vez? Juntos podríamos dar todavía una buena paliza a los cambá. Así nos vamos desgranando como las cuentas de un rosario roto. Cada vez somos menos, estamos más hambrientos, inermes, extenuados. ¿Será cierto que el Mariscal piensa escapar a Bolivia con la Madama y sus hijos?».

A pesar de que muchas veces se les ha mandado que no lo hicieran, sigue al ejército una multitud famélica de mujeres y niños. ¿Por qué lo hacen? No temen a los brasileños, que salvo episodios aislados no maltratan a los prisioneros ni a la población civil. Nadie ha podido explicarlo. La abuela de este evocador fue una de aquellas residentas, como se las llamaba. Hasta su muerte, setenta años después, Emerenciana Bogarín se sintió orgullosa de haberlo hecho y nunca reconoció que el Paraguay perdió la guerra.

López sufre atroces dolores de muelas. Se enjuaga continuamente la

boca con coñac para aliviarse. Desconfía de todos. Parece haberse apoderado de él una insaciable sed de sangre. La más ligera falta, o la simple sospecha, es castigada con la muerte. Cuando empiezan a escasear municiones, se ejecuta a lanzazos. El ejército que se desplaza maniobrando para eludir al enemigo, va dejando una estela de cadáveres insepultos. [210]

Sus hombres quieren acompañar hasta el fin al Mariscal: se han identificado con su destino; pero algunos no pueden soportar la constante amenaza que pende sobre ellos de ser injustamente ejecutados como traidores. Cada día son más los que desertan.

A fines de diciembre de 1869 López abandona Panadero, la última población, y se interna para siempre en los bosques de la cordillera del Amambay. La División Delvalle cubre la retirada. Lleva 40 carretas cargadas de monedas de oro y joyas del Tesoro Nacional, y lienzos y sedas que habían quedado olvidados en los Almacenes del Estado. El 2 de enero le da alcance la vanguardia enemiga en el río Verde y Cambasyvá. La División Delvalle lucha con fiereza y la rechaza. El enemigo, asustado, se repliega: concentrará 15.000 hombres para atacar el último campamento del Mariscal.

-A medida que avanzábamos hacia Cerro Corá -recuerda el coronel Centurión-, iban siendo frecuentes las deserciones en grupos de ocho y diez. Muchos, sin embargo, se perdieron extraviados en aquellos inmensos y silenciosos bosques donde penetraban con sus oficiales las compañías a buscar algo con qué apaciguar el hambre. Pero, por desgracia, aquellas vastas soledades pobladas de una variedad de gigantescos árboles, con su imponente y sordo murmullo producido por las gotas cristalinas del rocío o de la lluvia o que desprendiéndose de unas hojas caían sobre otras, eran tan ingratas que exceptuando algunas frutas silvestres como la naranja agria, la piña del ybira, el yacaratia, el amambay y el pindo, no se encontraban en ella aves o cuadrúpedos de caza de importancia, tales como puercos cimarrones que abundan tanto en otros montes del Paraguay, el venado, el tapir, el coatí, el tigre, etc. De los vegetales de que en esa ocasión se hicieron uso para alimentarse, los más apetecidos y sabrosos eran el cogollo tierno del yataí y el corazón del arbusto llamado amambay. Este último y la piña del ybira había que sancocharlos para comerse, porque crudos pican hasta sacar sangre.

El ejército acampa para descansar. Un caserío surge como por encanto. Al teniente coronel Centurión se le escapan dos presos confiados a su custodia. Arrebatado de cólera, el Mariscal no puede contenerse y grita a sus ayudantes:

-¡Llévenlo y péguenle cuatro balazos!

Centurión ya marchaba al suplicio, cuando de una de las puertas del rancho asoma Madame Lynch, diciendo con voz humilde, suplicatoria:

-¡Señor, señor...!

López vuelve en sí y ordena:

-¡Déjenlo! [211]

Algunos días después le hace llamar de nuevo. Centurión se presenta con un tremendo susto. Encuentra a López y Madame Lynch que le aguardan junto a una mesa en la que hay servidas tres copas de coñac:

-¡A la salud del coronel Juan Crisóstomo Centurión!

Ha sido ascendido.

Hay deficiencias en la cocina del regimiento de caballería del coronel Manuel Bernal:

-Señor, se quemó un poquitito la polenta, okái imí la mbaipy -explica el célebre sableador de Estero Bellaco, Tuyutí, Acayuasá, Abay, Itá Ybaté e incontables encuentros y escaramuzas, cuyo solo nombre hace temblar de espanto al enemigo.

-¡Mba'e okái la mbaipy piko! ¡Cómo que se quemó la polenta! ¡Lo que pasa es que eres un bandido! ¡Sáquenle la espada!

Le llevan preso. Bernal pide a sus guardias que le permitan sacar su poncho de la gurupa de su caballo. Monta de un salto y escapa al galope. A una legua del campamento, deja el caballo y continúa a pie: no privará a sus camaradas de tan valioso elemento. Sobrevivió a la guerra.

El mayor Ascurra, segundo de Centurión, deserta; pero al día siguiente es capturado. El Mariscal habla con él, y enseguida, sin más trámites, lo manda lancear. Sale después a sentarse bajo una enramada, donde se encuentran varios jefes y oficiales. Tiene el rostro sombrío, demudado, contraído por el dolor de muelas. De pronto, fija su mirada en Centurión:

-¡Y tú también veo que estás teniendo mala cara!

-Señor, estaré firme hasta el último en el cumplimiento de mi deber.

Está presente el presbítero Fidel Maíz. Es un hombre de frases. Ocho años antes, cuando se echaban a vuelo las campanas de la capital celebrando la elección de Francisco Solano López a la presidencia de la República, exclamó: «¡Para cuántos serán dobles estos repiques!». Ahora dice, entre dientes:

-Cuncta ferit, dum cuncta timet. (2)

-¿Qué ha dicho usted? -pregunta el Mariscal.

El padre Maíz junta religiosamente las manos, inclina la cabeza y responde en un tono veladamente irónico:

-Invocaba, señor, al Dios de las Naciones, para que bendiga a las armas de Vuestra Excelencia.

López se echa a reír y le aconseja: [212]

-Sería mejor que lo hiciera en castellano o guaraní. Supongo que Él entenderá... y nosotros también.

Si López tiene temores, no los exterioriza. Juega con sus hijos pequeños, los de Madame Lynch y los de Juanita Pesoa, que también le acompaña. Suele ir a pescar con ellos en los ríos y arroyos que encuentran a su paso. Lo hace generalmente desarmado y sin escolta.

Dicho sea de paso, Madame Lynch trata como una hermana a Juanita Pesoa. La llevará consigo en su viaje de regreso a Europa; pero, al hacer escala en Buenos Aires, Juanita contrae matrimonio con el coronel Hermosa, uno de los lugartenientes del Mariscal.

Un buen día López tiene una ocurrencia que más parece una humorada o un acto de insania, que es, por añadidura, legalmente nulo. En su carácter de presidente de la república transfiere a Madame Lynch una inmensa extensión de tierras públicas, la mayor parte de las cuales están situadas en territorio en disputa con el Brasil. Se cumple, ante testigos, una curiosa y antigua ceremonia, Madame Lynch, vestida con sus mejores galas, toma posesión de sus tierras arrancando puñados de hierba y lanzándolas al

viento. Después de la guerra litigará por ellas, hasta llegar a la instancia del parlamento brasileño, contra la Mate Laranjeira, que las usurpa.

Se acerca el enemigo. Continúa la marcha. El ejército paraguayo cruzará dos veces la cordillera del Amambay. Viene a retaguardia la División Delvalle. López se le ha adelantado varias leguas. Los hombres que le quedan se muestran animosos. Se producen escenas de jocunda, de sobrehumana alegría. López chancea con los soldados. Mientras estos descansan, jefes y oficiales construyen un puente al que jocosamente llaman «Puente Galón». Más adelante, López se desnuda y cruza a nado un río correntoso entre los vítores y carcajadas de la tropa.

La División Delvalle, con la impedimenta de las pesadas carretas, encuentra que el puente sobre el río Amambay ha sido llevado por las aguas. Se detiene. No puede hacer otra cosa. Le acompañan centenares de mujeres y niños que no han querido quedarse en Panadero, ocupado por el invasor.

López también se ha detenido. Acampa en Cerro Corá. Le quedan 400 soldados. En el campamento hay además una cantidad de funcionarios, lisiados fuera de servicio, heridos y enfermos, y una multitud de mujeres y niños. El hambre hace estragos. Había sido descubierta una última conspiración. En la Picada del Chirigüelo se ha ejecutado a lanzazos a varias mujeres de alta sociedad, estrechamente vinculadas a López y su familia. La madre y las hermanas del Mariscal están nuevamente sometidas a proceso. Se ha autorizado a los fiscales a tratarlas sin contemplaciones. Inocencia, para no delatar, [213] se ha llenado la boca de carbones encendidos. Su hermano Venancio, también preso, ha fallecido en el camino en condiciones miserables. El coronel Aveiro, durante los interrogatorios, alcanza a dar unos cuantos cintarazos a doña Juana Carrillo de López, madre del Mariscal.

López envía un mensaje a la División Delvalle para que acuda a reunirse con él. Se acabó la retirada. Ha completado la diagonal de sangre. Ha encontrado un lugar para morir. El 25 de febrero de 1870 otorga a los sobrevivientes que le han seguido hasta allí la Medalla del Amambay, con la leyenda «VENCÍÓ PENURIAS Y FATIGAS». Han ganado, les dice, una victoria del espíritu que los hará inmortales.

López rechaza y agradece el ofrecimiento que le hacen los indios cayguá de ocultarlo en lugares inaccesibles, fuera del alcance de sus enemigos. Espera tranquilamente el desenlace inevitable yendo a pescar todos los días en un remanso del arroyo Aquidabán, en compañía de sus hijos pequeños. Por las noches, charla con sus oficiales, que sentados en la gramilla, forman un semicírculo. Uno de ellos comenta:

-Será difícil, si no imposible, escribir la historia de esta guerra, porque todos ignoramos las disposiciones que dieron lugar a la producción de los hechos.

-¡Y sobre todo la historia filosófica! -declara el joven coronel Juan Crisóstomo Centurión, que ha estudiado leyes en Europa, becado por el gobierno.

-¡Y sobre todo si tú la escribes, yo no la leeré! -le dice el Mariscal.

Entre tanto ha llegado el mensaje a la División Delvalle. Los

oficiales se reúnen a discutir la orden. Lo hacen con extrema cautela. Desconfían unos de otros. No saben cuál será la reacción de los soldados. Se realizan tres reuniones. En la última deciden desobedecer. No irán a Cerro Corá, donde les espera, aunque ellos no lo saben, la Medalla del Amambay.

El sargento mayor José León no está de acuerdo. Aunque sea solo, cumplirá la orden del Mariscal. Abandona el consejo y rumbea al monte. Le siguen y le matan.

Los jefes de la División acuerdan dar a López una respuesta por escrito. Juan Bautista del Valle la redacta:

«Excelentísimo señor:

»Tenemos el honor de dirigirnos a V. E. con el objeto de declarar francamente a V. E. la resolución que hemos juzgado tomar en el último caso en que nos hallamos en presencia de las dificultades que [214] nos privan de continuar apoyando a V. E. en la guerra, que desde mucho tiempo atrás demandaba más bien un golpe de armas que una maniobra semejante con los recursos que teníamos y la clase de tropa de que disponíamos, para poder esperar un resultado favorable a la nación, cuyo sostenimiento había invocado V. E. para reunirnos bajo su estandarte soberano y en cuya defensa V. E. nos ha hallado siempre a sus órdenes con lealtad y pronta obediencia. Pero ahora somos instruidos de que V. E. sigue aún adelantando su marcha y que sobre todo vemos que la continuación del presente estado de cosas servirá más bien para el duro aniquilamiento de nuestra nación, bajo el yugo de una voluntad arbitraria y caprichosa sin esperanza de ningún otro resultado más que un prolongado padecimiento de aquellos que aún se encuentran bajo los pies de V. E. nosotros, convencidos de que nuestro deber de patriotismo ya no nos obliga a más sacrificios, renunciamos formalmente a seguir causando víctimas en la huella de V. E. (y víctimas antropófagas), pues el patriotismo es un sentimiento que Dios aprueba cuando no es extremado, ni opuesto al derecho de gentes; y Dios no fundó la sociedad civil para destruir la sociedad natural, sino para vigorizarla, y en este concepto y en la esperanza de rendir el mayor servicio a la humanidad, nos retiramos en los desiertos con aquellos que manifiesten igual voluntad a buscar recursos con nuestros propios trabajos, y con el propósito firme de que en ningún tiempo serviremos de instrumentos al enemigo invasor de nuestra nacionalidad.

»Sabemos que V. E. tendrá mucho que sentir esta resolución, pero sabido es también que la Nación ha sentido más que V. E. y que esta sola reflexión bastará para su consuelo, puesto que V. E. nunca ha pensado en su desgracia.

»En lo demás, esperamos que el Dios de las Naciones bendecirá la obra que nos proponemos con su santa ayuda y protección.

»Dios guarde a V. E. muchos años.

»Campamento de Amambay, Febrero 25 de 1870

Juan B. del Valle Gabriel Sosa José Romero»

Esta carta, que expresa la batalla que se libra en el alma de quien la escribió, fue recibida, según el presbítero Fidel Maíz, por el Mariscal

López en Cerro Corá, la víspera de su muerte. Tras de leerla, exclamó:

-¡Del Valle también nos abandona!

Habían dado un salto en el vacío. Cuando lo comprendieron ya era tarde. [215]

El coronel Del Valle, para sobornar a los soldados y prevenir una reacción, distribuyó entre ellos diez bolsas de mil patacones de oro cada una; y entre las mujeres que seguían a la División, gran cantidad de alhajas, cubiertos y géneros de seda y algodón. Luego procedió a enterrar la mayor parte del Tesoro en la ribera del río Amambay. Después abandonó el lugar con aquellos que quisieron seguirle, que fueron unos setenta, casi todos oficiales. Como no podía llevar consigo, por falta de bueyes, unas veinte carretas que contenían restos de víveres y todavía algo de plata labrada, las abandonó. La turba de mujeres y desertores se arrojó sobre ellas. Desmoralizados, rotas las compuertas de la propia dignidad, se entregaron a una orgía desenfrenada. Todavía estaban allí cuando llegaron los brasileños que les despojaron de su mísero botín.

El coronel Del Valle y el resto de sus hombres marcharon cuatro días con sus noches en busca de un lugar a cubierto del enemigo y de la implacable justicia de López, que les amenazaba desde adentro de ellos mismos, que habían sido hasta entonces sus despiadados ejecutores. Cuentan que el coronel Del Valle «parecía una visión onírica del Greco». La sombra terrible del Mariscal se cernía continuamente sobre él. Por fin llegaron a un lugar llamado Siete Cerros. Acamparon junto a una laguna, cerca de un monte que distaba unos cuatrocientos metros del camino. José Romero carneó un buey, y Del Valle le premió con una caja de dinero. Esa noche, Del Valle y Sosa enterraron el resto, jurando restituirlo a un gobierno nacional.

El 1º de marzo el Mariscal muere en el combate de Cerro Corá. Un destacamento brasileño parte en busca de la División Delvalle. Lo guía el teniente coronel Andrés Gaona, que se ha ofrecido a hacerlo. La encuentra el 3 de marzo. Los paraguayos se refugian en el monte y se aprestan a combatir. Los brasileños les llaman a gritos: López ha muerto, ha terminado la guerra. Nada tienen que temer, ahora son todos hermanos. Andrés Gaona confirma la noticia. Gabriel Sosa y José Romero prefieren mantenerse ocultos. Los demás salen del monte, encabezados por Juan Bautista del Valle. El jefe brasileño le pide la espada. El coronel Del Valle se niega a obedecer: alega que si ha terminado la guerra, no es un prisionero; si no ha terminado, no se rendirá. Se produce un forcejeo y Del Valle recibe una estocada mortal. Entonces los brasileños se abalanzan sobre los paraguayos y los matan a todos. Gabriel Sosa y José Romero presencian lo que ocurre desde su escondite en el monte.

Los enemigos políticos de Cándido Bareiro le culparán de este crimen alevoso: habría enviado asesinos en el ejército brasileño con el encargo de dar muerte, allí donde lo encontrasen, a Juan Bautista del Valle, testigo de los manejos de Bareiro en la Legación paraguaya en [216] París. No hay evidencias que confirmen tan horrible acusación, y es preferible no creerla.

Gabriel Sosa y José Romero emprenden la marcha rumbo a Asunción. Caminan trescientos kilómetros por la selva, eludiendo el encuentro con patrullas brasileñas. Gabriel Sosa está muy enfermo. José Romero le ha

traído a rastras, y el último tramo a cuestras. Salen al pueblo de Igatimí, que está desierto. Gabriel Sosa muere. José Romero lleva el cadáver al camposanto. Cava con el sable una sepultura y clava una tosca cruz de palo que señala la tumba de su camarada. Al llegar a Asunción se entera de que una joven inglesa, recién llegada de Europa, anda averiguando la suerte corrida por Gabriel Sosa. Regresa con ella a Igatimí. Son mil quilómetros de ida y vuelta a caballo por un país devastado, casi desierto, infestado de bandidos y gente desesperada.

En el cementerio de Igatimí hay una lápida que dice:
CORONEL GABRIEL SOSA (1840-1870)
¡Espérame!

Dorothy

Tercera parte

Nuestro Padre Ñamandú Verdadero, el Primero:

¿solamente para esto hablaste en tu morada terrenal,
con tu palabra la creaste,
para estar todos juntos en medio de toda clase de males,
por todos los lugares en que asientas tu reflejo, el sol?
Clamor de los Mby'a Guaraníes

- I -

Charles A. Washburn desembarcó en Asunción la mañana del 8 de noviembre de 1866. Le aguardaba en el puerto una entusiasta multitud que le vitoreó incesantemente, lo mismo que a los Estados Unidos.

Acompañaban al ministro norteamericano su esposa, sus dos hijos y una gobernanta. Si bien, y por razones obvias, no se lo menciona en la crónica de «El Semanario», la tradición recuerda que produjo asombro y estupor un gigantesco individuo mal entrazado que venía con ellos. Era el mayor James Manlove.

Una vez que Mr. y Mrs. Washburn hubieron saludado a las autoridades y a los viejos amigos que habían acudido a recibirles, los recién llegados subieron a un carruaje tirado con lazos sujetos a la cincha de las cabalgaduras de seis dragones de la Escolta Presidencial. Uno era un viejo de hermosa estampa; los restantes, muchachitos a los cuales el casco de bronce con una cola de mono en la cimera y el uniforme de gran gala les quedaban grandes, y las altas botas granaderas les bailaban en los pies. Antes que cómico, su aspecto era enternecedor, pues se mostraban diestros y bizarros.

El armatoste avanzó trabajosamente hundiendo sus ruedas en las calles de arena, seguido por la multitud. Se aplaudía y se arrojaban flores a su paso desde las recovas de las casas. Salvo los militares y funcionarios, los más eran viejos, mujeres y niños, amén de un buen número de mutilados, y heridos convalecientes que conservaban sus vendajes. Manlove recordó

algunos pueblos del sur de los Estados Unidos en las postrimerías de la guerra civil. Ofrecían sin embargo aquellas gentes un aspecto pulcro, colorido y alegre.

Fueron alojados en el moderno y bello edificio del Club Nacional, proyectado por el arquitecto italiano Alejandro Ravizza y construido bajo la dirección del alarife inglés Alonso Taylor. La institución, primera y única de su clase en el país, fue fundada por Benigno López, hermano menor del Mariscal, cuando en 1855 ambos regresaron de su gira diplomática por Europa. Mr. Washburn, que durante su anterior permanencia en Asunción había sido uno de los más asiduos concurrentes al Club, observó que continuaban en su sitio los lujosos muebles importados y la espléndida biblioteca; pero, las alfombras [220] y cortinas habían sido retiradas. El coronel Francisco Fernández, jefe de plaza, que se ocupó personalmente del agasajo e instalación de los huéspedes, explicó que aquellas habían sido usadas para la confección de vestuarios para la tropa. Comentó jocosamente que en las trincheras podía verse soldados con chiripá de terciopelo, calzoncillos de voile y pesados ponchos de alfombras persas.

El coronel Fernández era un gran señor criollo, bastante ilustrado. Ofreció su propia casa a Manlove, pero Mr. Washburn le rogó que permitiese a su compatriota alojarse en el Club hasta que hallase ubicación definitiva.

Después de tres meses de cautiverio usando la misma ropa, Manlove estaba poco menos que en andrajos. Por fortuna Mr. Washburn se había acordado de traerle un baulillo que Manlove le dejara en custodia cuando abandonó Corrientes para dirigirse a Tuyutí. Contenía un par de trajes, zapatos y mudas de ropa blanca.

El ministro le entregó también una carta del capitán Erwin Kirkland, fechada en El Havre un mes y medio antes. Le anunciaba su regreso a Maryland, llamado de urgencia por su hermano Jeremías. Erwin se mostraba moderadamente optimista en cuanto a la posibilidad de ejecutar «nuestro proyecto», a pesar del «hijo de perra Bareiro». Le encarecía no cejar en el esfuerzo por conseguir «la maldita patente» El «excelente sujeto Gregorio Benites» había enviado un emisario a «Mr. López» para ponerle en antecedentes. El mensajero era «el agradable joven» que abogara por ellos en la Legación paraguaya en París.

Manlove consultó el asunto con Mr. Washburn. Este le dijo:

-No es el momento oportuno para insistir en su solicitud, pues es posible que los gobiernos aliados, después del terrible descalabro sufrido en Curupayty, acepten una oferta de mediación de los Estados Unidos, que confidencialmente le informo, se encuentra en marcha. He oído decir que el Sr. López está gravemente enfermo y se teme por su vida. Si falleciera, la guerra terminaría en las siguientes veinticuatro horas. Importantes asuntos de Estado pendientes de solución se hallan en suspenso. En lo que se refiere al envío del Sr. Benites, evite mencionarlo. Por su propia seguridad, le aconsejo la más absoluta discreción.

En la comida que ese mediodía ofrecieron a Mr. Washburn en el Club Nacional los notables de Asunción, entre quienes se contaban los hermanos

del presidente de la república y varios ministros, estuvo presente -bañado, rasurado y elegantemente vestido-, el mayor [221] James Manlove. Nadie preguntó de dónde había salido ni qué estaba haciendo allí, aunque naturalmente se sintieron intrigados por aquel hombrón de facciones agradables y ojos de niño grande. Se movía con la cautela de quien teme romper algo. Cuentan que estaba de excelente humor. Salvo su vozarrón que algunas veces salía de tono, una que otra carcajada estruendosa y algunos ademanes de rudeza contenida, dejó la idea de que era una persona bien nacida y educada. Hablaba en español con cómica dificultad y fluidamente en francés, idioma que conocían algunos de los comensales.

Habían llegado en buen momento. Se regustaba todavía la gran victoria del 22 de setiembre. En la población había júbilo porque se creía que el arribo del ministro norteamericano era el principio del fin del bloqueo y un preanuncio de paz. Mr. Washburn había traído muchos periódicos, que corrieron de mano en mano. Así los habitantes de la ciudad pudieron comprobar que eran ciertas las afirmaciones de «El Semanario» de que la prensa americana, aun en los países aliados, clamaba contra la prosecución de la guerra, achacaba al general Mitre y al almirante Tamandaré el desastre de Curupayty, y abogaba porque se aceptase la negociación propuesta por López a Mitre en Yataty-corá.

Manlove asistió esa misma noche, en compañía de los Washburn, al Teatro Nacional, donde se estrenaba la obra del norteamericano Porter Cornelio Bliss «La divertida historia de la Triple Alianza».

El público tributó a Mr. Washburn una extraordinaria ovación. Le fueron dirigidos varios discursos, que contestó en términos amistosos en nombre del gobierno y el pueblo de los Estados Unidos. Acabada la representación teatral, se le llevó una serenata, con la concurrencia de altos funcionarios. Desde los balcones del Club Nacional la empedrada calle de la Palma, iluminada por la luna y algunos faroles lánguidos, ofrecía el animado espectáculo de jinetes de enjaezadas cabalgaduras que caracoleaban al son de la música de rabeles, arpas y guitarras. Mozos de uniforme y mozas de blanco typoi acampanado y peinetones de oro, formaban encantadas figuras de danza haciendo sonar los dedos a modo de castañuelas. Coreaban alegres estribillos, cambiando picarescas relaciones y coplas que hacían mofa del cobarde y pérfido invasor:

Cielo, cielito y cielo,
cielo del manso Chichí,
Cala'á pela la espada,
los cambá se hacen pipí. [222]

O se burlaban de sí mismos:

Cerro León mi campamento,
el 24 mi batallón;
cada al mes mi pagamento,
galopa mi diversión,
¡Paraguay mi perdición!

Nuevamente se pronunciaron elocuentes discursos. La serenata recorrió las calles de la ciudad. Mr. Washburn se excusó de acompañarla, pero Manlove siguió con ella hasta el amanecer. Músicos, cantores y bailarines

se renovaban con el relevo de entusiastas voluntarios que salían de las casas a sumarse al jolgorio. Los agraciados con la serenata correspondían con cántaros de limonadas, alojas y guaripolas de aguardiente. Para encanto y regocijo de la alegre romería, Manlove cantó baladas irlandesas acompañándose con una guitarra. Feliz de encontrarse tras su largo cautiverio con gente tan espléndida, bebió más de la cuenta y fue a dormir la mona en el cuartel de uno de sus compañeros de francachela, oficial de la guarnición. Cuando ya cerca de mediodía estuvo de regreso en el Club Nacional, Mr. Washburn, conocedor y desfacedor de los entuertos de su compatriota en Buenos Aires y Corrientes, le dio una severa reprimenda, encareciéndole que en adelante, si quería seguir contando con su ayuda y amistad, se abstuviese de entregarse a parecidas efusiones con los taimados nativos; los cuales, como aprendería a su costa si no se cuidaba de ellos, no eran personas de fiar. Manlove reconoció su falta y prometió enmendarse.

La presencia de Manlove en Asunción impresionó tanto como la de Mr. Washburn, que había roto el bloqueo de la Flota Imperial. Se hablaba de él en las confidencias del mate, en las tertulias de las casonas señoriales, en los corrillos del mercado, en las tediosas guardias de los cuarteles. Cuando pasaba por las calles dando grandes zancadas impacientes, los transeúntes se detenían para mirarle; las niñas atisbaban tras los cortinados de estera de ventanales enrejados, los chicos le seguían a prudente distancia, listos para emprender la fuga; los perros callejeros que no acababan de acostumbrarse a aquella apariencia extemporánea, le perseguían ladrándole furiosos, pero sin animarse a morderle. Dio lugar a una leyenda y a un misterio que perduran hasta nuestros días. [223]

- II -

El primer cuidado de Mr. Washburn fue buscar una residencia. La mejor casa de Asunción estaba desocupada. Era la misma que alojó al general Urquiza cuando el presidente argentino llegó sorpresivamente a la capital paraguaya para mediar en el diferendo con los Estados Unidos. Cubría toda una manzana. Estaba finamente amueblada. Tenía dos patios en el centro y amplios corredores a los costados. Había lugar de sobra para alojar cómodamente a cincuenta personas, pero Mr. Washburn prefirió ubicar a Manlove en casa de los Lasserre, una familia de ricos comerciantes franceses, a tres calles de la Legación norteamericana.

En el mismo despacho en que ordenó la libertad de Manlove, el Mariscal López había dispuesto que fuera alistado entre el personal extranjero de los Arsenales para que se ganase la vida hasta tanto se resolviera otra cosa. Mr. Washburn le aconsejó que asumiese sus funciones de inmediato:

-Los paraguayos, educados por gobiernos despóticos -le advirtió-, desconfían de quienes no trabajan. La holgazanería es un lujo que no se permiten ricos ni pobres, y de hecho está penada por el derecho

consuetudinario. Además, le hará falta el dinero. Le han asignado un sueldo de 100 pesos mensuales, el doble de lo que gana un ministro.

Manlove se asombró de encontrar en Asunción una fábrica de tales proporciones. Los Arsenales estaban en la ladera de una colina que dominaba el puerto. Contaba con varios edificios de arquitectura adecuada, donde funcionaban diferentes talleres, con máquinas movidas a vapor, de los sistemas más modernos y reconocidos como mejores. Uno de los departamentos estaba destinado a maquinarias para horadar cañones. Algo apartado del resto, un gran taller de armería. La sección correspondiente a construcciones navales, montada con idéntico esmero y solidez, comprendía los astilleros y espaciosos talleres para trabajos en madera. Reinaban el orden y la limpieza. Trabajaban centenares de operarios, parte de los cuales eran extranjeros, ingleses en su mayoría.

El ingeniero norteamericano Hunter -el inventor de las balas cónicas con punta de acero que habían perforado el blindaje de los [224] acorazados-, le hizo recorrer las instalaciones. Tenía el entusiasmo de un hombre totalmente absorbido por su trabajo y completamente identificado con la causa paraguaya. Le informó que el hierro que se utilizaba provenía de una moderna fundición ubicada en Ybycuí a 50 millas de la capital. Era traído en carretas hasta la estación de Paraguarí, y desde allí directamente en ferrocarril a los Arsenales. Estaba todo tan bien organizado que el ejército paraguayo no había padecido hasta entonces carencias de lo esencial, ni era previsible que tal cosa ocurriera en el futuro:

-El viejo López se resistía a gastar tanto dinero en estas instalaciones. Decía que cualquier tonto puede empezar una guerra, a lo que su hijo respondía que si ese tonto venía del extranjero con un ejército poderoso, podría destruir cuanto se había construido en el Paraguay, y en mucho menos tiempo que el empleado en construirlo.

El mayor James Manlove, héroe de la guerra civil norteamericana, expresó su admiración entusiasta y felicitó efusivamente al ingeniero Hunter. Pero, como era un caballero, se olvidó de preguntarle qué funciones desempeñaría en la fábrica como operario de la misma. Se marchó muy contento y nunca más fue visto por allí.

El ingeniero Hunter seguiría al servicio del Paraguay hasta diciembre de 1869, tres meses antes de la terminación de la guerra. No había hecho uso de la autorización para retirarse que en dos ocasiones anteriores el Mariscal López dio a los extranjeros contratados. Lo hizo cuando el ejército paraguayo, internado en las selvas del Amambay, ya no necesitaba ingenieros.

Recuerda el coronel Juan Crisóstomo Centurión:

-De Zanja Jhu partieron en una pequeña embarcación por el Aguaray para regresar a su país los ingenieros Mr. Nesbitt y Hunter. El Mariscal los despachó con una carta para el exterior, previo pago en onzas de oro sellado de lo que se les debía por sus servicios. Nunca se tuvo noticia de que los dos ingenieros hubiesen llegado a alguno de los puertos del litoral, lo cual hace suponer que hayan sido muertos por el camino.

Sin embargo, la carta llegó a destino. Estaba dirigida al Encargado de Negocios Gregorio Benites. Dice en su primer párrafo:

«Mi querido Benites: Me he informado con satisfacción de la

entrevista que V. tuvo, por mi encargo, el 1º de julio último, con el emperador Napoleón III. Las palabras generosas que V. me ha transmitido de parte del Ilustre Soberano que le ha hecho el honor de recibirlo, me traen un contingente moral muy precioso». [225]

Además de Hunter y Nesbitt, por aquel tiempo fueron saliendo de los montes otros trabajadores británicos que habían servido lealmente y hasta el fin a una causa perdida, obligados por el corazón.

Después de dejar los Arsenales, Manlove pasó por la Aduana, donde funcionaba la Tesorería del gobierno. Como se acostumbraba hacerlo con los extranjeros contratados en el momento de incorporarse al servicio, le adelantaron -mitad en metálico, mitad en papel moneda-, tres meses de sueldo, más un adicional para gastos de instalación. Manlove firmó el recibo sin leerlo y embolsó alegremente el dinero sin tomarse el trabajo de contarlo.

Sintiéndose de nuevo en la opulencia, se echó a andar hacia su casa, sin más preocupación que hallar el modo de gastar su fortuna, que ya le molestaba en el bolsillo, en una aldea aislada del mundo por el bloqueo. Subió por la calle del Sol, muy concurrida por ser una de las que daban acceso al puerto. Bajo las recovas que daban sombra a las altas veredas de ladrillo, había una cantidad de vendedoras de refrescos, dulces, chipas, cigarros, sombreros de caranday, ponchos de muchas listas, lienzos y mantillas primorosamente bordados. Exhibían las mercancías sobre esteras extendidas en el suelo. Se daban aire con abanicos de palma. Sentadas en cuclillas, fumaban gruesos cigarros de hoja. Su aspecto era pulcro y aseado. Se sujetaban los cabellos con peinetones de oro; usaban largos pendientes de campanillas, profusión de collares, brazaletes y sortijas bellamente labrados. Sólo algunas ancianas llevaban luto. La piel cobriza, brillante, hacía contraste con los blancos typoi almidonados. Algunas jóvenes eran singularmente hermosas, y todas parecían risueñas y encantadoras. Había una cantidad de heridos convalecientes con las vendas a la vista, y lisiados que se apoyaban en bastones o en toscas muletas. Vestían desteñidas blusas encarnadas y el infaltable morrión de cuero. No vio ni un solo mendigo, ni individuo alguno de aspecto miserable.

En las espaciosas estancias que daban a las recovas funcionaban tiendas de comestibles, pulperías, talleres de talabartería, sastrería, telares. Vio a través de uno de los ventanales enrejados a un orfebre trabajando. Las puertas, altísimas, macizas, estaban abiertas de par en par, y también otra que daba al patio interior de la casa, dejando ver macetas de flores y un jazminero. El joyero levantó la cabeza y observó parpadeando al enorme individuo que acababa de entrar. Satisfecha su curiosidad, volvió a inclinarse sobre su trabajo. Era un mestizo alto y corpulento, de grandes bigotes grises y melena sujeta con [226] una vincha de cuero. Usaba blusa de lienzo bordada y pantalones sujetos con una faja negra. Estaba descalzo y sólo tenía una pierna. Apoyado en la pared, al alcance de la mano, un par de muletas; colgando de un gancho, una casaca azul, una espada y un quepis de oficial.

En el centro de la habitación, sobre una larga mesa cubierta por un

mantel blanco bordado, se exhibía un deslumbrante tesoro: calabazas para el mate enchapadas de plata y oro, bombillas, estribos; facones de empuñaduras de plata labrada y vainas de cuero enchapado; y toda suerte de maravillosas alhajas. Manlove contempló aquello deslumbrado como un niño. Tomó en las manos algunos objetos para examinarlos de cerca. Finalmente se decidió por un collar, unos pendientes y un anillo de carretón trabajado en filigranas, con una piedra roja incrustada en el centro. Se dirigió al artífice, que se incorporó cortésmente. Como parecía oficial, Manlove creyó indicado presentarse:

-Mayor James Manlove -dijo, tendiéndole la mano.

El indio la estrechó con la suya, firme y grande:

-Coronel Juan Gregorio del Valle, ¡a su orden!

Pagó sin fijarse en el precio y salió a la calle profundamente conmovido.

Pensaba regalar las joyas a su bella y joven casera, Madame Dorotea Duprat de Lasserre. Hubiese querido hacer también un obsequio a Mrs. Washburn, pero temió que el ministro le reprendiese por el despilfarro, o que le recordase el dinero que le había adelantado en la Argentina.

Al llegar a la esquina de las calles del Sol y 15 de Agosto, donde tendría que haber doblado a la derecha para dirigirse a su casa, que se encontraba a cinco cuadras de allí, junto a una escarpada colina que dominaba la ciudad, Manlove se detuvo indeciso.

Sacó del bolsillo las alhajas que acababa de comprar, les echó una mirada perpleja y las guardó de nuevo, suspirando. El reloj de la Catedral dio diez campanadas. Le quedaban dos horas para librarse de dudas.

Dobló a la izquierda y caminó hasta llegar a la calle del Paraguayo Independiente. Siguiéndola salió a la Plaza de Armas, una extensa explanada cubierta de césped descuidado, en la que pastaban algunas vacas y caballos. No había nadie a la vista.

Las recovas, de macizos pilares y cincuenta yardas de largo, de la antigua Casa de los Gobernadores, estaban desiertas. En la Catedral, situada en el extremo opuesto de la plaza, habían terminado [227] las misas. El Palacio de Gobierno, por ausencia del titular, estaba cerrado. Los cuarteles vacíos. Dando la espalda a la bahía se levantaba el edificio de dos pisos del Congreso Nacional, al que por tradición llamaban El Cabildo. Había sesionado por última vez veinte meses atrás, cuando se declaró la guerra a la Argentina.

Un sol de fuego en un cielo sin nubes, intensamente azul, daba un brillo acuoso, irreal, a las cosas. Soplaba una brisa del sudeste que aliviaba el calor. Manlove cruzó la plaza y fue a acodarse en el antepecho del murallón de la barranca. En tanto contemplaba distraídamente el espléndido panorama del gran río, se puso a reflexionar. Habían pasado dos semanas desde su arribo a Asunción; mas no era este el objeto de sus cavilaciones.

¿Con qué pretexto podría obsequiar alhajas a Madame Dorotea Duprat de Lasserre? En verdad no hacía falta ninguno, podría decirle simplemente que lo hacía en reconocimiento por las muchas atenciones de que era objeto por

parte de la familia de la bella y amable señora. Sin embargo, alguna razón que sospechaba era de naturaleza más compleja que el temor de incurrir en una falta de tacto, era la causa de sus vacilaciones.

Los Lasserre, a pedido de Mr. Washburn, habían accedido a alojar al mayor Manlove en una de las muchas habitaciones que tenían vacías en el caserón que ocupaban. No aceptaron el pago de una renta. Le sentaron a su mesa y se mostraron muy halagados de tener como huésped a un compatriota y amigo del hombre más influyente del país después del Mariscal López.

Monsieur Narciso Lasserre era un hombre de mediana edad, algo tosco de maneras pero alegre y cordial, sobre todo cuando estaba algo bebido. Perteneía a una familia de sólidos comerciantes de Burdeos. Hacía diez años que estaba establecido en el Paraguay. Ganó mucho dinero con la importación de vinos y licores de Francia, a los que pronto se aficionaron los paraguayos que podían pagarlos. Al estallar la guerra con el Brasil, en noviembre de 1864, se apresuró a encargar a su hermano, dueño de un negocio similar al suyo en Buenos Aires, que adquiriese en esa ciudad todo lo que cupiese en las bodegas del «Villa del Salto», barco del capitán Simón Fianza, y se lo enviase de inmediato. El astuto italiano adivinó las intenciones del francés, y a la carga de este agregó una buena cantidad que trajo por cuenta propia. Fue el último viaje que hizo. El Paraguay declaró la guerra también a la Argentina. El gobierno requisó el buque de Fianza, pagándole una indemnización y permitiéndole desembarcar la carga. Lasserre puso sus vinos, conservas y telas a buen recaudo; Fianza se retiró con su parte a una quinta de Campo Grande y se dispuso a [228] disfrutar de un merecido descanso agasajando a sus amigos mientras durase la guerra, que nadie creía que iba a ser larga.

Lasserre en cambio era un comerciante de raza. Se adaptó rápidamente a las condiciones del bloqueo y sacó de él un gran provecho. En una propiedad que alquiló cerca de la ciudad de Luque -a los extranjeros les estaba vedado adquirir bienes raíces, salvo expresa autorización del gobierno-, no lejos de la quinta de Simón Fianza. Allí se dedicó a la destilación de aguardiente, cuyo consumo aumentó extraordinariamente con la guerra, y a la fabricación de vino de naranja. Su almacén de Asunción cambió de ramo. Adquiría a bajo precio frutos del país en lugares alejados del interior para venderlos, con un fuerte recargo, en la capital, directamente en el mostrador o por medio de revendedoras que los ofertaban de puerta en puerta. Sus vinos, licores, conservas y telas finas los guardaba celosamente, para ir vendiéndolos poco a poco, subiendo el precio a medida que aumentaba la escasez, a una clientela que pagaba con relucientes onzas de oro sellado.

Monsieur Narciso Lasserre no cuidaba mucho su aseo personal. Tenía el aspecto de un zorrino y olía como tal. Pasaba mucho tiempo en su fábrica de licores. Era un tanto aficionado a la bebida, mucho a la buena mesa, y decían que también a las sabrosas kyguá-verá.

Se había casado, poco antes de viajar a América, con Dorotea Duprat, que tenía entonces dieciséis años. Trajo consigo a sus suegros, Monsieur Cipriano Duprat y Madame Gabrielle, y a su cuñado Aristide, algo menor que Dorotea.

Aristide Duprat estaba a cargo del almacén. Era un joven de aspecto enfermizo y de carácter melancólico, que parecía soportar su trabajo con

callada resignación. Las revendedoras le estimaban. Solía socorrerlas discretamente en sus necesidades y perdonarles sus pequeñas faltas. Como muchas de las mujeres no sabían leer ni escribir -la ley de enseñanza primaria obligatoria no regía para ellas-, les leía las cartas que recibían desde el frente y redactaba las respuestas con paciencia y buena voluntad. De este modo Aristide estaba muy bien informado de la marcha de la guerra. Todas las tardes, después de cerrar el negocio, tomaba nota de las noticias y las comentaba, mientras todavía estaban frescas en su memoria, en un libro de contabilidad.

Su habitación estaba pegada a la de Manlove, en los fondos de la casa. Daban a un gran patio rodeado por un alto muro que había mandado levantar M. Lasserre. Había allí una caballeriza y un establo. Tenía entrada independiente por un portón de hierro asegurado con candado. Manlove tenía una llave. [229]

Los sirvientes eran un viejo esclavo tomado en préstamo de una familia paraguaya, pues la trata había caído en desuso, y tres libertas negras, nacidas después del Decreto de Libertad de Vientres. Enterados como estaban de cuanto ocurría en la casa, hicieron sus aportaciones a la leyenda de Mayomalo'ú. Especialmente una de las muchachas, casi una niña entonces, llamada María-í, Mariacita. Vivió cien años y murió en Encarnación al servicio de la familia Palacios Corvalán, emparentada con el tráfugo Jaime Corvalán, el que mostró a la escuadra enemiga los canales libres de obstáculos frente a Curuzú, y que mucho había sufrido en tiempos de la Guerra Grande por causa de la traición de uno de sus podridos vástagos.

Como Aristide era muy reservado, Manlove no llegó a intimar con él, aunque mantuvieron una relación amistosa. Los domingos, el joven francés, provisto de útiles de dibujo, subía a la colina próxima, llamada Loma Cavará, Loma de las Cabras, desde cuya cima se tenía una visión panorámica de la ciudad y el río. Trazaba minuciosos bocetos que después, en el curso de la semana, pasaba aplicadamente a tinta y los coloreaba. Se conservan algunos. Aristide no salía casi nunca y no se le conocían otras aficiones.

En cuanto al libro de contabilidad en que hacía sus apuntaciones, formó parte de la colección Gill Aguínaga, lo mismo que algunos manuscritos de su hermana Dorotea en los que habla de Manlove. Esta, además, dejó un extenso relato de las peripecias vividas el último año de guerra, publicado bajo el título de «Aventuras y padecimientos de Madame Dorotea Duprat de Lasserre». Aristide fue fusilado en San Fernando el 9 de agosto de 1868 días antes que su padre Cipriano Duprat y su cuñado Narciso Lasserre, según consta en las «Tablas de Sangre» del general Isidoro Resquín.

Manlove y Monsieur Cipriano Duprat simpatizaron de inmediato. Era un hombre de mediana estatura, delgado, canoso, de rostro afilado y sonriente. Había sido oficial del ejército francés y era caballero de la Legión de Honor. En el Paraguay estaba relacionado con las familias más distinguidas y con altos funcionarios del gobierno. Era amigo de los López y uno de los íntimos de Madame Lynch, a quien divertían grandemente las agudezas del francés, algunas de ellas algo subidas de color. M. Duprat se burlaba de todo el mundo, era imprudente al expresar sus opiniones. Militaba activamente en la logia masónica «Pitágoras», fundada y dirigida

por el «venerable» Enrique Tubo, un maestro de escuela italiano de dudosa conducta y antecedentes; pero, se daba por sentado que M. Duprat estaba metido en tales tilinguérías sólo para divertirse. Era lo que se llama un bon vivant inofensivo, a quien los socarrones paraguayos, con ser tan cavilosos y desconfiados, no tomaban en serio y simpatizaban con él. [230]

M. Duprat sentía un olímpico desprecio por su yerno Narciso Lasserre, quien de mala gana financiaba las comprometedoras calaveradas de su brillante suegro. Bastante había hecho ya con tomar por esposa a una mujer sin dote, que en vez de darle hijos le había endosado un par de suegros ostentosos y un cuñado alfeñique, mal dependiente de almacén, incapaz siquiera de controlar como es debido a unas pícaras revendedoras nativas.

M. Duprat andaba siempre corto de dinero, tramando grandes negocios que le liberaran de depender de un palurdo amarrete. Así opinaba de sus propios hijos:

-La naturaleza se equivocó al darles el sexo: Aristide debió ocupar el sitio de Dorotea. Con la mitad de la audacia y la energía que tiene ella, hoy sería rico.

No estaba descaminado. Dorotea había salido a su madre. Era una normanda rubia, fuerte, esbelta de rasgos un tanto angulosos, ojos pequeños, intensamente azules, manos grandes y huesudas. Le impacientaban la torpeza y lentitud de los sirvientes. Prefería hacer las cosas por sí misma. Estaba siempre en movimiento. Tenía una risa fácil que le iluminaba el rostro, y una franqueza un tanto ruda. Atraía a los hombres, pero les intimidaba. Era todo un problema para Manlove llevar a semejante mujer un regalito. [231]

- III -

No tiene importancia desde el punto de vista de la Historia cómo se las arregló James Manlove para regalarle las alhajas a Dorotea Duprat. Quiere la Leyenda de Mayomalo'u que, hasta un siglo después, cuando fue demolido el sombrío caserón que ocuparon los Lasserre en tiempos de la Guerra Grande, para levantar en su lugar un moderno edificio de departamentos de trece pisos, se deslizara una apariencia entre las macetas de crotos y helechos de culantrillo. Se insinuaba una sombra más densa en la cribada cortina de jazmineros perfumados; atisbaba entre lianas y flores de Santa Rita; se doblaba en los gruesos pilares de los corredores penumbrosos. Se oía entonces el crispado chirrido de una puerta al cerrarse; y, más allá del temblor fantasmal de mosquiteros impalpables tras rejas herrumbrosas, gemidos y murmullos y rabeles de los grillos. La Tradición recuerda que, cuando don Narciso Lasserre había pernoctado en su destilería de Luque, las mañanas de la señora eran aladas y cantarinas, en vez de ser, como solían, de agitada e impaciente actividad.

Manlove no lo estaba pasando mal en Asunción. Se dice que, en el Club Nacional, le ganaba partidas de tresillo a Benigno López, quien según Mr. Washburn era mal perdedor. Se sabe que hizo malos negocios con Cipriano Duprat, pero se ignora qué fantásticas garantías ofreció al usurero y peluquero de señoras Jules Henry, para que le adelantara el capital necesario. Maese Henry estaba establecido a dos pasos del Club Nacional.

Socorría con préstamos a corto plazo y altísimo interés a los jugadores desafortunados. Hubo un tiempo en que el teniente José Díaz puso fin a tales manejos. Pero ahora Díaz era general y estaba en la remota guerra. Su sustituto en la jefatura de policía, el capitán Matías Sanabria, era un hombre de pocas luces, escasa iniciativa, completamente sometido a la influencia de los notables de la ciudad que mataban el tiempo jugando barajas.

«El Semanario» anunció que el presidente de la república y comandante en jefe de sus ejércitos en operaciones, Mariscal Francisco Solano López, se hallaba restablecido. Hubo respiros, que no fueron de alivio, en el Club Nacional. La noticia fue acogida con fiestas y misas de acción de gracias. En las serenatas y bailes populares se [232] exteriorizó nuevamente ese espíritu de alegría insensata que tanto desconcertaba a los residentes extranjeros.

Por esos días, provocó lecturas colectivas, animados comentarios y algunos estallidos de hilaridad, el largo artículo titulado «Expresión de gratitud», escrito por el presbítero Fidel Maíz, en el que abjura de sus errores políticos y jura inquebrantable lealtad al Mariscal López:

«Pudiera relegar a un eterno olvido los tristes antecedentes de mis graves y multiformes culpabilidades políticas y morales, por las que atraje sobre mí la acción vengadora de la ley y la justa indignación del público ofendido; por no renovar con su recuerdo las funestas ideas de tamañas aberraciones y miserias tan desdorosas. Pudiera cubrirles para siempre con el manto del más profundo silencio, y no hacer jamás de ellos ni la más ligera indicación; por no reproducir ante los ojos de la pública consideración ese negro y odioso cuadro de mi pasado sobradamente criminal, cuyas lastimosas consecuencias deploro y deploraré mientras viva con todo el pesar y la amargura de mi espíritu. Mas, no es posible: ellos son, y continuarán siéndolo del dominio público hasta la más lejana generación. ¡Sea! ¡Justo es!

»Apoderada de mí prematuramente las perniciosas y perversas ideas de una falsa y dorada libertad, que en realidad no es sino libertinaje o la insubordinación, y el desenfreno de todas las pasiones, con que se incita al hombre a no depender de nadie haciéndosele creer que no ha nacido sino para sus deseos y caprichos, ni quien le dirija y gobierne. Víctima de estos odiosísimos principios de disolución y sistemas detestables de un mentido liberalismo, que en suma no importan otra cosa que el desconocimiento o negación práctica de todo respeto y obediencia a las autoridades establecidas, y el rompimiento de todos los lazos que tiene el hombre con Dios y con las potestades legítimas así espirituales como temporales, que nos mandan y gobiernan en su nombre y que han de dar cuenta de nuestras almas, sacudir el yugo de toda ley divina y humana, y aun de la propia conciencia; con lo que el hombre quedaría como la fiera más indómita.

»¡Oh gracias! ¡Oh insigne gracia de perdón y libertad que me ha concedido el Excmo. Sr. Mariscal don Francisco Solano López! ¡A mí, que desleal y pérfido atenté contra mi Patria y mi gobierno, subversioné el

orden establecido, turbé la paz y tranquilidad públicas, y suspendí el curso del adelanto social en su más rápido y colosal desenvolvimiento! ¡A mí, que ingrato y desnaturalizado, no me detuve ante la idea mil veces pavorosa de ver la tierra de mi nacimiento bañada con sangre de hermanos, a trueque de arrancar los fundamentos de la estabilidad y engrandecimiento de la Patria, la Ley que [233] constituye su administración y Gobierno eminentemente republicano, liberal y progresivo!

»Es al Excmo. señor Mariscal López que debo exclusivamente mi vida y mi libertad; por él sólo existo en todo sentido y comienzo a respirar una nueva existencia exenta de la maligna influencia de tantas y perversas ideas... es a Él que debo el ser a estas horas paraguayo y cristiano; merced a Él que tengo Patria, y tengo Religión, tengo vida, y tengo Libertad, tengo todo, padres, hermanos y amigos... ¡El Grande Genio del Siglo XIX, el inmortal Campeón de América, el ilustre Presidente del Paraguay, el invicto General de sus Ejércitos, el nunca bastante bien aplaudido Mariscal Francisco Solano López! ¡Hosanna a su Nombre Glorioso!

»Pidamos a todas horas por su preciosa e irremplazable existencia para por los siglos y evos. Su Nombre inmortal resuene sin cesar en nuestros labios; su imagen gloriosa esté siempre en el fondo de nuestros corazones; su Augusta Persona sea todo objeto de nuestras contemplaciones, pensemos en ÉL, pensemos en ÉL, pensemos por ÉL, no durmamos ni nos despertemos sino bajo la dulce y vivificante influencia y a la sombra benéfica y refrigerante de Francisco Solano López, que es justamente la gloria, el honor y la alegría de la Patria, su única y toda esperanza.

»¡Ah, Francisco Solano López es para mí, para cualquier otro paraguayo, verdadero Padre y Salvador, y por eso mismo es también para mí muy especialmente el objeto único de las nuevas afecciones de mi corazón convertido. Que ÉL se digne mirar siempre propicio a su hijo pródigo prosternado a sus pies...»

«El Semanario» publica el artículo y lo comenta diciendo que «casi todos los que cayeron bajo la acción de la ley por aquella causa, en la que desgraciadamente se encontraron culpables muchos ciudadanos notables, han sido puestos en libertad. Con este precedente el pueblo debe mostrarse más cauto, y huyendo de las redes en que muchos cayeron imprecavidamente, sea celoso porque no vuelvan a aparecer en nuestro país los apóstoles del desquicio social. Esperemos que sean sinceras las manifestaciones del presbítero Maíz y que reparando los grandes desórdenes de su vida con sus futuras acciones, emprenda un nuevo camino que lo haga digno del perdón del magistrado y del pueblo».

En el mismo periódico venía apareciendo una serie de artículos sobre la navegación del río Amazonas, cerrada a los países extranjeros por el Imperio del Brasil, que tienen notable semejanza con la [234] campaña que venían sosteniendo varios importantes periódicos norteamericanos, seguramente alentada por el honorable Jeremías Kirkland y sus amigos dispuestos a financiar el proyecto de corsarios. No puede probarse que aquellas publicaciones tuvieran alguna relación con la presencia del mayor Manlove en la capital paraguaya, pero la coincidencia no deja de ser

significativa. En el último de los mencionados artículos, aparecido el 12 de diciembre de 1866, «El Semanario» de Asunción aconseja al presidente de los Estados Unidos:

«¿Cuál es la política que le conviene al ilustrado gobierno del Presidente Johnson, tomando en cuenta la insaciable codicia del Imperio, que no hace secretos de su propósito de establecerse sobre las bocas del Río de la Plata para parodiar allí su inclaudicable conducta respecto al Amazonas? Sobre todo dónde pudiera la patria de Washington y Lincoln encontrar una más bella oportunidad para manifestar al mundo sus principios liberales y republicanos; su odio al despotismo, al monopolio y a la esclavitud. Poniéndose a la cabeza de sus hermanas Repúblicas de Sud América en una cruzada libertadora contra el monstruo que pretende enseñorearse de los dos más grandes ríos para manejar con el cerrojo las anchas puertas que Dios ha creado para la ventura y prosperidad de estas ricas regiones del Continente? Los Estados Unidos, cuya política es la del libre comercio y la libertad de los ríos, debe ahora lanzar sus blindados, hacer flamear su poderoso pabellón en la boca del Amazonas, ese pabellón que mantiene fulgentes sus estrellas en el cielo de la Democracia».

El ministro residente de los Estados Unidos seguía siendo el personaje de mayor relieve e influencia en Asunción. Le hacían objeto de frecuentes agasajos, y también, de confidencias. Cuando aparecía en público le recibían con aplausos y vítores. Hacia la Navidad fue invitado a trasladarse al cuartel general de Paso Pucú para entrevistarse con López. De regreso le dijo a Manlove que la patente de corso debía aguardar los resultados de las negociaciones de paz, que seguramente se iniciarían en breve con los auspicios del gobierno norteamericano.

Madame Lynch vino a Asunción con sus hijos más pequeños. Pensaba trasladarse a su residencia campestre de Patiño-cué, con vista al lago Ypacaraí, para pasar el verano. Acompañado por M. Duprat, Manlove fue a visitarla para presentarle sus saludos y agradecerle las bondades que había tenido para con él mientras estuvo preso en Paso Pucú. Fueron cordialmente recibidos. [235]

Se diría que la hermosa mujer acababa de regresar de una temporada en provincias. No habían hecho mella las tensiones producidas por batallas terribles, el bombardeo constante, el calor, los mosquitos, la grave enfermedad de su compañero, que tan cerca estuvo de la muerte. Se interesó en los chismes y comidillas de la aldea. La divertida relación que M. Duprat le hizo de ellos la hizo reír de buena gana. Habló del Mariscal con la admiración y el entusiasmo de una mujer enamorada:

-Soy una admiradora de Napoleón -dijo-, pero él contaba con los recursos inagotables de Francia, la nación más poblada y rica de Europa, mientras Pancho sólo tiene a sus valientes paraguayos para enfrentar a la Triple Alianza.

Para atenuar el efecto de sus palabras, bromeó acerca de la glotonería de López: -Pancho y Resquín son los únicos gordos que hay en el ejército -dijo riendo.

La casa -la misma que hoy ocupa la Facultad de Derecho-, se fue llenando de visitas. Corría el champaña enfriado con el hielo de la fábrica recientemente inaugurada por el austriaco Von Fischer Treuenfeldt. Se improvisó una orquesta de músicos aficionados y hubo baile. Madame

Lynch tocó el piano. Manlove cantó baladas. El pobrerío curioseaba descaradamente encaramado a las rejas que dan a la calle. Se les contagió el entusiasmo y ellos también movilizaron a sus músicos. Como solía hacer en tiempos de paz en compañía de López, la Madama salió, seguida por sus invitados, a sumarse a la fiesta popular. Lujosamente vestida como estaba, bailó con gracia un «Solito». De despedida, como mandaba la costumbre, se ejecutó la «Palomita». Madame Lynch prometió a Manlove invitarle a la quinta de Patiño-cué. No lo hizo. Dos semanas después regresaba a Paso-pucú.

Madame Lynch estuvo siempre junto a López en los momentos críticos. No quiso salir del país con sus hijos pequeños, como pudo haberlo hecho en su condición de súbdita británica, cuando la guerra ya estaba definitivamente perdida y sólo podía esperarse una peregrinación hacia la muerte. Se retiró del campo de batalla de Itá Ybaté, en la que estuvo expuesta al fuego enemigo, a último momento. Cuenta el vizconde de Taunay, redactor del «Diario do Exercito» esta escena ocurrida en Cerro Corá:

-Mientras López cumplía los últimos instantes de su vida, escenas extraordinarias pasaban en otros puntos. Así, alrededor del carruaje en que estaba Madame Lynch con sus cuatro hijos, algunos oficiales paraguayos luchaban todavía. El teniente coronel Martins se defendía de los golpes del coronel Pancho López. «Entrégate, niño», intimaba el nuestro. «Ríndete, Panchito, ríndete», gritaba la [236] Lynch. ¡La fierecita nada oía! Dio un puntazo que la espada del adversario fácilmente desvió; luego hizo fuego con el revólver y finalmente ensayó nueva cuchillada. La paciencia del riograndense estaba agotada; su brazo tremendo se irguió y Panchito cayó para nunca levantarse. La Lynch salió entonces del carruaje, tomó el cadáver del hijo y lo extendió sobre las almohadas de la banqueta del coche. Lloraba ruidosamente y abriendo dos o tres veces los ojos empañados del muerto, le llamó: «¡Panchito, Panchito!»

Aunque el cronista no lo cuenta, otro niño, José Félix, de nueve años de edad, hijo de López y Juanita Pesoa, fue bárbaramente sacrificado.

El vizconde Taunay continúa su relato:

-El carruaje de la Lynch fue luego guardado por un piquete de centinelas. La mujer trajeaba un vestido de lujo: seda negra con puños y pecheras blancos; pintada con mucho cuidado, parecía estar pronta para una soirée, tanto más cuando sus dedos ostentaban costosos anillos de diamante. La sangre de Panchito manchó ese traje.

Madame Lynch enterró con sus manos los cadáveres de López y sus hijos. Después soportaría la calumnia, la pobreza, la adversidad sin que se quebrantara su orgullo. Murió en París el 25 de julio de 1886. Fue enterrada en el cementerio de Pere Lachaise con el nombre de Elisa Alicia Lynch López.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Manlove habló con entusiasmo de la extraordinaria mujer que era Madame Lynch.

-¡Je suis d'accorde! -aprobó Cipriano Duprat, con un tono de velada travesura que pasó desapercibido para Manlove.

M. Duprat ocupaba una de las cabeceras de la mesa. A su derecha

estaban Aristide y Manlove; a la izquierda, su esposa Gabrielle y su hija Dorotea, que escuchaban al huésped con visible desaprobación. Al oír a Cipriano se volvieron hostilmente hacia él. En la cabecera opuesta, Narciso Lasserre devoraba golosamente un pollo con las manos. Usaba una servilleta de babero, tenía los labios grasientos, la boca chorreante, la barba de tres días, las uñas negras. Su rostro era abotagado y mofletudo. Sus ojos pequeños y movedizos cuidaban alrededor como si temiera que le arrebatasen la comida.

Atolondrado como era, Manlove no se percató del efecto que sus palabras producían en las señoras, y continuó sus ponderaciones a la bellísima irlandesa. M. Duprat le escuchaba con mal disimulado regocijo. [237]

-Je suis d'accorde -repitió, echando más leña al fuego-, Madame Lynch es una mujer excepcional. Posee la belleza de una diosa, el coraje de una amazona, el refinamiento y el tacto de una mujer de mundo, el talento de una Aspasia, la abnegación de una madre, la devoción de una esposa, la pasión de una amante y la lealtad de una amiga. El señor López es muy afortunado.

-¡Esa perra! -exclamó Dorotea, con un gesto de ferocidad que asustó a Manlove.

-¡Señora, cuide usted lo que dice! -le advirtió M. Lasserre, apuntándole con una pata de pollo-, los sirvientes...

-¡Calla y no comas como un cerdo! -replicó Dorotea, con desprecio-, no comprenden francés.

María-í, la negrita que servía la mesa, puso los ojos en blanco. M. Duprat miró alternativamente a su hija y a Manlove, y soltó una carcajada.

-¡Cállese usted también, padre, que es uno de sus adulones! ¡No tenéis vergüenza, os habéis dejado seducir por esa prostituta, por esa ladrona descarada!

-¿Y a ti qué te importa? -le dijo su esposo-, ¿ha intentado seducirme?, ¿te ha robado? ¡Es mi mejor cliente!

-Les ruego que me perdonen -dijo Dorotea, levantándose-, me ha dado jaqueca.

-Te acompaño -dijo Mme. Gabrielle, levantándose a su vez-, te haré unas compresas frías.

Era una mujer esbelta y elegante, de rasgos más finos que los de su hija, pero sin la vivacidad de esta. A Manlove le recordaba esas damas insufriblemente altivas y orgullosas de Luisiana.

Narciso Lasserre se encogió de hombros, bebió un vaso de vino, clavó los dientes en su presa de pollo y dijo con la boca llena:

-¡La detestan, todas las mujeres la detestan!... ¿Por qué? ¡Yo no lo sé! Madame Lynch no les ha hecho el menor daño, pasan por amigas suyas... ¡Merde! Sus lenguas de víbora acabarían por perjudicar mis negocios.

Narciso Lasserre se fue a dormir la siesta. Aristide regresó a sus aficiones. Manlove y M. Duprat fumaron sus cigarros paseando a lo largo de los frescos corredores que rodeaban el patio interior de la casona. Manlove quiso saber por qué Dorotea trató de ladrona y prostituta a Madame

Lynch.

-Aunque no creo que sea específicamente el caso de mi pobre hija, la maledicencia y la calumnia son la defensa de las almas ruines, [238] que insensibles al mérito, olfatean lo deleznable. Le atribuyen a «Lavincha» imposibles amoríos con jóvenes oficiales, interpretando torcidamente la familiaridad con que los trata y las libertades que se toma con ellos. Afirman que abusando de su condición de favorita de un autócrata adquirió a vil precio las mejores casas de Asunción y las más hermosas fincas de la campaña; que posee un fabuloso tesoro en joyas y en metálico; que llevada por su avidez desenfadada ha llegado al extremo de cambiar por papel moneda las libras esterlinas que los soldados sacan de los bolsillos de los enemigos muertos en el campo de batalla.

-¿Es verdad eso?

-Pues no lo sé, mi buen amigo. Quien tal vez podría decírselo es Aristide, que colecciona confidencias de las revendedoras. Lo estimo altamente improbable. Ni el señor López consentiría una bajeza tan impolítica y contraria a su dignidad, ni los soldados paraguayos son tan estúpidos como para prestarse a ello. El gobierno no saca al pueblo un pedazo de mandioca sin pagárselo al precio del mercado, mitad en metálico, mitad en papel moneda, como es lo usual. Del mismo modo liquida los sueldos de la tropa y de los funcionarios. No lo hace desde luego solamente por motivos éticos, sino de buena política. Como diría Madame Lynch, comparado con López, Napoleón fue un salteador de caminos.

-¿Es una calumnia entonces?

-Es lo que creo; si bien fundada en el hecho de que en tiempos de paz Madame Lynch, entre sus muchos talentos, dio pruebas de habilidad para los negocios, cosa que nada tiene de condenable si no se hace en perjuicio del erario o de los particulares. En lo primero, dudo que haya en el mundo una administración pública tan escrupulosa, quisquillosa, papelera y honesta como la paraguaya, ni pueblo alguno más respetuoso de lo ajeno. Habrá observado usted que las puertas de las casas no se cierran, que se dejan en la calle y el mercado, al alcance de la mano de cualquier transeúnte, objetos de plata y oro. Sencillamente al paraguayo no se le ocurre robar, ni espera que le roben. ¿Ha visto usted algún mendigo?... ¿No? ¡Pues los hay! Les llaman tupambaeyara, «dueños de las cosas de Dios», y su profesión es honorable. No los reconocería porque no andan en andrajos y se conducen con mucha dignidad.

M. Duprat rió entre dientes y continuó:

-Todo el mundo prosperó notablemente en los veinte años que precedieron a la guerra. Los agricultores colocaron a buen precio sus cosechas, cada vez más abundantes; florecieron el comercio y la industria. Si bien el gobierno ejercía un abusivo control de la economía [239] y se reservaba monopolios irritantes, bueno es reconocer que no gravaba con impuestos las actividades útiles, y en cambio las fomentaba con franquicias y premios en metálico. Hubo una cantidad de nuevos ricos. Se generalizó la afición al despilfarro y el lujo. Fíjese en las mujeres del pueblo: se exhiben con un tesoro en alhajas que, le puedo asegurar, no está hecho de baratijas. La orfebrería es un arte nacional en este país que carece de metales preciosos. Las anarquizadas y paupérrimas provincias argentinas reclamaban con insistencia el liderazgo del Paraguay para

enfrentar a Buenos Aires; el Uruguay, para contener al Brasil. Pero, el viejo López era astuto y prudente. Odiaba y despreciaba la guerra. Le he oído decir que no cambiaría toda la gloria militar del mundo por la sangre de uno solo de sus conciudadanos. Su hijo en cambio pertenece a una nueva generación, deseosa de probar fuerzas. En el Club Nacional no se hablaba de otra cosa que de la necesidad de que el Paraguay hiciese oír su voz y manifestase su poder en el «concierto de las naciones del Plata». Que respondiera de una vez a las continuas provocaciones que le obligaban a desperdiciar tiempo, dinero y energías en mantenerse sobre las armas, sin usarlas. Mr. Washburn repetía que para afirmarse como nación, este país debía pasar por el crisol de una gran guerra. Los periódicos de Buenos Aires ridiculizaban al Paraguay y a su gobierno. Decían que los paraguayos eran unos salvajes, unos flojos, afeminados por la molición de una paz de más de medio siglo. Los emigrados aseguraban que, en caso de guerra, el pueblo se sublevaría contra la tiranía de López. El Brasil amenazaba desde el parlamento y la prensa. Esos periódicos circulaban libremente en el Paraguay y provocaban la más viva indignación. Así se llegó al momento singular en que los brasileños querían la guerra para castigar la insolencia paraguaya; los porteños, para afirmar su poder en las provincias interiores; los federales provincianos, para obligar a Buenos Aires a responder a intereses nacionales antes que a los portuarios; los paraguayos, para que les respetasen y les dejaran en paz. No obstante, López procuró evitar la guerra; pero, cuando esta se hizo inevitable, fue acogida con alborozo por todas las clases sociales, incluso por los extranjeros residentes en el país, muchos de los cuales se incorporaron voluntariamente a filas. El entusiasmo fue inmenso. Se daba por segura la victoria a corto plazo. Corrientes se sumaría al Paraguay. Se contaba con la alianza del general Urquiza, el entrerriano, caudillo de los federales argentinos y jefe de una formidable e invicta caballería. Y con el bravo pueblo uruguayo, invadido y humillado por el Brasil con la complicidad de los porteños. La espada del Paraguay, largo tiempo contenida, salía por fin de su vaina en defensa de pueblos hermanos que durante largo tiempo habían reclamado en vano su [240] ayuda y protección... ¿Cómo reprochar, amigo mío, a un pueblo joven y vigoroso la generosa imprudencia de la juventud?

-No seré yo quien lo haga, por supuesto...

-Nada ocurrió como se había previsto y era lógico esperar. Urquiza se lavó las manos, y en vez de usar su caballería vendió su caballería a los brasileños. En el Uruguay, el gobierno impuesto por el invasor, declaró la guerra al Paraguay. La flor y nata del ejército paraguayo se rindió en Uruguayana sin combatir. Se perdió la batalla naval de El Riachuelo, y con ella la oportunidad de dar un golpe de muerte al poderío brasileño. Se produjo la retirada de Corrientes, donde las clases acomodadas habían apoyado a los paraguayos, pero el pueblo, sintiéndose invadido, los resistió. Se conocieron los términos del Tratado Secreto de la Triple Alianza. La guerra cambió de carácter. Se convirtió en una cuestión de vida o muerte. El pueblo en masa así lo ha comprendido y lucha con bravura insuperable. Pero, como también es comprensible, algunos espíritus flaquean. Muchos de los más entusiastas belicistas del Club Nacional echan ahora toda la culpa al señor López. Y a Madame Lynch de haberle inspirado

supuestos sueños imperiales... ¡Así es el mundo, mi amigo!

-¿Es verdad que la pareja posee una inmensa fortuna?

-Es posible, si bien el coronel Francisco Fernández, que administra sus bienes desde el inicio de la guerra, le ha dicho confidencialmente a cierto amigo mío que en el Paraguay están poco menos que arruinados y no poseen bienes en el extranjero, hasta el extremo de que Emiliano López está pasando privaciones en Europa, donde se encuentra estudiando desde hace algunos años. Por si usted no lo sabe, Emiliano es hijo del señor López y de Juanita Pesoa, amiga de juventud con la que continúa manteniendo relaciones a la vista, paciencia y beneplácito de Madame Lynch y de todo el mundo.

-Sigo sin entender por qué detestan a Madame Lynch.

-En realidad, amigo mío, sería vano buscar un motivo razonable. En el Paraguay donde el concubinato y la tácita aceptación de ciertas formas de poligamia son comunes hasta en las clases altas, las damas de sociedad dicen que no perdonan a Elisa su condición de adúltera y manceba de López. Yo creo que el odio que le profesan se explica mejor porque no pueden igualarla, y este es, como ha observado un viajero, el país de los iguales. No soportan nada que perturbe su tranquilizadora medianía, y si admiten a los héroes es porque todos lo son, con una naturalidad desconcertante. A regañadientes hacen una excepción con el señor López, que los tiene en un puño sin dejarles resollar. Pero, hasta el mismo López, al tiempo que obliga a los notables a rendirle manifestaciones externas de respeto y adhesión, para mantener su ascendiente sobre la plebe le explica [241] incansablemente por qué está luchando, y no con simples arengas sino de un modo fundado y comprensible. Además, desciende de su pedestal y se mezcla con ellos de modo que lo sientan uno de los suyos. Esto, y no otra cosa, fue la encantadora comedia que la «Madama», que de vez en cuando abandona el frente para inspeccionar la retaguardia, representó saliendo a la calle a bailar confundida con el populacho. Puede hacerlo sin dejar de ser lo que es, la reina de esta monarquía republicana.

-¿Cómo se entiende?

-Pues verá usted, el Paraguay es una república, democrática como no hay otra en el mundo, si dejamos de lado las cuestiones formales. Lo es por la índole de sus habitantes, por las ideas que le sustentan, y también por vocación. Quien ostentara títulos de nobleza o pretendiera privilegios de cuna provocaría la hilaridad de los paisanos. Fíjese en el ejército: nadie llega a oficial sin haber servido descalzo en la clase de soldado, y no hay modo de ascender si no es por los propios méritos. Si así no fuera, el oficial no tendría autoridad sobre la tropa. Sin embargo, el gobierno funciona como una monarquía absoluta.

Pero Manlove seguía teniendo en mente otras preocupaciones:

-Dorotea no es paraguaya, ¿qué puede importarle Madame Lynch?

-Es mujer, amigo mío, y está casada con un imbécil. No puede soportar que otra lleve una vida plena, a su modo gloriosa, imposible para Dorotea, que también es apasionada, inteligente y valerosa.

-Si no es indiscreto preguntárselo, ¿podría decirme por qué una mujer como Dorotea se casó con un hombre como Narciso Lasserre?

-No es indiscreción, es una buena pregunta que yo mismo me la hago

muy a menudo. No me opuse al matrimonio porque en su momento no hallé motivos para hacerlo. Hace diez años Narciso Lasserre era una hombre muy diferente del que usted conoce. Era apuesto, educado, nada tonto, de familia rica y honorable; y también audaz y emprendedor, como lo prueba su decisión de establecerse en un país remoto y desconocido. La ilusión de la aventura sedujo a Dorotea. Ella y su madre lo dispusieron todo, sin consultarme apenas. Yo acababa de retirarme, con honores, del ejército francés. Sin nada mejor que hacer, acepté la invitación que me hizo mi yerno de acompañarle al Paraguay con el resto de mi familia. Al principio todo fue muy bien. Narciso ganó mucho dinero. Fuimos admitidos en el círculo que rodeaba a Madame Lynch, un tanto separado, en vida del viejo López, de lo que podría llamarse aristocracia criolla, abiertamente hostil a Elisa. Sin embargo, ella se fue imponiendo [242] poco a poco, y he de decirlo que por sus propios méritos. Logró con el ejemplo que se aligeraran las costumbres, que se embelleciera la arquitectura, se generalizaran el buen gusto y la comodidad en el amoblamiento de las viviendas, se actualizara la moda en el vestir. Los dos primeros años de gobierno de Solano López fueron de prosperidad y constante jolgorio. Las fiestas en los salones poco tenían que envidiar a las de París. Los bailes populares eran espléndidas exhibiciones de color y alegría. Llegaban libros y periódicos de todas partes, y eran leídos con avidez. En Asunción funcionaban setenta escuelas de idiomas extranjeros. Mi esposa Gabrielle tuvo la suya. Dorotea ayudaba a las jóvenes paraguayas a realzar su natural encanto enseñándoles buenas maneras. Y a elegir telas y modelos, para gran provecho de mi yerno, que los importaba de Francia siguiendo las indicaciones de su mujer. Dorotea y Elisa eran íntimas amigas, se veían casi a diario. Entre tanto, sin que lo advirtiéramos, se operaban profundos cambios en el carácter de Narciso Lasserre. Le pasaba lo que a muchos europeos en los trópicos, si carecen de suficientes reservas de voluntad y respeto por sí mismos: se embrutecen. Narciso se fue transformando en un individuo zafio y vulgar, avaro y descuidado, vicioso y glotón. Se tornó pesado de cuerpo y tardo de espíritu. Fue algo progresivo, casi imperceptible hasta que, después de iniciada la guerra acabó de derrumbarse. Habrá observado usted que los paraguayos parecieran tener un natural sentido de la decencia y el decoro. Dejaron de invitarles a recepciones oficiales y fiestas de sociedad. Por motivos que ignoro, se enfrió la amistad de Elisa y Dorotea, aunque sin llegar a la ruptura. Ahora Narciso y mi pobre hija viven apartados de la sociedad y como ausentes el uno para el otro. Aristide, que siempre fue un muchacho tímido y reservado, se volvió melancólico. Gabrielle se encierra en su orgullo y despecho de gran dama ofendida, no se sabe por qué. El bloqueo hace que se sientan atrapados en un país cuyo destino no les importa, rodeados de gente a la que no comprenden, y por tanto, desprecian. Y si se vuelven contra mí es porque no acepto la existencia tediosa y rencorosa que ellos llevan, aguardando la derrota de los paraguayos para poder escapar; con excepción quizá del idiotizado Lasserre, que se contenta con seguir acumulando onzas de oro, bebiendo como una esponja, comiendo como un cerdo y acostándose con mestizas en su destilería de Luque. [243]

- IV -

El Mariscal López estaba muy enfermo cuando Mr. Washburn llegó al Paraguay. Como los cirujanos ingleses de la sanidad militar no conseguían aliviarle, fueron llamados el naturalista sueco Eberhard Munk, que vivía en las Cordilleras, y el anciano médico herbolario Vicente Estigarribia, desde hacía muchos años retirado en Villa Rica.

La enfermedad de López había paralizado al Estado y las operaciones en el frente, en el momento en que eran más necesarias enérgicas iniciativas para aprovechar las circunstancias favorables antes de que el enemigo se repusiera de la tremenda derrota sufrida en Curupayty, de la crisis que esta provocó en los países aliados y su consiguiente descrédito internacional.

La «tradición oral de los historiadores» y algunos apuntes del coronel Silvestre Aveiro, escritos en la vejez próxima a la chochera, informan que mientras esperaban el desenlace de la enfermedad del primer mandatario, los generales Barrios, Resquín, Bruguez y Díaz discurrieron acerca de lo que era preciso hacer en caso de que se prolongase indefinidamente la acefalía del comando. José María Bruguez, el artillero genial, que era entre todos el más instruido, habría propuesto que un consejo militar asumiera el mando sin más trámites, y se nombrase un gobierno provisional que iniciara de inmediato tratativas de paz, obviando así la negativa de los aliados de negociar con López. Se opuso a ello el general Díaz, que tenía el efectivo control de las tropas y contaba con la adhesión de los oficiales y soldados de línea, que le amaban. Sin el apoyo de Díaz nada podía hacerse.

Entonces llegó a Paso Pucú, con mucho retraso, encorvado y achacoso, como emergiendo de los trasfondos de la Historia, el Dr. Vicente Estigarribia, que fuera médico personal del Supremo Dictador Gaspar de Francia. Recetó unos yuyos y López se curó. Cuando ya era tarde.

No se sabe si López se enteró de los conciliábulos habidos durante su enfermedad. Siendo el general Bruguez su íntimo amigo, uno de los que le acompañara en su gira por Europa, y el más ilustrado de sus lugartenientes, hombre de valor a toda prueba, que se distinguió como artillero, ingeniero, caballero e infante, ya no tuvo misiones de confianza, como hubiera sido por ejemplo dejarle al mando de la fortaleza [244] de Humaitá después de la retirada por el Chaco del grueso del ejército. Quedaron en cambio el coronel Paulino Alén, que abrumado por la responsabilidad intentó suicidarse, y el coronel Francisco Martínez, que acabó por rendirse en Isla Poí tras una defensa tan heroica como falta de iniciativa. Ya en San Fernando, a mediados de 1868, descubierta una conspiración gestada en retaguardia, el general Bruguez fue fusilado. Nunca se supo los cargos que se le hicieron. Fue el único caso en el que no medió un juicio previo, salvo que se realizara en secreto. Hasta la víspera de la ejecución, López y Bruguez continuaron siendo amigos. Compartían la mesa diariamente. Como aquella vez la silla que habitualmente ocupaba el artillero se encontraba vacía, uno de los hijos pequeños del Mariscal preguntó dónde estaba el general Bruguez. Hubo un pesado silencio. Alguien sonrió malignamente. Bruguez era envidiado.

Ya repuesto de su enfermedad, el Mariscal López invitó a Mr. Washburn

a visitarle en Paso Pucú. Los antecedentes de Manlove quedaron completamente en claro. Se estudiaba seriamente el proyecto de corsarios. Si bien Mr. Washburn no lo cuenta en sus «Memorias», tan extensas como olvidadizas, hay indicios suficientes para creer que, dada la confianza que López le tenía entonces, comentaron el asunto y sopesaron las ventajas y los riesgos de otorgar las patentes. El ministro se habría inclinado por la afirmativa, como se desprende de una carta que escribió tiempo después a López para interceder por Manlove, que se conserva en los archivos pero no se menciona en las «Memorias».

Como decía el Dr. Faustino Benítez, en la Guerra Grande hasta Dios peleó contra los paraguayos. Mr. Washburn se encontraba todavía en Paso Pucú cuando el 28 de diciembre, día de los inocentes, recibió a través de las líneas por medio de parlamentarios, instrucciones del Departamento de Estado en el sentido de ofrecer sus buenos oficios a los beligerantes. La misma oferta harían representantes de los Estados Unidos en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires.

Se esperaba el éxito de la mediación. Ninguno de los contendientes estaba en condiciones de vencer al otro a corto plazo, lo que conduciría al recíproco agotamiento de recursos. Esto pesaba en el ánimo de los banqueros que financiaban la guerra. Temían encontrarse, como sucedió en México, con la imposibilidad de cobrar deudas a Estados en bancarrota, ni de resarcirse con los despojos de un país destruido.

El ministro norteamericano, halagado por el recibimiento que le hicieron en Asunción, y deseoso de ganar tan gloriosos laureles en su carrera diplomática, no estaba para aventuras de corsarios. Habría [245] aconsejado a López que esperase el resultado de las tratativas de paz antes de tomar una decisión.

Con tales expectativas Mr. Washburn regresó a Asunción y le dijo a Manlove que tuviese un poco más de paciencia.

El 26 de enero de 1867, el general José Díaz se fue a pescar al río en canoa, a la vista de la escuadra brasileña, dicen que para observarla de cerca, porque tenía el plan de incendiarla y apoderarse de algunos acorazados. Esto, por lo menos, es poco verosímil, y tiende más bien a justificar de algún modo una fatal imprudencia.

Uno de los buques dispara un cañonazo como para matar el tedio. Yerra el tiro. La bomba rebota en el agua y estalla en el aire justo sobre la canoa, hundiéndola y destrozando una pierna del vencedor de Curupayty, quien gana a nado la costa con la ayuda de su ahijado, el sargento Cuatí, un indio payaguá que fue amigo y compañero de armas del abuelo del autor de estas indagaciones en las alternativas de la Historia.

Rechaza el cloroformo. Le amputan la pierna. López y Madame Lynch pasan horas junto al lecho del enfermo, que se recupera rápidamente y parece fuera de peligro. Conserva el mando. Da órdenes a través de sus ayudantes. Quieren la Tradición y la Leyenda que una noche haga el amor con una mujer que le asiste, y que tal calaverada le provoque una hemorragia. El 7 de febrero, a los 12 días de haber sido herido, el general José Díaz muere víctima de su temeridad. Le lloran desde el Mariscal hasta los niños de las escuelas en las más remotas aldeas de la república. Se le rinden honores nunca vistos, y que nunca se volverían a ver en el Paraguay. En los campamentos, los soldados cantan «Tristes»:

Querido general Díaz,
siempre fue muy estimado,
por los jefes y oficiales,
hasta el último soldado.

Se siente como una premonición de que los días de gloria han pasado para siempre. [246]

- V -

Charles A. Washburn, para escapar del terrible verano asunceno, se trasladó con su familia al pueblo de Limpio, situado sobre el río Paraguay, seis leguas al norte de la capital. Lo recomendaría en una carta a su colega y sustituto Martin Mc Mahon como el lugar más delicioso que se pueda visitar en el país.

Los Washburn se instalaron en la finca de unos íntimos amigos, doña Luisa viuda de Casal, y sus hijas Conchita y Anita.

Mr. Washburn llevó consigo a su cocinero George Bowen -a quien describe en sus «Memorias» como «un enorme y forzudo negro»-, porque cuando se emborrachaba se ponía pendenciero y los demás sirvientes de la Legación tenían miedo de quedarse solos con él.

George Bowen, estando al servicio de la armada argentina, había caído prisionero de los paraguayos. Mr. Washburn, abolicionista de principios, pidió que le pusieran en libertad y se hizo cargo de él. Pero el ministro no tenía suerte con sus conciudadanos. George resultó un pillo. Borracho y mujeriego, hurtaba cuanto podía para costearse el vicio y regalar a sus queridas. Mr. Washburn lo mandó de vuelta a prisión porque el negro le faltó el respeto a Mrs. Washburn. Como los enojos del gringo no duraban mucho tiempo, volvió a reclamar la libertad de Bowen por vía diplomática, lo que provocó una irritada, aunque finalmente favorable, respuesta de la Cancillería, cuyos archivos desbordan de notas intercambiadas con la Legación norteamericana. Nadie quería cargar con el negro y no se podía dejarlo suelto. Así que regresó a la cocina, con la advertencia de que, si reincidía, iría a parar como forzado a la fundición de hierro de Ybycuí.

Bowen se portaba bastante bien mientras el ministro no le perdía de vista. Era además insuperable en su oficio. Preparaba platos deliciosos con la salvajina que Mr. Washburn y Manlove cazaban en los bosques vecinos, y con los peces que pescaban en el río. Para tales excursiones, Manlove iba a menudo a Limpio, y solía quedarse varios días. Las Casal le brindaban, como a todos sus huéspedes, una hospitalidad sin ceremonias. [247]

No tardó Manlove en descubrir que una casona rural paraguaya, más que un tosco edificio de ciclópeas paredes de adobe, con sus dependencias y agregados, era una institución.

Las Casal pertenecían a una antigua familia con arraigo y relevancia desde la época colonial, algo venida a menos desde la independencia, cuando una parte considerable de sus bienes fueron confiscados por el Estado por medio de, peor que arbitrarias, caprichosas multas impuestas por el Supremo Dictador a las familias patricias.

Aunque eran trigueñas de ojos verdes el Dr. Francia las había declarado mulatas hasta la quinta generación, en un intento de degradarlas socialmente. Estaban orgullosas de su abolengo. Afirmaban provenir de la nobleza peninsular, entroncada en el país con descendientes del conquistador Domingo Martínez de Irala y de la india María, hija de Moquiracé, cacique muy principal. Muerto el Dictador, el cónsul Carlos Antonio López les restituyó la dignidad, pero no los bienes confiscados.

Los varones de la familia, de trece años para arriba, estaban todos en la guerra, y algunos habían muerto en combate. Pero, como este era un mal generalizado e inevitable, se hablaba de ellos como si estuvieran de viaje en un país lejano e incomprensible, del que era muy difícil regresar con vida.

Doña Luisa era una dignísima matrona de unos cuarenta años de edad; Conchita y Anita, bellísimas muchachas que de entre casa andaban descalzas, vestían ligerísimos typoi sin enaguas, y fumaban cigarros a escondidas de los huéspedes gringos, a los que tenían hechizados con su risa fácil y su burlona picardía. Se expresaban fluidamente en español, las chicas sabían un poco de francés, y entre ellas hablaban exclusivamente en guaraní.

Asimilados a la familia, vivían en la casa doña Pilar Frutos de Recalde con sus hijos pequeños. El esposo de doña Pilar estaba preso desde antes de la guerra por haberse opuesto en el Congreso a la elección de Francisco Solano López para la presidencia de la república, argumentando, con el diputado Varela, que el Paraguay no es patrimonio de ninguna persona o familia. Y también una preciosa huerfanita, mimada por todos, que se llamaba Magdalena.

Los allegados eran incontables. Había buen número de esclavos, nacidos antes de que, dos décadas atrás, se decretase la libertad de vientres, y «libertos de la patria», nacidos después y sometidos a tutela. Había también negros y mulatos libres. Y algunos indios arrimados. Y parientes pobres. Y gente que por uno u otro motivo se quedó en la finca y fue asimilada por la costumbre. De todos los nombrados, salvo los muy ancianos, lisiados de guerra y heridos convalecientes, eran mujeres y niños. Se les sumaban unos cuantos prisioneros [248] de guerra y pasados del enemigo, que el gobierno había mandado allí para que trabajasen y se ganasen el sustento. Toda aquella clientela se alojaba en dependencias de la casona o en ranchos de adobe y paja dispersos bajo las arboledas y extensos naranjales de los alrededores.

Manlove dormía en una hamaca colgada de hamaqueros de hierro incrustados en los horcones que sostenían los aleros de la casona, tapado hasta la cabeza con una fresca colcha de algodón de tejido basto, para protegerse de los mosquitos antes que del fresco de la noche.

El trajín comenzaba antes del amanecer, con los primeros cantos de los gallos. Se oían gritos de arreo de los boyeritos que traían de los potreros las vacas para el ordeño, que mugían respondiendo al reclamo de los terneros que habían pasado la noche en los corrales. Con las primeras luces, una mulatilla le traía a Manlove un mate espumoso. Luego de sorber unos cuantos en la hamaca, se levantaba, se vestía, se lavaba junto a un pozo y salía a dar un paseo hasta la hora del desayuno.

Sonidos, aromas y colores armonizaban la sinfonía del amanecer. Se

ensillaban caballos, se uncían bueyes a arados y carretas; se horneaba la chipa y el pan; comenzaba el rítmico golpetear de los palos en los morteros en que se molían granos de maíz; el rechinar del trapiche que exprimía la caña dulce; el raspar de las mandiocas sobre bateas de tronco ahuecado en los que se preparaba el almidón; se hilaba, se tejía en telares, se teñían telas en vasijas de barro; los niños, hasta los muy pequeños, desgranaban maíz, pelaban porotos, rompían cocos, desmotaban algodón. Se trabajaba al aire libre, a la sombra de los árboles o bajo cobertizos de paja. Cada cual parecía dedicarse a lo suyo alegre y tranquilamente, sin esforzarse en absoluto.

A las siete, las dueñas de casa y los huéspedes se sentaban en torno de una larga mesa cubierta de un mantel blanco bordado, ante vajillas y cubiertos de finísima plata labrada. George servía un succulento desayuno americano; las paraguayas sólo bebían una taza de café con leche y comían el delicioso pan de trigo amasado con queso. Luego volvían a sus ocupaciones, iniciadas dos horas antes, porque todas trabajaban en la confección de uniformes para el ejército y vendas para los hospitales.

Si no iban de caza o pesca, Mr. Washburn y Manlove salían a cabalgar por los alrededores, siguiendo los caminos que serpenteaban entre bosquecillos, naranjales, potreros de pastoreo y chacras cultivadas en las que se veían trabajando mujeres, niños y muy pocos varones adultos. Eran las granjas de los agricultores libres, base de la economía [249] del país, que constituían las nueve décimas partes de la población.

Mr. Washburn le dijo a su compatriota que, a pesar de que la población masculina había sido movilizada en su totalidad casi desde el comienzo de la guerra, la producción, en vez de disminuir, había aumentado. No sólo en la agricultura. Las artesanías domésticas tradicionales habían logrado sustituir en gran medida los productos industriales que no tenían entrada al país debido al bloqueo.

Se cultivaba conforme a planes que establecían rigurosamente la cantidad de liños a sembrar. Había premios en metálico para quienes superasen las metas y mejoraran la calidad de las cosechas. Los labradores se ayudaban unos a otros por el sistema de la minga, que consiste en trabajar por turnos en las distintas chacras. Todo se hacía bajo el severo control de celadores, que informaban regularmente al gobierno de la marcha de los trabajos. Sin embargo, los productores estaban libres de impuestos y podían disponer libremente de sus cosechas. Si las vendían al Estado, se les pagaba al precio de plaza. Circulares impresas y sueltos en «El Semanario» advertían frecuentemente a los funcionarios que no debían presionar en modo alguno a los campesinos.

-Ni falta que hace, porque la disciplina del pueblo es asombrosa -continuó Mr. Washburn-. Están habituados a obedecer hasta el extremo que pareciera que lo hacen con gusto y por su propia voluntad. Fíjese usted que, hasta no hace mucho, los campesinos cuidaban como objetos valiosos sus ollas de hierro y sus cacharros de cobre. A un pedido del gobierno, los entregaron para su empleo en los arsenales. Lo mismo se hizo con casi todas las campanas de las iglesias y capillas, que eran su orgullo y alegraban con sus repiques los amaneceres y las fiestas pueblerinas. Con parte del bronce así obtenido, se ha fundido un enorme cañón al que llaman «El Cristiano». López ha conseguido dirigir todas las energías del país a

un solo objeto.

-¡El Paraguay es invencible! -exclamó Manlove, entusiasmado.

-Lo dudo; si no se hace la paz, o se agotan los recursos financieros de los aliados para proseguir la guerra, lo que estamos viendo no hará más que prolongar trágicamente el desenlace inevitable, y este hermoso país será destruido.

Manlove sintió que le invadía una oleada de impaciencia. Si Cándido Bareiro no hubiera sido un imbécil o un traidor; si no hubiese tenido la mala suerte de perder la confianza ya ganada de los paraguayos por culpa de un miserable pasquín correntino; si la victoria de Curupayty no hubiese creado ilusorias expectativas de paz, y, en definitiva, si no hubiera ocurrido todo lo contrario de lo que ocurrió, una invencible flota corsaria estaría en estos momentos asolando los puertos [250] del Brasil y el Río de la Plata, poniendo en insalvables aprietos a la marina imperial y a los ejércitos aliados. Pero, no había perdido la esperanza. Se lo dijo a Mr. Washburn. Le rogó que hablara de ello a López, y que si este no aprobaba el proyecto, le permitiese abandonar el país. De regreso en los Estados Unidos ya encontraría el modo de persuadir a sus amigos de Maryland y Nueva York para llevar adelante la empresa con o sin patentes de corso. Mr. Washburn le prometió hacerlo en la primera ocasión, que esperaba se presentase muy en breve:

-Próximamente viajaré al cuartel general. Es posible que me traslade al campo aliado para ofrecer los buenos oficios de nuestro gobierno, conforme a las instrucciones que he recibido del Departamento de Estado. Según lo que resulte de mis gestiones, le transmitiré al señor López el pedido de usted.

Mucho antes de mediodía, cuando apretaba el calor, iba cesando el trabajo en los campos. Después de almorzar se hacía la siesta. Luego, todo el mundo a regalarse jugosas sandías, acosados por multitud de gallinas que disputaban las semillas y las cáscaras. Cuando se iba poniendo el sol, se ofrecía el pintoresco espectáculo de la gente del pueblo bañándose en el río, completamente desnuda, sin distinción de sexos ni de edades. Nadaban alejándose de la costa hasta el canal, jugando con la corriente. Si pasaba algún vaporcito, se le acercaban peligrosamente, gritando alborozados. El barco respondía haciendo sonar repetidamente la sirena. Se oía un concierto de trinos innumerables. Cruzaban el aire de morada transparencia alborotadoras bandadas de loritos; raudas palomas que regresaban a sus dormideros del Chaco; solemnes tuyuyúes y garzas blancas. Brincaban dorados en el agua rizada por la fresca brisa del sudeste, que sopla en los crepúsculos. El cielo color naranja se reflejaba mágicamente en aquel río grande y risueño como un patriarca bondadoso.

Algunas noches se cantaba y bailaba al son de arpas, rabeles y guitarras en torno de grandes odres de barro llenos de mosto, puestos al fuego para preparar la miel de caña. La chiquillería se hartaba de azúcares que un negro urú espumaba con un largo cucharón de madera. Como el proceso de cocción una vez iniciado no podía interrumpirse, la fiesta generalmente duraba hasta el día siguiente.

Las largas sobremesas nocturnas, sentados en el fresco del jardín aromado de jazmines y alumbrado por la luna, eran propicias para las evocaciones familiares, las confidencias y los chismes.

Las Cazal no simpatizaban con Solano López. Según ellas, Pancho no era hijo de don Carlos Antonio, sino de don Lázaro Roxas y Aranda, tutor y seductor de Juana Carrillo. Carlos Antonio López, un pobre maestro de latines del Colegio de San Carlos, se había casado [251] con Juana por interés, estando ella embarazada y próxima a dar a luz. Don Lázaro apadrinó al niño, se ocupó de su educación y le hizo heredero universal de su inmensa fortuna, una de las pocas que no fueron afectadas por las multas y confiscaciones del Supremo Dictador, el cual fue un mulato que odiaba a la gente decente y halagaba la codicia y los resentimientos de la chusma. Si faltaran otras pruebas de la paternidad estuproso de don Lázaro, estaban el extraordinario parecido físico de Francisco Solano con su padrino, así como las diferencias de fisonomía y carácter de Pancho con los de sus hermanos y hermanas de padre y madre.

Nada argüía contra esta aseveración el hecho de que el viejo presidente López depositara toda su confianza, afecto y orgullo en su falso primogénito. Don Carlos Antonio era un cualquiera de la calle, hijo de un sastre pobretón, de quien no podían esperarse tales delicadezas.

A «Lavincha» la detestaban. Hacían culpable a la adúltera de los desvaríos y desafortunadas ambiciones de su concubino.

No obstante todo esto, Conchita Cazal refería una y otra vez, con inocultable satisfacción, el momento en que, en una fiesta de gala en el Club Nacional, el entonces general López hizo su entrada al salón, paseó la mirada por las beldades presentes, e inclinándose ante ella, la invitó a bailar.

Conchita era la mayor de las hermanas. Tenía veinte años y ya se consideraba una solterona. Su novio había muerto en la batalla de Tuyutí.

-Era un joven muy fino, educado en Buenos Aires. Le hicieron pelear descalzo, como soldado raso. Sus últimos pensamientos no fueron para mí, ni para su santa madre, sino para López. Le hizo decir con Crisóstomo Centurión que moría contento por haber peleado como bueno en defensa de la patria y a las órdenes de Su Excelencia... ¡Ese hombre ha de tener un pacto con el diablo!

Los domingos, Manlove acompañaba a las señoras a la iglesia. Más que a Dios y a los santos, se rendía culto al Mariscal López. Los sermones del cura eran arengas patrióticas, con terribles anatemas contra los diabólicos cambá. Leía «El Semanario» más que los Evangelios. El primer mandamiento era amar a la Patria sobre todas las cosas; el segundo, «¡Independencia o Muerte!»; el tercero, honrar al presidente de la república y a los poderes constituidos; el cuarto, obedecer cumplidamente a las autoridades... Faltar a los deberes del ciudadano republicano, dudar de la justicia de la causa nacional y de la victoria segura, pecados mortales irredimibles, que ni un ministro de Dios podía absolver... Al menos, esta era la versión castellana de las [252] palabras del sacerdote, que hablaba en guaraní, hecha para el gringo Manlove por Ana Bella Cazal, Anita, muchacha por demás graciosa e inteligente.

Terminados los oficios religiosos, en el mismo templo se celebraba una «junta». Esto es, una asamblea de todo el pueblo, en la que participaban hombres y mujeres, esclavos y libertos, prisioneros de guerra y pasados del enemigo, los cuales estos últimos, negros o blancos, por convivir con la gente aldeana habían acabado por perder su condición de

cambá para ser aceptados simplemente como personas. Los más de ellos, terminada la guerra, preferirán quedarse en el país.

En las «juntas» se discutían cuestiones de interés común y el cumplimiento de los planes y directivas del gobierno. Cualquiera podía opinar, se producían acalorados debates; pero, la última palabra la tenía el juez de paz, un viejo roble oscuro y nudoso, con ojos de caracará, que empuñaba como un cetro un grueso bastón de guayabo. Se llamaba Belisario Cantero. Según Mr. Washburn, era un malvado a quien no se le escapaba nada de cuanto se hacía y decía en su jurisdicción.

Pueden leerse en los legajos del Archivo Nacional, correspondientes a los tres primeros meses del año 1867, las cartas de Cantero al vicepresidente Sánchez. Informa detalladamente de los resultados de la cosecha, de las adquisiciones realizadas por cuenta del Estado y el precio pagado por ellas. Sólo de paso e incidentalmente da noticia de la presencia en el distrito del ministro norteamericano y su familia. En su respuesta, el vicepresidente Sánchez le da una reprimenda:

«Es diminuto trabajo del vecindario en los sembrados del semestre. Rebajados el tabaco y el algodón, hacen muchos menos frutos alimenticios. Esa cantidad parece poca para un mes, cuanto más para seis, según el empeño que en otros partidos se afanan los labradores. ¿Está usted persuadido que con la cosecha de esos pocos sembrados habrán de sostenerse los vecinos a su cargo hasta la nueva cosecha y se proveerá también a las necesidades públicas? Y no se diga que esa disminución del trabajo consiste en la escasa población actual de su distrito, porque en todas partes sucede lo mismo y sin embargo hay partidos que han avanzado a mucho más de 10.000 liños, no siendo pocos los que manifiestan el trabajo de 40 hasta 80. 000 liños».

Ni una palabra acerca de Mr. Washburn y consortes. Estos descuidos en la vigilancia le valdrán al vicepresidente Sánchez amargos reproches del Mariscal López; y le costarán la piel a Belisario Cantero, fusilado en San Fernando en agosto de 1868. [253]

Manlove tenía su vena infantil y bonachona. Se encariñó con Magdalena, la preciosa huerfanita, y fue fervorosamente correspondido. La montaba sobre sus fuertes hombros, jugaba con ella, la llevaba a pasear a caballo. Aprendía de sus labios encantadores los rudimentos de la lengua guaraní, y a su vez le enseñaba canciones en inglés. Magdalena era muy inteligente y tenía conciencia de su extraordinario poder de seducción. Dominaba a su gigante como si lo tuviera fascinado. Se empeñaba en hamacarle cuando dormitaba plácidamente de siesta, bajo la sombra de los árboles, olvidado de la guerra y de sus sueños de corsario.

La leyenda de Mayomalo'ú incluye un romance con Ana Bella Casal. Habla de la amarga rivalidad de Conchita y Anita en un país de idilios malogrados por la ausencia y la muerte. La convivencia de las hermanas se hizo intolerable, y cuando los huéspedes regresaron a Asunción a fines de verano, Anita se fue con ellos como dama de compañía de Mrs. Washburn. Un año después, al enterarse, el Mariscal López preguntaría en un telegrama, que consta en los Archivos, por qué una Casal estaba en la humillante condición de sirvienta de unos gringos. La Historia no conserva la explicación que le dieron. En cuanto al romance de Manlove y Anita, se omiten los detalles porque esta no es una novela de amor. [254]

- VI -

El Paraguay ha aceptado la mediación norteamericana. José Berges, ministro de relaciones exteriores, es optimista. En el ejército hay una gran expectativa. Mr. Washburn decide ir a Paso Pucú, para desde allí trasladarse al campo aliado con el fin de hacer algunos sondeos y enterarse del resultado de las gestiones realizadas por sus colegas ante los otros gobiernos beligerantes.

Mr. Washburn se embarca en Asunción el 7 de marzo, en el «Fuerte Olimpo», vapor en el que también viaja Benigno López.

Benigno López no siempre ha estado de acuerdo con su hermano mayor. A la muerte de don Carlos, Benigno y su íntimo amigo José Berges son mencionados como posibles candidatos a la presidencia de la república.

Benigno es tenido por hombre de ideas liberales. Es probable que fuera el candidato preferido por la naciente burguesía comercial, formada en parte por extranjeros, que empezaba a entrar en conflicto con el Estado, que ejercía un riguroso control de la economía y se reservaba el monopolio de los sectores de mayor rendimiento. También gravaba con pesados impuestos las importaciones suntuarias y estimulaba aquellas que favorecían la creación de industrias. Nada de esto convenía a los paraguayos dedicados al comercio exterior y a los exportadores ingleses, que no olvidaban que Lord Canning había dicho que el imperio británico iría a la bancarrota el día que se fabricara un clavo en América del Sur. De allí que la prensa internacional hablara con tanta insistencia de abrir el Paraguay a la libre empresa y a la civilización, así fuera a cañonazos, como había hecho el comodoro Perry en el Japón. Los emigrados paraguayos apoyaban calurosamente la idea en nombre del liberalismo, y las logias masónicas movían sus hilos secretos.

Según Mr. Washburn, Benigno López era poco estimado por sus compatriotas por el abuso que hacía de su posición en beneficio propio, lo cual no deja de ser una contradicción. El testimonio de Mr. Washburn no es insospechable, pero, como es uno de los pocos que quedan, los historiadores lo repiten a falta de otros mejores.

Mr. Washburn refiere lo que Benigno y él hablaron mientras viajaban en el «Fuerte Olimpo». [255]

-En nuestra marcha aguas abajo hablamos extensamente de la situación, de las perspectivas del Paraguay en lo futuro y del posible resultado de la guerra. Los dos éramos muy cautelosos y desconfiábamos el uno del otro. Yo daba por sentado que todo lo que le dijera, Benigno se lo contaría a su hermano, y suponía a la vez que él esperaba otro tanto de mí. Como conocía el país mucho mejor que yo, averigüé con él sobre las dificultades naturales que se opondrían al avance de los aliados, y especulamos sobre qué movimientos probables podrían estos hacer próximamente, y en el supuesto que tuvieran éxito, cuál sería el paso siguiente, y dónde conduciría si resultara un desastre como la batalla de Curupayty. También hablamos mucho de los recursos de los brasileños, y recuerdo que Benigno me dijo que el Brasil había ya contraído una deuda tal, que sus acreedores no le permitirían que fuese derrotado, porque, si no le acompañara la

fortuna y sus ejércitos vencidos y expulsados del Paraguay, la nación probablemente repudiaría la deuda. Recuerdo que uno de nosotros comparó a los acreedores a un hombre que empezó a cavar un pozo, pensando encontrar agua a pocos pies de la superficie, y que habiendo empezado, no quería perder el trabajo ya hecho, y siguió cavando a una profundidad veinte veces más profunda de la que creyó necesaria.

Una vez en Paso Pucú, Mr. Washburn discutió con el Mariscal López las posibles bases de la mediación. El Paraguay no puede aceptar los términos del Tratado de la Triple Alianza, que acuerda desmembrar el país y reducirlo a la impotencia; pero, ya que los aliados afirman que la guerra no es contra el Paraguay sino contra López, este aceptaría renunciar y marcharse a Europa por dos o tres años, siempre que quedase suficientemente garantizada la independencia y la integridad territorial de la república.

Se envía un mensaje al marqués de Caxias bajo bandera de parlamento, anunciándole que el ministro norteamericano está en las líneas paraguayas y desea trasladarse a su cuartel general. Caxias responde que puede hacerlo cuando lo desee, trayendo como escolta, si tal era su gusto, todo un batallón paraguayo. El Mariscal se ofende:

-¡Por supuesto que puede ir un batallón, y todo el ejército si yo lo mando!

Mr. Washburn pretende dar otra interpretación al mensaje de Caxias, hombre sin grandeza, chicanero y mezquino, que nunca sabrá ponerse a la altura de la dignidad de su adversario.

Se da a Mr. Washburn una escolta de treinta hombres, con orden de regresar si, como ha ocurrido otras veces, en el camino se producen tiroteos o provocaciones. Va con ellos el teniente Panchito, de trece años de edad. Después de dos horas de marcha por caminos [256] tortuosos se encuentran con la escolta enviada por Caxias. Se producen momentos de tensión en que están próximos a irse a las manos. Según Mr. Washburn, el teniente Panchito es uno de los que se muestran agresivos e insolentes. Luego se calman los ánimos y oficiales y soldados confraternizan y comentan las perspectivas de paz. Están igualmente hartos de la guerra, que no va para adelante ni para atrás, y sigue causando millares de víctimas inútiles, las más de ellas por enfermedad.

Mr. Washburn es recibido con honores por el marqués de Caxias. Pasa dos días en el campamento aliado, tratado a cuerpo de rey. Caxias le insinúa que si consigue que López abandone el país, será generosamente recompensado.

-He venido a atraparle, no a darle escapada; pero, como decimos en el Brasil, a enemigo que huye, puente de oro. Que procure evadirse por donde yo no pueda echarle el guante.

Caxias le cuenta a Mr. Washburn que ha recibido refuerzos. El ejército brasileño tiene 50.000 hombres listos para entrar en combate. Le entrega un plano de las posiciones paraguayas con la autorización de mostrárselo a López. Ya persuadido de que la mediación de los Estados Unidos no será aceptada por los aliados, y no hallando ningún despacho o correspondencia, el ministro decide regresar al campamento paraguayo. El marqués de Caxias le hace acompañar con su jefe de Estado Mayor y su propia guardia personal como escolta. Unos cuarenta hombres «con riquísimo

y peculiar uniforme». Del lado paraguayo le aguarda el capitán Andrés Maciel con cuatro jinetes descalzos.

-Llegué al cuartel de López a eso de las 10 de la mañana, y apenas tuve tiempo de asearme cuando recibí la invitación de tomar el desayuno con él. Lo hallé sentado a la mesa en compañía de los amigos a quienes tenía la costumbre de tratar con mayor consideración, entre ellos el Obispo, el general Barrios, el general Bruguez, el coronel Wisner, el joven Pancho López y dos o tres más. Noté que todos estaban intensamente ansiosos por conocer el resultado de mi misión, y mucho me llamó la atención que López no mandara afuera a los otros hasta saber de mí lo que había visto y oído. Le dije que hasta donde yo podía ver, los aliados continuarían la guerra indefinidamente, y que tampoco sabía que los brasileños experimentarían dificultad alguna para obtener dinero del exterior.

Cuando quedaron finalmente solos, el Mariscal le interrogó especialmente sobre Caxias, qué clase de hombre parecía ser.

-Le dije que era un viejo que parecía ser muy activo e imponía una excelente disciplina a sus tropas; que el campamento aliado estaba en condiciones mucho mejores que anteriormente, si bien yo lo [257] había visitado varias veces. Le dije que me trató con cortesía y que yo tomaba mis comidas en su mesa; que ciertamente no mantenía una sencillez espartana en su manera de vivir, pues tenía abundancia de la mejor carne de cordero y novillo, traída sin duda de gran distancia, y también muy buena fruta, que probablemente le llegaba de Montevideo.

Y aquí Mr. Washburn agrega una de las acotaciones insidiosas de que están impregnadas sus «Memorias», y que tanto impregnarían cierta historiografía paraguaya de posguerra:

-Estas observaciones ofendieron al Mariscal López pues vio en ellas un reproche a la pobreza de su mesa y la escasez de sus recursos; pero, en aquel momento no demostró ningún displacer por lo que oía.

Mr. Washburn le informa que la mediación había sido rechazada, y que la guerra seguiría indefinidamente hasta que uno de los beligerantes fuese totalmente anonadado. Le entrega los planos de las posiciones paraguayas que le había dado Caxias. López los examina y dice:

-Están mejor informados de lo que yo suponía. Hay algunos errores, pero, con todo, por lo visto tienen medios para obtener informaciones dentro de nuestras líneas, cosa que yo no sospechaba.

El comentario es astuto. Caxias estaba tan mal informado que la maniobra de flanqueo que emprendió meses después acabó en un completo fiasco. El mismo jefe brasileño comentaría en una carta que «ni por todo el oro del mundo» los paraguayos hablaban de sus posiciones: contestaban a los interrogatorios con evasivas, se hacían los tontos o daban informes falsos.

Mr. Washburn se empeñó en convencer a López que debía abandonar la lucha.

-Pero este comenzó discutiendo sobre su situación; dijo saber que era muy grave, pero presumió confiar en que rechazaría a los aliados en todos los puntos si atacaban, aunque no dejó de reconocer que sus posibilidades para un éxito final eran muy débiles. Tenía en contra grandes desventajas, y si los aliados se mantuviesen unidos por bastante

tiempo, y soportaban los enormes gastos que les exigía la guerra, probablemente vencerían al Paraguay tarde o temprano.

-No tengo ambiciones personales -le dijo López-, nunca las tuve. Trabajé por mi patria y estoy dispuesto a sobrevivir o caer con ella. Mis hechos me justificarán. No deseo otro abogado que el porvenir.

Mr. Washburn regresa a Asunción. Se entrevista con José Berges, quien telegrafía al Mariscal: [258]

«He inferido de la visita del señor Washburn que el marqués de Caxias y su círculo han llevado en el ánimo del ministro la convicción de que están fuertes».

Contesta el Mariscal:

«Impuesto de su mensaje. Ya ha notado usted la metamorfosis operada en el viajero. Conviene atender la propagación de sus impresiones».

Dos días después se presenta en las líneas paraguayas nada menos que el capitán Erwin W. Kirkland, como comandante de la cañonera norteamericana «Wasp». Es portador de despachos para Mr. Washburn que debe entregar en propias manos.

López mantenía informado al minuto de las novedades a su ministro de relaciones exteriores. José Berges telegrafía en su respuesta al último despacho del presidente de la república:

«Mucho estimo se halle en ese campo el capitán Kirkland, a quien considero hombre de otro temple que el ministro Washburn».

Por lo visto, López y Berges algo sabían de los antecedentes del capitán Erwin William Kirkland.

El Dr. Faustino Benítez conoció personalmente al capitán Kirkland en Asunción, a fines del siglo pasado, no importa por ahora en qué circunstancia. Afirmaba haber oído de labios del viejo lobo de mar lo que se dirá a continuación, y que coincide, en lo esencial, con los testimonios escritos que se conservan.

El capitán Kirkland decía que eran ciertas las declaraciones hechas por Manlove cuando este llegó a Paso Pucú en agosto de 1866, después de haber cruzado las líneas aliadas.

El proyecto de corsarios contaba con el apoyo de poderosas firmas comerciales de Maryland y Nueva York, y con la discreta aprobación de algunos círculos gubernamentales de los Estados Unidos. Cuando Manlove viajó de París a Buenos Aires, llevó consigo cartas de presentación de personas influyentes, dirigidas a diplomáticos, marinos y hombres de negocios norteamericanos que se encontraban en la capital argentina, y también para Porter Cornelio Bliss, literato de la misma nacionalidad, que residía en Asunción contratado por el gobierno paraguayo. [259]

El capitán Kirkland quedó en Francia, a la espera de la respuesta prometida por el Encargado de Negocios Cándido Bareiro, que nunca se produjo; pero, alcanzó a entrevistarse varias veces con el secretario de la Legación, Gregorio Benites, que aprobaba el proyecto. La última noticia directa que tuvo del mayor Manlove fue una extensa carta fechada en Corrientes, en la que le anunciaba su propósito de llegar hasta López y solicitar las patentes.

Poco después de haber recibido la carta, le llegó al capitán Kirkland un urgente llamado de su hermano Jeremías, quien utilizó para el efecto la línea telegráfica de la agencia de noticias «Reuter», de Londres. Jeremías había sido informado confidencialmente por el Departamento de Estado que Manlove logró llegar al Paraguay; pero que, una vez allí, fue acusado de espía y condenado a muerte, quedando en suspenso la ejecución de la sentencia.

Para entonces el proyecto de corsarios había tenido principio de ejecución, y ya se había invertido en él mucho dinero. Fracasaría salvo que Manlove lograra justificarse. El único que podría aclarar sus antecedentes era Charles A. Washburn, pero los aliados se negaban a darle salvoconducto para trasladarse hasta su sede en Asunción.

Los periódicos, con el secreto estímulo de Jeremías Kirkland y sus amigos, exigieron que la flota norteamericana del Atlántico Sur, apostada en Río de Janeiro, forzase el bloqueo y llevase al ministro al Paraguay. El Departamento de Estado dio instrucciones en este sentido al almirante Gordon, que se encontraba al mando de dicha flota. Sin embargo, la orden no había sido cumplida hasta el momento en que Erwin Kirkland estuvo de regreso en Maryland.

La prensa norteamericana, con rara unanimidad, prestaba su apoyo al Paraguay, sin que pudieran impedirlo los agentes brasileños, de proverbial esplendor, ni las protestas del ministro argentino Domingo Faustino Sarmiento. Las relaciones de los gobiernos aliados con los Estados Unidos pasaban por un momento crítico. Se propiciaba una enérgica mediación, sin descartar el ultimátum y la acción armada. Del mismo modo que se había logrado la retirada de los franceses de México, debía exigirse el cese de las hostilidades en el Río de la Plata.

El fondo del asunto era debilitar en lo posible el predominio de la pérfida Albión en aquellas ricas regiones, y hacer efectiva la noble doctrina Monroe también en el terreno de los negocios. Desde este punto de vista, la expedición corsaria era como lo contingente respecto de lo necesario.

Se convino en que el capitán Kirkland se incorporase de inmediato a la marina de guerra. Asumiría el mando de la cañonera «Wasp», [260] que debía operar en el río Paraná como parte de la flota al mando del almirante Gordon, quien recibió instrucciones reservadas al respecto. Antes de partir, Kirkland tuvo una entrevista con el jefe del Departamento de Estado, Williams H. Seward, quien, en presencia de un alto mando de la Marina, le rogó que observase discretamente lo que estaba ocurriendo en aquellas aguas, pues se habían producido lamentables e inexplicables fricciones y malentendidos entre diplomáticos y comandantes de la flota norteamericana.

-No le pedimos que sea un espía -aclaró Mr. Seward, ante la expresión de desagrado que observó en el rostro del marino-; pero, si comprueba irregularidades que afecten el honor u obstaculicen la política del gobierno de los Estados Unidos, es su deber de ciudadano advertirnoslo de la manera que estime más conveniente.

La cañonera «Wasp» sufrió demoras en Río de Janeiro y Buenos Aires. Cuando finalmente el almirante Gordon recibió orden imperativa de forzar el bloqueo, la misión no le fue encomendada a la «Wasp» sino a la

«Shamokin». El almirante Tamandaré se mostró sorprendido y desconcertado. La manera contradictoria con que actuó prueba que estaba mal informado acerca del carácter de las órdenes recibidas por el comandante del navío norteamericano, así como de su determinación de cumplirla. A causa de ello quedó en una situación desairada y humillante, ya que después de haber amenazado con hundirla, tuvo que ceder cuando observó que la «Shamokin» se aprestaba al combate.

El capitán Kirkland había pedido a su camarada Pierce Crosby, comandante de la «Shamokin», que averiguase la suerte corrida por Manlove. Crosby no pudo ver a Manlove, pero averiguó que acababa de ser puesto en libertad, y que mientras duró su cautiverio había sido bien tratado y gozaba de buena salud. Durante los agasajos de que fueron objeto los marinos norteamericanos en el campamento paraguayo, el teniente Andrés Maciel le contó al capitán Crosby que Manlove fue tomado por espía porque su nombre apareció en un periódico correntino, que le presentaba como un mercenario al servicio de los aliados.

El capitán Kirkland, según el Dr. Benítez, no dudaba de que aquella fue una maniobra de los agentes brasileños que operaban en Corrientes. Agregaba que, en su opinión, tal como estaban las cosas, si inmediatamente después del desastre de Curupayty, que acobardó a los aliados y les desacreditó ante el mundo entero, aparecía en alta mar una flota con bandera paraguaya, el efecto hubiera sido sensacional. Les hubiese sido imposible resistirla ni moral, ni política ni militarmente, quedándoles como alternativa la capitulación o el armisticio. [261]

El almirante Gordon obstaculizó con todos los medios a su alcance las gestiones diplomáticas favorables a la mediación norteamericana. Se negó a facilitar un barco al general Abboth, ministro de los Estados Unidos en la Argentina, para trasladarse al Paraguay y conferenciar con López. Esto hubiera puesto a conocimiento de los gobiernos neutrales y de la opinión pública internacional las condiciones de paz ofrecidas por López, que no podían ser más razonables, pues no podría exigirse a una nación que renunciase a su supervivencia como tal sin haber sido vencida en el campo de batalla. El propio Mr. Washburn le dirá a José Berges que el almirante Gordon estaba vendido a los brasileños.

A pesar de todo, cuando a mediados de marzo de 1867, finalmente el capitán Kirkland, al mando de la «Wasp», fue enviado al Paraguay con despachos para el ministro norteamericano, no era demasiado tarde para poner en práctica el proyecto de corsarios. Pero, para entonces Mr. Washburn, que acababa de entrevistarse con el marqués de Caxias, ya había comenzado el viraje que le convertiría en uno de los más enconados enemigos de López.

El capitán Kirkland pasó varios días en Paso Pucú. Los aliados se alarman, se enfurecen: los marinos norteamericanos de la «Wasp», los franceses de la «Desidée», los italianos de la «Ardita», los ingleses de la «Beacon», que siguiendo el precedente establecido por la «Shamokin» pasan una y otra vez el bloqueo, son invariablemente «seducidos» por López y Madame Lynch. Sus impresiones del campo paraguayo son recogidas por la

prensa internacional. Desmienten y hasta ridiculizan la propaganda aliada, y con frecuencia dejan mal parados a diplomáticos de sus respectivos países, transformados los más en instrumentos de la cancillería brasileña.

El capitán Kirkland se convertiría en uno de los más leales e insobornables amigos del Paraguay, donde volvería varias veces durante la guerra. Siempre que lo hacía preguntaba por Manlove. Le respondían que estaba bien, hasta que por último lo hicieron con evasivas. [262]

- VII -

El capitán Kirkland nada le dijo a López del proyecto de corsarios ni de sus vínculos personales con el mayor Manlove. No lo hizo por exceso de celo, fiel al carácter oficial de su misión. Lo lamentaría el resto de su vida. En cambio habló de ello con Mr. Washburn cuando este, apenas llegado a Asunción, regresó a Paso Pucú para entrevistarse con su compatriota y recibir en propias manos los despachos altamente confidenciales que le estaban dirigidos. Puede especularse que tales documentos tendrían alguna relación con las gestiones de Jeremías Kirkland en el Departamento de Estado.

Mr. Washburn obró de una manera un tanto perversa. Le contó a Manlove que había visto a Kirkland, pero no le dijo que el marino había requerido noticias de su amigo y que le envió cálidas palabras de aliento. Tampoco le informó que habían hablado de las posibilidades que aún restaban para insistir en el proyecto de corsarios. Le dijo en cambio que, en su opinión, debía dárselo por definitivamente fracasado.

Mr. Washburn cumplió su promesa de escribir a López pidiendo que se permitiera a Manlove abandonar el país. Conocía de antemano la respuesta: que tal cosa era imposible porque sentaría un precedente. Otros extranjeros, cuyos servicios eran indispensables para la defensa nacional, podrían pedir lo mismo. Se agregaba a esto un principio de reciprocidad: el enemigo retenía en sus filas a miles de mercenarios europeos y no pocos norteamericanos, sin que sus gobiernos respectivos reclamasen por ellos, como hacían, con insistencia, por sus compatriotas que trabajaban en el Paraguay.

Perdidas las esperanzas de realizar sueños tan intensamente acariciados, por los cuales se había jugado el todo por el todo; abandonado y olvidado por sus amigos; atrapado, sin nada que hacer, en un país con cuya causa se sentía identificado, y al que, como creía sinceramente, podía salvar de la derrota y de la destrucción, Manlove se desmoralizó y se le agrió el carácter.

Charles A. Washburn se queja a menudo en sus «Memorias» del mayor James Manlove. Pero, por lo que él mismo cuenta, así como por otras fuentes documentales más fidedignas, se sabe que hizo de [263] su compatriota una especie de escudero. Manlove era el único norteamericano residente en Asunción presentable en sociedad.

Oficialmente formaban parte del séquito de Mr. Washburn el inglés Carlos Federico Masterman y el norteamericano Porter Cornelio Bliss, quienes, al igual que el ministro, dejarían testimonios escritos de sus andanzas por el Paraguay, que ocasionalmente se refieren a James Manlove.

Masterman era farmacéutico y cirujano. Estuvo al servicio del gobierno hasta que cayó preso. Las causas de que informa en su libro «Siete años de aventuras en el Paraguay», son tan baladíes y contrarias al sentido común que resultan poco verosímiles. El propio Mr. Washburn, viendo la paja en el ojo ajeno sin ver la viga en el propio, le trata de «desvergonzado embustero». Puesto en libertad, Masterman pasó a residir en la Legación como médico honorario. Era un hombre serio, estudioso, que no se metía con nadie. En su libro, que no obstante contiene algunas páginas memorables, todo lo ve con los prejuicios y la soberbia de un súbdito británico de la época, que compensa su propia insignificancia con la grandeza del Imperio.

Porter Cornelio Bliss estaba asimilado como secretario de Mr. Washburn. Le ayudaba a preparar la «Historia del Paraguay», con la que el diplomático entretenía sus ocios. Tenía una memoria descomunal y una formidable erudición. Hablaba y escribía en siete idiomas, y muy bien en español. Pero, su insuficiencia moral y su manía de pasarse de listo hacían que no se le respetase. Vino al Paraguay contratado para reunir datos históricos en el riquísimo Archivo de Asunción, que estaba a cargo de don José Falcón, un paraguayo ilustre. Apenas don José le hubo tomado el pulso, se las ingenió para que Bliss dejase de poner las manos en los venerables legajos, depositarios de la memoria y los derechos de la nación, y, finalmente, se quedara en la calle.

Bliss fue un personaje único. Parecía un muñeco que hace de pícaro en un retablo, vestido con las ropas del clérigo. Pequeño, enjuto, pecoso, algo encorvado, vivaracho, escurridizo, miope y olfateador; hijo de un pastor protestante, era un mentiroso, un hipócrita y un cobarde confeso; servil hasta la obsecuencia, adulón hasta el escarnio, burlón hasta la temeridad. A fines de 1868, estando preso en Villeta, antes de ser sometido a tormento, se confesó conspirador y delató a quienes, según él, fueron sus cómplices. Careado con ellos les indujo a confesar lisa y llanamente sus crímenes, dándoles, para refrescarles la memoria, circunstanciados detalles de la conjura. Mr. Washburn, sobornado por Caxias, sería el inspirador. Altos funcionarios traidores habrían financiado el complot con dineros robados de la Tesorería. El propio Bliss recibió su parte, que puso a buen recaudo [264] en el extranjero, por valija diplomática. Los confabulados firmaron un acta -Manlove no lo hizo, porque, como era de esperar, llegó tarde a la reunión-, que fue confiada a Mr. Washburn para que la hiciese pasar al campo aliado bajo bandera de parlamento, con el objeto de coordinar planes de acción con el enemigo.

Agotada su inventiva, y ante el peligro inminente de ser fusilado por delitos de su invención, Porter Cornelio Bliss concibe una idea genial: se ofrece a escribir un libro sobre la conspiración. Lo hace en un ranchito de adobe, sujeto con una barra de grillos, con centinela a la vista; pero, ni en tales aprietos puede con su genio.

El libro es un engendro desopilante, lleno de citas y frases eruditas de autores antiguos y modernos, cada cual en su idioma original y la correspondiente traducción al pie de página. Cuanto más extenso fuese el manuscrito, más larga sería la vida del escritor.

Mr. Washburn, al salir del Paraguay, les había dicho a Bliss y Masterman:

-Ustedes pueden acusarme, si ven su salvación por ese medio, de cualquier crimen que puedan imaginar; pueden acusarme de brujería, o de robo de borregos, de lo que fuere.

A Bliss se le fue la mano. Difama con fruición a Mr. Washburn. Con el objeto de ilustrar el odio que el diplomático siente por el Paraguay y su gobierno, pone en boca del ministro las peores injurias y burlas contra López.

El presbítero Fidel Maíz, que era uno de los fiscales más temidos en los procesos por conspiración, le dice, tras de leer una de las diarias entregas del literato:

-¿Nos cree usted tan obtusos como para no darnos cuenta de que se está burlando de nosotros? Iré a dar un paseo. Si a mi regreso, dentro de una hora, no ha cambiado usted esos dislates, ya verá lo que le pasa.

Fidel Maíz no regresa ese día ni los siguientes. Bliss, pasado el susto, continúa haciendo de las suyas. Por fin concluye el libro con este párrafo de antología:

«Hemos bosquejado a grandes rasgos, la historia íntima del mayor atentado contra los deberes de un diplomático neutral que pueden ofrecer los tiempos modernos. Denunciamos a la ira divina, al oprobio del mundo, y al condigno castigo de su Patria a Charles Ames Washburn, como reo de altas traiciones y principal factor de una enorme conspiración contra el gobierno al que estaba acreditado y contra la vida del Supremo Magistrado de la República del Paraguay. Nuestra tarea actual está concluida, pero al deponerla pluma, juramos solemnemente, si Dios nos concede la oportunidad, perseguir [265] a Washburn por todo el mundo, hasta conseguir el ejemplar castigo de sus inauditos y execrables crímenes»

El libro se titula «Historia Secreta de la Misión del Ciudadano Norteamericano Charles A. Washburn cerca del Gobierno de la República del Paraguay». Tiene unas 400 páginas. Fue editado por la imprenta del ejército, bajo la dirección de Juan Crisóstomo Centurión, quien había caído en desgracia y su vida, como la de todos en aquellos días aciagos de sospechas y delaciones, pendía de un hilo. Cuando el libro estuvo terminado, llevó un ejemplar para mostrárselo al Mariscal López. Lo encontró en el corredor del cuartel general de Itá Ybaté, sentado en una silla y con un brazo apoyado en la cabecera de otra, como era su costumbre. Estaba solo, tenía el rostro sombrío. Hojeó el ejemplar, y dijo:

-Está limpio...

Luego agregó:

-Y bien, Centurión, parece que se ha salvado usted de este mare magnum. Ya veremos lo que pasa.

Gran parte de la edición fue enviada, para ser distribuida en el extranjero, en la cañonera «Wasp», al mando del capitán Kirkland. Fueron también Bliss y Masterman, en calidad de reos confesos, confiados a la justicia norteamericana. En el momento de embarcarse, Bliss se superó a sí mismo: preguntó cómo podía hacer para restituir al gobierno paraguayo el dinero que había recibido de los conspiradores.

-¡Uselo nomás -le dijeron-, y que le haga provecho!

Es que el libro, entre tantas mentiras, deja traslucir no pocas verdades; y también, desde luego, la calaña del sujeto que lo escribió.

Cornelio Bliss fue un burlador burlado.

El capitán Kirkland trató sin miramientos a sus pasajeros. Los instaló en la proa, con la tripulación. Cuando protestaron, les dijo:

-Si son mujeres, díganlo de una vez, y les daré un camarote.

De modo parecido había tratado a Mr. Washburn cuando meses atrás lo llevó, poco menos que como un prófugo de la justicia. No tuvo empacho en desmentir públicamente en declaraciones a la prensa, y, un año después, ante una comisión investigadora del Congreso de los Estados Unidos, las calumnias que el diplomático difundió contra el Paraguay. Kirkland era un hombre rudo, franco, sin dobleces. En este viaje había dejado en Angostura a un hombre de sus mismos quilates: el general Martin Mc Mahon, nuevo ministro norteamericano. El Paraguay y López contaron con la adhesión desinteresada de los hombres más íntegros de su tiempo, y con la de ni un solo canalla. [266]

El capitán Kirkland nada concreto pudo averiguar esta vez acerca de su amigo James Manlove, salvo que había sido detenido y probablemente fusilado en San Fernando en agosto de ese mismo año.

* * *

Solía decir el Dr. Faustino Benítez que ni Washburn, ni Masterman ni Bliss fueron capaces de ponerse a la altura y comprender al extraño país en el que asistieron a un profundo y conmovedor drama de la Historia. Les quedaba grande. Entonces, como lacayos resentidos, sólo pudieron difamarlo.

Pintaron un ambiente sombrío, viciado por la desconfianza, el espionaje y la delación. La realidad parece haber sido muy otra mientras se mantuvo la unidad de la nación.

El Paraguay era un país muy papelero. Se asentaban por escrito las cuestiones más insignificantes. En la montaña de despachos que diariamente recibía el Mariscal López en Paso Pucú, sólo ocasionalmente, y de manera muy general, se le informaba acerca de la actividad o de las opiniones de alguna persona en particular. El jefe de policía de Asunción, a quien Mr. Washburn describe como un monstruo de perversidad, era el capitán Matías Sanabria, un hombre rudo y sencillo, a quien López disculparía sus descuidos, en una primera instancia, en mérito de su simplicidad. Quien recibía y contestaba los informes de los funcionarios que se desempeñaban como delegados de gobierno en sus respectivas jurisdicciones y tomaba las providencias del caso, incluyendo las cuestiones de orden policial, era el vicepresidente Francisco Sánchez, un anciano venerable, benévolo e incorruptible. Cuando fue descubierta la conspiración, López le reprochó su ingenuidad, pero nunca puso en duda su honradez:

-Respeto mucho a este anciano -solía decir el Mariscal López-, porque es mi superior en edad, dignidad y gobierno.

El coronel Juan Crisóstomo Centurión cuenta cómo murió el vicepresidente Sánchez:

-Después del combate de Cerro Corá la soldadesca brasilera cometió muchos abusos; mató inútilmente y con indecible crueldad muchas personas indefensas, y finalmente, para colmo de atrocidad, prendió fuego al campamento, muriendo carbonizados enfermos y heridos que yacían en ranchos y pajonales. El capitán Asambuja, armado de una larga lanza, yendo con unos cuantos hacia el Cuartel General, encontró al anciano vicepresidente

Sánchez, espada en mano, cerca de una carreta. En cuanto le vio le intimó rendición en términos ásperos y groseros; pero Sánchez, levantando la espada que dos días antes le obsequiara el Mariscal, le contestó con ánimo resuelto: [267]

«¡Con esta espada, jamás!». No bien acabó de pronunciar estas palabras cuando Asambuja, le atravesó con su lanza de parte a parte. Un joven argentino que iba con ellos, picó el caballo para interponerse entre los dos, gritando: «¡No le mate, capitán!», pero ya fue tarde, y el vicepresidente Sánchez cayó exánime, víctima del cruel golpe. [268]

- VIII -

Fracasados sus esfuerzos de mediación en el campo aliado, poco tenía que hacer el ministro norteamericano en Asunción, en su carácter oficial. Le sobraba tiempo para acopiar materiales para la «Historia del Paraguay», que estaba escribiendo juntamente con el relato de sus experiencias. Otra de sus distracciones consistía en interminables partidas de ajedrez y de billar con sus amigos, en la Legación, y en paseos a caballo con James Manlove:

-A menudo íbamos a cazar perdices con Manlove, y nuestra más grata diversión en esa oscura época de ansiedades, era recorrer a caballo los caminos poco frecuentados que corren en todas direcciones en torno a Asunción y trepan por las colinas, pasando entre campos cultivados, en cuyos costados flores cítricas emiten el más fragante aroma imaginable y una gran variedad de otras plantas ostentan la policromía de sus matices. Porque en el curso de estas excursiones a caballo vi los caminos más hermosos, diversificados y encantadores que haya visto en país alguno.

«Detrás de Asunción, a una legua y media poco más o menos de la ciudad, hay una gran llanura abierta, de cerca de dos leguas de ancho y cinco de largo, llamada Campo Grande. Tiene suaves cuevas a ambos lados; y a distancias que varían entre un cuarto de milla y una milla, están los ranchos donde viven los pobladores, siendo algunos algo más que simples ranchos, pero en general su aspecto no aparenta ninguna pretensión, aunque poseen cómodas habitaciones.

«Una de las mejores casas de Campo Grande estaba alquilada por un italiano de nombre Simón Fianza, que había poseído considerable fortuna en Buenos Aires con intereses en varios vapores, uno de ellos el «Villa de Salto», caído en comiso cuando estalló la guerra. López le permitió que sacara de sus bodegas una cantidad considerable de provisiones. Llevó estos víveres y todos sus almacenes a la casa de Campo Grande, donde vivía con profusa hospitalidad, acogiendo con el mayor beneplácito a todos los que le visitaban.

«En estas excursiones de caza de perdices por lo general almorzábamos en su casa, y aunque nosotros disfrutábamos grandemente de su generoso trato, se diría que él gozaba más en hacer el papel de anfitrión que nosotros en compartir sus larguezas». [269]

Tal como él mismo las refiere, las actividades de Mr. Washburn no podían ser más inocentes y acordes con la neutralidad.

Mr. Washburn omite dar detalles de lo que ocurre durante sus visitas

a la quinta de Simón Fidanza, ni habla de quienes, además del propio ministro y su escudero, se sientan a la mesa del espléndido italiano.

Los comensales extranjeros han sido en su mayoría importadores. El gobierno no les molesta en absoluto, nada les pide; en cierta ocasión rechaza cortésmente manifestaciones de adhesión por considerarlas poco sinceras, y desde luego innecesarias: lo mejor que pueden hacer es estarse quietos y no estorbar.

El bloqueo ha paralizado el comercio exterior. El lucro cesante se acrecienta con cada día que pasa. Quisieran hacer algo para resarcirse de pérdidas, pero no saben qué. Su actitud es totalmente distinta de la de los técnicos y obreros especializados contratados por el Gobierno, que están ganando el doble y han acabado por identificarse con la causa para la que trabajan. Se mantendrán fieles hasta el fin. Pero, no son estos los extranjeros que visitan al capitán Fidanza.

Hay sí paraguayos que estuvieron vinculados al comercio con el Río de la Plata, y que además son ricos hacendados, hasta donde se podía serlo en el Paraguay de aquel entonces. Al principio habían bastado las «Estancias de la Patria» para abastecer de carne al ejército en operaciones; pero, últimamente, además de la sangre de sus hijos, se les pide contribuciones voluntarias a las que no pueden negarse, mientras se deja libre de cargas a los «pobres», que poseen en conjunto las dos terceras partes del ganado existente en el país.

También acuden a comer tallarines los refugiados uruguayos Antonio de las Carreras y Francisco Rodríguez Larreta. Son señorones de armas tomar, quijotazos a su manera, caracterizados representantes de una brava generación de políticos rioplatenses. Se han pasado la vida conspirando, intrigando, batiéndose con la palabra, la pluma y la lanza. Ahora se ven reducidos, en la retaguardia de una guerra que incitaron con todos los medios a su alcance, a permanecer ociosos, y, lo que es peor, callados. A pesar de sus ofrecimientos, el gobierno ha preferido prescindir de sus servicios.

Como la generalidad de las personas de su laya, Simón Fidanza tiene su parásito. Es el italiano Enrique Tubo, un individuo extravagante con sus puntos de vividor, y como tal, de espíritu aventurero y extraordinariamente persuasivo. Es venerable de la logia masónica «Pitágoras», establecida en su origen en el Paraíso Terrenal, cuyo primer venerable fue el Arcángel San Miguel y Adán su primer iniciado. [270]

Habla de Enrique Tubo el alarife inglés Alonso Taylor, hombre excelente si los hay:

-Poco antes de la guerra llegó a Asunción un italiano llamado Tubo y abrió allí una escuela; era hombre agradable y comunicativo, pero no me gustaba. Sin embargo envié por algunos meses a uno de mis muchachos a su escuela. E. Sr. Tubo se aprovechó de esto para pedirme dinero prestado. Algún tiempo después me mandó un recado invitándome a una reunión que debía tener lugar en su casa, con el fin de iniciarme en los misterios de la franc-masonería.

«Habiendo oído que era cosa buena hacerse masón, sobre todo en el extranjero, y teniendo también curiosidad de conocer sus secretos, fui, pero encontré que todo era una pobre farsa con el objeto de arrancarme dinero. No obtuve otra cosa que un delantalcito, la vista de algunas

letras cabalísticas con que el farsante de Tubo había adornado el cuarto, y una cantidad de disparates místicos que no pude comprender. No pronuncié una palabra en todo el tiempo que estuve presente y partí tan pronto como me fue posible, llevando conmigo el delantalito para no perder del todo mi dinero, aunque era demasiado pequeño para serme útil.

«Al día siguiente hablé de esto con el señor John Watts, maquinista de una de las cañoneras, y me contestó que todo era una farsa y que el tal Tubo no sabía nada de la franc-masonería».

El maquinista, John Watts, héroe de la batalla de El Riachuelo y caballero de la Orden Nacional del Mérito, pertenecía a la logia «Conway», que llegó al Paraguay en 1853 a bordo del buque de guerra inglés «Locust», que traía como pasajero en viaje de placer a Lord Stapleton; y, en misión diplomática, al ministro Sir Charles Hotham, a los efectos de reconocer la independencia, siempre y cuando se firmase previamente con Gran Bretaña un tratado de comercio y navegación. El gobierno paraguayo respondió que ambas cuestiones debían tratarse por separado. Si deseaba hacerlo, Sir Charles podía reconocer la independencia en nombre de Su Majestad Británica, y luego negociar de igual a igual cuantos convenios gustase proponer.

El inglés no estaba acostumbrado a este trato en las republiquetas sudamericanas, pero, aunque a disgusto, tuvo que avenirse al capricho del déspota indiano.

Los estados mayores de la marina británica aplicaban en el Río de la Plata el «Plan Triángulo» valiéndose de las logias masónicas volantes. A bordo de la «Locust» se afiliaron a la logia «Conway» el Dr. Juan Andrés Gelly, consejero del presidente de la república; don José Falcón, encargado del Archivo Nacional; los marinos Pedro V. Gill, Remigio Cabral y Andrés Herreros; los oficiales del ejército Vicente Barrios y Germán Serrano. Más adelante lo harían varios ingleses [271] al servicio de la marina paraguaya, y entre ellos John Watts, que le dijo al buenazo de Alonso Taylor que «Tubo no sabe nada de franc-masonería».

En tiempos de los López la masonería funcionaba en una suerte de semiclandestinidad tolerada. Como se desprende de la correspondencia entre Nicolás Pérez y Pedro Fernández, el viejo López la tenía bajo control y la usaba en su provecho. Basta recordar un párrafo de una de sus cartas firmadas con el seudónimo de Nicolás Pérez, dirigidas a Samuel Ward, que se ocultaba tras el nombre de Pedro Fernández:

«No dude que nada se me oculta de las que dicho infame perro llama maniobras de asesinato, ni de lo que allí pasa de masónico, no sólo en ese grupo de canallas, sino en el mismo Círculo Dulcamara».

Como diría don Carlos el Astuto, les pegaba con su propio rebenque. Jamás se hubieran atrevido los paraguayos arriba nombrados a hacerse masones sin su conocimiento y consentimiento, y es posible que lo hicieran cumpliendo sus instrucciones. Pero después, las urgencias del frente y el tedio de la retaguardia aflojaron el control de tales aficiones, en principio inofensivas; hasta que, al parecer, dejaron de serlo.

El marqués de Caxias era masón; masones los altos jefes y gobernantes de los tres países aliados; «venerable» de una logia -después introducida al Paraguay por el ejército invasor y a la que se afiliaría Cándido Bareiro-, José María da Silva Paranhos, Barón de Río Branco, amigo de Lord

Stapleton, consejero principal del emperador Pedro II y artífice de la guerra del Paraguay.

Cuando fue descubierta una conspiración en retaguardia, hubo sobrados motivos para maliciar que el enemigo se había valido de las logias para introducir sus agentes. Sí entre los masones hubo también simples incautos, muy cara pagarían su manía, como el propio Alonso Taylor, que por un delantalcito pasó por el suplicio del cepo uruguayana y se salvó de milagro de la última pena. John Watts fue fusilado, se dijo que el mismo día que James Manlove; pero, en esto último, no basta un testimonio para hacer una evidencia.

Simón Fidanza cultiva hortalizas hasta entonces desconocidas en el Paraguay. Dispone de tiernos lechoncitos, cabritos, corderitos, pollitos, pichones de paloma, cuentan que también codornices y faisanes, aunque no existen documentos que lo prueben, y es posible que se trate de una exageración propia del regusto con que evocaban [272] los banquetes del italiano los pocos que sobrevivieron a aquellas fatales comilonas.

Fidanza hornea su propio pan con harina rioplatense, finamente molida, que guarda en barriles herméticos, y una vez sus amigos consiguen hacerle llegar un cargamento a pesar del bloqueo, por intermedio del cónsul italiano Chapperon. Su bodega está repleta de vinos y licores exquisitos. En su despensa hay cantidades de café, té, chocolate, especias, conservas, copiosos quesos importados de Europa o heñidos por él mismo. Le gusta cocinar y sabe hacerlo. Es felizmente soltero, por añadidura. Ni vende ni regala nada; pero su casa está siempre abierta y su mesa dispuesta para los amigos que acuden como moscas a la miel.

Son reuniones casuales de hombres solos; de personas decentes, inteligentes, responsables, que le han tomado el gusto a la buena vida y tienen mucho que perder. Tras de una larga siesta en hamacas tendidas bajo los aleros o en la sombrasa arboleda que rodea la casa, el mate, algún paseo por los alrededores, el baño en el embalse de un arroyo que mueve una rueda hidráulica; las charlas del atardecer, fumando cigarros y sorbiendo de a traguitos la deliciosa caña paraguaya que destila el vecino Narciso Lasserre, y que sabias y hermosas kyguá-verá curan con bayas de guaviramí y hierbas secretas que matan al diablo oculto en el aguardiente.

Después, la cena, y la sobremesa al aire libre. Nadie tiene apuro. Pueden quedarse a dormir si lo desean, o regresar a la ciudad por senderos bañados por la luna, poblados de duendes jugueteros en tiempos que no existían fantasmas ni forajidos. Se sienten a gusto, en un oasis de paz y de frescura. El vino suelta las lenguas. Se habla con libertad y sin reservas de los más variados temas, para caer siempre en lo mismo: la guerra que se está haciendo demasiado larga y no tiene visos de acabar.

Los huéspedes de Simón Fidanza piensan que la guerra está perdida. Prolongarla es inútil y criminal. Si la derrota es inevitable, será mejor que ocurra cuanto antes. Pero López no se rendirá ni escapará a Europa por el puente de oro que le ha ofrecido Caxias por intermedio de Mr. Washburn.

El pueblo, sumiso y obediente hasta el martirio, le seguirá hasta el fin. Una propaganda organizada, hábil, machacona, ha metido en la dura

mollera de los rústicos ignorantes la idea de que la derrota significará para ellos la humillación, el despojo de sus tierras, la esclavitud personal; y el desmembramiento del país, la pérdida de la sagrada independencia que les ha hecho dueños de su patria y les ha dado dignidad. En el futuro, los hechos confirmarían que estaban en lo cierto, pero esto no lo saben los amigos de Fianza; y si lo supieran, no les [273] importaría demasiado. La paz salvaría sus personas y lo que resta de sus bienes. Podrían hacerse nuevamente buenos negocios, tal vez acrecentados porque se eliminaría sin duda alguna el excesivo control de la economía por el Estado y cesarían los monopolios. López es el único obstáculo. Están furiosos contra los cobardes brasileños que no son capaces de acabar de una vez con este loco, que por añadidura es un pésimo general y tiene a su mando un ejército diezmado, semidesnudo, famélico y armado con chatarra. El anuncio que hiciera Caxias a Mr. Washburn de que pronto acabaría con López les ha llenado de esperanzas, pero nada ocurre.

Estas ideas se perfilan y se expresan con creciente franqueza y claridad en la medida en que transcurre el tiempo, se acentúan la impaciencia y la desesperación, crecen la confianza mutua y la ilusión de impunidad: nadie ha sido detenido en tres años. Por el contrario, la mayoría de los presos políticos de anteguerra han sido puestos en libertad, y reintegrados al servicio funcionarios destituidos.

De pronto corre el rumor, que luego se confirma, de que los brasileños han invadido por el norte. Al cabo de un mes leen en «El Semanario» cómo algunos destacamentos de caballería al mando de uno de «Los Montieles» han aniquilado al enemigo en una campaña breve y magistral. Poco después se sabe que los brasileños han recuperado Corumbá, única vía de comunicación con el mundo, a través de Bolivia. Después, cómo los paraguayos los han puesto en fuga y reconquistado la plaza con sólo hacer acto de presencia.

¿Qué puede esperarse de gente tan inútil y timorata? La guerra se prolongará hasta que se hayan agotado los recursos del país, que en vez de disminuir, parecieran aumentar. Mucho antes acabarán de arruinarse las personas decentes y pudientes. Es preciso hacer algo antes de que sea demasiado tarde. ¿Pero qué? Como suele hacer la gente ociosa, reducida a la impotencia, se entretienen fantaseando conspiraciones.

En la mesa de Simón Fianza sólo hay un hombre que no está de acuerdo: James Manlove.

Pero Manlove es militar, y como tal, no muy juicioso. Acorralado, se exaspera, pierde los estribos, insulta, sobre todo cuando está bebido. Se le tolera porque es un protegido del ministro norteamericano. Está pasando apuros económicos.

Para justificar en el presupuesto la suma mensual que le asignaron para su sostenimiento, Manlove estaba en la nómina del personal técnico extranjero de los Arsenales. Pero él no se ha considerado obligado a prestar servicio, o tan siquiera hacer de vez en cuando acto de [274] presencia en el empleo. No le dicen nada. Es muy probable que, como nadie sabe a ciencia cierta a qué ha venido al país este gringo estafalario, el

administrador se hiciera el tonto, a la paraguaya, y se olvidase de pagarle el sueldo. Seguramente Manlove no lo reclamó. No está hecho para pequeñeces. Un caballero puede ser un sableador, pero no un ganapán ni un pedigüeño.

Recuerda Mr. Washburn:

-Manlove era uno de los últimos hombres que pudiera reclamar la simpatía o la ayuda de un ministro de los Estados Unidos; pero era americano, estaba impotente y necesitado, y yo le suministré todo lo que necesitaba mientras me fuera permitido hacerlo. Era un hombre de fuerza hercúlea, de seis pies y cuatro pulgadas de estatura, y sirvió mucho en la guerra civil, con numerosas cicatrices que demostraban lo mucho que peleó. Su carácter violento e ingobernable, creo que el peor que haya visto en un hombre -debilidad de que hablaba a menudo y se lamentaba-, le llevó a reñir con casi todos los extranjeros con quienes había tenido cierta intimidad en el país. Pero en general sus maneras eran corteses y poseía una educación regular; revelaba extensa información y no poca lectura.

Perdida la esperanza de realizar su proyecto, Manlove, fiel a su carácter, vuelve a hacer de las suyas. Cuenta hazañas de sus tiempos de oficial de la caballería confederada. Se desprende la camisa y muestra el torso velludo lleno de cicatrices. Cuantas veces Madame Lynch viene a Asunción, invita a Manlove. Le divierten sus ocurrencias y la entretienen sus canciones. Ha emprendido con M. Duprat toda suerte de negocios, y en todos se ha ido a la quiebra. Se encuentra endeudado hasta la coronilla. Mr. Washburn no sabe qué hacer con él. Manlove lo tiene abrumado a sablazos. A cada rato se ve forzado a intervenir para sacarle de algún lío. Manlove se arrepiente, llora, hace propósitos de enmienda; para volver enseguida a las andadas. Mr. Washburn acaba por escribir una carta al Mariscal López en el que le ruega solvente los gastos de aquel barril sin fondo:

«V. E. ya sabe el objeto de la venida de Mr. Manlove por las líneas enemigas a este país; que vino con un proyecto que él creyó, si fuese adoptado, hubiera sido de gran ventaja al Paraguay y terriblemente dañoso a sus enemigos. V. E. no ha adoptado el plan, y desde su llegada ha permanecido aquí sin poder dejar el país, sin ninguna ocupación, y en este momento sin ningún medio de subsistencia. No tengo otra alternativa que mantenerlo hasta el fin de la guerra con mis propias expensas. De que V. E. no ha de querer que semejante carga se me eche encima, lo sé perfectamente, y por esta razón escribo esta para preguntar si no podría encontrarse otro medio de alivio para él». [275]

Le contestan que Manlove tiene fijada una asignación, y que si no le alcanza es cosa suya. No obstante le regalan 300 pesos. Una suma considerable si se tiene en cuenta que un obrero paraguayo especializado de los Arsenales ganaba 15 pesos por mes. De mala gana el pagador Gaspar Gómez le entrega el dinero y le hace firmar un recibo, que se conserva en los archivos.

La vida en la ciudad es intensa. Se suceden sin solución de continuidad los actos públicos, las manifestaciones, los bailes en los

salones y en las plazas, las serenatas y los paseos campestres. «Las diversiones nunca nos han impedido cumplir nuestro deber», escribe Luis Caminos, secretario del Mariscal López, a cierto funcionario al que molesta tanto jolgorio y pretende reglamentarlo.

Los motivos son diversos, los pretextos innumerables. Se obsequia al Mariscal un álbum de tapas de oro. Una delegación de damas y notables se traslada a Paso Pucú para entregarlo. Las señoras de sociedad y las kyguá-verá y las campesinas ofrecen sus joyas a la Patria. En el futuro, declaman, sólo se adornarán con escarapelas y cintas tricolores. Comités de mujeres toman nota en todo el país de lo que ofrendará cada una. Encabeza la lista doña Juana Carrillo de López, madre del Mariscal; la cierra Madame Lynch. El tesoro registrado es sencillamente fabuloso. Al agradecerseles, se les explica que, debido al bloqueo, no hay modo de comprar nada. Se tomará solamente una décima, para acuñar la primera moneda de oro paraguaya, de carácter conmemorativo. No se hace una cosa ni otra, pero el trámite ha dado lugar a asambleas y manifestaciones, seguidas de baile y serenatas. Se pronuncian innumerables discursos. Natalicio Talavera afea en «El Semanario» que cierto literato cobre a las pobres mujeres por redactarles elocuciones patrióticas, mechadas de latinazgos, evocaciones de la heroica Esparta, citas de la Iliada y las Sagradas Escrituras, que matronas semianalfabetas, acostumbradas a hablar en guaraní, trabajosamente deletrean. El periódico no lo nombra, pero todo el mundo sabe que el plumífero no es otro que Porter Cornelio Bliss.

Agotado el asunto de los álbumes y ofrendas de joyas, el «bello sexo», como le llama «El Semanario», se ofrece a empuñar las armas. Forma batallones, improvisa uniformes, hace ejercicios militares en las plazas, desfila armado de lanzas. Cuando ya se han divertido bastante y el tema empieza a aburrir, el Mariscal les dirige un mensaje: mientras quede un varón con vida para defenderlas, ellas no tendrán que combatir. [276]

Nunca se permitió pelear a las mujeres, o tan siquiera que cumplieren funciones auxiliares, salvo el de enfermeras, y no en primera línea. Lo hicieron espontáneamente en la desesperada defensa de Piribebuy, en agosto de 1869, donde según los cronistas brasileños «se produjeron escenas que recuerdan a Zaragoza».

Cuando se les permite hacerlo, millares de mujeres visitan los campamentos. Muchas se quedan, sin que haya modo de sacarlas de allí. Para que tengan algún orden y no alteren la vida normal de los cuarteles, se las agrupa en compañías al mando de «sargentas». La primera de estas grandes migraciones se produjo a fines de 1865, hacia el ejército concentrado en Paso de Patria después de su retirada de Corrientes. Allí nació una joya de la música tradicional, «Mamópa rejho Josepa», «¿Adónde te vas, Josefa?», que alude a la multiplicación de la simiente varonil:

¿Adónde te vas, Josefa?

¡Me voy para el Paraná!

¿Qué me traerás de regreso?

¡Una yunta Paraguay!

«Estas cosas sirven para entretener el espíritu», le escribe el Mariscal López al vicepresidente Sánchez. Se presta a ello gran atención. Se elevan informes acerca del entusiasmo y la espontaneidad que se

observan en los actos públicos. La moral de la retaguardia, en particular de las mujeres, es tan importante como la de los soldados que se batan en primera línea. Además de «El Semanario», órgano oficial, a pesar de la escasez de papel se editan tres periódicos exclusivamente dirigidos al pueblo: «El Cacique Lambaré», en guaraní; «El Centinela», bilingüe, y, en Paso Pucú, «Cabichuí», también bilingüe.

«Cabichuí» -«La Avispa»-, está en gran parte escrito y totalmente ilustrado por los propios soldados. No sólo se distribuye en los campamentos. Goza de inmensa popularidad en todo el país.

No hay escasez de alimentos. Han subido los precios, pero esto sólo afecta a quienes tienen que comprarlos, que son los menos. La mayoría cultiva, tiene animales domésticos y por lo menos unas cuantas cabezas de ganado. Los soldados siembran hasta en las trincheras. Una batería avanzada, a 800 metros del enemigo, en Yataitycorá, continuamente hostigada por los cañones argentinos, está en medio de un maizal. Se atiende solícitamente a los heridos, se asignan pensiones a los mutilados, se socorre a las viudas y los huérfanos. Muchos prisioneros de guerra viven en las fincas del interior; los que [277] trabajan en obras públicas perciben cuatro pesos por mes, y son auxiliados por la población. «El Semanario» reprocha a algunos extranjeros la excesiva solicitud que muestran para con ellos. Después se descubrirá que el cónsul de Portugal, Leite Pereira, ha gastado en socorrer a los cautivos brasileños la friolera de 200.000 pesos, lo cual más que filantropía parece una inversión. Los pasados del enemigo, que son miles, acaban por convertirse en un problema. Los hay de muchas nacionalidades, hasta bolivianos reclutados a la fuerza en las provincias del noroeste argentino. Circulan libremente, holgazanean, viven de la caridad pública, algunos cometen delitos. Se los manda a la campaña, bajo la tutela de los jueces de paz, para que se ganen la vida trabajando. Los de mala conducta son remitidos a la fundición de hierro de Ybycuí. Se incorpora al ejército todo paraguayo, cualquiera sea su edad, que sea capaz de desenvainar un pesado sable de caballería de un tirón, pero no así los delincuentes comunes: no se confía la defensa de la patria a personas indignas. Ser soldado es un honor.

Los remisos o «emboscados» son pocos, pero los hay. De ellos se encarga el «Batallón Pombero», compuesto de mutilados y de viejos, que los atrapa y remite, dándoles como viático una tanda de palos para estimular su patriotismo. A los heridos, cuando convalecen, se les dan fusiles para que al manosearlos y limpiarlos se vayan haciendo a la idea de que tendrán que regresar al frente. Suelen aparecer en la campaña agentes del enemigo que dejan pasquines impresos en lugares visibles, pero que cuando toman contacto con la población son generalmente atrapados. Algunos de ellos son en extremo audaces y escurridizos. Tal fue el caso de los tráfugas Ruiz y Surián. Se los capturó cuando el general Flores, abusando de la tregua que siguió a la entrevista de Yataity-corá, los mandó a las líneas paraguayas para que indujeran a sus compatriotas a la deserción.

Entre tanto, como escriben los soldados en las cartas que Aristide Duprat lee a las revendedoras analfabetas, «la gran guerra se ha dormido». El enemigo no ha vuelto a moverse desde el sangriento rechazo que sufrió en Curupaty. Los amagos que hace de invadir por Itapúa son mantenidos bajo control por un destacamento de 400 hombres al mando del mayor Gabriel

Sosa. Los aliados nunca sabrán que son tan pocos. Sosa se las ingenia para insinuarse en todas partes y mantenerlos en continua zozobra.

Sigue la rutinaria y cruel guerra de trincheras. Don Melitón Gómez, que fue asistente de Manlove en Paso Pucú, ha sido ascendido a alférez y es caballero de la Orden Nacional del Mérito. Está al mando de un grupo de tiradores de precisión que opera en las avanzadas. [278]

Las posiciones brasileñas de Potrero Piris, frente al Sauce, se han vuelto inhabitables. Desde los árboles cercanos, tiradores paraguayos dan cuenta de quienes se dejan ver en las trincheras. Los brasileños llaman al sector la Línea Negra.

-Nadie sabe quién le dio ese nombre -recuerda el general Dionisio Cerqueira, que era entonces un joven alférez-, pues no era oscura; al contrario, había mucha claridad, de día y de noche. De día, por los rayos del sol. Durante las noches tenía claridades fatales. Iluminábanla los relámpagos tormentosos de la fusilería incesante. Era la sección más mortífera de nuestras avanzadas de Tuyutí.

«De noche era prohibido encender fuegos. Cuando alguien quería fumar, no se arriesgaba a encender fósforos, sino que buscaba lumbre en el yesquero envuelto en trapos viejos. Toda claridad iluminaba el camino de la muerte. Tal vez le habían dado el nombre de «Negra» porque era la corte del luto, y la muerte no paraba su faena de segar vidas en aquellos lóbregos caminos.

»Allí se representaba diariamente, a cada hora, el drama del exterminio de hombres que no se conocían. No había un día en que aquel suelo trágico no fuese teñido por la sangre de muchos brasileños; oficiales y soldados pagaban a porfía tributo a la patria amada. En los relevos recrudecía siempre el tiroteo, y caían bravos amigos y camaradas llenos de esperanza. Si algún oficial se distraía y dejaba arrastrar la espada, caía herido o muerto; el ruido lo denunciaba.

»Los paraguayos no eran temibles solamente por su puntería. A veces uno de ellos, deslizándose como una serpiente, callado, sutil, sin quebrar un gajo, sorprendía con un golpe de espada o bayoneta al centinela brasileño medio adormecido. El sueño es tan exigente y el servicio andaba tan apretado.

»Una avanzada paraguaya se había infiltrado a muy corta distancia de la Línea Negra. Había un tirador paraguayo de fama terrible. Decían los soldados que era negro. Algunos lo habían avistado. Mataba mucha gente nuestra, de preferencia oficiales. Tiraba desde los árboles, oculto entre las frondosas ramas. ¡Cuántos camaradas pagaron a ese monstruo el descuido o la indiferencia ante la muerte!

»Conversábamos cierto día sobre el estado de apatía en que vivíamos, diezmados en las avanzadas por el enemigo; y en el campamento, por las enfermedades. Más valdría una batalla. Ciertamente ya estaríamos lejos de aquel sitio funesto.

»-Afirman -dijo uno-, que las posiciones fortificadas del Sauce son formidables. Los pasados cuentan que están represadas las aguas del estero Rojas para inundar los grandes fosos de las trincheras. [279]

»-Los pasaremos a nado -observaba otro-. Después del 18 de julio del año pasado nada más se ha hecho. Todo es misterio para nosotros. Ni aquella trinchera que allí está tan cerca, conocemos.

»-Eso es fácil -me atreví a decir-, en cuanto me toque guardia, me iré allá.

»-¡Novelerías! -exclamó uno de mis compañeros, sonriendo irónico, tal vez para estimularme.

»Para cumplir mi promesa, un mediodía mandé cesar el fuego. Até en un sable bayoneta un pañuelo blanco, y lo levanté por encima de la cresta de la trinchera. Enfrente el fuego cesó también. En los otros puntos de las avanzadas los tiros continuaban como siempre. Subí al parapeto, y vi un centinela paraguayo recostado en un árbol, asegurando el arma escondida, con el brazo derecho oculto. Le grité en un español que Cervantes no hubiera aplaudido:

»-¿Puedo ir?

»El hombre se volvió, y luego aparecieron otros más; entre ellos, uno alto, muy trigueño, de grandes bigotes grisáceos. Era el comandante y me respondió:

»-Sí, puedes venir.

»Antes de partir dije al sargento:

»-Esté atento; no me deje caer vivo en manos de aquella gente.

»-Puede estar seguro, señor alférez -fue la respuesta.

»Traspuse la trinchera medio receloso y seguí por la picada. Al aproximarme a la guardia enemiga, el viejo alto y trigueño me dijo:

»-Deja tu sable.

»Desenvainé la espada, la misma que encontré en la puerta de mi carpa el 24 de mayo; dejela en un claro y me acerqué desarmado. Saludé al comandante, que me indicó que pasara. Entré en el terraplén, por una abertura. El viejo púsome la mano en el hombro, y mirándome con ojos compasivos, preguntó:

»-¿Qué viniste a hacer aquí?

»-Nada -respondí-, vine a visitarte.

»-Siéntate, entonces.

»Me senté en un tronco de urunday, y me vi luego rodeado por muchos hombres que me miraban con curiosidad hostil. Además había otros ocultos detrás de los árboles. La trinchera parecía a la nuestra, pero no tenía sacos de arena. El parapeto era hecho de troncos y tierra. El viejo me abrazó y me convidó a quedarme con él.

»-¡Qué esperanza! -dije sonriendo-. Tú sí que debes venir conmigo. Nosotros tratamos muy bien a los pasados. Dicen que ustedes son muy maltratados, que López es terrible. Ven conmigo; trae a tu gente y serás bien recibido. [280]

»El viejo soldado clavó en mí una mirada, que nunca olvidaré, de sorpresa y de bondad. Tal vez tuviese un hijo de mi edad, que yo, en ese momento, le recordaba. Retiró de mi hombro la mano grande y callosa, y dijo con voz grave, llena de melancolía:

»-Nosotros somos soldados, como tú, y nuestro honor nos manda morir por la patria. Eres muy joven, retírate.

»-Tienes razón, amigo -le respondí.

»Le dejé como recuerdo un gran pañuelo de seda amarilla y una pipa de espuma, muy trabajada. Era lo que poseía de mayor valor. El me dio un zurrón de cuero crudo lleno de yerba mate y la faja de cuero con hebilla de hueso guarnecida de plata, que tenía en la cintura. Le apreté la mano y

volví pensativo hacia mi piquete. Guardo aún hoy, tantos años después, y bien nítida en la memoria, la imagen de aquel soldado rudo, muy alto, de bigotes grisáceos y muy trigueño, que me miraba, generoso y bueno, con ojos paternos».

Episodios como el que narra Dionisio Cerqueira no eran infrecuentes. Estaban motivados por el tedio y por el sinsentido en que había caído la guerra. Había lugares entre las líneas donde los contendientes dejaban periódicos de sus respectivos países, así como productos que eran reemplazados por otros de los que cada uno de ellos carecía. A veces, al encontrarse las patrullas en el campo de nadie y en sitios apartados, en vez de pelear se reunían a tomar mate. Como era imposible evitarlos, el comando paraguayo optó por aprovechar esos encuentros para recabar información y pulsar el estado de ánimo del enemigo. Frecuentemente salían en descubierta oficiales vestidos de soldados para pasar desapercibidos y no inspirar recelos a sus interlocutores.

Según el mayor prusiano Maximiliano Von Versen, que vino al Paraguay para observar la guerra, los prisioneros eran bien tratados y recibían la misma ración que la tropa; pero no así los pasados, dice que «para ejemplo aleccionador», aunque en realidad las almas simples de los soldados paraguayos no alcanzaban a comprender a los traidores.

Algún tiempo después de la visita del Alferez Cerqueira, la posición paraguaya fue atacada por un destacamento brasileño al mando del jefe de la II División Jacinto Machado de Bittencourt. Estaba compuesto por las compañías 2da. y 4ta. del 33º cuerpo de voluntarios, 2da. y 6ta. del 4º batallón de infantería y una división de bocas de fuego de montaña del 1er. regimiento. El piquete paraguayo constaba sólo de diez hombres. He aquí cómo Natalicio Talavera [281] describe el encuentro en la crónica transmitida telegráficamente a «El Semanario»:

«Nuestros soldados, que jamás han contado el número de sus enemigos para combatirlos, les opusieron una fuerte resistencia, y después de algunas descargas, salieron a recibirlos a la bayoneta; la presencia de tanto arrojó, y los muertos que hicieron en sus columnas, impusieron a los que avanzaban que se detuviesen, lo que fue aprovechado por el piquete para replegarse».

Según la orden del día del Mariscal Osorio, los paraguayos perdieron un oficial y cinco soldados muertos y uno herido gravemente. En cuanto a sus propias bajas, los aliados acostumbraban reducirlas al mínimo en sus partes; no tanto por razones de prestigio, sino porque de este modo los jefes podían embolsarse la soldada de los muertos.

El oficial paraguayo caído frente a la Línea Negra era el alferez Melitón Gómez.

Una tras otra se disipan las ilusiones de paz y de disolución de la Alianza. La cancillería brasileña que tan hábilmente la ha tramado, sabe muy bien que no se le presentará otra oportunidad de acabar para siempre

con el problema paraguayo. El emperador Pedro II, cada vez que se le presiona demasiado en favor de la paz, amenaza con abdicar. Escribe confidencialmente a José María da Silva Paranhos, íntimo amigo de Lord Stapleton:

«López y su influencia representan un sistema de gobierno con el cual no podemos tener seguridad, al menos en cuanto los años no operen una mudanza. Cumple pues destruir esa influencia por medio del empleo de la fuerza, del territorio paraguayo».

No se trata de un capricho: López es un principio que debe ser aniquilado.

La cancillería brasileña ha hecho fracasar las ofertas de mediación de los Estados Unidos, de los países sudamericanos del Pacífico, los sondeos de Napoleón III y el Foreign Office. Se mueve tocando resortes infalibles en Bogotá, Lima, Santiago de Chile, La Paz; en las cortes europeas, en los pasillos del Congreso en Washington. Amenaza, corrompe, soborna, seduce, intriga, miente, subvenciona periódicos, tiene plumíferos a sueldo, hace espléndidos regalos a las amantes de los poderosos. Le hace frente en el vasto escenario internacional [282] un minúsculo aguafiestas, un hombrecillo empecinado: el capitán Gregorio Benites. Carece de recursos y es limitado de luces. Esgrime sin embargo la verdad y la justicia, armas que nunca están del todo melladas y jamás son del todo inofensivas.

El costo de la guerra es descomunal, pero la banca europea sigue siendo generosa: tiene de garantía las dos terceras partes de un continente.

La guerra devora contingente tras contingente. Quedan pocos argentinos para mandar al frente. Los que consiguen atrapar en las provincias, matan a los oficiales y se echan al monte a formar montoneras. Se contratan mercenarios en Europa. Resultan pésimos soldados, pero por lo menos hacen número para mantener la presencia argentina en la Alianza. La del Uruguay es puramente simbólica. El embajador de este país, Andrés Lamas, escribe al ministro de relaciones exteriores del Brasil, el 7 de marzo de 1867, para insistir, con franqueza muy poco diplomática, en la necesidad de hacer la paz:

«Hoy el Brasil forma los contingentes que envía al Paraguay por tres medios solamente: el enrolamiento forzado, acompañado de amenazas de extrema violencia. Con mis propios ojos he visto los reclutas que han venido de la provincia de Minas. Venían con escolta, con un collar y cadena de hierro que los prendían por el cuello. ¡Jamás he visto espectáculo tan doloroso! Segundo: los esclavos liberados, a cambio de títulos de nobleza y condecoraciones honoríficas para sus amos; tercero: los condenados a cadena perpetua».

La Argentina, con la Flota Imperial dominando sus aguas y el ejército brasileño cuatro veces más numeroso que el suyo, con base en Corrientes, está atrapada en una alianza ruinosa, sujeta a la voluntad del Brasil. Hay conciencia de ello en la Argentina. Los diarios lo denuncian, los políticos protestan, la economía se derrumba, el orgullo nacional se resiente, las provincias se sublevan. Pero, no hay nada que hacer: el pacto con el diablo debe cumplirse.

Natalicio Talavera escribe en «El Semanario» que el ejército paraguayo ha disminuido en número pero mejorado en calidad. Es absolutamente cierto. En sus tres cuartas partes está compuesto por aguerridos veteranos; los oficiales y suboficiales son individuos experimentados, elegidos entre los mejores, que forman una impresionante galería de héroes legendarios, famosos hasta en el campo enemigo. Ha mejorado el armamento. Los arsenales fabrican cañones rayados; perfeccionan el ánima y elevan el calibre de los existentes; las [283] balas cónicas con punta de acero perforan el blindaje de los acorazados: parte de la flota brasileña se encuentra atrapada entre Curupayty y Humaitá. Hay abundancia de munición. Se han completado y reforzado las defensas, que disponen de sistemas de esclusas que las hacen inatacables en extensos sectores. El servicio de inteligencia, las tácticas de combate, la salubridad, la variedad de la alimentación, la moral y la disciplina son muy superiores a los de los Aliados. Las mujeres han vuelto a sus telares de antaño y han confeccionado vestuario suficiente para afrontar el invierno.

Entonces Dios, que no ha conseguido abatir a los paraguayos con los flagelos de la Guerra y el Hambre, envió contra ellos a la Peste.

El cólera ha empezado en el Brasil. Se extiende en el Uruguay y la Argentina. Llega a la zona de operaciones. El pueblo de Corrientes se subleva, y el marqués de Caxias tiene que enviar tropas para impedir que incendie los hospitales de apestados. La mortalidad es espantosa. En Tuyutí los estragos que hace son tremendos:

-El terrible flagelo de los ejércitos -cuenta el entonces alférez Dionisio Cerqueira-, mataba a ciegas y cada vez más. Los médicos aconsejaban el alcohol como profiláctico. Las casillas de comercio llenáronse de vinos y licores de todas las marcas y calidades, cada cual más falsificado y más dañoso. Los oficiales comenzaron a hacer sacrificios a Baco. Se bebía agua de pozos cavados en el arenal; agua poluida por la vecindad de los cadáveres, amarillenta y grasosa. Decían que tenía larvas de pus. Constaba que el marqués de Caxias bebía agua de la Carioca, que le mandaban de Río en pipas.

Caxias informa que tiene 22.000 enfermos en los hospitales. Es imposible dar sepultura individual a los muertos. Las frecuentes lluvias inundan los campos y contribuyen al aumento de la epidemia.

En el campo paraguayo se extreman las medidas de higiene, pero el mal logra infiltrarse. López telegrafía al ministro Berges:

«La noticia de este flagelo se guarda todavía en reserva, aunque algunos casos tenemos ya. Con tal motivo es necesario tomar allí medidas preventivas sobre el aseo de las casas, como lo escribo al vicepresidente Sánchez».

Los barcos que suben de Humaitá a Asunción son puestos en cuarentena.

Se prohíbe con rigurosidad toda comunicación entre las unidades militares, hubieran o no aparecido en ellas casos de cólera. El campamento paraguayo se había distinguido siempre por la limpieza que [284] reinaba

en su seno. Ahora se considera un delito punible dejar restos de comida o cualquier basura en los lugares ocupados por el ejército. Hubo orden de hacer fumigaciones con hojas de laurel y pasto. El campamento estaba completamente envuelto en humo.

A pesar de las precauciones, el mal se generaliza. El cólera morbus hace estragos terribles en ambos campos, pero los muertos paraguayos no tienen reemplazo. En un momento dado el cuartel general de Paso Pucú en pleno está postrado por la enfermedad.

Cuenta el coronel Juan Crisóstomo Centurión:

-Los soldados, siempre listos a poner apodos y dar nombres a las cosas, observando que la enfermedad estaba caracterizada por la diarrea o deyecciones de bilis y calambres, la bautizaron con el nombre de cha'í, que quiere decir encogido, crispado. Entre los que fueron atacados por el mal se encontraba también el Mariscal. El agua cruda, como se sabe, es un veneno para esa enfermedad, siendo por otro lado uno de los síntomas característicos de ella, una sed devoradora. Por esta circunstancia, los médicos prohibían en absoluto a los atacados que tomaran un trago de agua, porque el que la bebía no escapaba de la muerte. El Mariscal, desesperado por la sed, no pudo contenerse más, y en un momento de descuido del doctor Cirilo Solalinde, que le asistía, agarró una cantarilla de agua que había sobre la mesa, llevándola rápidamente a la boca; pero el médico la vio y se la arrebató de las manos con violencia. El Mariscal furioso, le increpó duramente al discípulo de Galeno. El señor Obispo, que se encontraba en la pieza contigua, al sentir la voz airada del Mariscal entró precipitadamente en la que ocupaba este; y empezó a hacer severos cargos al médico por la crueldad de privar a S. E de un trago de agua, sin parar en mientes en que si hubiese bebido, en seguida hubiera quedado cadáver.

El coronel Juan Crisóstomo Centurión, que ganó la Medalla del Amambay, que «Venció Penurias y Fatigas», que cayó prisionero, herido, en Cerro Corá, último extremo de la Diagonal de Sangre, de la Diagonal de la Gloria, concluye con esta reflexión:

-Puede asegurarse, sin quebranto de la verdad, que el Mariscal esta vez salvó debido a la honradez y fidelidad de su médico, cuyas virtudes, sin dejar de constituir para este un mérito personal, desgraciadamente redundaron en contra de los intereses de la nación; pues no cabe duda que con la muerte del Mariscal, la tremenda calamidad de la guerra hubiera llegado al día siguiente a su término, salvándose así las vidas de innumerables ciudadanos que perecieron después.

El cólera rompe las barreras de higiene y estricta cuarentena y llega a Asunción y se extiende por los campos. Por primera vez la población civil sufre directamente el azote de la guerra. [285]

En la Legación norteamericana hay varios enfermos. Manlove se entera de que su amiga, la huerfanita Magdalena, ha contraído el mal. Galopa hasta Limpio como un loco. Llega sollozando hasta la hamaca de la niña enferma. Al verlo, ella sonríe dulcemente y le promete no morir si él le hace la caridad de darle un poco de agua. La alza en brazos. Tratan de arrebatársela, pero él la lleva corriendo hasta un naranjal. Arranca frutas y las exprime en la boca reseca, que se abre lánguida como la de una avecilla moribunda. No se apartará de ella, ni permitirá que nadie se le acerque, hasta que la Magdalena está completamente restablecida.

Con los fríos disminuye la epidemia. Los enfermos que se salvaron quedan con el cuerpo debilitado y la mente abatida. En el frente las armas están ociosas. Los hombres cavilan en el absurdo de sus vidas. Han muerto miles sin disparar un solo tiro.

En el futuro, el mal reaparecerá periódicamente en una forma más benigna llamada colerina, que no obstante matará a muchos. Entre ellos, al notable corresponsal de guerra de «El Semanario», Natalicio Talavera. Y a Adelina, hija del Mariscal López y Juanita Pesoa. Al enterarse, telegrafía a su hermano Venancio, entonces jefe de plaza en Asunción:

«Inútil es ponderar cuanto pesar me causa la temprana muerte de Adelina, acaecida de una manera tan triste, y viendo que haya estado tan huérfana que desarrollándose por tantos días la peste nadie haya habido para mirarla ni para que yo lo supiera. Ya no necesitaré de la oficiosidad de nadie. Me alegro de ver que en el servicio no ocurran novedades en los diferentes puntos que mencionas. Ya mandaré más porción de fusiles adicionales. Mil y mil gracias a Mamá por su postrero recuerdo a la memoria de mi malograda Adelina. Aquí estamos buenos y el general Barrios restablecido. A Mamá la bendición y muchos recuerdos».

El ejército aliado, diezmado por la peste, recibe reemplazos que restablecen su efectivo, y refuerzo de un III ejército, riograndense, al mando del general Osorio, que, vigilado de cerca por el destacamento del mayor Gabriel Sosa, renuncia una vez más a invadir al Paraguay por Itapúa y marcha a ponerse a las órdenes del marqués de Caxias, que escribe a su comandante: «Vamos a ver, mi amigo, si terminamos esta maldita guerra que nos arruina y nos causa vergüenza».

En julio la guerra entra en una nueva fase. El enemigo inicia la tan esperada maniobra de flanqueo de las posiciones del Cuadrilátero. Consigue interrumpir por unos días las comunicaciones telegráficas [286] de Paso Pucú y Asunción. Renace la esperanza en las sobremesas de la quinta de Simón Fidanza. Pero Caxias se lleva un chasco: el codo del flanco izquierdo paraguayo está sólidamente fortificado. Se producen violentos combates parciales. Los paraguayos atacan los convoyes de abastecimiento. Caxias suspende la maniobra y se atrinchera en Tuyucué.

El ejército aliado está ahora dividido en dos grandes núcleos. Nuevamente se paralizan las operaciones. Vuelve a funcionar el telégrafo.

En los círculos dirigentes de Asunción ya no se espera la victoria ni la paz, sino la derrota como tabla de salvación. Pero el enemigo, que en el mapa tiene expedito el camino hacia la capital, no se mueve. Angustiados, impacientes, furiosos, los notables se preguntan unos a otros y a Mr. Washburn, que lo registra en sus «Memorias»:

-¿Qué hacen los brasileros? ¿Por qué no avanzan?

-¡Porque son brasileros!

Mr. Washburn no oculta el desprecio que sienten él y sus confidentes por los brasileños, que con tantos recursos no son capaces de acabar con López de una vez.

Pasa el tiempo tedioso, insoportablemente lento. Por añadidura, pesa sobre ellos la amenaza del cólera, que sigue causando víctimas. El

ambiente se torna sombrío. Las fiestas de sociedad ya no tienen el brillo de antes. Quien puede hacerlo, se aleja de la capital o se encierra en su casa. No hay una familia que no esté de luto. La poca gente que transita por las calles, camina doblada por la pesadumbre. Lo único que se mantiene, asombrosamente intacta, es la determinación del pueblo, que no concibe el porvenir más allá de la derrota. La unidad de la nación se resquebraja. Tras la Peste ha venido la Discordia.

Una mañana de octubre, Manlove camina por la calle del Sol, que ya no tiene la animación y el colorido de otros tiempos. De pronto le detiene un hombre joven, alto, demacrado, de rostro curtido por el sol y la intemperie, que exclama en inglés.

-¡Usted, mayor Manlove! ¡Es increíble!

No le reconoce.

-¿No me recuerda? Nos conocimos hace un año y medio en París, en la Legación del Paraguay.

Es Juan Bautista del Valle, que acaba de llegar. Se confunden en un estrecho abrazo. Ambos hacen esfuerzos por contener las lágrimas, que no obstante corren a raudales por sus mejillas.

Del Valle le lleva a casa de su padre, el orfebre y coronel y mutilado Juan Gregorio del Valle, el mismo de quien Manlove adquiriera las alhajas que regaló a Madame Dorotea Duprat de Lasserre. Juan Bautista le presenta a la hermosa limeña Deolinda González del Soto [287] y al indio chiriguano Crispulo Boyoúibe, sus intrépidos compañeros de aventuras. Se cuentan recíprocamente las tribulaciones pasadas. Juran que todo acabará gloriosamente. Del Valle viajará esa misma noche a Paso Pucú para entrevistarse con el Mariscal López. Es portador de un informe de Gregorio Benites que explica la solidez del proyecto de corsarios y desenmascara a Cándido Bareiro. Son jóvenes e igualmente empecinados. Nada es imposible para ellos. Están a tiempo para emprender la expedición naval que salvará al Paraguay. Se imaginan surcando los mares a todo vapor y a toda vela, con la invicta tricolor flameando en los mástiles. Se despiden ebrios de sueños y entusiasmos.

Pocos días después de la partida de Juan Bautista del Valle, arribaron a Asunción dos estrambóticos personajes: el nuevo cónsul francés Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville y su doméstico annamita. Era este último seguramente el primer asiático que pisaba el Paraguay. Causó verdadera sensación. Era tan pequeño, enjuto, ágil y escurridizo que en un principio se creyó que era un mono amaestrado. En cambio M. Peralt era joven, sin edad, alto, espigado, extraordinariamente buen mozo, y, como le recuerdan las abuelas memoriosas, «más fino que el pedo de un gato». Para llamar a su sirviente hacía sonar la lengua en el paladar, emitiendo sonidos en un idioma que no era de cristianos. Aunque amable, sonriente, simpático y obsequioso, M. Peralt daba miedo, como el demonio disfrazado cuando anda de incógnito seguido de su guaino Aña-ray.

M. Peralt se alojó provisionalmente en casa de los Lasserre, a quienes había conocido durante su visita anterior a la capital paraguaya, cuando viajó, a comienzos de la guerra, como secretario de M. Maurice de

Vernouillet, el cual era portador de una carta autógrafa de Napoleón III para el Mariscal López. Dorotea Duprat le dijo a Manlove que M. Peralt exteriormente había cambiado poco, pero parecía ser otra persona. Le causaba desazón y esperaba que se marchase de la casa lo antes posible.

M. Cuberville -como abreviadamente se le conocería en el Paraguay-, se mostró particularmente amable y obsequioso con Manlove, y al parecer muy interesado en su persona. No dejaba de ser esto muy extraño, puesto que era de suponer que, hasta su arribo, no tuviese noticia de la existencia del norteamericano.

El francés no soltó prenda de inmediato. Finalmente una tarde en la que Manlove le acompañó a dar un paseo a caballo para hacerle conocer los pintorescos alrededores de la ciudad, M. Cuberville le dijo: [288]

-Mientras aguardaba en Corrientes salvoconducto para pasar al Paraguay, conocí a un amigo suyo, el capitán Erwin Kirkland. Me rogó que, si daba con usted, le dijese que no perdiera el ánimo, pues no todo está perdido, y que, en el peor de los casos, de algún modo le sacaría de aquí.

Manlove logró disimular bastante bien la emoción y la sorpresa que el mensaje le produjo. Agradeció a M. Cuberville y le preguntó cómo había conocido al capitán Kirkland.

El francés le contó que había venido directamente de Francia a bordo de la cañonera «Desidée», que traía también a bordo, como pasajeros, a Lord Stapleton y a René Tibourd. Estos caballeros deseaban asistir al desenlace de la guerra, que los aliados anunciaban que se produciría de un momento a otro. Al llegar a Corrientes encontraron en la ciudad muchos viajeros que habían venido con el mismo objeto, y varios navíos de guerra neutrales, enviados por sus respectivos gobiernos para auxiliar a compatriotas que estaban atrapados en el Paraguay. Las tripulaciones de estos buques confraternizaban, y fue así como conoció al comandante de la cañonera «Wasp», durante una cena ofrecida por la oficialidad de la «Desidée» a sus colegas norteamericanos.

Ya en confianza, M. Cuberville le dijo a Manlove que la «Desidée» había llegado hasta la rada de Curupayty. El Mariscal López y Madame Lynch ofrecieron un banquete al nuevo cónsul francés, en el que estuvo presente un joven de apellido Del Valle, recién llegado de Francia por vía del pacífico.

M. Cuberville había consentido que la «Desidée» llevase en su viaje de regreso despachos del gobierno paraguayo dirigidos al nuevo Encargado de Negocios Gregorio Benites, nombrado en sustitución del señor Cándido Bareiro, quien debía regresar al Paraguay por el mismo camino que hiciera Del Valle.

-Como en mi viaje anterior, me asombró el aspecto limpio y agradable que ofrece el campamento paraguayo, en contraste con el de Tuyutí, que también visité en compañía de mis amigos Lord Stapleton y René Tibourd. Pero el ejército aliado es sencillamente formidable. Cuenta hasta con un globo aerostático para realizar observaciones aéreas. Es difícil entender cómo no han hecho todavía tabla rasa de los paraguayos. ¿Qué piensa usted? ¿Podrá López continuar la resistencia mucho tiempo? ¿No se ha resentido el frente interno con el largo bloqueo y las calamidades que ha soportado últimamente?

Seducido por tantas pruebas de confianza, Manlove le dijo todo lo que

pensaba y le contó todo lo que sabía.

Esa noche, de sobremesa en casa de los Lasserre, el sirviente de M. Cuberville le divirtió con una exhibición de juegos de manos en los que hacía desaparecer y aparecer objetos como por arte de magia.

Al día siguiente se interrumpieron de nuevo las comunicaciones telegráficas con el cuartel general de Paso Pucú. Una semana después, los vapores que habían salido la víspera de Asunción hacia Humaitá, regresaron sin haber descargado.

El maquinista John Watts visitó a Mr. Washburn para informarle confidencialmente que los brasileños habían tomado por asalto a Tayí, una posición situada sobre la margen izquierda del río Paraguay, aguas arriba de la fortaleza de Humaitá, y hundido a cañonazos desde la costa un vapor paraguayo. Los barcos que bajaban desde Asunción recibieron orden de detenerse y regresar. Esa madrugada, antes de hacerlo, M. Watts alcanzó a oír el estruendo de una gran batalla en dirección a Paso Pucú.

Oficialmente no hay noticias. Mr. Washburn visita a algunos altos funcionarios del gobierno. Nada pueden decirle, porque nadie sabe nada. López está cercado. En la Legación norteamericana se bebe champaña. A Manlove no le invitan. Es el 3 de noviembre de 1867.

- IX -

Dos meses atrás, en París, Lord Stapleton hojeaba los periódicos en el lujoso atelier de su amigo René Tibourd, que estaba dando los últimos retoques al retrato del marqués de Lavalette, ministro del emperador Napoleón III. Los comentarios de la prensa, y los informes de sus propios corresponsales, daban por seguro que la guerra del Paraguay tocaba a su fin. Lord Stapleton hacía humear su pipa, pensativo. Tenía sus dudas. Y había mucho dinero invertido y mucho más por invertir. Como previó sabiamente en sus inicios, la guerra del Paraguay se había convertido en uno de los grandes negocios del siglo.

-Será preciso echar un vistazo -dijo, hablando consigo mismo.

René Tibourd detuvo el pincel en la mitad de un trazo. Estaba siempre alerta a las frases sueltas del financiero británico, que le habían hecho ganar fortunas y salvado de perder otras. No hizo preguntas. Esperó. Al cabo de un rato largo, Lord Stapleton le anunció que, aprovechando el viaje de la cañonera «Desidée», que conduciría al Paraguay al nuevo cónsul Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville, iría hasta Corrientes, para luego hacer una visita al campamento aliado de Tuyutí. No dijo más, pero René Tibourd estaba enterado de que discretas sugerencias de Lord Stapleton habían influido para que se designase a Cuberville para una misión tan ingrata como peligrosa.

-Me gustaría acompañarle -dijo el artista francés-; estoy harto de retratar el egoísmo, la cobardía y la ruindad de imbéciles infatuados; puede que allá pueda encontrar para modelos algunos hombres de verdad.

-Haré los arreglos -dijo Lord Stapleton, volviendo a la lectura de

los periódicos, y René Tibourd a su trabajo.

En Corrientes consiguió para modelos algunos prisioneros paraguayos. Por alguna razón, a Lord Stapleton le gustaba observar cuando pintaba su amigo. René Tibourd estaba esforzándose por expresar un imposible parecido que creía haber descubierto entre el inglés y el gigante cobrizo que tenía adelante, cuando el prisionero preguntó:

-¿Para qué los señores han venido de tan lejos? [291]

-Para asistir a la terminación de la guerra -respondió astutamente Lord Stapleton.

-¡Ah!, ¿entonces los señores piensan quedarse mucho tiempo?

René Tibourd captó el gesto con una precisa pincelada.

Por lo que se sabe, Lord Stapleton y René Tibourd estuvieron dos veces en Tuyutí. La primera, a principios de octubre de 1867, en compañía de Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville. No pudieron entonces, como era su deseo, entrevistarse con el general Bartolomé Mitre, comandante en jefe de los ejércitos de la Alianza, y el marqués de Caxias, jefe de las fuerzas brasileñas. Se encontraban en Tuyucúé, dirigiendo las maniobras tendentes a cercar a López en el Cuadrilátero.

Ambos viajeros volvieron a Tuyutí el 1º de noviembre. Al día siguiente de su llegada, a mediodía, se presentó un oficial del séquito del general Mitre para transmitirles la invitación a cenar esa noche en Tuyucúé. Celebrarían la toma de Tayí, sobre el río Paraguay, que cortaba las comunicaciones fluviales del ejército paraguayo con el resto del país, y lo aislaba de hecho, ya que el abastecimiento o el tránsito de un ejército con su artillería e impedimenta por el Chaco era imposible. A López le quedaba la alternativa de rendirse, o intentar romper el cerco mediante una acción suicida. Lo último era lo más probable, puesto que el jefe paraguayo estaba loco. En cualquiera de los casos, la guerra estaba militarmente decidida y a lo sumo podía durar uno o dos meses más.

Cuando el oficial se hubo retirado, Lord Stapleton dio lumbre a su pipa y murmuró:

-Lo veremos...

Entre los campamentos de Tuyutí y Tuyucúé había una distancia de quince kilómetros por terreno descubierto. Les acompañó una fuerte escolta, porque eran frecuentes las incursiones y golpes de mano del enemigo. Mientras cabalgaban, Lord Stapleton explicó:

-La maniobra de flanqueo que parece haber culminado hoy con la captura de una posición sobre el río, a espaldas de las fortificaciones paraguayas, ha sido concebida y ejecutada por el marqués de Caxias en ausencia de Mitre; pero, este ha regresado, con gran disgusto del brasileño, para reasumir el comando en jefe que le corresponde por el tratado de Alianza. El presidente argentino ha venido en procura de los laureles de la victoria final, que tan cruelmente le fuera arrebatada el año pasado en Curupayty. Sin embargo, Mitre tiene una mala suerte descomunal, y Caxias, con razón, se cruza los dedos y repite a sus allegados: «¡Maldito tratado de alianza!» [292]

René Tibourd apenas le escuchaba. Venía observando, con creciente

inquietud, la expresión tensa de los soldados de la escolta, que, carabina al brazo, escudriñaban con la vista matorrales, palmares y bosquecillos. Había puestos de guardia en los pasos de los esteros. Parapetados detrás de sacos de arena, los soldados asomaban apenas la cabeza y mantenían los fusiles en posición de disparar. Comprendió que aquellos hombres tenían miedo, y tuvo que apelar a toda su dignidad de francés para disimular el suyo.

Llegaron a Tuyucué a las cinco de la tarde, bajo un sol abrasador. Era una loma abierta, rodeada de praderas, al parecer todavía insuficientemente fortificada. Por todas partes se veían soldados cavando trincheras. Mitre y Caxias se hallaban ausentes, realizando inspecciones. Les recibió el general argentino Gelly y Obes, que también estaba invitado a la cena. Comentó que se habían sentido movimientos de carretas y traslado de artillería detrás de las posiciones paraguayas. Era posible que atacasen aprovechando el dislocamiento del ejército aliado en un frente muy extenso:

-El general Mena Barreto está en Tayí con la mayor parte de la caballería riograndense y con varios de los mejores batallones de infantería brasilera. Aquí en Tuyucué está el grueso del ejército, débilmente atrincherado y separado de su base, que es Tuyutí, donde están almacenadas las municiones de boca y guerra. Se están replegando las avanzadas y concentrando las tropas en previsión de un asalto. Como dice el marqués, todas las precauciones y los medios son pocos para combatir a semejante enemigo. Nadie en el mundo es capaz de hacer lo que suelen hacer los paraguayos, al menos con la frecuencia y facilidad con que ellos lo hacen. No obstante, no creo que se atrevan en Tuyutí, que está sólidamente fortificado, aunque cualquier cosa puede esperarse de esos audaces sin igual.

Cuando Mitre y Caxias estuvieron de regreso, ordenaron al general Gelly y Obes que regresase de inmediato a su puesto en Tuyutí, llevándose a los huéspedes. La toma de Tayí se celebraría en otra ocasión.

Lord Stapleton rogó que les permitieran quedarse. Si había batalla, tanto él como René Tibourd quisieran presenciarla. El pintor casi se traga el cigarro que estaba fumando, pero sumó sus ruegos a los de su amigo.

-Hagan lo que gusten -dijo el general Mitre, contrariando a Caxias, que se inclinaba por la negativa-, pero que conste que los riesgos corren por exclusiva cuenta de ustedes.

A la alborada comenzó la batalla, pero no en Tuyucué sino en Tuyutí. Se vistieron apresuradamente y montaron a caballo para acompañar a Mitre y Caxias que acudían con refuerzos. El campamento [293] de Tuyutí estaba envuelto en llamas. Estallaban polvorines. Se oía una inmensa gritería entre cañonazos y descarga de fusilería.

En Tuyutí los aliados se habían dedicado a cavar trincheras durante un año y medio. Era la base de aprovisionamiento del ejército en maniobras, que, antes de moverse, había reforzado aún más las defensas. Tuyutí era un laberinto de fosos, terraplenes, reductos erizados de cañones y un formidable reducto central.

Atacar Tuyutí sería una temeridad solamente concebible en un loco, como sinceramente están persuadidos que es el Mariscal López, y sólo realizable por fanáticos aterrorizados, como creen que son los paraguayos. Pero, como cualquier cosa puede esperarse de «semejante enemigo», continúan complicando el laberinto con más y más trincheras que se entrecruzan entre tabernas, prostíbulos, comercios, carpas y rancheríos. A la derecha se han levantado además dos poderosos reductos de extramuros, para cubrir el flanco en dirección a Tuyucué.

El comando paraguayo tiene un plano detallado de Tuyutí, que actualiza el coronel Thompson en base a las informaciones de los pomberos, los prisioneros y los pasados del enemigo, así como de las observaciones directas realizadas desde mangrullos y avanzadas.

La batalla se planifica cuidadosamente. Existe la posibilidad de que, al iniciarse el ataque a Tuyutí, el enemigo aproveche para atacar a su vez desde Tuyucué. Mucha artillería y parte de las tropas que no participarán en el asalto se desplazan para cubrir esa eventualidad. El enemigo percibe el movimiento. Creyendo que será atacado en esa posición, repliega sus avanzadas, se concentra en las trincheras y pasa en ellas la noche en estado de alerta.

Ocho mil soldados de infantería y caballería son destinados al ataque a Tuyutí, defendido por 15.000, que seguramente serán socorridos por muchos miles más que acudirán desde Tuyucué y Paso de Patria. Eventualmente los 8.000 atacantes tendrán que combatir contra 30 o 40.000 soldados enemigos. Sin embargo, López considera que son suficientes.

A las tres de la madrugada están en sus puestos, a pocos pasos de las primeras líneas enemigas, hasta donde se han deslizado sigilosamente sin ser sentidos. A las cuatro y media comienza a alborear. La primera brigada, al mando del coronel Manuel Giménez, Cala'á, franquea la primera línea, rodea y escala los primeros reductos y se apodera de ellos sin dar tiempo de hacer un solo disparo a los defensores, que son hechos prisioneros o muertos a bayonetazos. Siendo todo el campo un encadenamiento de reductos y trincheras, el enemigo [294] desalojado de unos se reagrupa en los siguientes y empieza a hacer un vivísimo fuego. Entonces entran en acción los batallones al mando del capitán Bernardo Céspedes, que, como un rodillo, con asaltos sucesivos de tremenda impetuosidad, acaba con ellos antes de que hicieran uso de sus cañones. Ya ha entrado en las trincheras el mayor Sebastián Bullo, al frente del formidable Batallón 40. Se despliega, remanga, y avanza en la extensión ocupada por el comercio, arrollando a cuantos batallones le salen al encuentro, hasta que se produce el desbande. Miles de soldados, mercachifles y prostitutas huyen despavoridos, cruzan el estero Bellaco Sur por Paso Cidra. No paran hasta Itapirú, donde los canoeros correntinos hacen su agosto cobrando hasta diez libras esterlinas por pasar fugitivos al otro lado del Paraná. «¡Vergüenza -escribirá el general Gelly y Obes a su esposa, al día siguiente-, la estampida fue general!».

En Tuyutí solamente resiste el reducto central, donde los brasileños se defienden con fiereza. Llevados por el impulso, los paraguayos se lanzan al asalto y sufren muchas bajas. El mayor Bullo, voluntario italiano, se pasea triunfalmente sobre el parapeto del reducto agitando la bandera de su batallón, hasta que le matan de un tiro. Su cadáver,

recuperado por sus camaradas, será sepultado en Paso Pucú.

Los infantes paraguayos dejan sus anticuados armatostes de chispa y recogen modernos fusiles de retrocarga. Después los aliados exhibirán 2.200 «espingardas» para probar la mortandad que sufrieron los atacantes.

Tuyutí es saqueado e incendiado al detalle. Se hacen volar los polvorines donde se han acumulado enormes reservas de munición. Son trasladados hacia las líneas paraguayas modernos cañones pesados, entre ellos un enorme Withworth con su armón y municiones, que haría retroceder a la escuadra brasileña. Para atrás van también cientos de prisioneros y un batallón brasileño con comandante y todo.

Entre tanto, en la derecha aliada, la caballería arrolla cuanto encuentra a su paso. Se lanza al galope sobre los reductos de extramuros. Salta los fosos. Los jinetes desmontan y escalan los terraplenes blandiendo sus enormes sables. Pasan a cuchillo a la guarnición del primero; en el otro, los defensores aterrorizados y sorprendidos por el ímpetu del ataque, arrojan las armas y se rinden. Detrás viene la infantería, que se hace cargo de ellos. La avalancha llega hasta cerca de Paso de Patria.

Entonces aparecen Mitre y Caxias, que vienen desde Tuyucué en socorro de Tuyutí. [295]

Los dos jefes aliados se adelantan al galope. Lord Stapleton y René Tibourd les siguen confundidos con el séquito de los dos valientes generales.

Pasan un estero. Al llegar a una altura ante la que se abre un extenso campo moteado de bosquecillos y palmares, los jefes se detienen y establecen su puesto de mando. A menos de dos quilómetros de allí, Tuyutí arde envuelto en una nube de humo. Largos cuarteles, depósitos de comisaría, parques, casas de comercio, extensas carperías, sirven de combustible al fuego devorador.

Un regimiento de caballería con gorras blancas, uniformes verdes adornados de vivos rojos y amarillos, magníficamente montado, se lanza al galope tendido en dirección a la vorágine de fuego.

René Tibourd vio con espanto que jinetes paraguayos, montados casi en pelo, con el torso desnudo y grandes sombreros de paja de alas anchas, salían a hacerles frente. Como sabría después, son los acamorotí -cabezas blancas-, los célebres sableadores de Valois Rivarola.

Esperan a pie firme, como clavados en la tierra. La carga pierde ímpetu; al llegar frena, se encabrita, se revuelve. Entonces los paraguayos se abren y los envuelven en un abrazo mortal. Tras un choque brevísimo, de violencia indescriptible, escapan al galope dos únicos sobrevivientes del regimiento brasileño.

-¡Táctica admirable! -gritó Lord Stapleton, reventando la coraza de su flema.

Llueven balas desde todas direcciones, no al azar, sino dirigidas con fatal puntería por tiradores experimentados. Hombres de la escolta y el séquito caen gimiendo, revolcándose en sangre. Caballos que se encabritan y lanzan relinchos lastimeros. El de Caxias cae muerto. El bravo viejo monta en otro y sigue dando órdenes a gritos. Mitre, algo apartado, se mantiene en silencio.

Contaba René Tibourd que tuvo tanto miedo que, cuando ya no pudo

tener más y creyó que iba a estallarle el corazón, sintió que se apoderaba de él una especie de embriaguez. Tomó entonces sus prismáticos, y el artista contempló un espléndido cuadro de color, de movimiento y de muerte que tenía como fondo la hoguera de Tuyutí, sacudida por tremendas explosiones.

A medida en que iban llegando tropas de Tuyucué se lanzaban al combate en compactas formaciones. Donde no se veía ni un paraguayo, aparecían de súbito, aquí y allá, levantándose de los pajonales, hacían fuego a quemarropa, cargaban a la bayoneta, atacando y retirándose con increíble rapidez, grupo tras grupo, como si descargaran una lluvia de golpes sobre los cuadros de soldados brasileños, que desconcertados, no atinaban a pelear y caían por centenares. [296] Invariablemente estas columnas acababan por doblar la cabeza y retroceder, para ser perseguidas con feroz entusiasmo. Varas flamígeras de cohetes a la Congreve derribaban como muñecos a los hombres en retirada.

Entonces entraba en escena la caballería de blusa encarnada y alto morrión de cuero. Llegaban dispersos, al galope, gritando como vaqueros en una arrea de ganado; se juntaban de pronto en escuadrones y caían sobre los ya maltrechos cuadros de infantes y hacían en ellos atroz carnicería. Completada la tarea, se alejaban raudos, encabritando sus caballos, agitando sus banderas, haciendo sonar sus clarines. A cierta distancia, desmontaban para dar descanso a sus cabalgaduras y volver a la carga cuando se presentaba otra ocasión propicia. A los jefes aliados no parecía ocurrírseles nada mejor que mandar más y más tropas a aquel espantoso matadero.

A media mañana los paraguayos empezaron a desaparecer del campo de batalla, la cual se fue extinguiendo poco a poco. Al cabo de cierto tiempo sólo se oyeron bandas de música, vítores y gritos de júbilo hacia las posiciones paraguayas. En Tuyutí continuaba el incendio. Los generales y su séquito se adelantaron por aquel campo de muerte, evitando pisotear a los heridos que lanzaban gritos desgarradores. De alguna manera misteriosa, los paraguayos habían retirado a los suyos, dejando sólo a sus muertos.

Lord Stapleton, intensamente pálido, mordisqueaba su pipa:

-Será mejor que regresemos a Europa; el prisionero tenía razón: si nos quedáramos a aguardar el fin de la guerra tendríamos que esperar demasiado tiempo.

El campamento paraguayo estaba de fiesta. Cuenta el mayor prusiano Maximiliano Von Versen:

-Producían un efecto cómico las figuras de los soldados que volvían sobrecargados de variados despojos. De muchos objetos no conocían el empleo, por ejemplo confundían perfumes y agua de colonia con licores y bebidas aromáticas. A despecho de graves heridas muchos traían vinos, comestibles y ropas. Las enfermerías ofrecían el aspecto de ferias anuales.

Y refiere el coronel Thompson:

-Los despojos traídos de Tuyutí por los paraguayos fueron inmensos y

consistían en artículos de todos los géneros imaginables. Los únicos alcauciles que he visto en el Paraguay durante mi residencia fueron traídos ese día del campamento aliado. La correspondencia que acababa de llegar de Buenos Aires le fue llevada a López, quien al leer una de las cartas exclamó: «¡Pobre Mitre!, estoy leyendo [297] una carta de su esposa», y entonces dijo lo que contenía la carta. Se llevó también a López una caja que acababa de llegar para el general Mitre, que contenía té, queso, café y un par de botas. Se trajeron también varios uniformes nuevos para oficiales, encontrados en una sastrería. Se tomaron grandes cantidades de parasoles, polleras, miriñaques, camisas de Crimea. Cada soldado venía tan cargado de esos artículos cuanto sus fuerzas se lo permitían. Trajeron también un telescopio con su trípode que pertenecía a uno de los mangrullos. Entre los despojos venían grandes cantidades de relojes, objetos de oro, libras esterlinas y pesos fuertes. Un soldado que encontró un saco de cortados -moneda dividida-, lo tiró como cosa sin valor.

En medio del jolgorio, había un hombre preocupado: el Mariscal López, que comprendía la gravedad de la situación.

En Asunción, la noticia de la victoria de Tuyutí, traída por un chasque, es recibida con escepticismo. Los festejos no tienen brillo, los discursos son formales. Se da a López por perdido. Se hacen cálculos del tiempo que podrá resistir antes de rendirse por hambre. Los más creen que lanzará a sus huestes de fanáticos al sacrificio estéril de una acción suicida, puesto que el hombre está loco. Alguien dice que se pegará un tiro. Mr. Washburn sostiene que es demasiado cobarde para hacerlo. Se multiplican los contactos, consultas con diplomáticos y residentes extranjeros con vistas a formar un gobierno provisorio aceptable para los aliados y la comunidad internacional, para tratar con el enemigo los términos de una capitulación.

Entre tanto López, que ha paralizado nuevamente al enemigo con el asalto a Tuyutí manda construir, sin que los aliados lo adviertan, un camino que partiendo desde frente a Humaitá avanza por el Chaco abriéndose paso por selvas y pantanos, cruza el ancho, profundo y correntoso río Bermejo y sale de nuevo sobre el río Paraguay, cincuenta quilómetros arriba de Tayí, a espaldas del enemigo y a cubierto de estos por el caudaloso río Tebicuary.

Mr. Washburn es el primero en enterarse: José Berges le muestra un telegrama que inaugura la nueva línea telegráfica. El ministro norteamericano felicita calurosamente al canciller paraguayo y regresa a la Legación.

Encuentra a Cornelio Bliss, Jorge Federico Masterman, Francisco Rodríguez Laterra, Antonio de las Carreras y James Manlove jugando al billar. Mr. Washburn da la noticia.

Bliss lanza un chillido de rata y ríe malignamente; Masterman se mantiene impasible; Rodríguez Larreta palidece; De las Carreras dice una palabrota; Manlove da un brinco de contento. [298]

-¡Ah los brasileros, malditos imbéciles! -se desahoga Mr. Washburn-

¡Han dejado escapar a la fiera que tenían acorralada! Ahora López podrá retirarse con todo su ejército. Pronto lo tendremos aquí.

-¡Bravo! -exclama Manlove.

Mr. Washburn le dirige una mirada terrible.

-¡Insensato! -grita, fuera de sí, amenazándole con el puño, tembloroso de ira-. Su jefe, el general Lee, tuvo el valor moral de rendirse en parecidas circunstancias. ¡No comprende usted, maldito rebelde, que esto significa la prolongación criminal de una guerra perdida!

-¡No me insulte, yanqui hijo de perra! -ruge Manlove, haciendo astillas contra la mesa un palo de billar-. La guerra no está perdida. Si los paraguayos se retiran a las montañas jamás serán vencidos.

Mr. Washburn echó a Manlove de su casa. Después se reconciliaron, pero las relaciones ya no fueron las mismas. [299]

- X -

James Manlove fue a visitar al coronel Juan Gregorio del Valle para preguntarle si tenía noticias de Juan Bautista. El joyero le dijo que había recibido una carta de su hijo en la que decía que había participado, a su pedido, en la batalla de Tuyutí como cabo del Batallón 40, a las órdenes del mayor Sebastián Bullo. El valiente italiano murió en el asalto al reducto central del campamento enemigo. Juan Bautista fue herido gravemente, pero ya se encontraba fuera de peligro, convaleciendo en el hospital de Humaitá. El indio Crispulo Boyoúibe, que había adoptado el apellido Valle, luchó con tanta bravura que fue hecho caballero de la Orden Nacional del Mérito. Manlove comprendió que el proyecto de corsarios sufriría una nueva postergación.

Después del asalto de los paraguayos a Tuyutí los aliados cayeron nuevamente en completa inmovilidad. Trataron de presentar la batalla como una gran victoria, pero la prensa internacional se burló de ellos. «Curiosa victoria es esta -escribió el corresponsal de la agencia "Havas"-, en la que los vencidos se retiran llevándose la artillería pesada de los vencedores».

Tanto Mitre como Caxias pedían refuerzos con nerviosa insistencia. El 18 de diciembre, un mes y medio después de la batalla, el consejo de ministros del Brasil resuelve la expropiación lisa y llana de 30.000 esclavos de las fazendas para enviarlos al Paraguay. El presidente Mitre escribe al vicepresidente Marcos Paz que el ejército aliado está tan debilitado, maltrecho y desmoralizado que no solamente se encuentra en la imposibilidad absoluta de continuar la ofensiva, sino que corre el riesgo de sufrir un contraste si López se percata de la verdadera situación y aprovecha la coyuntura.

Pero en el campo paraguayo no están mejor las cosas.

No se ha conseguido el objetivo de obligar al enemigo a concentrarse de nuevo y renunciar al asedio. Los aliados se han metido en sus fosos a

la espera de refuerzos, y allí se mantendrán otros seis meses. Se comenta en Asunción que algunos días después de la batalla de Tuyutí, López le ha dicho al coronel Wisner de Morgernstern: [300]

-Y bien, Wisner, ¿qué hacemos ahora?

-Señor, atacar, romper el cerco y salir de aquí.

-Si Díaz estuviera vivo podría emprenderse esa operación con alguna probabilidad de éxito... ¡Pero ya no tengo a Díaz!

El ejército paraguayo no se retira. Permanece en sus posiciones utilizando el camino del Chaco para abastecerse.

La caída de Tayí, posición situada sobre el río Paraguay al norte de Humaitá, ha sido un percance, un accidente ocurrido en la víspera de la batalla de Tuyutí. No sería imposible recuperar ese puesto y abrir de nuevo las comunicaciones fluviales con la capital. Sin embargo, la solución hubiera sido transitoria, ya que los aliados podrían ocupar Pilar u otros puntos situados más arriba, obligando a los paraguayos a dispersar sus fuerzas y a luchar en condiciones desventajosas para oponerse a ello.

Las cosas se ponen muy difíciles. Las comunicaciones telegráficas son indirectas. Llevar reses en pie hasta Humaitá por el camino del Chaco exige un esfuerzo ciclópeo: deben cruzar dos veces el río Paraguay y una el Bermejo, ser arreadas por bosques y pantanos. Las que no mueren en el trayecto, llegan a destino enflaquecidas y exhaustas. Disminuyen las raciones. La correspondencia y las encomiendas no llegan con regularidad. Son imposibles las visitas. Muchas mujeres y niños que se habían afincado en el campamento, reciben la orden perentoria de abandonarlo. Tienen que hacer a pie el largo y difícil camino por el Chaco. El cólera ha recrudecido. La vera del camino se va jalonando de cruces innumerables.

El cólera hace de nuevo estragos en ambos campos y en la población civil de los cuatro países beligerantes. En Buenos Aires mata al vicepresidente Marcos Paz. El presidente Mitre abandona el frente para reasumir sus funciones. No volverá al Paraguay en el curso de la guerra y su partido perderá las elecciones. El marqués de Caxias escribe al emperador que es preciso hacer la paz, pero este se mantiene inflexible y amenaza nuevamente con abdicar. Se encargan nuevos acorazados con blindajes capaces de resistir las balas cónicas con punta de acero fabricadas en los arsenales de Asunción y a los cañones de grueso calibre que los paraguayos han tomado en Tuyutí. Lord Stapleton aconseja a la banca que se muestre generosa: hay guerra para rato.

El espíritu del ejército asediado comienza a resentirse. Por la necesidad de preservar el secreto y mantener la moral, han regido desde siempre ordenanzas que castigan severamente a quienes hablan de más o difunden ideas derrotistas, así como a quienes, sabiéndolo, no los denunciaban. Pero, nunca se aplicaron hasta que, a fines de 1867, se produjo el ominoso proceso al teniente José Zorrilla, y a [301] varios más que no tuvieron otra culpa que la de no delatar a un camarada desmoralizado incapaz de guardar para sí sus penas y sus dudas. Todos ellos, con excepción del teniente Francisco Garmendia, hermano de una amiga íntima del Mariscal y de Madame Lynch, que fue indultado, fueron pasados por las armas. Este proceso, el primero en su tipo del que se tenga noticia, fue un siniestro anticipo de lo que vendría después.

López es para sus soldados una voluntad que, en nombre de valores

abstractos, les obliga a trascender de ese pequeño círculo de intereses privados y contingentes de las personas comunes, que sólo desean que se las deje en paz. Le siguen y se le entregan con abnegación absoluta, y le entregan sus hijos apenas pueden estos desenvainar un sable de un tirón, porque intuyen que expresa algo entrañable que alienta en cada uno de ellos. Pero, sería mejor que no existiera para que nada les obligase, desde adentro de ellos mismos, a ser mejores y peores de lo que son: artesanos y labradores sin tradición de servidumbre, aunque obedientes a un Estado al cual, desde la independencia, creen que les pertenece. Mientras López siga vivo vivirá en cada uno de ellos una fuerza compulsiva a la que tendrán que someterse como a la Fatalidad.

El proceso a Zorrilla es un síntoma de que esa fuerza interior ha empezado a vacilar. López, al percibirlo, decide imponer desde afuera con mano de hierro su voluntad de hierro.

Un oficial desertor, puesto en el cepo en un chiquero, ha sido bárbaramente apaleado por orden arbitraria de los generales Barrios y Bruguez, que le han mandado dar 100 azotes cada uno.

-¡Déjenlo en paz, que ya está en manos de la justicia! -ordena el capitán Centurión, fiscal del proceso, a soldados que insultan al prisionero y le arrojan piedras y basuras.

Enterado el general Resquín, le lleva el cuento al Mariscal López, quien explica:

-Ese mozo ha estudiado leyes en Europa, ivýro gueteiko hina, es un tonto todavía. Bastará darle un susto para que se despabile.

Centurión es condenado a andar varios días sin espada. No volverá a mostrar piedad. Será un implacable fiscal de sangre.

Se refuerzan las terribles Ordenanzas españolas vigentes con reglamentaciones aún más despiadadas, que se aplican con excesos.

Pero esto puede hacerlo solamente en el Cuadrilátero. López está cada vez más lejos de Asunción, más lejos del Paraguay. No le han vuelto a ver desde que partió para la guerra. Se ha convertido en un mito. Entre tanto, su autoridad moral se ha resentido, y su poder todavía no se ha hecho suficientemente temible. [302]

El vicepresidente Sánchez, hombre leal y sin dobleces, confía en la lealtad de sus conciudadanos, particularmente en la de las personas decentes y en la de los hijos del gran presidente don Carlos Antonio López. El capitán Matías Sanabria toma mate en la jefatura de policía. Cuida de que se cumplan las medidas dispuestas para combatir la epidemia de cólera y de que no se ande al galope por las calles de la ciudad. El Batallón Policiano, compuesto de viejos, mutilados y muchachitos, no pasa de cincuenta individuos de tropa. Masterman cuenta que, cuando estuvo preso, una noche sorprendió al soldadito de guardia llorando de miedo a la oscuridad.

Los amigos y confidentes de Mr. Washburn se entregan a especulaciones políticas. Los acólitos de las logias masónicas «Conway» y «Pitágoras» activan sus reuniones secretas. Monsieur Duprat dispone de dinero, juega fuerte en el Club Nacional, se muestra espléndido, le hace un préstamo a Manlove. Los estrategas de la quinta de Simón Fidanza afirman que, con el ejército paraguayo encerrado en el Cuadrilátero, los aliados tienen expedito el camino a la capital.

Están bajo la arboleda del patio, sentados en círculo, bebiendo el vino de la inagotable bodega del italiano. Entre ellos hay un aguafiestas: el mayor James Manlove, que ha pertenecido al séquito del general Johnson durante la guerra de secesión:

-No se hagan ilusiones. López no se retira porque sabe que se encuentra en una posición inexpugnable y que el ejército enemigo no podrá avanzar mientras la escuadra no logre forzar el paso de Humaitá.

Manlove toma un palito, traza hábilmente un mapa en la tierra y les explica por qué. Tiene razón, pero a sus interlocutores no les gusta oír razones contrarias a sus deseos e intereses. Les irrita un individuo con opiniones favorables a López, que les recuerda la adhesión que antes sintieron por un hombre al que ahora aborrecen. Al que hacen culpable de una guerra que todos apoyaron, y algunos de ellos incitaron, como Mr. Washburn y los uruguayos Rodríguez Larreta y De las Carreras.

M. Cuberville escribe a su gobierno:

«No se puede disimular que el gobierno del Paraguay atraviesa en este momento la más peligrosa crisis que haya soportado desde el comienzo de las hostilidades. La toma de Tayí y de Pilar, puntos importantes situados sobre el río Paraguay, al interrumpir la comunicación fluvial de Humaitá con Asunción, ha desmoralizado de consiguiente profundamente a las principales autoridades del país y les han hecho temer una solución próxima y desastrosa. Se han habituado incluso a la idea de un cambio en la Presidencia, y yo he sido sondeado [303] a este respecto, así como el ministro de los Estados Unidos por el señor Benigno López, hermano del Mariscal, sobre las intenciones del gobierno del emperador en el caso de que los aliados entrasen en Asunción. Naturalmente no les dije sino banalidades ordinarias pues ninguna instrucción tengo al respecto, aunque me he cuidado mucho de darles a entender esto que hubiera disminuido considerablemente mi crédito. Aquí, en el caso de que el presidente López fuera obligado a deponer el poder, se cree en la posibilidad de tres candidaturas, que son: D. José Berges, ministro actual de relaciones exteriores, pero este sería rechazado en cualquier caso como signatario de la declaración de guerra; después D. Saturnino Bedoya, Tesorero General, cuñado del Mariscal, y D. Benigno López, su hermano más joven, que hasta ahora está oficialmente fuera de los asuntos públicos».

Mr. Washburn y otros afirman que M. Cuberville deslizó en los oídos de Madame Lynch el infundio de que se estaba gestando una gran conspiración contra López.

La caída o muerte del presidente paraguayo hubiera significado el fin de la guerra y de los negocios de Lord Stapleton. [304]

- XI -

Los Washburn no pasaron aquel verano en el pueblo de Limpio, sino en una quinta situada en Trinidad, a una legua de Asunción, que fue del finado presidente don Carlos Antonio López. Les ofreció Rafaela López de Bedoya. El esposo de Rafaela, el Tesorero General Saturnino Bedoya, había viajado a Paso Pucú, encabezando una delegación de notables, para hacer entrega al Mariscal de una espada de honor labrada por orfebres lisiados

de guerra, bajo la dirección del coronel Juan Gregorio del Valle. López recibió a su cuñado como a un miembro de la familia, pero le retuvo a su lado sin permitirle regresar a la capital. «El Semanario» había advertido al pueblo que no era imposible que la Flota Imperial forzase el paso de Humaitá y subiese hasta Asunción. Rafaela y doña Juana Carrillo estaban muy preocupadas. La vecindad del ministro norteamericano era para ellas una garantía. Mr. Washburn recuerda que fue visitado un par de veces por Benigno López. Por motivos no muy claros, los Washburn decidieron volver a la Legación mucho antes de que pasaran los grandes calores.

Las intimidades de Manlove con Dorotea Duprat ya no era secreto para nadie, salvo, naturalmente, para Narciso Lasserre, marido de la señora. Las cosas se complicaron cuando Mrs. Washburn sorprendió en un aparte sospechoso a Manlove con Ana Bella Cazal, que vivía en la Legación como dama de compañía de la esposa del ministro. Mr. Washburn se vio en apuros para calmar a su mujer, empeñada en que prohibiese poner los pies en su casa al atrevido ex oficial de la caballería confederada.

Pero, como a pesar de su educación puritana, Mrs. Washburn sentía, como todas las mujeres, debilidad por Jaimito el Amoroso, acabó por perdonarle fingiendo que daba crédito a las protestas de inocencia de la traviesa y encantadora joven paraguaya. Mr. Washburn, que sabía muy bien a qué atenerse, echó tierra al asunto después de que el eterno arrepentido le prometiera ser más cuidadoso en el futuro.

La cosa hubiese acabado allí si, por chismes de las sirvientas, el affaire no hubiera llegado a oídos de Dorotea Duprat. La francesa [305] echó de su casa a su inquilino. Manlove se presentó en la Legación norteamericana en horas inconvenientes, con el rostro lacerado de arañazos, sin tener adónde ir y sin un centavo en el bolsillo. El ministro se vio obligado a dar asilo a su compatriota. Esta vez fue Anita Cazal la que sufrió un ataque. Tuvo que ser enviada a Limpio en carreta. Mrs. Washburn, furiosa, no daba sosiego a Mr. Washburn.

El acosado diplomático decide, una vez más, recurrir al gobierno paraguay, logrando, de este modo, que huellas de los sucesos que se acaban de referir dejaran su impronta en los Archivos Nacionales para alimento de la Historia.

Don José Berges, ministro de relaciones exteriores, redacta un telegrama dirigido al presidente de la república. El mensaje, transmitido en Asunción, llega a un puesto situado cerca de la desembocadura del río Tebicuary. Cruza al Chaco en un bote. Se trasmite dos veces más, hasta y después del Río Bermejo, para alcanzar la estación telegráfica situada frente a Humaitá. Vuelve a pasar en canoa el río Paraguay bajo los tiros por elevación de catorce acorazados y cincuenta cañoneras de la Flota Imperial. Se digita una vez más en la famosa fortaleza y finalmente llega al cuartel general de Paso Pucú:

«Mr. Washburn solicitó un pasaporte para que Mr. Manlove pudiera salir al partido de Itá, diciendo que este solo favor le sería suficiente para vivir cómodamente en el país, por la abundancia que hay de cacería montés y volátil en ese partido y la facilidad de hacer pequeños negocios. Le contesté aplazando una solución, pero habiendo registrado la nota que le dirigió V. E. con fecha 16 de abril del año pasado con motivo de la solicitud confidencial que hizo para que Manlove pudiera salir del país,

me parece atendible su solicitud».

Algunos días después, entre el estruendo de las bombas que revientan contra los terraplenes que protegen el cuartel general, López contesta:

«No hay para qué apresurarse todavía sobre lo relativo a Manlove, cuyos antecedentes como V. sabe no son los ordinarios, y es preciso no perder de vista que allá han principiado a introducir emisarios enemigos. Además, él no ofrece estabilidad ni pretexto negocios, y la caza por los montes se presta a mucho. Valdría más que el Estado le diera algún socorro antes, pues tampoco me gusta el conducto de que se ha valido para su solicitud, cuando tan favorecido podría haber sido dirigiéndose a V. u otros». [306]

Manlove, cuyas relaciones con sus amigos de Asunción se han hecho tirantes a causa de la admiración que siente por el presidente paraguayo, se ha hecho sospechoso para López justo en el momento en que la sospecha comenzaba a equivaler a culpabilidad.

José Berges estaba enfermo cuando recibió a Manlove en su casa quinta de Salinares, en vez de hacerlo en su despacho del ministro. Sufría dolorosos ataques de gota y de parálisis que le dejaban postrado; pero, no por eso dejaba de atender sus obligaciones. López le recomienda continuamente que se cuide, que no se esfuerce más de lo indispensable. El ministro es un hombre de excepcional ilustración, de maneras suaves, modesto, desinteresado. Cuantos le conocen le respetan y le estiman. Aunque su nombre había sido barajado como uno de los posibles candidatos a la presidencia de la república en los conciliábulos previos al congreso que eligió a Francisco Solano López, conservaba la entera confianza de este, y, a juzgar por tono de la correspondencia, también contaba con su sincero afecto y amistad.

Además de la enfermedad, abrumaba a José Berges un tremendo conflicto de conciencia entre la lealtad debida a su superior y amigo, y la convicción de que era preciso hacer algo para poner fin a la guerra, aun sacrificando parcialmente el orgullo, la independencia y el patrimonio nacional, pues su prolongación conduciría a la completa ruina del país y a la estéril inmoliación del pueblo.

En su afán de encontrar una salida, escuchaba a todos, atento al menor resquicio que ofreciera una posibilidad de salvación. Se ignora hasta dónde llegó su compromiso con los conspiradores, si es que realmente hubo tal compromiso, porque la documentación de los procesos, caída en poder del enemigo, desapareció misteriosamente. José Berges fue tratado con indecible crueldad. Quiso su suerte que, a pesar de su mala salud, soportase todos los tormentos para morir fusilado por traidor; juntamente con Benigno López, el obispo Palacios, el general Barrios y otros más, entre los que se contaba el hospitalario italiano Simón Fianza, el 21 de diciembre de 1868, en momentos en que se iniciaba la batalla de Itá Ybaté, que todos creían sería la última.

José Berges está sentado detrás de su escritorio. Se le ve muy abatido. Tiende la mano a Manlove y le invita a sentarse.

-Mi querido amigo -le dice-, ya veremos más adelante si podemos darle el permiso que solicita... -sonríe-, para hacerse cazador en el partido de Itá... Entre tanto, aquí tiene 300 pesos para atender a sus necesidades inmediatas. Cuando necesite más, véngame a ver directamente, sin

intermediarios. No hay motivo para que pase apuros una persona que como usted nos quiso prestar un gran servicio. [307]

-Todavía no es tarde, señor ministro -responde Manlove, conmovido-. Lo que antes quise hacer por interés, hoy lo haría de corazón para ayudar a este pueblo tan heroico.

José Berges le observa pensativo. Manlove aprovecha para explayarse. Se entusiasma, y cuando tal cosa ocurre, es muy grande su poder de convicción. En la dolorida mirada del ministro se insinúa un atisbo de esperanza. Finalmente, dice, sonriendo amistoso:

-Le creo, mayor Manlove, le creo... Y muchas gracias... Perdona que no pueda ponerme de pie para despedirle.

Hace sonar una campanilla. Se presenta un muchacho descalzo, de expresión inteligente.

-Mi secretario le acompañará hasta la salida. ¡Hasta muy pronto, mayor Manlove!

Al quedar solo, José Berges escribió un conciso informe para el Mariscal, y agregó su opinión favorable a la propuesta de Manlove. Llamó a su secretario y le dijo:

-Que despachen enseguida este telegrama. Y ve tu mismo a casa de la Madama y pregúntale, de mi parte, si tendría la bondad de recibir esta misma tarde a un pobre enfermo.

Esto ocurrió el 12 de febrero de 1868. Lo que vino después no dio lugar a que José Berges prestara a Manlove la ayuda prometida, ni a este para solicitarla.

Pero, en la fecha que recibió el dinero, Manlove ya se había reconciliado con Dorotea Duprat y había sido readmitido como huésped en casa de los Lasserre; Ana Bella Casal, regresado a la Legación para reasumir sus funciones de dama de compañía de Mrs. Washburn, y acaso también para asumir la defensa de sus fueros sentimentales. Manlove, sintiéndose de nuevo esperanzado, rico, bienamado y seguro, volvió a las andadas. Mr. Washburn le advirtió, en los términos más severos, que si en el futuro se metía en dificultades ya no podría contar con su ayuda. [308]

- XII -

Diez días después de la visita de Manlove a José Berges, la Flota Imperial, que ha recibido nuevos acorazados, fuerza el paso de Humaitá y recalca, maltrecha pero íntegra, en Tayí, al norte de la fortaleza. En el momento del pasaje, el Tesorero General Saturnino Bedoya pierde el control de sus nervios, habla palabras incoherentes, comprometedoras: algo pasará en Asunción y él se encuentra atrapado en las fauces del tigre. Es puesto bajo arresto en su casa. No hay tiempo para interrogatorios.

En la capital se reúnen los notables. Discuten si, cuando lleguen las corazas, se hará o no fuego contra ellas con los pocos cañones que cuenta la ciudad, casi desguarnecida. El padre Solano Espinosa, director del periódico popular en guaraní «El Cacique Lambaré», zanja la cuestión

diciendo que si hubiera solamente un cartucho, ese debía ser disparado contra el invasor. Es un cura de aldea, tosco, fanático, acaso medio loco. Nadie se atreve a contradecirle.

Por iniciativa de los notables se ordena la evacuación de la ciudad, que es declarada punto militar. Benigno López se traslada a Paraguarí, pueblo hasta donde llega el ferrocarril, para conferenciar con las autoridades de la campaña, convocadas para el efecto. Los notables usurpan y rebasan las atribuciones del anciano vicepresidente Sánchez, que ingenuamente les agradece la colaboración que le prestan en tan graves circunstancias. José Berges está postrado en cama, imposibilitado de moverse.

El 24 de febrero tres acorazados remontan el río desde Tayí, llegan a Asunción y bombardean la ciudad, que les responde desde las barrancas con unos cuantos tiros de cañón mal dirigidos, pero que bastan para desconcertarles y alejarles. Seguramente no esperaban este recibimiento. Divisan desde sus torretas a unos cuantos soldados listos para resistir un desembarco. Saben por experiencia que con los paraguayos no se juega. Se marchan para no volver.

Madame Lynch se va siguiendo la estela de los acorazados brasileños en un vaporcito; desembarca en Timbó, hace a caballo el camino del Chaco y llega a Paso Pucú para informar a López lo que está ocurriendo a sus espaldas. Pero el Mariscal no hace nada que pueda [309] alarmar a los notables. Les deja en la creencia de que está perdido y de que gozan de total impunidad.

Aunque el bombardeo no ha ocasionado ningún daño, y las corazas se han ido sin amagar siquiera un desembarco, muchos piensan que es el fin de la guerra. Algunos extranjeros no obedecen el bando de evacuación y se refugian en la Legación norteamericana. Esto, si no un delito, es un agravio: implica la creencia de que la ciudad no tardará en caer en manos del invasor. Manlove está entre ellos. Pierde así la simpatía y la protección del gobierno paraguayo. Además, sin saberlo, ha malogrado la última oportunidad de ejecutar su proyecto de corsarios. López lo hará a su manera, intentando, el 2 de marzo, el abordaje de acorazados brasileños.

La empresa estuvo al mando del capitán Ignacio Genes. Se efectuó en ocho canoas, tripuladas cada una por 25 bogavantes armados de sables y bombas de mano. El objetivo fueron los acorazados «Lima Barros», «Cabral», «Silvado» y «Herval». Los dos primeros fueron capturados, la bandera paraguaya tremoló en lo alto de sus mástiles; pero, la reacción del resto de la escuadra impidió que se consumase la hazaña. El capitán Genes perdió un ojo en la refriega. Fue salvado a nado por el abuelo del autor de estas líneas, quien había recibido un chorro de agua hirviente de las calderas del buque abordado. Conservó la cicatriz durante más de medio siglo, lo mismo que el apodo Ayura-peré, «Cuello Pelado».

Dorotea Duprat y los suyos se marchan a la destilería de Luque. En la sollozante despedida, Dorotea le deja a Manlove un juego de llaves de la casa, con la autorización de utilizarla si la necesita.

Los refugiados en la Legación adquieren gran cantidad de provisiones, que incluyen multitud de gallinas y varias vacas lecheras. Salvo las cuarenta personas asiladas, la ciudad está desierta.

Además han acudido volando a la Legación una docena de loros parlanchines. Son alojados en uno de los patios, sobre una larga pértiga de tacuara.

-¡Viva Pedro Segundo! -grita uno de ellos.

-¿Qué ha dicho ese pajarraco? -pregunta Mr. Washburn.

-¡Viva Pedro Segundo! -repite el loro.

-Tuérzale el pescuezo de inmediato -le dice el ministro norteamericano al inglés Masterman-, que dar asilo a un partidario del emperador del Brasil puede traernos dificultades.

Los perros han seguido a sus dueños, pero los gatos se han quedado. Enloquecidos de hambre, hordas furiosas y maulladoras se abalanzan en malones contra el gallinero. Se organiza la defensa, que culmina en una masacre gatuna. Es la última batalla en la que participa [310] el mayor James Manlove, héroe del ejército confederado, que soñara convertirse en almirante de una armada invencible.

* * *

Los Duprat y Lasserre vivieron tranquilamente en la destilería, cerca de la ciudad de Luque, declarada capital provisional de la república. Cinco meses después los varones fueron detenidos. No se sabe a ciencia cierta de qué fueron acusados. Parece que Cipriano Duprat recibió dinero del Tesorero Saturnino Bedoya. En opinión de los fiscales, las aficiones artísticas de Aristide Duprat no fueron del todo inocentes. Narciso Lasserre estuvo demasiado cerca de la quinta del italiano Simón Fianza, en la que se habría gestado la conspiración, y recibido en su casa misteriosas visitas nocturnas de posibles agentes del enemigo. Los tres fueron fusilados en San Fernando en agosto de aquel mismo año.

Dorotea y su madre continuaron viviendo en la destilería, sin ser molestadas. Después de la batalla de Itá Ybaté cuando la población en masa de trasladó a las Cordilleras, tuvieron que seguirla. A las dos damas francesas, viudas de «reos traidores», se les asignó como lugar de residencia el lejano pueblo de Yhú. Luego tuvieron que acompañar las sucesivas retiradas del ejército. Dorotea escribió un interesantísimo relato de las aventuras y padecimientos vividos por ella y su madre. Abunda en adjetivos, pero sólo da cuenta de una violencia sufrida en aquel via crucis alucinante, que duró más de un año: un soldado les robó una hamaca. Al ser descubierto, la devolvió.

-El simpático ladrón -dice Dorotea-, explicó que la había tomado para que no cayese en poder de los cambá.

* * *

Por motivos que sospechamos, los testimonios escritos acerca del mayor James Manlove vacilan al dar noticia de lo que ocurrió después de su asilo en la Legación norteamericana. Los completaremos con relatos de abuelas memoriosas, que recordaban a aquel gringo gigantesco, que destacaba su figura a un tiempo cómica e imponente en el trágico friso de la Guerra Grande.

Manlove, quien según Mr. Washburn, «no sabe adaptarse a las circunstancias que le rodean», se encargaba en ocasiones de llevar a beber al río las vacas lecheras de la Legación. Una tarde, de regreso de una de estas excursiones, galopa por las calles, cosa prohibida por las ordenanzas municipales. Una patrulla de policianos se le cruza y le ordena

cabalgar al paso. Manlove alega, de mal modo, en su español [311] atravesado, que, como la ciudad está desierta, el galope no puede ser molesto ni peligroso para nadie. Los policianos insisten. Manlove esgrime el arreador e intenta abrirse paso a latigazos a través de la patrulla.

Forman el Batallón Policiano mutilados de guerra, viejos decrépitos y débiles muchachitos. Fieles a su deber, se abalanzan sobre Manlove. Lo derriban; se le suben encima como a Gulliver en Liliputt; lo amarran con sobeos y arrastran aquella mole rugiente y maldiciente con un lazo atado a la cincha de su propio caballo.

Mr. Washburn se pone furioso; se presenta a la policía, da de empujones a la guardia y se lleva consigo a su incorregible compatriota.

-¡No vuelva a poner los pies en la calle! -le dice-. Si lo hace, será a su exclusivo riesgo. No tiene usted derecho a ejercitar su carácter violento a expensas de la seguridad de cuarenta personas refugiadas en la Legación.

Manlove llora como un niño. Una vez más promete enmendarse, y en efecto, guarda penitencia algunos días. Se aburre. No sabe qué hacer con su descomunal energía. Se pelea con todo el mundo. Sólo le queda un amigo: el cocinero negro George Bowen.

El caballero sudista y el negro emancipado se hacen compañeros de juerga. Escapan por las noches hacia los caseríos de extramuros y hacen su agosto en poblaciones de viudas y mozas sin esperanzas. Se emborrachan y arman grescas. Esta vez los molidos policianos, al tiempo que registran en partes para la Historia las andanzas de esa «yunta de extranjeros desafortunados», se limitan a llevar quejas reiteradas al ministro norteamericano. Mr. Washburn pierde la paciencia y echa a la calle a sus dos compatriotas.

Masterman da una breve noticia del altercado; Mr. Washburn prefiere olvidarlo.

George Bowen es detenido y enviado a trabajar en la fundición de hierro de Ybycuí. Manlove no tiene adónde ir. Entonces resuelve refugiarse en casa del francés Lasserre, haciendo uso de las llaves que le dejara Dorotea Duprat. Pero, hasta a los propietarios a quienes se permite venir a buscar algunas cosas de sus domicilios, deben hacerlo bajo inventario y estricta vigilancia de la policía, que ha asumido la custodia de los bienes que han quedado en la ciudad evacuada. Fue tan escrupulosa en el cumplimiento de su cometido, que cuando en enero de 1869 la soldadesca aliada saqueó Asunción, detrás de las puertas derribadas a hachazos todo se encontraba donde lo dejaron sus dueños. Manlove, acaso sin saberlo, ha cometido un grave error. Le ordenan acompañarlos a la policía para explicar su conducta violatoria del bando de evacuación. Se niega a ello. Seguido de los policianos, que no tienen ganas de librar otra batalla con el forzudo [312] gigante, regresa a la Legación, donde continúa el altercado. Mr. Washburn está ausente. Los policianos insisten. Sin duda mal aconsejado, Manlove accede a concurrir a la jefatura, pero no como arrestado sino para dar explicaciones. Le acompaña Cornelio Bliss para servirle de intérprete.

Refiere Bliss en sus declaraciones a una comisión investigadora del Congreso de los Estados Unidos:

-Apenas comencé la explicación ante el jefe de policía, cuando este,

con la mayor rudeza, me mandó afuera, donde me senté en un banco. Un rato después salió Mr. Manlove y se sentó conmigo. El jefe de policía luego dijo que yo me retirara, pero que Mr. Manlove debía quedarse, sin dar ninguna explicación. Nos separamos seguidamente, y antes de partir dije a Mr. Manlove que Mr. Washburn pronto regresaría a su casa y sean cuales fueren las pequeñas dificultades que pudieran surgir, él, Manlove, saldría antes de la noche y todo se arreglaría y que Mr. Manlove regresaría y dormiría en su casa esa noche; pero fue la última vez que lo vi.

Mr. Washburn, seguramente arrepentido, se trasladó a Luque, capital provisional de la república. José Berges está suspendido en sus funciones. Se entrevistó con Gumersindo Benítez, ministro interino de relaciones exteriores, y le expresa su deseo de arreglar amigablemente el asunto. Benítez, cumplido burócrata, responde por escrito:

«Siendo reincidencia el hecho de Manlove salir de la Legación, y de carácter grave el hecho de abrir la puerta de una de las casas de la ciudad evacuada y declarada punto militar, tiene que verificarse las diligencias correspondientes para esclarecer los hechos».

Mr. Washburn replica que aunque considera a Mr. Manlove nada más que un hombre que ha venido al país con buenas intenciones, en vista de lo ocurrido y conociendo su genio violento, desea que se le dé permiso para retirarse a un punto del interior de la república, dejando de este modo la residencia en la Legación.

Seguramente Gumersindo Benítez no tenía idea de cuáles serían aquellas buenas intenciones. No hay constancia de que consultara al presidente de la república acerca de un insignificante asunto policial, en momentos en que López se encontraba todavía en el Chaco, después de haberse retirado de Humaitá con el grueso del ejército. El vicepresidente Sánchez había sido llamado para dar explicaciones, y así también el jefe de policía de Asunción, Matías Sanabria. Las cosas estaban tomando un cariz que hacía imprudente cualquier iniciativa. El Mariscal, a quien se daba por perdido, pronto estaría de [313] regreso, y ya había comenzado a pedir cuenta de sus actos a los funcionarios del gobierno.

Algunos días después se comunica oficialmente a Mr. Washburn que no es posible liberar al súbdito americano Manlove, porque el preso ha cometido un delito pasible de pena de muerte conforme al bando que declaró a Asunción punto militar y ordenó la evacuación de la población civil.

Desde ese momento James Manlove quedó librado a su suerte.

* * *

Es muy poco lo que se sabe acerca de lo que ocurrió después. Sólo existen un par de referencias marginales de testigos y algunas alusiones de la Tradición y la Leyenda. Pero sí se conocen los dramáticos acontecimientos en los que sin duda estuvo inmerso. La narración de los mismos, en base a documentos que se conservan, y a «Memorias» de protagonistas probadamente fidedignos, permitirá hacerse una idea, siquiera aproximada, de las vicisitudes vividas, durante aquel período en sombras, por el desventurado aventurero norteamericano. [314]

Después de que los acorazados brasileños forzaron el paso de Humaitá, el riesgo de que los aliados desembarcaran en Asunción o avanzaran por la ribera del río hasta la capital no era inminente, como creían los notables y los refugiados en la Legación norteamericana. Para lo primero, no disponen de transportes aguas arriba de la fortaleza, y si los tuvieran, tendrían que desafiar las baterías del Chaco, que los mandarían a pique sin remedio; para lo segundo, necesitan tiempo y barcos de carga para abastecer al ejército durante la marcha por una región anegadiza, desconocida, luego de cruzar el caudaloso río Tebicuary tras de vencer a las tropas paraguayas destacadas para impedirlo y cuyo número ignoran. Sólo habían pasado los acorazados más modernos. Humaitá seguía siendo un obstáculo que era preciso salvar antes de emprender el avance hacia Asunción.

López no pierde la cabeza. Actúa metódicamente, paso por paso. Se repliega sigilosamente de las líneas del Cuadrilátero, reemplazando los cañones por troncos torneados y pintados de negro, en las baterías. Elude el asedio mediante una maniobra tan magistralmente ejecutada que el enemigo tardará más de una semana en percatarse de ella. Se retira por el camino del Chaco con el grueso del ejército. Ha dejado una guarnición en Humaitá que entretendrá al enemigo otros cinco meses.

Mientras se preparan nuevas posiciones inexpugnables en la línea de Pikysry, a cincuenta kilómetros de Asunción. López se detiene en San Fernando, no lejos de la desembocadura del Tebicuary, a la espera del momento oportuno para retirar las fuerzas que ha dejado en Humaitá y en el fuerte de Timbó, en el Chaco, que protege el camino y asegura las comunicaciones con Humaitá.

Los aliados desembarcan en el Chaco, y tras de una serie de violentos combates, logran por fin completar el cerco de la fortaleza. Los medios de que se valen los paraguayos para mantener el contacto con ella darían tema para fabulosas novelas de aventuras. Es la acción individual de hombres intrépidos, de una resistencia física asombrosa. Caminan por bosques, esteros y lagunas, deslizándose entre las guardias enemigas. Nadan ocultos entre camalotes, o bogando en pelotas [315] de cuero, burlando la vigilancia de la marina brasileña que patrulla constantemente las aguas heladas del río en aquel crudo invierno. Las baterías costeras de Timbó y de la boca del Tebicuary no consiguen hundir a los acorazados, pero los mantienen a raya. Los vapores paraguayos continúan navegando por el río hasta la altura de San Fernando. Nada parece imposible para aquella gente empecinada.

El enemigo es duramente castigado en las márgenes del Tebicuary y se deja de molestar por ese lado. El marqués de Caxias ofrece 100.000 libras esterlinas al coronel Paulino Alén, comandante de Humaitá, si entrega la fortaleza. Alén responde:

-Si el señor marqués me da su ejército, yo le prometo coronarlo emperador del Brasil.

Pedro II ha escrito a Caxias que sería una vergüenza ganar la guerra por el agotamiento de los paraguayos, sin haber obtenido un solo triunfo militar. Se observan en Humaitá extraños movimientos que hacen sospechar que está siendo evacuada. Ansioso de obsequiar a su emperador una victoria de resonancia mundial, Caxias lanza todo el ejército al asalto de la

fortaleza, defendida por 3.000 hombres. Sufre un Curupaytysinho, un rechazo como el de Curupayty, en pequeño. Ha caído en una trampa, preparada según minuciosas instrucciones que López había hecho llegar a los sitiados por medio de audaces mensajeros.

El 18 de julio, segundo aniversario de la batalla de Sauce-Boquerón y dos días después del desastroso asalto brasileño, los paraguayos tienden cuidadosamente una celada a los argentinos en el Chaco, en un lugar llamado Acayuasá, y les infligen una sangrienta derrota. «Lo que ha pasado ha sido una de esas cosas ya escritas en el libro de los Altos destinos -escribe el general Gelly y Obes a Mitre-. ¡Fatal 18 de julio del 66 y del 68!»

Los aliados se encierran en sus fortines del Chaco. Queda abierta una brecha por la que podrá retirarse la guarnición de Humaitá. La orden de evacuación la llevan el capitán Patricio Escobar y el sargento Machuca. Son 100 kilómetros desde San Fernando. Hacen a caballo una parte del trayecto. Siguen a pie rumbeando por el monte. Salen, ya de noche, a la orilla del río. Tienen a la vista tres acorazados. Arman una balsa de camalotes y aguapés. Salen a la corriente. Bogando con las manos, pasan entre los buques de la Flota Imperial, y llegan a destino tras ocho horas de navegación.

El 23 de julio es víspera del natalicio del Mariscal. Las bandas de música ejecutan piezas escogidas. Por la noche hay bailes con la animación de costumbre. A medianoche comienza el pasaje hacia el Chaco, casi a la vista del fuerte aliado de Andá y de ocho acorazados. La operación se suspende al amanecer. [316]

El solado niño Emilio Aceval recordará en las «Memorias de un Viejo Sargento»:

-A las 2 de la tarde, viendo que el enemigo no se había apercebido de nada, continuó el pasaje, terminando a las 4. Los últimos en embarcarse fueron los músicos, que seguían en su afán de tocar, y un piquete de 50 hombres a cargo del teniente Urdapilleta, que guarnecía las trincheras del Este de Humaitá y que seguía haciendo fuego graneado para engañar al enemigo. Un solitario jinete de este destacamento abandonó la plaza al día siguiente, cuando el enemigo advirtió que había sido evacuada y avanzaron las primeras fuerzas para ocuparla.

Sólo encontrarán, en los hospitales, heridos brasileños. Se habían ido hasta los perros. Entre estos, el «alférez» Barcino.

Asunción no volverá a ser bombardeada hasta mucho después, cuando ya no tenía sentido hacerlo.

La evacuación de la capital no fue dispuesta por López sino por los notables. Tiene fundadas sospechas de que ha sido un ardid para entregar la ciudad al enemigo sin tener que desafiar una posible reacción del pueblo. Pero es un hecho consumado y se dejan las cosas como están.

Para espanto y estupor de quienes le creían perdido, López está de nuevo en escena con todo su poder. Desde hace tiempo viene atando cabos. Sabe de la conspiración más de lo que se supone, incluyendo los contactos de esta con el enemigo. Tiene agentes hasta en el Estado Mayor de Caxias,

por lo que el jefe brasileño desconfía hasta de su sombra. Sin embargo, López da largas al asunto. Tal vez no considera peligrosos los devaneos conspirativos de unos cuantos charlatanes sin poder efectivo ni influencia en el pueblo ni en el ejército. Su hermano Benigno, llamado para que diera cuenta de sus actividades en los días que siguieron al paso por Humaitá de la escuadra enemiga, le dice francamente:

-Señor, no sabíamos nada de usted, así que tomamos medidas para poner a salvo nuestras personas e intereses.

El Mariscal se vuelve y le dice al general Caballero, señalando a Benigno:

-¡Has visto, estos son más negros que los propios negros!

Sin embargo, a la hora del almuerzo, Benigno se sienta a la mesa. No ha habido una ruptura.

Su cuñado, el Tesorero General Saturnino Bedoya, sometido a interrogatorios, ha muerto, probablemente de cólera, mientras el ejército [317] se encontraba todavía en el Chaco. Al vicepresidente Sánchez se le reprocha su ingenuidad. Al jefe de policía Matías Sanabria se le reprende su torpeza y se le asigna un ayudante. Cierta número de personas son detenidas en averiguaciones; otras, suspendidas en sus cargos hasta que se aclare su conducta. Y eso es todo.

Un día el Mariscal ve que el suspendido canciller José Berges se acerca en un carruaje al cuartel general. Llama al teniente Panchito y le ordena con angustiada irritación:

-¡Corre y dile que estoy ocupado, que no le puedo recibir!

Panchito obedece. José Berges saca del bolsillo un hermoso cortaplumas y lo entrega al muchacho.

-Guárdalo -le dice, sonriendo tristemente-, como recuerdo de un amigo.

Cuenta el coronel Juan Crisóstomo Centurión que una vez le oyó decir a López:

-Desde los albores de la independencia hubo algunos ciudadanos en pugna con los verdaderos intereses del país. Y desgraciada la patria el día que caiga en manos de ellos. Yo pudiera haber sido el hombre más popular, no sólo en el Paraguay, sino tal vez en toda América del Sur. Para llegar a serlo, nada me hubiera sido más fácil que promulgar una constitución. Pero no he querido hacerlo porque no quise la desgracia de mi patria. Cuando leo las constituciones de los países vecinos, me quedo extasiado al contemplar tanta belleza, pero cuando del papel vuelvo la vista a la práctica, me quedo horrorizado.

En julio, en San Fernando, López decide que ha llegado el momento de ajustar cuentas con los conspiradores. O tal vez que es necesario, inevitable hacerlo. Ya se tiene noticias de más de doscientos implicados, entre ellos los hombres más conspicuos de Asunción con muy raras excepciones, y muchos otros de la campaña, sobre todo entre los jueces de paz y jefes de milicias urbanas.

Reúne a sus hombres y les informa que ha sido descubierta una conspiración. Les pide su parecer sobre los medios más eficaces que deberían adoptarse para abreviar y terminar lo antes posible aquel desdichado asunto.

Todo el mundo quedó pensativo, y hasta cierto punto estupefacto, por

tan grave denuncia, hasta que el general Isidoro Resquín tomó la palabra y dijo:

-Señor, yo pienso que para abreviar el procedimiento se debería adoptar los medios que autorizan las Ordenanzas para tratar a los traidores cuando son contumaces; es decir, torturas.

Visto que nadie aprobaba ni desaprobaba, el Mariscal López respondió:
[318]

-En este siglo que vivimos ya no se acostumbra emplear esos medios.

Entonces intervino el obispo Palacios:

-En mi opinión el Mariscal debería disponer que fuesen pasados por las armas todos los cómplices, a medida que se los vaya descubriendo.

López dio un paso atrás, hizo una gran reverencia al Obispo, y le dijo en tono sarcástico:

-¡Ilustrísimo señor!... Vuestra Señoría Ilustrísima comprenderá que tengo especial interés en saber también lo que ellos saben, de modo que en ningún caso me puede convenir la medida que vuestra Señoría Ilustrísima propone.

López ordenó, por intermedio de su secretario, el coronel Luis Caminos, a las autoridades de Asunción y Luque el apresamiento de los que aparecían implicados, entre ellos al ministro José Berges.

Entonces ocurren dos hechos que seguramente le hacen perder la medida con que ha actuado hasta ese momento:

La guarnición de Humaitá, que ha quedado sin víveres antes del tiempo previsto, recibe la orden de retirarse. Es la culminación de una serie de acciones cuidadosamente planeadas para asegurar el éxito de la operación, y cuyo corolario debía ser un rudo golpe al prestigio de los aliados y a la moral de sus ejércitos, vapuleados en el Tebicuary, en el asalto a Humaitá y en la batalla de Acayuasá. La guarnición abandona sigilosamente la fortaleza y cruza a Isla Poí, una estrecha lengua de tierra situada en el Chaco. Sólo le falta vadear una laguna para ponerse a salvo bajo la protección de las tropas destacadas desde Timbó para el efecto, que le aguardan en la orilla opuesta. El coronel Francisco Martínez, que tan brillantemente realizara el desprendimiento en Humaitá, pierde un tiempo precioso. Habiendo cruzado un río burlando el acecho del enemigo en poco más de 12 horas, al cabo de 48 horas ha hecho cruzar una laguna apenas a la tercera parte de su gente. Es interceptado y cercado por el enemigo. Martínez no hace uso de la opción que le ha dado el Mariscal de abandonar el armamento y salvar a los hombres, que podrían escapar sencillamente a nado, como lo hacen por propia iniciativa el soldado Emilio Aceval y muchos otros. En cambio capitula después de una defensa de diez días, increíblemente heroica, sin nada que comer, bajo el fuego de la Escuadra y de 10.000 infantes que le asaltan y le acosan por todos lados, de día y de noche, empeñados en no dejar escapar la presa. Son hechos inexplicables aun para una mente no ensombrecida por la suspicacia, como era la de López en esos días. Por primera vez, desde el inicio de la invasión, los aliados pueden exhibir a la prensa un millar de extenuados prisioneros paraguayos.
[319] Por los términos de la capitulación, los oficiales conservan la espada, pero les remachan una barra de grillos. Se muestran altivos hasta la insolencia. Testigo de ello es el célebre explorador inglés Richard Burton, descubridor del lago Tanganica y traductor de «Las mil y una

noches», que los visita en compañía de su antiguo compañero de aventuras Lord Stapleton. Los prisioneros aseguran que la guerra está en sus comienzos. Caxias ha recibido en bandeja una inmerecida e inesperada victoria que le salva del ridículo.

Algunos días antes había sido descubierto un complot para asesinar a López en el propio cuartel general. Aparecen implicados su madre, sus hermanos y hermanas, sus parientes más próximos, sus amigos y ex discípulos, las mujeres que ha amado, algunos camaradas con los que ha compartido la mesa desde el principio de la guerra. Su cuñado, el general Vicente Barrios, culpa a Inocencia de haberlo enredado en la conspiración, y en presencia de ella trata de suicidarse cortándose el cuello con una navaja de afeitar. Su hermano Venancio, un hombre enfermo, sin carácter y sin luces, supuestamente arrepentido y sin duda asustado, pide hacer una amplia y espontánea confesión general que compromete a todo el mundo.

La Leyenda, la tradición oral de los historiadores y libelos difamatorios publicados contra López después de la guerra, coinciden en que fue doña Juana Carrillo «La Presidenta», la que indujo al obispo Palacios a participar en el complot. Este, escandalizado, le dijo:

-¡Cómo matar, señora, al hijo del gran presidente don Carlos Antonio López!

-Pancho no es hijo de don Carlos -replicó doña Juana-, sino de don Lázaro Roxas y Aranda.

El Obispo escribió la declaración en su Breviario, en el que no se puede consignar mentira alguna, con el fin de ganar adeptos para la causa, a los que juramentaba ante Dios que guardarían secreto aun a costa de sus vidas, amenazándoles con la Excomuni3n y el Fuego Eterno si faltaban a su juramento. El Mariscal, en presencia de testigos, exigi3 al obispo Palacios que le prestase el Breviario para hojearlo, y dio de lleno con la terrible revelaci3n, inserta en Libro Santo.

Parcial o totalmente verdadera o falsa esta historia, lo cierto es que corri3 de boca en boca. En el confuso contexto de las ideas de la 3poca, en las que subyacían concepciones monárquicas con implicaciones morales y religiosas, era un modo contundente de privar de legitimidad al poder que detentaba el Presidente de la Rep3blica, y de justificar el destronamiento y hasta el asesinato del «Soberano» bastardo usurpador.

[320]

No hay «Memorias» al respecto; sin embargo, es posible comprender que el golpe que sufri3 el Mariscal López debi3 ser tremendo; que se sinti3 solo, acorralado, sin nadie en quien confiar.

Reúne a los jueces y les dice:

-La copa est3 servida, es forzoso beberla.

Toma una trágica resoluci3n: las leyes espa3olas de Partidas, que contemplan el uso de tormento, no han sido derogadas en el Paraguay; ser3n aplicadas con todo su rigor en la sustanciaci3n de los procesos. Las declaraciones de los implicados, obtenidas por medios que las hacen dudosas, involucran a centenares de personas, entre las que se cuentan Manlove y el propio Mr. Washburn.

Dijo al respecto el Dr. Faustino Benítez en una de sus charlas memorables:

-Los historiadores discutimos los alcances de la conspiración. Especulamos acerca de las causas del súbito cambio que se opera en el carácter de López, hasta entonces severo y exigente, pero nunca cruel ni sanguinario. ¿Locura? ¡Desde luego! Pero, ¿qué es la locura? ¿Estaban en su sano juicio quienes lanzaron a pecho descubierto 20.000 hombres contra las trincheras de Curupayty y dejaron morir de podredumbre a 200.000 desdichados en el chiquero de Tuyutí? ¿Es que puede haber algo que no sea demencial en una guerra? Si hubo o no conspiración, o si López obró por despecho, o porque le dijeron que no era hijo de su padre, o porque le dolían las muelas, son cuestiones que pueden ser interesantes, pero eluden lo esencial. Los procesos, antes que actos de implacable justicia, fueron una medida política extrema. El enemigo no debía encontrar a nadie dispuesto a aceptar el Tratado Secreto de la Triple Alianza. Si descuartizaban al Paraguay, no sería con el consentimiento de un solo paraguayo. De ello dependía la independencia en el futuro, si es que el país podía tener futuro después de la derrota. Y se había quebrado la unidad de la nación. Los notables querían capitular; el pueblo estaba decidido a luchar hasta el fin. El pueblo estaba en el ejército, para el que la idea de rendirse se había hecho inconcebible. Se sentía superior al enemigo y había un compromiso de sangre con los millares de camaradas muertos. La vida tenía para ellos otro significado. López, que no salió nunca de los campamentos desde el principio de la guerra, acabó por asimilarse a la mentalidad de sus soldados. Dio la espalda a los suyos, a la clase dirigente que se había formado y medrado en torno a su familia en los veinte años que siguieron [321] a la muerte del Supremo Dictador jacobino, cuyo espíritu indomable seguía vivo, encarnado en el pueblo. Y la eliminó sin piedad. «¡Muero con mi patria!» fueron sus últimas palabras. ¡Qué tremenda fue la tragedia de ese hombre!

Han cambiado los tiempos. No hay lugar para el humor, la comprensión humana, la piedad. Quedan el miedo, la rabia, la desesperación. Manlove es trasladado a San Fernando, sede del cuartel general donde se sustancian los procesos por conspiración. Cuenta el excelente Alonso Taylor, que era uno de los encausados:

-Los presos pertenecían a todas las nacionalidades y a todos los niveles sociales, pero el calor, el deterioro físico y moral, la lluvia y el viento, los volvieron a todos iguales, poco menos que desnudos. Nuestros guardianes acostumbraban ofrecernos pedazos de pan o unas pocas espigas de maíz a cambio de nuestras ropas, y con el hambre que sufríamos, comprábamos contentos un día de vida al precio de un saco o una camisa. Entre los presos había mujeres, algunas provenientes de las mejores familias; unas muy viejas y canosas, otras jóvenes y bonitas, especialmente Dolores Recalde, una muchacha alta y bella, y Josefa Riquelme, hermosa mujer de finos ojos. Mucho sufrían esas pobres criaturas, aunque tenían pequeños ranchos de paja en forma de «A» para albergarse, como otras pocas presas de más alta clase, y se las veía

llorar lastimosamente por su miserable suerte.

-A la retaguardia de mi rancho -refiere Masterman-, estaban encarceladas las dos hermanas de López, doña Inocencia de Barrios y doña Rafaela de Bedoya; cada una estaba presa en una carreta, que tenía cerca de siete pies de largo y cinco de alto. Estas desgraciadas señoras permanecieron más de cinco meses encerradas en aquellas cárceles portátiles. Las vi a menudo cuando pasaban por delante de mi rancho con dirección al «Tribunal»; el frente y las ventanas estaban tapadas, y la puerta trasera asegurada con un candado; pero se había practicado una abertura en el frente, por la que les entregaban sus alimentos.

Y continúa en otra parte:

-De uno de los ranchos cercanos salió arrastrándose y gateando don Benigno López, hermano menor del Presidente; estaba bien vestido, pero con pesados grillos; y de otro rancho la figura espectral de un anciano, y tardé en conocer que era el ex ministro de relaciones exteriores, don José Berges. Se apoyaba penosamente en un poste del cerco. Luego salieron dos hombres muy viejos, que evidentemente llegaban a la segunda niñez; no llevaban un harapo que los cubriese. [322] Uno tenía grillos y se arrastraba temblando sobre sus manos y rodillas; el otro miraba con una tímida sonrisa en su semblante estúpido, contento de la bulla que había en su derredor y sin duda apenas consciente de lo que pasaba.

Seguramente también a Manlove le remacharon una barra de grillos y le interrogaron en el cepo uruguayana, un tormento capaz de doblar la voluntad más férrea, introducido por ex prisioneros de guerra paraguayos que lo padecieron en el Brasil y lograron escapar y volver entre los suyos.

-La tortura es así, al menos como yo la sufrí -cuenta Alonso Taylor-; me pusieron en cuclillas en el suelo. Primeramente mis piernas fueron bien ligadas juntas, y me amarraron las manos a la espalda, con las palmas hacia afuera. Entonces me ataron una carabina en la curva de las piernas, y me pusieron seis más en los hombros, atándolas todas en las extremidades con tiras de cuero. Después hicieron un lazo que tomaba en la curva de mis piernas la carabina puesta encima, y dos soldados, tirando el extremo de este lazo, me hicieron agachar la cabeza hasta abajo de las rodillas, dejándome así. El efecto fue el siguiente: primero se me durmieron los pies, luego las puntas de los dedos me empezaron a temblar, extendiéndose el temblor gradualmente a las rodillas, a las manos y los brazos, aumentándose hasta hacerse insufrible. La lengua se me hinchó mucho, y creía tener las carretillas fuera de lugar. Después del martirio estuve quince días insensible de uno de los lados de la cara. El sufrimiento fue terrible. Ciertamente yo habría confesado todo si hubiese tenido qué confesar, y creo bien que muchos hayan preferido decir cualquier cosa a sufrir la terrible agonía de este suplicio. Estuve dos horas en el estado descrito, y me consideré muy feliz cuando me dejaron retirar. Muchos fueron puestos en el cepo uruguayana dos veces, otros seis veces, y con ocho carabinas en la nuca.

A fines de agosto, López abandona San Fernando y se repliega a la zona de Villeta, detrás de la línea de Pikysyry. Pero antes se realiza una hecatombe de presos. La víspera de la evacuación del campamento son fusilados 85, que vienen a agregarse a los que habían sido muertos en los

días anteriores.

No se sabe la cantidad de presos concentrados en San Fernando y luego trasladados a Villeta, pero sí la nómina día por día, de las 834 bajas producidas entre ellos desde julio hasta principios de diciembre de 1868. De estos, 403 eran paraguayos y 431 extranjeros. Fueron ejecutados o fallecieron por otras causas 438. En el trayecto de San Fernando a Villeta perecieron 167; 216 salieron de prisión para realizar trabajos en las trincheras; uno fue remitido a la capital, Masterman y Bliss entregados a la cañonera «Wasp», y 10 fueron puestos en libertad. Aproximadamente la mitad del total eran presos [323] de derecho común y militares, prisioneros de guerra y pasados del enemigo. Tal es el resumen estadístico de las «Tablas de Sangre» del general Isidoro Resquín, minucioso registro llevado hasta que los papeles del jefe de la Mayoría cayeron en poder de los aliados, que los publicaron en el mundo entero.

Alonso Taylor fue compañero de prisión de James Manlove. Dice que fue fusilado el mismo día que el inglés John Watts. Sin embargo, el nombre de Manlove no figura en las «Tablas de Sangre». En cambio encontramos el de John Watts, pasado por las armas el 23 de agosto de 1868.

La línea de Pikysry es aún más fuerte que el Cuadrilátero. Caxias lo comprueba a su costa cuando intenta un asalto. Los aliados, que daban por terminada la guerra, se encuentran con el hecho de que tendrán que empezar todo de nuevo. Caxias aconseja otra vez al emperador hacer la paz, pero este se mantiene inflexible. Entonces el general brasileño decide jugarse el todo por el todo en una maniobra de envolvimiento por el Chaco seguido de un desembarco a espaldas de las posiciones paraguayas. Para hacerlo, tendrá que dividir el ejército aliado dejando a los argentinos frente a la línea de Pikysry. Además tiene el propósito de ganar para su patria todos los laureles.

López podría impedirselo con un fuerte destacamento bien mandado, como ha hecho en Timbo, cerca de Humaitá; o retirarse a las Cordilleras, donde dispondría de recursos suficientes y alejaría a los aliados de la escuadra. Sin embargo, le deja hacer. Él también quiere, y ha visto la posibilidad, de decidir la guerra.

La decisión es a un tiempo militar y política. Vistos los hechos producidos, no sabe hasta cuándo podrá contar con la adhesión del pueblo y la lealtad de los soldados. Es un error profundo, del que nunca saldrá del todo y que explica en parte los excesos que cometió hasta el final de la guerra. La ceguera del mando absoluto le impide comprender que es uno entre tantos. Le seguirán, y le llevarán, más allá de todo límite.

Carlos Federico Masterman, que estuvo preso en Villeta desde mediados de octubre hasta principios de diciembre de 1868, dice en su libro «Siete años de aventuras en el Paraguay»:

-Se presentó un oficial llevando un buen número de cajitas que contenían regalos de Madame Lynch, para ser repartidos entre los [324]

mencionados en una lista que traía en la mano, por lo que supe, si se permite una digresión, que el mayor Manlove seguía vivo.

Las cajas contenían cigarrillos, azúcar, yerba y una botella de caña.

No hay pruebas de que Manlove haya sido fusilado o que haya muerto en prisión.

El 3 de diciembre llegó a Angostura la cañonera «Wasp», trayendo al general Martin Mc Mahon, nuevo ministro norteamericano. El navío permanecerá 10 días en el puerto. La tripulación baja a tierra, confraterniza con los paraguayos, que la agasajan y llenan de regalos, los cuales, dicho sea de paso, Madame Lynch ha mandado traer de Luque. El capitán Kirkland visita el cuartel general en Itá Ybaté, donde es cordialmente recibido por el Mariscal López y su compañera.

El capitán Kirkland preguntó a los oficiales paraguayos por su amigo Andrés Maciel, quien solía darle, confidencialmente, noticias de Manlove. Los paraguayos, que siempre han sido muy reservados, ahora se muestran recelosos y contestan con evasivas. Finalmente, en una recepción ofrecida a los marinos norteamericanos, Kirkland encuentra, con gran sorpresa suya, a Juan Bautista del Valle, el «agradable joven» que conociera años antes en la Legación paraguaya en París. Del Valle le confía que Andrés Maciel ha sido fusilado por conspirar en complicidad con su jefe, el general Vicente Barrios. De Manlove no sabe nada, pero es de temer, tal como están las cosas, que le haya pasado lo mismo. Promete hacer lo posible por averiguar la suerte corrida por alguien a quien él también considera un amigo. Kirkland no volverá a ver a Del Valle. Ha comenzado la serie de batallas terribles que los brasileños llamarían la *deçembrada*.

López ha hecho creer a Caxias que espera el desembarco en Villeta y le induce a hacerlo más al norte, en San Antonio, de modo de alejarlo de Itá Ybaté y tener tiempo y espacio para desarrollar su plan de operaciones.

Los jefes, oficiales y soldados paraguayos piensan que convendría concentrar todas las fuerzas y enfrentar al enemigo en una batalla campal. López prefiere desangrarlo primero en una serie de batallas sucesivas con fuertes destacamentos y darle el golpe de muerte en Itá Ybaté. Mbutuy, Corrales, Sauce-Boquerón, Tuyutí, Acayuasá y muchas experiencias más le persuaden de que puede hacerlo.

La moral del ejército es insuperable. Ha regresado al Paraguay de las colinas sonrientes, sanas y ubérrimas, después de haber permanecido casi cuatro años en regiones anegadizas, lejos de sus hogares. [325] Los hombres han sido visitados por los suyos, que les miman, colman de regalos y golosinas. Se han tomado dos meses de descanso reparador. Han recibido vestuarios nuevos. Los oficiales lucen elegantes, y hasta soportan con proverbial heroísmo la tortura de las botas. El general Mc Mahon y los marinos norteamericanos han quedado gratamente impresionados por el aspecto vistoso y saludable que ofrecen las tropas.

Sin embargo, una tercera parte de ellos está formada por niños, ancianos y mutilados. A los más de estos se les destina a cubrir la línea de Pikysyry. Al igual que los cañones de madera que se emplazaron para

engañar al enemigo mientras se retiraba la artillería del Cuadrilátero, se disfraza a los muchachos con barbas postizas hechas de cerda.

El resto se concentra en Ita Ybaté, al mando directo del Mariscal. Se forma un cuerpo móvil de 5.000 hombres escogidos. Se los confía a dos jefes hasta entonces invictos: el general Bernardino Caballero y el coronel Valois Rivarola.

Para Caxias, el éxito de la campaña depende de la rapidez con que caiga sobre la retaguardia de la línea de Pikysry, antes de que López la fortifique o eluda el golpe retirándose a las Cordilleras por el camino a Cerro León. Le separan del objetivo unos 20 kilómetros en línea recta y no más de 30 siguiendo las ondulaciones del camino. Esto es, dos jornadas a lo sumo. Desembarca en San Antonio el 5 de diciembre y se pone inmediatamente en marcha. Tendrá que cruzar el arroyo Ytororó, que es un zanjón pétreo, estrecho y profundo. El puente del camino real a Villeta se encuentra en un abra rodeada de bosques. En la madrugada del 6 llegan Caballero y Rivarola con 3.200 hombres y 12 piezas de artillería ligera. No destruyen el puente. Esperan a que el enemigo intente pasarlo.

Caxias avanza con 20.000 hombres, mientras Osorio, guiado por el traidor Higinio Céspedes, busca despuntar el arroyo para caer sobre la espalda de los paraguayos. El Efiates nativo se desatina y Osorio no llegará a tiempo para intervenir en la batalla.

Una y otra vez los brasileños se lanzan por el puente bajo los certeros disparos de dos batallones que cruzan sus fuegos contra ellos y de los 12 cañones del mayor Ángel Moreno, que los ametralla a boca de jarro. Cuando ha pasado una buena cantidad, son cargados a la bayoneta por los infantes que salen del monte a la carrera y acuchillados por la caballería de Valois Rivarola. Así, durante horas, con intervalos para batir con poderosa artillería y con fusiles que quintuplican el alcance de los de sus oponentes, el monte donde se ocultan los paraguayos. Después de varios intentos infructuosos, el marqués de Caxias pierde la paciencia. Desenvaina la espada y dando vivas al [326] emperador y al Brasil se lanza por el puente, invitando a las tropas a seguirle. Su caballo cae muerto. Estimulados por el ejemplo de aquel viejo formidable, los brasileños se abalanzan sobre los paraguayos y logran apoderarse de 6 cañones.

En el entrevero, un negro apretado por su caballo, grita:

-¡Não maten, eu direi onde ista o Caxias!

No le creen, y así el general brasileño, que en su avance ha sido cortado, se salva de caer prisionero.

El general Caballero ordena la retirada. Aunque sobra entusiasmo para continuar la lucha, las tropas están fatigadas; y, sobre todo, la misión está cumplida: quedan 5.000 brasileños fuera de combate, entre ellos 39 jefes y oficiales muertos y 95 heridos. Los paraguayos han perdido al capitán Manuel Epinosa, comandante del regimiento 30 de caballería.

El general Garmendía describe la retirada:

-Aquellos paraguayos debían de ser de fierro. Habían marchado toda la noche del día 5 sin dormir ni comer, peleado durante 12 horas y enseguida se retiraban dejando solamente sus muertos y heridos de gravedad, y se adelantaban tan rápidos que parecían una fuerza ejecutando una marcha de maniobra.

Lo que muestra el excelente estado en que se encontraban esas tropas.

Los brasileños no intentaron siquiera perseguirlas.

Hasta allí los planes de López se cumplieron. El enemigo había sufrido una masacre. Lo prueba la cantidad, no ocultada, de jefes y oficiales muertos y heridos. Las bajas paraguayas debieron ser considerables, pero sin duda no alcanzaron a las 1.200, cifra dada por los brasileños y copiada después por los historiadores. El coronel Silvestre Aveiro, oficial de Estado Mayor, dice que fueron insignificantes.

Pero, también en la batalla de Ytororó se demostró palpablemente la inferioridad de los fusiles de chispa de bala esférica, descalibrados por cuatro años de uso, y las municiones averiadas, con que estaban armados la mayoría de los infantes paraguayos, frente a los flamantes rifles rayados de precisión. Más allá de los 200 metros de distancia, lo único que podían hacer los paraguayos era ocultarse y esperar que el enemigo se acercara.

Caxias se ve obligado a detenerse para reorganizar sus tropas durante cinco días. López resuelve darle otro golpe cuando se ponga en movimiento, en el paso del arroyo Abay. Caballero y Rivarola no están de acuerdo: la posición no ofrece las ventajas de Ytororó, y así [327] se lo hacen saber al Mariscal López. El coronel Serrano, que acaba de ser ascendido, comenta:

-Umíva niko okyhyje, esos tienen miedo.

Y se ofrece a dirigir la acción.

López hace decir a los comandantes del cuerpo móvil que si ellos no se animaban, había otros jefes para sustituirlos. Caballero responde en nombre propio y de sus camaradas:

«V. E. nos ha pedido nuestro parecer y creemos haber cumplido con nuestro deber al dárselo con toda lealtad y franqueza. Pero aparte de eso, yo y mis compañeros nos consideramos muy capaces de hacer la defensa hasta sucumbir todos o conseguir el triunfo, y de ningún modo consentiremos que se nos tenga en menos que a otros en valor y patriotismo».

El coronel Serrano, acólito de la logia «Conway», era un hombre relativamente instruido, bien educado, y no hay indicios de que fuera un traidor. Cuando llegó a Abay poco antes de que se iniciara la batalla, Valois Rivarola le dijo con cierta sorna:

-Ejopýke nderevikua, galón puahu, cháke reiporúta reína; apriétate el trasero, Galón Flamante, que vas a tener que usarlo.

López necesitaba retrasar unos días más el avance del enemigo para completar los preparativos de la batalla decisiva que esperaba librar en Itá Ybaté. La única posición que se prestaba para ello era el paso del arroyo Abay. Caballero y Rivarola estaban autorizados a retirarse después de haber dado unos cuantos golpes demoledores al enemigo, o si se veían amenazados de ser envueltos. Pero, López debió tener en cuenta que también Dios peleaba contra los paraguayos.

El 11 de diciembre de 1933, durante la guerra del Chado, dos divisiones bolivianas estaban cercadas y sin agua en Campo Vía. Un oficial

prisionero le dijo al capellán paraguayo Ernesto Pérez Acosta:

-Es prudente de su parte tratarnos tan bien como lo hace, porque hoy mismo será usted nuestro prisionero.

-Se equivoca -replicó el famoso Paí Pérez-, en esta misma fecha, hace 65 años, perdimos una guerra porque llovió, y esta la ganaremos porque no va a llover.

Cuenta el coronel Juan Crisóstomo Centurión:

-Cuando el grueso del ejército brasileiro llegó al paso, colocaron enseguida su artillería sobre la colina que queda enfrente de dicho punto e iniciaron un recio bombardeo, como preludeo de la reñida [328] batalla que iba a comenzar. Para desgracia nuestra, en aquel momento se desató un terrible temporal de trueno y lluvia, cayendo el agua a torrentes. Esta circunstancia que no perjudicaba en nada al adversario armado de fusiles de precisión, y favorecía notablemente sus movimientos estratégicos; mientras que los nuestros, armados de fusiles viejos de chispa, en su mayor parte quedaron sin poder hacer uso de sus armas, sin decir nada de la inmensa desigualdad que existía, ¡cuatro contra uno!... A las 10 a.m. el marqués lanzó 22.000 hombres sobre la diminuta columna paraguaya. El general Osorio, que había tomado posición frente al paso, inició el combate con las fuerzas del 3er. cuerpo, atacando el puente con la división Cámara y tres batallones. Fueron recibidos con una horrorosa descarga de fusilería y de artillería, dejándolos hechos pedazos, y como siempre, se vieron obligados a dar vuelta en un desorden espantoso. Osorio, desesperado por tan triste espectáculo, pidió refuerzos, y Caxias en el acto se los mandó. Con esta fuerza de refresco, dos batallones avanzaron subiendo una loma; pero el mayor Bernal a la cabeza del regimiento 8, llevó una intrépida carga de caballería sobre ellos; los convulsiona y los compele a sable y lanza a volver las espaldas en una gran confusión, atropellándose los unos a los otros, y cebándose en ellos los paraguayos en todo el trayecto hasta más allá del puente. Osorio desplegó los mayores esfuerzos, valiéndose hasta de palabras de cariño y suplicatorias para detener aquella gente que iba en completo desbande, y gracias a la gran influencia que ejercía sobre ellos, y al justo renombre de bravo y valiente de que gozaba entre ellos, pudo conseguirlo; y cuando reorganizados los cuerpos, volvieron al ataque, un soldado paraguayo de un balazo le rompió el maxilar izquierdo, retirándose enseguida del combate. Entonces Caxias, antes que decayera el espíritu de las tropas con la retirada de tan esforzado y prestigioso jefe, avanzó con todas las fuerzas del 2do. cuerpo y de la artillería, llevándose como reserva las de Bittencourt del 1er. cuerpo.

Los paraguayos empiezan a retirarse lentamente, en medio del temporal, que arrecia por momentos y amaina a ratos. A pesar de las desventajas, hasta entonces se han llevado la mejor parte, han tenido pocas pérdidas y han hecho estragos en el enemigo. Continúa el coronel Centurión:

-Este movimiento coincidió con la aproximación por la izquierda y retaguardia de Caballero de la división de caballería del barón del Triunfo y de Manuel Mena Barreto. Los nuestros, viéndose rodeados por todos lados forman un gran cuadro, que iba disminuyendo a medida que iban muriendo. Pelearon sufriendo repetidos asaltos durante cuatro horas. Aquel

cuadro representaba la idea de un gran [329] panteón de seres humanos, dentro del cual iban cayendo hasta que no quedó casi ni uno. El general Caballero, viendo rotas sus líneas por la caballería enemiga, acompañado de su ayudante el alférez Páez y el coronel Rivarola, herido este por una bala que le atravesó el cuello, se abrió paso por entre las filas del enemigo y pudo escapar.

El brasileño J. Arturo Montenegro pinta así uno de los episodios más dramáticos de la tremenda lucha:

-En aquella planicie cubierta de cadáveres, de fugitivos, de largas hileras de carros de bagajes, de carretas despedazadas, de cañones desmontados, de destrozos de todo género, se mantenía aún valientemente el cuadro del Batallón 40 de línea, retirándose así, lentamente, en dirección a Villeta, cercados por todos lados. El Barón del Triunfo, llegando al lugar de la lucha, distribuyó en escuadrones a los lanceros de la Brigada Niedeaurer, lanzándolos simultáneamente sobre los cuatro frentes del 40. Un nutrido fuego repelió las primeras cargas, retirándose a derecha e izquierda los escuadrones, para volver enseguida a la carrera. Pero el 40 resistía tenazmente en medio de una nube de enemigos, que le acosaban por todos lados. Impaciente el general, acabó por colocarse a la cabeza de sus tropas, cargando con furia sobre uno de los frentes del cuadro y abriendo una brecha en aquel muro de bayonetas que ondeaba en la planicie, resistiendo heroicamente. El batallón perdió entonces su formación, dispersándose en escuadrones y un duelo a muerte se trabó entre los lanceros de la 3ra. brigada y los infantes del 40. En aquel terrible entrevero, en que sólo se oía el retintín de las armas, dominando el rumor que se levantaba de aquella masa confusa de caballos y de hombres que se atropellaban, acuchillándose en furibunda lucha, cayó hasta el último soldado del Mariscal López, sin que uno solo aceptase la vida que le ofrecía el enemigo victorioso.

El general Caballero se presentó en el cuartel general de Ita Ybaté sollozando por la pérdida de la heroica brigada. López trató de consolarlo, sin exteriorizar él mismo ningún sentimiento. Sólo se salvaron unos 1.500 hombres, muchos de ellos heridos, que lograron salir individualmente del cerco. No se conocen excepciones: todos se presentaron para continuar la lucha.

Lo que ocurrió después en Itá Ybaté hace que se dé la razón al Paí Pérez: de haberse salvado aquel cuerpo de tropas extraordinarias, otro hubiera sido el resultado de la campana y acaso de la guerra.

En vez de avanzar inmediatamente y cubrir los 10 quilómetros que le separaban de Itá Ybaté, Caxias torció para Villeta, ¡donde se atrincheró en previsión de un contraataque paraguayo!

Los brasileños tuvieron 8.000 bajas entre muertos, heridos, y dispersos que aterrorizados se escondieron en los montes vecinos. De [330] los 32.000 hombres desembarcados en San Antonio seis días antes, a Caxias le quedaban 20.000. Tuvo que perder otra semana en refundir batallones -seis de ellos fueron disueltos porque estaban prácticamente aniquilados-, y en dar caza a los desertores antes de continuar avanzando hacia la línea de Pikysry, a la que, cuando desembarcó, esperaba alcanzar en dos jornadas.

El coronel Germán Serrano fue hecho prisionero. El general Gelly y

Obes dice de él en una carta a Mitre:

-Parece cuento que 5.000 paraguayos, y no tantos tal vez de pelea, hayan causado tanto daño a 25.000, obligándoles a pararse por no estar en estado de hacer una marcha de dos leguas de buen camino para encontrarse con otros 5 o 6.000 paraguayos más. Esto es lo real y positivo. Aquí están los coroneles Serrano y Gómez. El primero tiene la reputación de ser entre los paraguayos el más canalla de todos. Era el delator y jefe de la policía de espionaje. No es de los jefes vulgares, y sí antipático por su cinismo. No se le puede tomar atadero a lo que dice. Se le hacen notar sus contradicciones: ni por entendido se da. El otro es un paisano muy paraguayo.

En Abay cayeron 300 prisioneros que no estaban heridos. Creyendo acaso que ninguna persona en sus cabales trataría de evadirse, los brasileños descuidaron la vigilancia. Esa misma noche escaparon casi todos. Entre ellos estaba don Cirilo Antonio Rivarola.

Don Cirilo era hijo de Juan Bautista Rivarola, prócer de la independencia, el cual, en el primer congreso reunido luego de la muerte del Supremo Dictador, propuso una constitución que diera lugar «a un régimen más tolerable después de una larga tiranía».

Le interrumpió don Carlos Antonio López, quien presidía las sesiones:
-¿Qué dice ese rústico imbécil?

Los soldados que estaban en los pasillos rastrillaron sus fusiles, gritando:

-¡Pe yuká! ¡Pe yuká! ¡Mátenlo!

Seguían siendo soldados del Dr. Francia.

-¡Basta! -tronó don Carlos-, ¡déjenlo! Una golondrina no hace verano. Y dirigiéndose a Rivarola:

-¡Usted, cállese la boca!

-No es momento de dictar una constitución; las circunstancias críticas en que se halla el país, pobre y falto de personas habilitadas [331] e instruidas, torna necesaria la creación de un poder asaz fuerte para mantener el orden y la tranquilidad. No aspiremos a más de lo que se puede; arreglémonos a la influencia de nuestras costumbres y nuestras capacidades, y nada se hará violento, nada inestable. La experiencia y las luces traerán con el tiempo esos elementos grandiosos de la perfectibilidad. Marchemos con prudencia a su alcance.

Don Juan Bautista volvió a su estancia de Barrero Grande; puso en un cántaro el proyecto de constitución; cerró el cántaro herméticamente, lo enterró frente a su casa y le plantó encima un retoño de lapacho.

Veinte años después, su hijo Cirilo derribó el árbol florecido, en plena primavera, y desenterró literalmente el proyecto de constitución con ánimos de presentarlo al congreso de 1862, que eligió a Francisco Solano López presidente de la república. A pesar de las insistentes invitaciones de este, se resistió con pretextos innumerables, algunos de ellos sumamente pintorescos, a visitar al primer mandatario para felicitarle por su reciente encumbramiento, o «rendirle vasallaje», como entonces se decía. Fue detenido en 1864 por oponerse a la guerra que se avecinaba.

Estuvo engrillado en Cerro León hasta julio de 1868. Fue puesto en libertad e incorporado como soldado raso, con recomendación de vigilancia, en el famoso Batallón 3 Guarará, unidad de castigo formada por gente maleva e incorregible, pero tremenda en el combate. Aunque ya no era joven, tenía 40 años, don Cirilo se distinguió y fue ascendido a cabo. Con tal grado participó en las batallas de Ytororó y Abay. Caído prisionero en esta última, escapó esa misma noche y al día siguiente se presentó al Mariscal López. Cuenta Centurión que conversaron largamente, y anota el hecho curioso de que mientras López hablaba en guaraní don Cirilo lo hacía en español. Fue ascendido a sargento. Madame Lynch le convidó una copa de coñac. Con sus manos le prendió la sardinetas de sargento y le dijo:

-Que sea yo, don Cirilo, la que tenga que prenderle los cordones de coronel y los galones de general.

Rivarola, como triunviro y después como primer presidente constitucional, pondría a López fuera de la ley.

El caso de don Cirilo es un ejemplo entre muchos. Contrariamente a lo que creían los aliados, a lo que hasta hoy se repite y de lo que seguramente creyó él mismo, los paraguayos no peleaban por López ni obligados por López.

Hace a estas indagaciones referir que don Cirilo fue apoyado al principio por los brasileños. Así lo describe el historiador argentino Ramón J. Cárcano: [332]

-Bondadoso, complaciente, desinteresado, sin maneras sociales, ni cuidado de su persona, ni hábitos de gentes. Gran fumador, enciende su tabaco en la cama, apenas despierta, consume diariamente tres o cuatro docenas de los más fuertes cigarros del país y saliva como un manantial. Al general Gelly y Obes, jefe del ejército argentino, le recibe un día lavándose perezosamente los pies en una palangana. Otra vez, al mariscal Guimaraes, barón de Yaguarón, lo atiende sentado comiendo una gran sandía sobre las rodillas. En otra ocasión, durante un viaje en ferrocarril con el vizconde de Río Branco, compra chipa y una fuente de chicharrón fresco. Vuelca todo sobre un diario extendido en el asiento del coche, y dirigiéndose al vizconde, le grita: «¡Coma!», mientras él lo hace con los dedos.

Sin embargo, don Cirilo era cualquier cosa menos un palurdo. Sabía latín y francés, era versado en historia y capaz de recitar de memoria las leyes de Partidas. Pero ocurre que el Paraguay estaba ocupado por los ejércitos invasores, y seguramente don Cirilo expresaba a su manera la consideración y el respeto que le merecían los ilustres representantes de los poderes Aliados.

En la presidencia de la república, a poco andar muestra la hilacha. Es despótico, arbitrario e implacable como sus antecesores, en la medida en que puede hacerlo. Dicen de él que es un Dr. Francia en pequeño. Habla de «mi Chaco»; no piensa ceder un jeme del territorio nacional. Procura usar a los brasileños. Busca entenderse con los argentinos, pero estos lo delatan. Los brasileños advierten que está maniobrando para que no se cumpla el Tratado de Alianza. Cándido Bareiro, mediante una intriga que explota la credulidad de don Cirilo, le hace caer en una trampa y este abandona la presidencia de la república. Como caudillo de la corriente liberal, intervendrá después en guerras civiles, a veces con Bareiro,

otras contra Bareiro. Acuden a él los complotados en el asesinato del presidente Juan Bautista Gill. Le presentan las orejas del general Emilio Gill, hermano del presidente. Don Cirilo las reconoce y pregunta: «¿Por qué también lo mataron?» (Después, en generaciones sucesivas, algunos vástagos de la familia Gill nacerán desorejados). Don Cirilo subleva las Cordilleras, donde su prestigio es inmenso. Es derrotado por el general Caballero. Sus principales partidarios huyen al extranjero; otros son asesinados en la cárcel de Asunción. Octaviano Rivarola, abuelo de este evocador, no corre igual suerte porque le salva el jefe de policía Ignacio Genes, a quien a su vez ha salvado la vida en el abordaje a los acorazados brasileños, en marzo de 1868. Don Cirilo se hace guerrillero. Se mantiene dos años en las Cordilleras. Desde allí se las arregla para enviar a «La Tribuna» de Buenos Aires artículos contra el gobierno. Como no hay modo de atraparlo, el presidente Cándido Bareiro le ofrece una [333] amnistía. Don Cirilo se acoge a ella. Sus contemporáneos lo pintan como «susceptible de modificaciones generosas y corazonadas simples. Su propio temperamento accesible a fáciles olvidos le hacían creer en idénticas modalidades de sus adversarios». La noche del 31 de diciembre de 1878 visita al ministro del interior, general Bernardino Caballero, que ha sido su jefe durante la Guerra Grande, y, después de esta, sucesivamente su adversario, su aliado y su enemigo. Se han combatido al frente de sus respectivas huestes en la batalla de Barrero Grande, en la que don Cirilo, como símbolo de la civilidad que representaba, vestía levita, sombrero de copa, grandes espuelas nazarenas en los talones desnudos y blandía una larga lanza. Al reencontrarse, se estrechan en un abrazo. Don Cirilo promete marcharse por algún tiempo al extranjero, porque su presencia en Asunción está agitando el ambiente político y él necesita descansar. De nuevo se abrazan, al despedirse. Sale Rivarola; Caballero dice, entre dientes:

-¡Reimé poráma nde cambá añá! ¡Ya estás arreglado, negro maligno!

Don Cirilo ha ido a saludar a Cándido Bareiro. Departen cordialmente. Don Cirilo sale a la calle a eso de las 9 de la noche. Algunos comercios se hallan aún abiertos. Hay gente sentada en las veredas, tomando el fresco frente a sus casas. Le miran con curiosidad, algunos le saludan, otros callan: es un hombre temible, comprometedor. Apenas hubo andado una cuadra, en la esquina de las calles de la Palma y 25 de Noviembre, es atacado por una banda de individuos armados con cuchillos. Le acosan, se defiende, pide auxilio, busca refugio: las puertas se cierran apresuradamente. Don Cirilo es muerto a puñaladas. Se abre el proceso. Son inculcados y reducidos a prisión el jefe de la Escolta y el jefe de policía, así como los presuntos autores materiales del hecho. Acumúlanse pruebas con peligro de alcanzar al ministro del interior y al propio presidente de la república. El general Ignacio Genes, jefe de policía, muere en la cárcel, dicen que envenenado. Entonces el Poder Ejecutivo interviene resueltamente en la sustanciación de la causa; el juez renuncia por falta de garantías; los acusados son absueltos; el crimen queda impune. Pero sólo en términos jurídicos, dijeron los enemigos políticos del primer mandatario. Según ellos, este padecía de una enfermedad secreta e inconfesable que haría crisis después del asesinato de don Cirilo y llevaría a la tumba a Cándido Bareiro: tenía conciencia.

El 21 de diciembre comienza la batalla de Itá Ybaté, que va a durar siete días. [334]

Cuenta Alonso Taylor, que estaba entre los presos, que oídas las primeras descargas, el coronel Marcó llegó a la guardia acompañado de varios oficiales, y leyó en un papel los nombres de los condenados «por el horrendo crimen de traición a la Patria y su Gobierno»; obispo Manuel Antonio Palacios, José Berges, general Vicente Barrios, Benigno López, coronel Paulino Alén, doña Juliana Insfrán de Martínez, deán Eugenio Bogado (renunció a la posibilidad de salvarse que le ofreció López y dejó entre sus papeles una nota diciendo que prefería la muerte a sobrevivir a la deshonra), cónsul de Portugal José María Leite Pereira, Dolores Recalde, capitán Simón Fianza... Son quince en total.

-Todos respondieron al llamado dando dos pasos al frente, hasta concluir la lista y dejar completa la fila. Entonces recibieron orden de marchar acompañados de una fuerte guardia al frente y a la retaguardia. Cerraban la triste procesión tres sacerdotes llevando sillas para confesar a los condenados en el lugar de la ejecución. Cuando hubo transcurrido cerca de una hora, se dejó oír una descarga, luego uno que otro tiro y todo se acabó. La guardia volvió; un viejo soldado llevaba el sobretodo del capitán Fianza, y el oficial el uniforme de Leite Pereira con sus botones dorados.

Existía la convicción de que era la última batalla, y las posibilidades de ganarla muy remotas. Hubo tiempo de sobra para retirarse, pues el enemigo, después de Abay, necesitó diez días para reponerse. Pero desde el Mariscal hasta el último soldado estaban decididos a acabar de una vez. No se hizo ningún preparativo para abandonar el campo en caso de derrota. El Mariscal dio el santo y seña:

«He de quedar aquí o morir con vosotros», «Ápe apytáne terâ a manóne penendivé».

Cuenta el general Mc Mahon que, cuando la víspera de la batalla López anunció a sus oficiales que el ataque de Caxias se produciría al día siguiente, observó en ellos signos de animación y de contento. La fría determinación de aquellos 7.000 sobrevivientes, de los cuales sólo la mitad eran soldados hechos y derechos, constituía su mayor fuerza.

Cuenta el coronel Juan Crisóstomo Centurión:

-Una vez dispuesto para el ataque, Caxias resolvió llevarlo en dos columnas sobre el frente de nuestra posición, siguiendo la primera un camino sombreado por un bosque que iba a salir a una especie de [335] abra frente a nuestra izquierda, frente mismo al cuartel general. Sobre la línea de la derecha había un naranjal donde se encontraban la Mayoría y el Hospital. Empezaron el ataque por los dos caminos o desfiladeros mencionados y a la vez por la derecha. En cuanto se encajonaron en el camino vomitaron sobre las columnas los cañones que lanzaban metrallas, bombas y balas sólidas, causándoles horribles estragos. Los batallones que venían por delante formando cabeza rodaron por tierra hechos pedazos,

volando por los aires fragmentos de cuerpos humanos, y el suelo convertido en un reguero de sangre. Pero nuevos batallones avanzaron y continuaron con más brío su sangrienta ruta hasta llegar a la zanja de la trinchera. Allí se produjo un terrible combate cuerpo a cuerpo. Los nuestros emprendieron con los asaltantes a lanza, sable y bayoneta, y estos con los nuestros haciendo uso de las mismas armas, pues los que venían por delante eran los riograndenses de la caballería desmontada del Barón del Triunfo.

«El batallón de rifles, que se encontraba sobre una lagunita hacia el Potrero Mármol, cuando vio que gran parte de la masa asaltante penetraba frente mismo al cuartel general, amenazando cortar nuestra retaguardia, acudió prontamente a este punto para repeler al enemigo; pero desgraciadamente al llegar allí su comandante, el mayor Vicente Jiménez, fue muerto, lo que produjo en él un momento de desorden por falta de dirección. Pero el general Caballero y el coronel Valois Rivarola y otros jefes y oficiales, a la cabeza del Escuadrón Escolta, acudieron allí con la prontitud que el caso exigía, y llevando una vigorosa y entusiasta carga, doblaron y persiguieron hasta lejos al enemigo. Los rifles pronto, mediante la energía de sus oficiales, reaccionaron y prestaron una importante cooperación en el rechazo de aquel. Al mismo tiempo que los asaltantes fueron rechazados en toda la línea de nuestra posición, nuevos batallones brasileros, reforzados por los pontoneros a las órdenes del capitán Martins, avanzaron con brío sobre nuestra defensa y fue tal el vigor de su avance, que consiguieron penetrar dentro de nuestro atrincheramiento, apoderándose de 14 piezas de artillería, entre ellas el famoso Whitworth de a 32 (fiu) tomado a los brasileros en la batalla de Tuyutí.

«La fuerza nuestra que había concurrido al rechazo del enemigo que había penetrado poco antes por el frente, acaudillada por el coronel Rivarola y varios otros jefes y oficiales, entre quienes se encontraba el coronel Toledo, comandante de la escolta, acudió inmediatamente a hacer frente a la nueva irrupción que hacía la infantería y la caballería brasileras por la parte indicada. Con un ¡Viva la Patria!, cargaron los nuestros con ímpetu a los atrevidos asaltantes, iniciándose así un reñido combate a lanza, a sable y bayoneta. Hubo allí [336] un gran entrevero, peleando por grupos de una y otra parte en el mayor desorden. Cayó muerto el coronel Toledo de una bala que le atravesó el cráneo; y gravemente herido el coronel Valois Rivarola. Los artilleros, viéndose desposeídos de sus piezas, emprendieron con los asaltantes a sable. El capitán Manuel Maciel, montado en un caballo moro, sableaba de lo lindo, repeliendo con singular bravura a los que pretendían rodearlo. El Mariscal, que lo presenciaba, dijo: «Maciel está sableando bien». Momentos después, este valiente oficial cayó herido de una bala que le atravesó el pecho.

«El Mariscal mandaba en persona y se encontraba a caballo en el mojinete de la acera de la derecha del cuadro del Cuartel General, codeado con sus ayudantes, que caían a su lado heridos y muertos. El hombre estaba inmutable, dando pruebas de la mayor serenidad y sangre fría. Cuando el enemigo consiguió por un momento dominar la primera meseta, avanzó sobre la segunda, llegando hasta la distancia de media cuadra del punto donde él estaba; pero ni aún entonces hizo el menor movimiento manteniéndose tranquilo con la mayor impavidez. En vista de la inminencia del peligro,

varios jefes y oficiales que nos encontrábamos allí, impulsados por un sentimiento de honor, nos lanzamos a la carga contra el enemigo, por nuestra propia cuenta, sin que hayamos recibido previamente orden de él para el efecto. Doblamos la cabeza de la columna enemiga, que fue trabajo fácil porque venía en desorden, y la llevamos hasta la trinchera; allí reforzada con gente de refresco, nos hizo retroceder a su vez hasta la zanja; aquí llegaron a nuestro auxilio unos 25 a 30 de caballería, con los que arreamos nuevamente a aquella hasta la línea de nuestra posición».

El general Mc Mahon, el nuevo ministro norteamericano recientemente desembarcado de la cañonera «Wasp», era veterano de la guerra de secesión. Presenció la batalla desde el cuartel general. Así describe el desenlace de la jornada:

-El cuartel general comenzó a llenarse de heridos. Sin embargo, nadie salía de filas, excepto los que sufrían heridas tales como para impedirles de inmediato y positivamente seguir participando del combate. Se veían criaturas de escasos años arrastrándose a retaguardia con sus miembros destrozados o con desgarradoras heridas en sus pequeños cuerpos semidesnudos. Estas criaturas ni lloraban ni se quejaban, ni pedían médicos ni curaciones. Y cuando sentían caer pesadamente sobre ellos la mano sorpresiva de la muerte misericorde, se tendían de largo para morir tan silenciosamente como habían sufrido.

«Si los brasileños se hubiesen desplegado hubieran podido aplastar con su número al puñado de hombres que les resistía y capturado [337] el Cuartel General, y tal vez a López mismo. Sin embargo, siguieron avanzando en columnas, cada vez más lentamente, aun cuando el peso desde atrás empujaba todavía la columna hacia adelante. Entre tanto, los de la cabeza parecían no resolverse a pelear, mientras los paraguayos golpeaban por todas partes, con rapidez singular, no obstante verse obligados a recular empujados por el peso de esa masa viviente. Ya la columna había disminuido el compás de marcha a la velocidad de paso. Los oficiales paraguayos de blusa colorada se veían entreverados con los brasileños de gorrita blanca en las filas delanteras. Estos últimos parecían semiparalizados, pero avanzaban todavía forzando a los jinetes paraguayos a ceder terreno, pero solamente ladeando y encabritando sus monturas. Al fin cesó el movimiento de la cabeza, la columna se replegó sobre sí misma, dio la vuelta y retrocedió. Los paraguayos le siguieron con feroz entusiasmo. Una sección de artillería abrió fuego sobre el enemigo en retirada.

La jornada terminó con la completa victoria paraguaya.

-Este sangriento rechazo -dice el general Garmendia-, de mayores proporciones que el de Curupaty, no solamente por las pérdidas sufridas sino porque el enemigo tomó la ofensiva y persiguió fuera de sus trincheras.

Recuerda el general Dionisio Cerqueira, al que conocimos como alférez en la Línea Negra, frente a Sauce:

-El glorioso 16 perdió en la trágica embestida casi dos tercios de su efectivo. El viejo comandante cayó con el cráneo fracturado por una bala; el mayor recibió dos heridas, en la cabeza y en la pierna. El número de oficiales fuera de combate llegó a 22 de los 28 que entramos en acción. Fue una carnicería horrible.

Pero las bajas paraguayas fueron también enormes. Recuerda el general

Mc Mahon:

-El estado de las cosas en el campamento de López esa noche (del 21) y en los días que siguieron era deplorable. No había medicinas ni recursos para curar un número tan grande de heridos, ni hombres suficientes para recogerlos del campo de batalla ni para enterrar a los muertos donde cayeron. Muchas criaturas que pasaban casi desapercibidas, yacían en los corredores gravemente heridas y silenciosas, a la espera de la muerte. Las mujeres no daban abasto para hacer cabestrillo, a la luz de los faroles, del primer material que encontraban a mano. Se rasgaban ropas de cualquier clase para hacer vendajes. Grupos de oficiales reunidos aquí y allá, muchos de ellos heridos, comentaban las hazañas del día. El Presidente también, un poco apartado, hacía comentarios con algunos de sus oficiales principales. Las balas perdidas astillaban de vez en cuando el maderamen [338] del caserío, y un gallo fanático en aquellas horas lanzaba su grito pelado cada vez que el trajinar de la gente turbaba su reposo indiferente.

Al día siguiente, en un recorrido de inspección ordenado por López, el entonces capitán Centurión encuentra a Juan Bautista del Valle con el brazo en cabestrillo, haciendo sonar la diana con una caja ronca, sin más gentes que unos 10 o 12 soldados que restan de su batallón. Al despedirlo, Del Valle le dice en tono de jarana:

-Debes rezar un Padrenuestro y un Avemaría, porque lo que es del otro lado, no sales vivo.

-¡Veremos! -responde Centurión, alejándose al galopín bajo una lluvia de balas.

Llega al sector mandado por el capitán Jara, para quien trae una comisión.

-Los combatientes, sudorosos, llenos de polvo y sangre que manaba por sus heridas -continúa Centurión-, peleaban cuerpo a cuerpo, a sable y bayoneta, lanzando terribles imprecaciones unos contra otros. La polvareda que se levantaba en el sitio de la lucha cual espeso humo, y bajo los rayos de un sol canicular, era capaz de asfixiar. En el momento en que acababa de comunicar la orden de que era portador, una bala de rifle atravesó la oreja derecha de mi montado. El animal, con el dolor se asustó y se encabritó, arrancando a correr sin que pudiera sujetarlo. Cuando alcancé la sección de los artilleros bajé del caballo y me metí en el foso. Casi todos estaban heridos. Hablé con ellos un rato, ¡manifestando el mejor espíritu! Así que noté que ya no era tan fuerte la lluvia de plomo, volví a montar mi caballo y al galopín subí la loma del cuartel general, donde una bomba lanzada del campo enemigo vino a reventar casi debajo de la barriga de mi montado, sin causar, felizmente, ningún daño. A mi llegada encontré al Mariscal siempre de pie y en el mismo sitio donde lo había dejado. Al cuadrarme delante de él, con una sonrisita en los labios me preguntó: ¿Has vuelto? -Sí, Excmo. señor... -Creí que no hubieras vuelto, repuso (Centurión traduce literalmente del guaraní: «Aimo'a narejevítarae»). Enseguida me ordenó que llevando cuatro soldados y un sargento saliera fuera de la trinchera a recoger pertrechos de los muertos enemigos. Volvimos cargados de baulillos llenos de pertrechos que los entregamos al encargado del parque. Satisfecho el Mariscal de mis servicios en aquellos dos días, al siguiente me mandó extender el despacho de sargento mayor efectivo de infantería de línea.

Centurión, ex becado en Europa y ayudante del Mariscal, era la primera vez que participaba directamente en una batalla. [339]

El 23 el general Mc Mahon se marcha a Piribebuy con los hijos del Mariscal. Madarne Lynch se queda con López.

El 24 los generales aliados, el brasileño Caxias, el argentino Gelly y Obes y el uruguayo Castro, dirigen al Mariscal una nota en la que le intiman a rendirse en las próximas 24 horas, y le amenazan que, si no lo hace, responderá con su cabeza de la sangre que se derrame. López reúne a los jefes y a muchos oficiales y les pregunta cuál debía ser la respuesta. Todos a una voz responden que preferirían mil veces la muerte antes que sufrir semejante ignominia.

-Oída esta franca y unánime resolución de parte de sus oficiales y jefes -cuenta Centurión-, mandó traer una mesita, y colocándola a la sombra de un gigantesco yuasy-y, dictó a su secretario, comandante Manuel Palacios, la respuesta. Es la única nota clásica que produjo la guerra.

Dice en uno de sus párrafos:

«VV. EE. tienen a bien notificarme el conocimiento que tienen de los recursos de que actualmente puedo disponer, creyendo que yo también pueda tenerlo de la fuerza numérica del ejército aliado y de sus recursos cada día crecientes. Yo no tengo ese conocimiento, pero tengo la experiencia de más de cuatro años, de que la fuerza numérica, y esos recursos, nunca se han impuesto a la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano, que abre una ancha tumba en su patria, antes de verla ni siquiera humillada. VV. EE. han tenido a bien recordarme que la sangre derramada en Ytororó y Abay debiera determinarme a evitar aquella que fue derramada el 21 del corriente, pero VV. EE. olvidarán sin duda, que esas mismas acciones pudieron de antemano demostrarles cuán cierto es todo lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra, es una nueva obligación para los que sobreviven. ¿Y ante un ejemplo semejante, mi pobre cabeza pueda arredrarse de la amenaza tan poco caballeresca, permítaseme decirlo, que VV. EE. han creído de su deber notificarme?».

Se continúa combatiendo en toda la línea, pero el enemigo ya no lanza grandes embestidas. A Caxias no le quedan ni 10.000 hombres encuadrados. Se ve obligado a recurrir al ejército argentino. Pero, como quiere a toda costa ganar solo la batalla, se lanza nuevamente al asalto el 25 y sufre otro sangriento rechazo. Serán los argentinos los que tomarán Itá Ybaté el 27 de diciembre. [340]

Ante la certidumbre de que el enemigo acabará por imponerse, la población abandona en masa sus hogares y se encamina a las Cordilleras. Recuerda el general Mc Mahon:

-Los caminos estaban llenos de heridos y mujeres en su mayor parte a pie. Algunos heridos yacían en las toscas y grandes carretas del país que se desplazaban lentamente sobre los ásperos caminos del país. Generalmente, nos saludaban al pasar, los hombres, descubriéndose silenciosamente, y las mujeres con un alegre «adiós» que acompañaban siempre con una sonrisa amable. Todavía sentíamos el tronar de la artillería, lo que nos avisaba que el pequeño ejército de la República todavía resistía. Seguimos cabalgando en medio de la misma larga hilera de

fatigados heridos cuyos rostros doloridos era penoso observar. En cada pequeño arroyo del camino los veíamos lavar sus heridas abiertas, y a uno que otro, yaciendo silenciosamente en el suelo como si fuese, para un paraguayo, la cosa más natural del mundo acostarse a morir sin llamar la atención de nadie.

Una de las carretas lleva al coronel Valois Rivarola.

Gravemente herido en Abay, estaba en Itá Ybaté postrado en una hamaca, cuando sintió que el enemigo se acercaba. Se levanta, le ayudan a vestirse, pide su espada. Se lanza a la batalla. Regresa al oscurecer, con la cabeza partida de un sablazo. Dos días después lo envían en una carreta hacia el hospital de Cerro León.

Al pasar sobre las vías del ferrocarril, la carreta da un barquinazo y Valois Rivarola muere en ese instante.

Se oye un grito desgarrador:

-¡Ñande reyá Valí!

El grito se repite, se extiende a lo lejos hacia Itá Ybaté hasta confundirse con el fragor de la batalla:

-¡Ñande reyá Valí! ¡Ñande reyá Valí!

De la doliente caravana, que hasta ese momento marchaba silenciosa, se eleva una lamentación, un sollozo incontenible, como si de pronto aquellas gentes hubieran tomado conciencia de su orfandad:

-¡Ñande reyá Valí! ¡Valí nos ha abandonado!

El joven coronel Valois Rivarola era un hombre grande y bueno, amigo de la jarana y las bromas pesadas.

Alonso Taylor cuenta un episodio ocurrido el sexto día de la batalla:

-López y Madame Lynch acompañados de un gran séquito, pasaron por la guardia y creo que ella le llamó la atención sobre nosotros. [341] Se nos ordenó que nos pusiéramos en fila: se nos acercó y preguntó: «¿Son ustedes presos?». Contestamos que sí. Y entonces el señor Von Treuenfeld apeló a S. E.; quien le preguntó por qué estaba allí. El señor Treuenfeld dijo que no sabía, y el presidente le dijo que estaba en libertad y podía retirarse. Yo entonces me acerqué diciéndole que le quedaría muy agradecido si me concedía la misma gracia. López me preguntó quién era, pretendió sorprenderse mucho al oír mi nombre: «¿Qué hace usted aquí? ¡Está usted libre!». Entonces los demás presos se acercaron y recibieron la misma respuesta.

Y oscilaba la batalla.

Para pertrechos de guerra se reunió todo lo que se encontró a mano. Se recurrió al ingenio para hacer proyectiles. La metralla fue suplantada por haces de bayonetas y sacos de piedras. Las balas de a 9 se las hizo servir en cañones de a 12. Estos, desmontados, fueron puestos de modo que aún sirvieran. La munición, en equitativo reparto, alcanzó a lo sumo de 80 a 100 tiros por hombre. Eran los últimos. Se dio nueva organización a las tropas. La infantería fue dividida en pequeños batallones. La caballería

en escuadrones de 20 a 30 hombres. Los desmontados tenían por única arma la lanza y el sable. La artillería estaba servida por marinos de los vapores.

El 27 se lanzan al asalto 10.000 soldados argentinos de refresco después de un tremendo bombardeo que por todas partes mató gente. Ya no hay con qué continuar resistiendo. Cuando el enemigo estuvo a una cuadra del cuartel general, López se retiró lentamente por el camino de Potrero Mármol, a la vista del ejército aliado.

-En momentos en que el Mariscal se marchaba -cuenta Centurión-, una mujer de la servidumbre de este, llamada Ramona, saltó hacia el enemigo blandiendo una espada e invitando a sus paisanos a que la siguieran a combatir. Aquella mujer estaba transfigurada, hasta parecía bella; sus ojos arrojaban rayos de fuego que se confundían con el reflejo de la espada. Desgraciadamente, tan heroico arranque se estrellaba contra el desorden que producía en todo el mundo la aproximación de los aliados, triunfantes.

La Tradición dice que la mujer gritaba:

-¡Mamáko pejhó, che membykuéra! ¡Adónde vais, hijos míos!

El general Garmendia describe el campo de batalla:

-Partía el corazón ver en aquel campo de sangre una multitud de niños muertos y heridos en un estado lamentable. Algunos que ya habían muerto parecían dormidos con esa inocencia de la edad temprana; [342] otros con las facciones contraídas tenían el sobresalto reflejado del último pavor de la agonía, y algunos con barbas postizas de cerda más parecían víctimas de un carnaval que de una batalla.

Sigue el coronel Centurión:

-El general Caballero quedaba todavía en el campo, sosteniéndose a la cabeza de una pequeña fuerza de caballería. Viendo que venía penetrando un batallón argentino (el 4º de línea) a un abra de entrada al Potrero Mármol, resolvió darle un golpe. Colocó en acecho su gente detrás de una isla, y cuando aquel llegó a un punto conveniente, cayó sobre él como un rayo. Tan repentino y violento fue el asalto, que el batallón 4º quedó completamente destrozado, siendo una de las primeras víctimas su comandante el coronel Romero que, a ejemplo de los jefes nuestros, se había puesto al frente de su batallón, en vez de ir a retaguardia como era su deber. Otro batallón, el Correntino, venía también avanzando a la altura del 4º de línea. Entonces Caballero reunió la poca gente que le quedaba, y dando de tomar un trago de caña a cada uno, les invitó a hacer otra gauchada. Aquellos valientes contestaron a una voz con entusiasmo que estaban prontos a efectuar otra carga. En efecto, y sin pérdida de tiempo, se lanzaron de atrás de la misma isla sobre el batallón argentino. Fue aniquilada una parte de este y el alférez Gregorio Medina, ayudante entonces de Caballero (hoy sargento mayor en 1897), mató al abanderado y le arrebató la bandera.

Aunque el coronel Juan Crisóstomo Centurión, parco y veraz en sus escritos, no lo cuente, dice la Tradición que en el momento en que Caballero se lanzaba a la última carga de la batalla de Ita Ybaté, apareció de súbito un gigante semidesnudo, montado en un moro con rabincha, riograndense, blandiendo un enorme sable. Se abalanzó al entrevero, hizo un estrago terrible, y cuando el enemigo hubo sido puesto

en fuga, se alejó un trecho, encabritó su caballo, saludó triunfalmente a los asombrados jinetes paraguayos, y partió al galope perdiéndose en la distancia en dirección a los esteros de Ypecuá.

Y esto es todo lo que se pudo averiguar de James Manlove.

Complace creer lo que contaban las abuelas memoriosas: que a Mayomalo'ú le dieron escapada y pudo realizar su proyecto de ir al bosque, donde vivió feliz por muchos años, dedicado a la caza y a la pesca, rodeado de viudas consoladas y chiquillos taciturnos. [343]

Epílogo

Nuestro Padre Ñamandú Verdadero, el Primero:

he aquí que estoy preguntándote otra vez
cuándo hablarás de nuevo en tu morada terrenal imperfecta
y viviremos otra vez felices.

Clamor de los Mby'a Guaraníes [344] [345]

- I -

Una noche de mayo de 1898 el poeta Francisco Bareiro regresó muy tarde a su casa. Como siempre en estos casos, había luz en el espacioso despacho y biblioteca que fuera de su padre Cándido Bareiro. La dejaba encendida George Bowen.

El negro norteamericano había sido puesto en libertad cuando un destacamento aliado se apoderó de la fundición de hierro de Ybycuí, degolló a sus defensores y la destruyó por completo. En Asunción entró al servicio de Cándido Bareiro, que había regresado de Europa faltando un año para la terminación de la guerra, e intervenía activamente en la política con los auspicios de los brasileños. Bareiro falleció en 1880, en el ejercicio de la presidencia de la república. Su hijo Francisco creció al cuidado de George Bowen. El negro no había sido un dechado de virtudes en su juventud, pero le afligía el desorden de la vida de su joven amo. Esperaba a que Francisco estuviera de regreso de sus francachelas, y sólo entonces deslizaba su enorme mole encorvada por los corredores del caserón, hasta la piecita del fondo donde se encontraba su yacija de perrazo fiel.

Amo y criado se querían entrañablemente. Según el Dr. Faustino Benítez, la muerte de George Bowen inspiró a Francisco Bareiro un bello poema que, como muchos de los suyos, quedó inédito y se perdió.

Francisco Bareiro era física y temperamentalmente parecido a su padre. Abúlico en extremo, las veces que le confiaron misiones diplomáticas en el extranjero, hizo absolutamente nada, igual que su progenitor. Fue uno de los primeros poetas de la generación del 900, surgida de las cenizas de la Guerra Grande. Don Manuel Gondra, otro sabio, erudito e ilustre haragán, le escribió una carta que resultó ser un memorable ensayo sobre Rubén Darío. Don Manuel podía explayarse

magistralmente en una carta a un amigo; pero, la sola idea de elaborar un estudio literario se hubiese disipado en un largo bostezo. ¿Para qué? ¿Para quiénes? A su alrededor se extendía un páramo erizado de cruces. Los que buscaban encontrarle algún sentido invocaban a los muertos y se hacía historiadores. Pero, ¿qué habían sido los muertos? ¿Héroes o víctimas de un déspota insensato? [346]

Hasta la última década del siglo, cuando el coronel Juan Crisóstomo Centurión, uno de los pocos ex becarios en Europa que había sobrevivido a la hecatombe, comenzó la publicación de sus «Memorias», no se había editado un solo libro acerca de la guerra escrito por un paraguayo.

Quienes pudieron haberlo hecho habían sucumbido en la contienda, o habían estado ausentes, o había luchado contra su país. Algunos protagonistas que bosquejaron sus memorias no encontraron editor, y algunas de ellas permanecen inéditas hasta nuestros días. Los más prefirieron callar: no se podían explicar lo que habían hecho. Hubo quienes habiendo llegado hasta Cerro Corá venciendo penurias y fatigas, escribieron libelos difamatorios contra López para librarse del estigma de su propio heroísmo.

Entre tanto, en los países aliados se publicaban centenares de libros que descargaban sobre el vencido el peso de su volumen. Las mentiras, las calumnias, las omisiones y exageraciones ahogaron por mucho tiempo las voces honradas de Juan Bautista Alberdi, Martin Mc Mahon, Eliseo Reclus, que defendieron al Paraguay en nombre de la verdad y la justicia, que sólo encuentra abogados en el desinterés.

-Todos los medios son válidos y acaso insuficientes para luchar contra semejante enemigo -le había escrito el marqués de Caxias al emperador Pedro II.

-La guerra del Paraguay ha terminado -decía Domingo Faustino Sarmiento-, por la sencilla razón de que hemos muerto a todos los paraguayos de diez años para arriba.

Terminada la guerra, se abocaron a la tarea de matar también su espíritu.

Décadas después seguían temblando los Estados Mayores del Brasil y la Argentina. Era preciso impedir el resurgimiento material y moral de la brava república. Cándido Bareiro fue el principal ejecutor de esta política.

Murió sumido en la desesperación, y dicen que en el remordimiento.

Su hijo Francisco creció en un ambiente de odio feroz contra López. Todas las familias caracterizadas habían perdido algunos de sus miembros en los terribles procesos por conspiración. López estaba proscrito por las leyes. Fusilador de un obispo y de varios sacerdotes, estaba también excomulgado. Nada detuvo a aquel hombre tremendo, ni siquiera el temor al Fuego Eterno.

Algunos de los que fueron sus soldados persuadieron al párroco de la iglesia de San Roque para que celebrase una misa por el descanso del alma del Mariscal. En el momento de la Consagración, el templo [347] y el altar fueron invadidos por hormigas negras y feroces que dispersaron a los fieles y pusieron en fuga al oficiante.

López había sido un inepto, un loco, un asesino, un sádico, un ladrón, un cobarde, un libidinoso, un cornudo amancebado con una puta

adúltera extranjera que excitaba sus bajos instintos en la concupiscencia para incitarle al crimen e inspirarle desahogada ambición. Al nombrarlo las damas se santiguaban rechinando los dientes. En cambio el pueblo, como temía Solano López, se había adueñado del alma del Mariscal. Se sentía victorioso más allá de la derrota. Cantaba su epopeya en guaraní:

Campamento, campamento,
allá en el Cerro Corá,
entre los montes oscuros
cordillera de Amambay;
ha muerto el Mariscal López,
la tricolor flameando,
no ha entregado su bandera
defendiendo al Paraguay.

En ese clima moral contradictorio creció Francisco Bareiro. Hijo de un presidente de la república cuyos correligionarios continuaban en el poder, disfrutaba de envidiables privilegios. Como era un hombre de talento procuraron atraerle a la actividad política. Pero era difícil inducirle a realizar actividad alguna. Leía mucho para matar el tedio de vivir. Se sentía insatisfecho de sí mismo y de cuanto le rodeaba. Convencido de que nada podía hacer al respecto, no hacía nada. Las personas activas eran o muy necias o mezquinamente ambiciosas. Y él no era mezquino ni ambicioso. Quizá le hubieran movido el sentimiento del deber o un ideal generoso; pero, en su época, no había lugar para esas cosas. Sólo podía beber para aturdirse o buscar una mujer para sentirse vivo.

El Paraguay era un error geográfico, un disparate histórico. Lo habitaba un pueblo de cretinos que se había hecho matar por obediencia a su verdugo; al cual, por añadidura, y en el colmo de la estupidez, después de muerto seguía venerando. Las ideas dominantes eran las del vencedor y de los expatriados. El Paraguay no tenía ideas. Solamente un vago, inexpresable sentimiento de orgullo que se insinuaba entre las sombras cuando Francisco Bareiro regresaba de los lugares del vicio. Entonces, a la luz de una lámpara que George Bowen dejaba encendida, escribía algún poema que nada tenía que ver con la inquietud que lo inspirara. [348]

Cuando Francisco era niño, George Bowen le contaba divertidas anécdotas de un tal James Manlove. Las mujeres de la servidumbre recordaban a un duende grandote, irascible y bonachón al que llamaban Mayomalo'ú. En el alma del niño se habían asociado vagamente ambas imágenes, mezcladas con las de Curupí, Pombero, Yacyiyateré, y las historias trágicas del tiempo del Monstruo Aborrecido que narraban las viejas copetudas.

Las había atesorado y olvidado; hasta que esa noche, en la Casa de la Magdalena, inesperadamente la figura de James Manlove se había alzado ante él con aterradora realidad. [349]

- II -

La Casa de la Magdalena, también llamada Mansión de la Bruja y Aña-cuá, Guarida del Diablo, se encontraba en uno de los recodos más

umbríos y acechosos de la Picada de Manorá, Sendero para Morir, en lo que es hoy la Avenida España, aproximadamente a la altura de la calle General Santos. Conservando el estilo de casona paraguaya, ostentaba en su interior un lujo asiático, en opinión de los rastacueros que la frecuentaban. Brindaba a la clientela una atención exquisita. Al raidaje popular le estaban reservados en los fondos, fuera de la vista de las personas expectables, una enramada de jazmines, una pista de tierra apisonada, ranchitos dispersos bajo la frondosa arboleda. La música y el jolgorio, las grescas y tiroteos del pobrerío añadían matices excitantes a la famosa mancebía de fines de siglo. Si bien era la Magdalena la que atraía a la clientela con su belleza legendaria, quien se ocupaba de que todo marchase a la perfección y el negocio resultase lucrativo, era una anciana vivaracha llamada Madame Biseau.

La ilustre dama francesa llegó al Paraguay algunos años después del derrumbe del Segundo Imperio. Lo hizo en compañía de un príncipe polaco de apellido impronunciable, empeñado en encontrar el fabuloso tesoro que el Mariscal López había enterrado en la selva, matando luego a los que le secundaron en la tarea. Por aquella misma época, el general Lucio V. Mansilla coloca acciones en la Bolsa para explotar las no menos fantásticas minas de oro del Mbaracayú. La conquistada China Americana, ganada a la civilización y abierta al libre comercio, daba pábulo a toda suerte de especulaciones en las que cayeron no pocos incautos.

Pero también se hacían buenos negocios, libres de los controles de un Estado despótico, celoso de la soberanía de un país de rústicos imbéciles dueños de su tierra. La turba de proveedores y mercachifles que llegaron con el ejército libertador ocuparon el vacío dejado por la clase dirigente fusilada en San Fernando. Los emigrados les dieron sustento político y doctrinario en nombre del liberalismo; héroes, arrepentidos les sostuvieron con la espada.

Se especuló con empréstitos cuyo monto en efectivo fue a parar a los bolsillos de los gobernantes. Se transfirió el ferrocarril a los [350] acreedores ingleses. La antes orgullosa flota mercante nacional que construía sus barcos en sus propios astilleros y hacía flamear su bandera en el océano, fue reemplazada por empresas navieras anglo-argentinas que cobraban fletes abusivos. Los campesinos fueron despojados de sus tierras y reducidos de hecho a la esclavitud en yerbales y obrajes de inmensos latifundios transferidos a vil precio a empresas extranjeras en el negociado de las tierras públicas. Se compraron las joyas de las kyguá-verá, labradas por artífices, por papel moneda prontamente depreciado, para convertirlas en lingotes remitidos al extranjero. La fundición de hierro de Ybycuí, volada y anegada, alzaba en la selva el muñón calcinado de la chimenea de sus altos hornos. No se fabricaba un clavo en el país. Se cumplió el objetivo declarado del emperador Pedro II: el sistema que hizo posible a la excéntrica república enfrentar durante un lustro al mundo moderno confabulado contra ella, había sido destruido. El pueblo antes alegre y vigoroso deambulaba ignaro y paupérrimo. Sus cantos se entristecieron; los duendes jocundos e inofensivos fueron espantados por espectros. Y había un único culpable de los males del presente, del pasado y del porvenir: Francisco Solano López, el déspota insensato.

Mientras el príncipe polaco acribillaba de agujeros la Diagonal de la

Gloria, Madame Biseau, que le aguardaba en Asunción, descubrió en la Magdalena tesoros más tangibles y al alcance de la mano. El príncipe volvió solo a Europa, y contó allá tales embustes que inspiró a Emilio Salgari la novela «El tesoro del presidente del Paraguay».

Era una joven salvaje, aunque de ilustre apellido. Siendo una criatura llegó a Cerro Corá llevada de la mano por una formidable mujer que se llamaba Doña Pilar Frutos de Recalde, y junto con sus parientas Conchita y Anita Cazal, las cuales, al igual que las hermanas viudas del Mariscal López, en el camino de regreso se hicieron de marido entre la oficialidad brasileña. Magdalena tenía quince años cuando se anunció solemnemente su matrimonio con el magnate francés Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville. La víspera de la boda se fugó con uno de los complotados en el asesinato del presidente Juan Bautista Gill. Galopó con su amante las guerras civiles que siguieron, hasta que él fue hecho prisionero y muerto, poco después, en la matanza de presos políticos perpetrada en la cárcel de Asunción el 29 de octubre de 1877.

Rechazada por la alta sociedad, la Magdalena se refugió en la casona de Manorá, que le pertenecía por herencia. La convirtió en casa de huéspedes, todos extranjeros. Madame Biseau era una de sus inquilinos. [351]

Se hicieron muy amigas. La francesa enseñó a la paraguaya buenos modales, el idioma francés -indispensable para tratar con la clientela-, le reveló misterios del amor y le inculcó una cierta lucrativa ligereza de ánimo.

Organizaron fiestas y tertulias, al principio nada más que para agasajar a huéspedes y amigos, quienes a su vez convidaban a sus amigos y clientes. Poco a poco estas reuniones fueron cobrando fama por el ambiente liberal, espiritual, exquisito, que reinaba en ellas. Concurrían con creciente asiduidad personalidades de la banca, el comercio, la política, la diplomacia, la cátedra y el foro a la que empezó a llamarse la Casa de la Magdalena.

Se mostraban agradecidos y espléndidos. Los inquilinos fueron reemplazados por inquilinas francesas, rusas, españolas y unas muy pocas paraguayas debidamente adiestradas por Madame Biseau para que combinaran sabiamente el atrevimiento con la discreción, de modo de no privar a los caballeros del placer de conquistarlas.

Se renovó el mobiliario. Fue adquirido un piano. Se contrataron músicos para amenizar las veladas. Al término de misión, el agente diplomático de los Estados Unidos John E. Bacon, que había resuelto felizmente el viejo pleito de la United States and Paraguay Navigation Co. con el Estado Paraguayo, donó un magnífico gramófono de enorme bocina de plata, que fue el primero que se conoció en el país.

El viejo maniático Edward A. Hopkins divertía con su proyecto de abrir un canal de unión entre las cuencas de los ríos Paraguay y Amazonas e instalar en Asunción una línea de tranvías tirados por mulas. En las mesas de juego se aportaban fortunas. En los salones y salitas privadas se hacían pactos políticos; se intrigaba, se especulaba, se conspiraba. Corría el champaña. Por la Casa de la Magdalena hacía su entrada la belle époque al Paraguay.

Acabó por convertirse en un prostíbulo. Como disponía de terreno en

abundancia, amplió sus instalaciones y habilitó en los fondos un burdel para los pobres.

La Casa de la Magdalena añadía a sus muchos atractivos la fascinación del misterio.

Después del desaire que le hiciera su prometida, Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville se había retirado con su doméstico annamita y sus gatos amaestrados -tenía uno por cada signo del zodiaco-, a una solitaria mansión que mandó construir sobre la ribera del río, al pie del cerro Lambaré, a dos leguas de Asunción. Lo hizo, según [352] se dijo, para entregarse por entero al cabalismo y a la magia negra.

De vez en cuando, y siempre el 25 de agosto, fecha en que el diablo sale solo, enviaba a su sirviente a la Casa de la Magdalena con un bolsillo cargado de libras esterlinas.

No era preciso despedir a la clientela. Bastaba anunciarles que el mágico francés vendría esa noche. Llegaba en un carruaje, trayendo en brazos a su gato de turno. Pasaba a Madame Biseau el sombrero de copa, la capa negra, el bastón y los guantes de cabritilla. La puerta se cerraba y no volvía a abrirse hasta la madrugada. Se corría la voz de que El Propio andaba de visita y toda la Asunción se santiguaba. Los perros olfateaban la inquietud de sus amos y llenaban la ciudad de aullidos lastimeros.

Aquella vez, junto con el bolsillo de monedas de oro, Madame Biseau recibió una carta. M. Peralt traería invitados a cenar. Daba detalladas instrucciones acerca del menú y los vinos. La cena debería servirse en el patio, al aire libre, sin más iluminación que cuatro velas protegidas del viento por tubos de vidrio verde. A las inquilinas y sirvientas, mandarlas de paseo. De la atención de la mesa se ocuparía su doméstico.

Los comensales serían tres huéspedes de M. Peralt recién llegados a Asunción: Lord Stapleton, René Tibourd y el capitán Erwin W. Kirkland, a quienes se agregarían, como invitados especiales, el poeta Francisco Bareiro y el joven historiador Faustino Benítez. Una de las cabeceras sería ocupada por M. Peralt, debiendo reservarse la otra para un invitado de cuya asistencia no estaba muy seguro. Rogaba a Madame Biseau y a la señora Magdalena que les hicieran el honor de acompañarles.

Madame Biseau estaba hecha a los más delirantes caprichos de la clientela, pero esta vez se sintió desconcertada. Releyó la carta como un comandante de batallón que acaba de recibir una orden cuyo objetivo no comprende pero que debe cumplir de todos modos. No obstante, al sentir que el bolsillo pesaba más que de costumbre, le dijo al mensajero:

-Dile a tu amo que todo se hará conforme a sus deseos.

El minúsculo hombrecillo refuló con reverencias y se esfumó mágicamente. [353]

- III -

Francisco Bareiro había estado muchas veces en la Casa de la Magdalena; Faustino Benítez, nunca.

Igualmente sorprendidos e intrigados por la insólita invitación de Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville, que cada uno de ellos recibiera en lujosa tarjeta escrita en francés con letra clara y empinada, en la que se le encarecía que no faltase, no hubieran dejado de acudir por nada del mundo. Lo hicieron juntos y fueron los primeros en llegar.

Les recibió un negro que hablaba con acento portugués; seguramente uno de los muchos desertores que se quedaron cuando el ejército brasileño, después de siete años de ocupación, se retiró del Paraguay.

El portero se hizo cargo de sombreros y bastones. Y también de los revólveres, que los paraguayos de esa época siempre llevaban consigo. El español Rafael Barrett se burlaría de esta curiosa manía de personas de natural sosegado y sencillo, y se preguntaba si había en ellos una levadura de Tartarín de Tarascón.

Faustino Benítez contemplaba deslumbrado los lujos de la sala, apenas entrevistados en su vida de estudiante pobre, hijo de una revendedora de la calle, cuando irrumpió Madame Biseau agitando las manos.

-¡Oh mon cher ami! -gritó abrazando a Francisco Bareiro y besándole en la boca-. ¡Estoy encantada de que hayas venido!

-Madame Biseau, ¿conoce usted al Dr. Faustino Benítez?

La dama, que no había advertido la presencia del oscuro e insignificante jovencito, se le acercó para verle más de cerca con sus ojos miopes. No se esforzó demasiado en disimular su menosprecio.

-No he tenido ese placer... pero, naturalmente, he oído hablar de su gran talento -dijo, incrédula, y adelantó una mano displicente para que se la besara. Faustino Benítez la estrechó.

Pasaron al patio donde estaba dispuesta la mesa para la cena. Faustino Benítez conoció a la Magdalena. Se sentaron en sillones de mimbre, al pie de un farol. Sirvieron un aperitivo.

Recordaba el Dr. Faustino Benítez que era tanta la fama de la Magdalena, que esperando encontrar algo conforme con la idea que [354] se había hecho en sus lecturas de adolescente de lo que debía ser una mujer fatal, la «Salomé Paraguaya» le decepcionó a primera vista. Su trato era sencillo y familiar; la voz clara, ligeramente ronca. Mientras Francisco Bareiro bromeaba en francés con las señoras, Faustino, cuyo dominio de ese idioma no daba en aquel entonces para tanto, se dedicó a observar a la Magdalena.

Era alta, espigada, sin exuberancias provocativas; no muy joven: le calculó unos treinta años, pero supo después que frisaba en los cuarenta. Vestía una blusa blanca de encajes y una falda oscura que le llegaba a los tobillos. No se pintaba los labios ni usaba coloretes; sus únicas joyas eran un par de aros y una pequeña sortija de diamantes. El rostro era triangular, de tez aceitunada y pómulos algo salientes; la boca grande y carnosa; los ojos de ese azul con reflejos verdosos que en guaraní se llaman tesa-pará, ojos color de mar. La negra cabellera le caía sobre los hombros.

-De repente me di cuenta -repetía en la ancianidad-, que estaba en presencia de la mujer más bella que había visto hasta entonces, y hoy digo, que vería jamás. No es posible explicarlo. Más que una mujer era una Encarnación, una bandera; la nostalgia de una gloria perdida que condena a buscarla con desesperación, porque sin ella nada tiene sentido. Guido

Boggiani la pintó danzando vestida con un typoi de tules transparentes. Al artista italiano le mataron los indios del Chaco, que hasta entonces habían sido sus amigos. Quienes contemplaban el retrato de la Magdalena sentían dentro de sí esos remolinos que de repente se forman en el río, y que, cuando se los advierte, ya es demasiado tarde para escapar de ellos y el único modo de salvarse es dejándose llevar por la vorágine. Alguien dijo que penetraba en el secreto de la fecundidad y de la muerte. Fue destruido por una devota imbécil que creyó que era la imagen de una sierva de Satán, porque los hombres le entregaban sus vidas y eran arrastrados a la perdición.

* * *

Con mucho retraso llegaron a la Casa de la Magdalena Monsieur Peralt de Caravalière de Cuberville y sus huéspedes extranjeros. Eran tres viejos vigorosos; M. Peralt, espigado y cadavérico, sin sangre y sin edad como la muerte y el diablo. Tras los saludos y presentaciones se sentaron inmediatamente a la mesa, en una de cuyas cabeceras quedó un asiento vacío. La otra la ocupó M. Peralt. Se apagaron los faroles del patio; lució una espléndida noche estrellada y sin luna; [355] cuatro velas brillaban como luciérnagas en tubos de vidrio verde. Se corporeizó el doméstico annamita, que ubicuo e imponderable, se ocupó del servicio.

Madame Biseau se hallaba en su apogeo, feliz de evocar con René Tibourd, en presencia de nativos, los buenos tiempos en que ambos eran íntimos de la emperatriz Eugenia de Montijo en la corte de Napoleón III. M. Tibourd quiso saber por qué Madame Biseau se había quedado a vivir en Asunción:

-¡Oh mon cher ami! ¡C'est un paradis le Paraguay quand il fait pas chauá!

René Tibourd contó que había combatido en la batalla de Sedan y participado activamente en la Comuna de París.

-¿Avec les communard?

-¡Oui, Madame!

-¡C'est une contradiction!

-¡O une expiation! -replicó M. Tibourd-. Lo dijo Victor Hugo: el héroe del Aquidabán y el cobarde de Sedan. El mismo año en que murió gloriosamente López el Grande, capituló miserablemente Napoleón el Pequeño.

Explicaba el Dr. Benítez que el calificativo de «grande» aplicado al Mariscal López era por lo menos un exabrupto en el Paraguay de aquellos tiempos.

-Si el Loco del Aquidabán no lo hubiera sido tanto... comentó irónicamente Francisco Bareiro-, este país no hubiese sido destruido.

René Tibourd, hombre de espíritu y experimentado cortesano, se dio cuenta de que había tocado un tema conflictivo.

-¡Oh Monsieur, vuestro Mariscal era un romántico! -exclamó, echándose a reír-, y el romanticismo ha pasado de moda, como mi pintura.

-¡C'est pas possible! -exclamó incrédula Madame Biseau.

René Tibourd contó que a raíz de su participación en la Comuna tuvo que emigrar a Inglaterra algunos años. Por fortuna, su fiel amigo Lord Stapleton no permitió que pasase privaciones. De regreso, encontró que en París nuevas escuelas se enseñoreaban del ambiente artístico. Abandonado

por la fama, había logrado sin embargo hacerse de un sólido prestigio, del que continuaba disfrutando a modo de consuelo. [356]

-¡C'est dommage, mon cher ami! -le reprochó dolidamente Madame Biseau-. ¿Por qué un hombre de su genio no se puso a tono con los tiempos?

-No se trata de eso. En mi vida de artista busqué solamente una cosa: lo que se oculta detrás de esa máscara cambiante que es el rostro humano. Quizás un imposible, pues la naturaleza es proteica y el retrato inmóvil. He creído, sin embargo, que ha de haber un instante fugaz, acaso único, en el que el ser y su imagen son una misma cosa.

-Me ocurre algo parecido -confesó Francisco Bareiro-: los temas de mi poesía son miserables metáforas de lo inexpresable. Supongo que ha de ser más fácil para el pintor, que plasma directamente formas y colores, sin recurrir a las palabras, venales intermediarias que todo lo adulteran. Un veterano de la guerra me dijo que para cantar y pelear es preciso engañarse. Procuré seguir su consejo, pero, pasada la exaltación de la batalla, al releer mis poemas, me doy cuenta de que no he escrito más que tonterías. Entonces procuro reírme de ellos, reírme de mí mismo, para convencerme de que no me he vuelto loco. Insisto con la esperanza de encontrar una verdad, o por lo menos una mentira en la que pueda creer de buena fe. ¿Lo ha conseguido usted con la pintura?

-Creo que una vez, pero no estoy seguro.

Narró entonces lo ocurrido en París, treinta años antes, cuando pintó el retrato del Encargado de Negocios Cándido Bareiro en la Legación del Paraguay.

-Es usted extraordinariamente parecido a su padre -concluyó-, le he reconocido antes de que nos presentasen.

-Y yo debo decirle que el retrato que usted pintó se conserva en mi casa, en el mismo lugar donde lo dejó mi padre.

-Me complace saberlo, pues lo daba por perdido. Si usted tuviera la bondad de permitírmelo, me gustaría contemplar una vez más a la que creo fue la mejor de mis obras.

-¡Naturalmente!

La conversación derivó en las circunstancias en que fue pintado el retrato; la mediación de Lord Stapleton; el vivo e inexplicable interés en el Paraguay que se suscitó en René Tibourd; la visita a la Legación de oficiales sudistas, entre quienes se encontraba el capitán Kirkland; la incomprensible actitud de Cándido Bareiro; las tribulaciones de James Manlove. Cada cual aportaba sus recuerdos y sus opiniones. La cena terminó; las luces de las velas, próximas a extinguirse, vacilaban en los tubos verdes, dando a los rostros un brillo fantasmal. La Magdalena escuchaba con apasionado interés. Francisco Bareiro se sentía un tanto incómodo, como si le hubieran puesto [357] en el banquillo de los acusados en lugar de otra persona. René Tibourd fumaba un habano, pensativo:

-¿Cuál hubiera sido el destino de ese hombre, sin duda extraordinario, si el Encargado de Negocios del Paraguay en Francia hubiese apoyado su proyecto?

-¡Nunca lo sabremos! -se defendió Francisco Bareiro.

El capitán Kirkland mordió su pipa, acaso para contenerse:

-¡Ese diablo de Jammy tuvo una genial idea! ¡Hubiéramos cambiado el curso de la historia del mundo!

-No lo creo -replicó Francisco Bareiro, veladamente agresivo-, tenía muy mala suerte.

-¡Oh la suerte! -murmuró Lord Stapleton, dando lumbre a la pipa.

Las veces que M. Peralt tomaba la palabra, era claro, preciso; y vagamente irónico, como si se estuviera burlando de sus interlocutores:

-El plan del mayor Manlove siguió siendo factible todo el tiempo que permaneció en el Paraguay. La última vez que insistió en llevarlo a cabo fue en ocasión de una visita que hizo al ministro José Berges, en febrero de 1868, cuando faltaban dos años para la terminación de la guerra. Supe por Madame Lynch que López volvió a interesarse en el plan de Manlove cuando ella fue a verle a Paso Pucú, inmediatamente después del bombardeo de la capital por la escuadra brasileña. Pero Manlove fue detenido a raíz de un incidente en apariencia fortuito, y luego acusado de conspiración.

-¡Lástima de hombre! -se dolió Madame Biseau-, ¿qué fue de él?

-Nada se sabe a ciencia cierta -intervino el joven historiador Faustino Benítez, con algo de pedantería-; se ha dicho que fue fusilado en San Fernando, pero no es verdad. He oído decir que se fugó o le dieron escapada. El caso es que desapareció sin dejar rastros.

-Conocí al mayor Manlove en mi niñez -dijo la Magdalena, emocionada-. Le quise mucho. Me salvó la vida durante la epidemia de cólera.

-Lo sé, mi pequeña -le dijo Peralt, con una ternura que en él resultaba algo patética-, por eso le hemos reservado un lugar de honor en nuestra mesa.

-¿Es que entonces no ha muerto?

-¡Quién sabe!; pero eso no le impediría acudir, si lo desea, cuando yo le he invitado.

El Dr. Faustino Benítez aseguraba que entonces todos vieron, fugazmente, la figura gigantesca de James Manlove, sentado en la cabecera, en traje de almirante.

* * *

Francisco Bareiro entró al despacho que fuera de su padre, iluminado por la lámpara que el negro George Bowen había dejado encendida. De una de las paredes colgaba el retrato de Cándido Bareiro, pintado en París por René Tibourd. Se detuvo a contemplarlo largamente; hasta que, de pronto, se reconoció:

-Como a padre te venero -dijo-, como a traidor te abomino.

Y empuñando su revólver lo descargó sobre el retrato.

La obra maestra de René Tibourd quedó dañada; por mucho que procuró, el pintor ya no pudo restaurarla.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

